

ONES

tres

Trap

ll.

up

Soy de D.^o Rafael Diaz de Ferrada, y Garcia
de Marcella, Amador y Garcia Presb.^o

TOMO TERCERO

VIDAS

DE LOS VARONES ILUSTRES DEL
Monasterio de la Trapa.

NUEVA EDICION AUMENTADA EN MU-
chas Vidas que todavia no habian salido
à la publica luz.

TOMO TERCERO

ESCRITO EN FRANCÉS POR DIFERENTES AU-
tores , y traducido en Español

P O R

EL P. M. DON JUAN DE SADA Y GALLEGO, MONGE
Cisterciense del Monasterio de Santa Maria la real de
Piedra Reyno de Aragón , P. Benemerito del Sagrado
Orden del Cister , Examinador Sinodal del Arcepresbiterio
de Agèr y Obispado de Lérida , Consultor general de su
Congregacion de Aragón y Navarra , y Visi-
tador que fué del Monasterio de Santa
Susana de la Trapa.

DEDICADAS AL EXCELENTISIMO SEÑOR
PRINCIPE DE LA PAZ.

AÑO DE 1799.

Con las Licencias necesarias: Se hallará en Pamplona
en la Librería de Josquin de Domingo;
Calle del Carmen Calzado.

T A B L A

DE LAS RELACIONES CONTENIDAS
en este Tomo Tercero.

- R**elacion de la muerte de Don Mauro Segundo. Pag. 1.
Relacion de la muerte de Fray Alexos,
pag. 49.
Instruccion primera sobre la muerte de
Fray Juan Climaco, pag. 88.
Segunda Instruccion, pag. 111.
Prologo sobre la relacion de la muerte de
Fray Alberico, pag. 137.
Relacion de la muerte del Hermano Alberico,
pag. 141.
Relacion de la muerte de Fray Moises,
pag. 164.
Relacion de la muerte de Fray Arsenio,
pag. 228.

FIN DE LA TABLA.



RELACION

DE LA VIDA Y MUERTE

DE DON MAURO SEGUNDO

Natural de Paris, llamado en el mundo Pedro Mouchin.



DESDE SU NIÑEZ FUE PREVENIDO Don Mauro de unas gracias tan copiosas de el Señor, y llevó en el mundo una vida tan arreglada y edificativa, segun refieren todos los que lo han conocido, que parece haberse retirado à este Monasterio, mas para abrigar su inocencia de la corrupción de el siglo, perfeccionarla, è ilustrarla de nuevo por los ejercicios de la vida Religiosa, que para expiar en la penitencia los excesos de una vida mundana y secular, de que la misericordia de nuestro Dios lo preservo.

Don Mauro, llamado Pedro Mouchin en el Mundo, habia recibido de la naturaleza en cuerpo y alma todas las prendas, que pueden conciliar el amor y estima de los hombres. Mas el primer uso que hizo su

2 *Relacion de la Muerte*
entendimiento de ellas , fue menospreciarlas todas para aplicarse unicamente à preparar su alma con todas las virtudes que la pudiesen hacer grata à los ojos de Dios. Desde su niñez recibió unas gracias tan particulares , que tubo la fortuna de preservarse de las mas minimas impresiones de aquellos vicios à que ordinariamente se abandona la juventud con tanto desfreno.

Sus Parientes estában embelesados de ver en un niño de quatro ò cinco años, una modestia , una sumision y una humildad tan extraordinaria , que habiendosele escapado cierto dia una falta ligera , de aquellas que casi son inevitables en esta edad , quedo extraordinariamente sorprendida su Madre de ver , que apenas comenzó à reprehenderle se postró de repente à sus pies , pidiendole perdon con lagrimas , y protestando que no la cometeria mas. Cosa que no acostumbra los chicos ni aun los grandes , pues lejos de confesar sus faltas , y menos de humillarse , buscan despues de convenientes todas las razones posibles para escusarlas. Asi comenzó el joven Mouchin à ensayarse desde entonces en la vida religiosa que abrazó despues , practicando à la letra lo que manda Nuestro Santo Legislador (a) à los Monges quando les reprehende el Superior alguna falta.

Para seguir esta dichosa propension à la virtud, evitó siempre con grande precaucion la compania de aque-

NOTA DE EL TRADUTOR.

(a) En el cap. 71 manda San Benito esta demostracion de humildad al reprehendido. De este pasaje se colige , que el Autor de esta vida era Monge , y en adelante à cada paso demuestra serlo de la Trapa.

de Don Mauro Segundo. 3
aquehos jobenes en quienes advertia alguna inclinacion viciosa : y como los hallase à casi todos de esta indole , creyó que el no tratar à nadie era en verdad el medio mas seguro para preservarse de la corrupcion de el siglo , y no conservar el precioso tesoro de la castidad , que estimaba infinitamente mas que no su vida. Pero como sabia tambien , que un amigo fiel y virtuoso es de gran provecho , despues de haber escogido uno ò dos de este caracter , en quienes veia la mayor pureza de costumbres , ya no tubo ningun otro trato particular con nadie. No halló gran dificultad en reducirse à una vida tan retirada y solitaria. Amaba naturalmente el retiro y silencio , y no hallaba otro consuelo que el de la oracion y leccion. Hasta su mismo temperamento le ayudaba à amar este genero de vida. Era moderado , dulce , apacible , y de una gravedad no correspondiente à su edad ; de suerte que ninguna puerilidad aparecia en el , fuera de la inocencia de costumbres , y aquella amable simplicidad que caracteriza à los Predestinados.

Acompañó à este venturoso natural una gran disposicion de entendimiento para las letras. Enamorados sus Padres de todas las bellas qualidades de este hijo de bendicion , nada omitieron para darle una educacion capaz de hazerlo el ornato y apoyo de su familia. Despues de haberle hecho estudiar à sus ojos algun tiempo , lo embiaron à continuar sus humanidades en el Colegio de los R. R. P. P. Jesuitas , los que no dejaron de cultivar con cuidado las disposiciones que tenia para la virtud y para las ciencias.

La discrecion y prudencia que brillaba en todas sus acciones y palabras , junta à la deliciosa dulzura con que las acompañaba , le habian grangeado no solamente los corazones , sino tambien la admiracion y estimacion de todos los estudiantes ya Pensionistas , y ya de la clase en que estaba , de manera que no le tenían

4. nian otro nombre que el Santo, y esto no por burla, sino por un verdadero respeto à su virtud. Quando sucedia, que alguno de ellos pronunciara palabras algo libres, se les llegaba con aquel ayre afable, que naturalmente tenia; y despues de haberles representado la ofensa que cometian al pronunciar tales palabras, callaban al momento, sin poder resistir à la eficacia de las suyas.

El Joben Mouchin conociò luego el designio que tenian sus parientes de embarcarlo en el mundo; mas habiendole mostrado Dios que solo debia estudiar para su gloria y su servicio, tomo desde luego sus medidas; de manera que sin robar nada al tiempo destinado para el estudio, hallò el secreto de emplear la mejor parte de sus dias en oracion y ejercicios de devocion.

Apenas acabò sus humanidades y su curso de Philosophia, su Padre antes de revertirle un cargo, le hizo aprehender todos los ejercicios que pueden hazer culto y grato à un hombre de Mundo; pero Mouchin quietenia designios mucho mas elevados que su Padre no pudo soportar mucho tiempo unas ocupaciones tan contrarias à su genio, y à la idea que tenia de consagrarse sin reserva al servicio de Dios, y asi creyò que esta era la ocasion de declararla. Fuese pues un dia en busca de su Padre, y le representò con mucho respeto, que no creia haber nacido para ocuparse en estas vagatelas; que Dios le llamaba para alguna cosa mas seria y mas digna de un Christiano: en una palabra, que estaba persuadido de que su Magestad lo destinaba para servirle en el Estado Eclesiastico, y le rogaba que no se le opusiera. Lo amaban mucho sus Padres para causarle la mas minima pena; y como por otra parte conocian su firmeza, no se atrevieron à contradecirle en un asunto à que se mostraba tan determinado; pero sin embargo no pudieron ver sin mucho

sen-

sentimiento inutilizadas todas las medidas, que habian tomado para colocarlo en el siglo, por la eleccion de estado que lo debia separar del Mundo.

Asi Mouchin abrazò desde luego el Clericato, y al tomar la tonsura y habito Eclesiastico, tomo igualmente su espíritu, por un retiro, y separacion de mundo todavia mayor que hasta entonces; por su frecuencia à los officios divinos de la Parroquia en los Domingos y fiestas, à los que asistia con una modestia de Angel; y finalmente por su aplicacion à las obras de caridad y socorro de los pobres, considerando que aquel era uno de los principales ejercicios de un verdadero Eclesiastico.

Continuò entretanto su curso de Theologia en Sorbona, y su Padre que queria graduarlo de Doctor en acbano, lo hizo comenzar recibiendo el de Maestro en Artes. Se distinguiò asombrosamente en los exámenes, haciendose admirar por su modestia, y su dulzura, otrotanto como por su erudicion, y solidez en las respuestas.

Pasado algun tiempo se tomò la libertad de decir à su Padre, que supuesto que deseaba que tomase consecutivamente los demas grados hasta el bonete de Doctor, le suplicaba que le permitiese entrar en un Seminario donde tendria el tiempo y comodidades necesarias para estudiar las materias de Theologia, y prepararse para entrar en los Ordenes Sagrados, cuyo recibio le rogaba con mucho apremio uno de sus Tios.

Este Tio, que tenia en el Obispado de Lisieux un gran curato, se lo queria resignar, bien asegurado de la virtud y suficiencia de el sobrino, por verse anciano y enfermo. (a) Pe.

NOTA DEL AUTOR.

(a) Este Curato es el de Mesteraut gros Bourgentre Séezy Alençon. Vale dos mil libras.

Pero nuestro Jobensio Clerigo tenia otros designios, que disimuló con prudencia, hasta encontrar ocasion oportuna para egecutarlos, sintiendose inclinado desde sus primeros años à abrazar el retiro, y renunciar enteramente al Mundo. Como hubiese una amistad muy intima con Monsieur el Abad Felibien, hijo del celebre M. Felibin, bien conocido por sus Obras, y amigo especial de el Abad de Rance, le comunicó cierto dia una Descripcion de el Monasterio de la Trapa, (a) que habia hecho su Padre, añadiendo al mismo tiempo muchas particularidades de la vida de los Monges de este Monasterio, de quienes dijo tantos elogios, que le excitó deseo de irse á ver por sus ojos la verdad de lo que publicaba la fama. No tardó mucho tiempo à presentarse la ocasion que deseaba: pues habiendo ido à visitar á su Tio, cuyo Curato solo distaba algunas leguas de la Trapa, le pidió permiso para pasar à ver à estos Santos Solitarios, que así les llamaba. Su Tio que le habia notado bien su inclinacion dominante à la vida retirada, temiendo que se rindiera à sus atractivos, hizo lo que pudo para desviarlo, y al fin no se lo permitió sin que ofreciera no quedarse allí, y volver à su casa. No fue inutil su precaucion: pues en efecto quedo Mouchia tan embelésado de todo lo que vio en la vida y egercicios de los Monges de este Monasterio, que yo no dudo en que dijo entre si mismo desde luego con el Propheta Rey: *Esta es mi mansion, y el lugar de mi reposo por una*

eter-

NOTA DEL TRADUCTOR.

(a) Esta Descripcion se hallara traducida en el 3 tomo del Suplemento de la Vida Monastica.

eternidad. (a) Sobre la marcha se habria quedado, à no ser la palabra de regreso que habia dado à su Tio, y algunas otras consideraciones que le hicieron diferir por algun tiempo la egecucion de su designio.

Teniendo presente sin cesar en su imaginacion, despues de haber vuelto à Paris, la impresion de lo que habia visto en la Trapa, donde se servia à Dios (decia) en espíritu y verdad, suspiraba sin cesar por este santo lugar. Por el contrario todo quanto veia en el Mundo era para el un objeto de menosprecio y aversion. Como creyese con mucha razon, que le seria difícil de cumplir lo que meditaba en medio de su familia que lo amaba con ternura, creyó que seria conveniente acostumarles poco á poco à su ausencia; y como ya tenia suplicado à sus Padres que le permitiesen entrar à un Seminario, así para continuar sus estudios, como para prepararse à los sagrados Ordenes, les reiteró entonces su demanda, y alcanzo lo que apetecia.

En efecto entro en el Seminario de San Maglorio, y al momento se hizo modelo de todos los Seminaristas, por su piedad y su dulzura. Al ver el modo, todo Santo, con que se conducia en sus estudios, creeria qualquiera que no estudiaba tanto por hazerse docto, como por avanzar mas y mas en el conocimiento y amor de Dios. Pero no dejaba de estudiar con fruto; donde se deja ver, que el modo de hazerse luego sabio, es trabajar en hazerse virtuoso. No tardaron mucho los Superiores de el Seminario à conocer el merito y virtud de este Clerigo mozo, y creyeron hazer un gran servicio à la Iglesia, en promover à los Sagrados Ordenes à un sugeto de tan singular virtud.

Habiendole dicho que se preparase, se quiso instruir

(a) Psal. 131.

truir à fondo de las obligaciones de un estado tan elevado y tan terrible, antes de abrazarle. Se aplicó à leer en especial lo que escribieron San Gregorio y San Chrysostomo; mas quedó tan asombrado de la idea que dan estos dos Padres de la sublimidad de el Sacerdicio, que no fue menester otro para hazerle tomar una firme resolución de no entrar jamas en un ministerio para quien le persuadía su humildad que no tenia ninguna disposición.

Crecia su temor à los Sagrados Ordenes à proporcion de lo que adelantaba en esta lectura, y fue tanto el miedo de que lo forzassen à recibirles, que ya solo pensó en esconderse en alguna soledad. Parecióle que no podía hallar otra mas proporcionada à su deseo que aquella que habia visto, y que tanto le habia prendado el corazon, quiero decir la de la Trapa. Por este medio pudo entonces evitar la imposición de manos de su Obispo; pero fue inútil contra los designios de Dios, quien lo conducia al sacerdocio que tanto temia, por caminos que no penso en evitar: pues no imagino, que lo harian Sacerdotes en un lugar donde de sabia, que solo se formán penitentes.

Después de haberse ocupado mucho tiempo con este pensamiento, que igualmente perseguía su inclinación à la penitencia, que su aversion à las dignidades Eclesiasticas, solo pensó en excusarlo; pero no queriendo dar un paso de tanta consecuencia sin habérselo asegurado primero de la voluntad de Dios, así por la oración frecuente, como por la via de consejo, se descubrió con algunas personas virtuosas, y sobre todo con el R. P. de la Tour, que à la sazón era Superior de San Maglorio. Bien lejos de entrar este sabio Director en los designios de Mouchin, se opuso con todas sus fuerzas, sea que le doliese el privarle à la Iglesia de un hombre tan excelente, sea que lo creyese demasidamente delicado para soportar la aus-

te-

teridad de la Trapa, ó sea que meramente quisiera probar su vocacion; mas el, persuadido de que venia de Dios, lo apremio con tanta frecuencia, y vehemencia para que le diese su aprobacion, que después de muchas dilaciones le fixo finalmente el tiempo en que le permitia retirarse à la Trapa.

Habido pues el beneplacito del que hacia veces de Dios en el mundo para el, creyó, que no debía diferir la execucion de su empresa; y conociendo hasta donde llegaba el apego y excesiva ternura de sus padres à el; juzgó, después de haber tomado consejo que no podia hacer cosa mejor, que seguir el exemplo del Santo Legislador, cuya regla queria abrazar, y huir al desierto, evitando todos los obstaculos, que podian oponer à su retiro, anticipando para ello à su marcha el termino que su Director le habia prefixado. Felizmente se le ofrecio una ocasion favorable: pues partio con un Eclesiastico amigo de nuestro R. P. Abad de Rance que lo quiso conducir à la Trapa, à donde arribaron à principios de Mayo de 1682. Apenas llegaron, los fue à ver en la Hospederia el R. P. Abad. Al presentarle este Eclesiastico à nuestro postulante, creyó, que no sería inútil el elogiarlo, para obligar al R. P. Abad à recibirlo en el numero de sus Hijos, solo la Phisonomia de Mouchin ya tenía un no se que tan obligante, y tan amable, que no se le podia mirar sin quedar al momento preocupado en su favor. En efecto el R. P. Abad quedó tanto mas prendado de todos los atractivos de su persona, quanto estaban acompañados de un pudor, una modestia, y una humildad extraordinaria.

Aunque partio de Paris sin decir à sus padres à Dios, les escribió dos cartas separadas, y otra à su hermano. Si no fuesen tan largas, merecian copiarse aqui; pues casi en cada linea se ve todo lo que pueden dictar el amor mas tierno y respetuoso, y el mas

Tom. III.

B

per-

perfecto agradecimiento à un corazon vivamente penetrado. En ellas aparecen con esplendor , y con todos los caracteres del espíritu de Dios el desprehendimiento y menosprecio de si mismo , y de todo lo criado, la grandeza de su fee , su confianza en Dios, su amor à la soledad y penitencia , su elevacion sobre todos los sentimientos de la naturaleza , y finalmente su resolucion para executar con puntualidad las ordenes de Dios.

Estas cartas , que no se dieron à sus padres hasta pasados algunos dias despues de su marcha , hicieron un efecto contrario al que Mouchin se habia prometido ; pues lejos de consolar à su padre y à su madre , aquellos grandes sentimientos en que se habian concebido solo sirvieron para renobarles toda su ternura , y hazerles sentir de un modo todavia mas amargo la perdida de un hijo que unicamente amaban.

Como no decian determinadamente estas cartas el lugar de su retira , se lisongearon al principio pensando que podia haber ido à visitar à su Tio el Cura , que estaba peligrosamente enfermo , y hazia mucho tiempo que lo pedia con instancia. Su Padre le escribió luego una carta rogandola que detubiera à su hijo en su compañía , si acaso estaba con el ; y procurando desviarlo de un designio , que lo inundaria de la postrera desolacion : y que en el caso de no estar , le suplicaba que embiase al Monasterio de la Trapa , à quien sabian que tenia inclinacion , para saber si se habia retirado en el , pidiendolo sobre la marcha.

El Cura , que à la sazón estaba casi al extremo , hizo escribir dos cartas à su Vicario : la una para su Cuñado donde le decia que su hijo no estaba en su casa , sin embargo de haberlo deseado con mucho afán tanto tiempo , para ponerlo en posesion de su Beneficio antes de morir ; que todos sus parroquianos lo deseaban no con menos ansia que el , por haberse ena-

morado de sus prendas en el poco tiempo que lo habian visto en su casa ; que habia obtenido todas las prohibiciones necesarias para ello ; que solo faltaba su acceptacion y su presencia ; que *incontinenti* embiaba à la Trapa , donde no dudaba que estaria , apremiandole para que se rindiese à sus deseos y à los de toda su Parroquia. En efecto embio sobre la marcha à uno de sus Presbiteros con una carta , donde usaba todos los argumentos mas especiosos , para obligar à su Sobrino à que acceptase la resigna de su beneficio ; mas nuestro celoso Postulante , tan insensible à esta oferta , como lo habia estado à las pretensiones y promesas de su Padre para adelantarle en el siglo , le dio la respuesta siguiente , dirigida à M. Voisin , Vicario de Mesleraut , que le habia escrito de parte de su Tio.

MONSIEUR.

En el estado en que por la misericordia de nuestro Señor me hallo de presente , y es de llevar una vida penitente , y procurar salvar mi alma , no me encuentro con fuerzas para encargarme de cuidar de un gran numero de otras , ni con los talentos proporcionados para procurar su salvacion. Yo agradeceré toda mi vida la amistad , que siempre me profesò mi Tio , y no cesare de suplicar à Dios por nuestro Señor Jesu-Christo , que le de el premio de los trabajos y penas que padecio , solo por la gloria del Señor. Le rogare , vuelvo à decir , que corone sus obras , y pido todavia à mi carisimo Tio por ultimo efecto de su amor , que se digne de ofrecer à Dios la renuncia de todas las cosas del mundo , à quien yo dexo enteramente , por agradecerle. Tened , Monsieur , la bondad de representar à mi honorabilísimo Tio , que si Dios lo llama de este

„ mundo , yo no le quise sobrevivir , habiendose aban-
 „ donado voluntariamente , y no deseando ya mas que
 „ desprehenderme de todo , para presentar á Dios mi
 „ alma totalmente desnuda , de quien espero que no
 „ me negara su amparo. Tambien os suplico el socor-
 „ ro de vuestras oraciones ; y no teniendo de presen-
 „ te otro modo de agradecer los beneficios que reci-
 „ bi en el mundo , rogare , aunque el mas indigno
 „ de los hombres , por todos los que me favorecieron
 „ en las mas minimas cosas , y sere siempre de mi Tio
 „ un agradecidísimo sobrino , y de todos mis amigos,
 „ y de vos , Monsieur , humildísimo y obedientísi-
 „ mo servidor *Moushin. pobre pecador.* En la Trapa à 14
 „ de Mayo de 1682.

Sin embargo habiendo sabido su Padre que ver-
 daderamente se habia retirado à la Trapa , el dolor
 que concibio de la perdida de este hijo , à quien mi-
 raba para lo sucesivo como el ornato y apoyo de su
 familia , de quien era primogenito , le hizo tomar la
 resolucion de irse en persona à hazer los últimos es-
 fuerzos para recobrarlo. Pero satisfecho el P. Abad de
 su firmeza , lo forzo por el contrario à irlo à visitar en
 la hospederia , sin dudar de que saldria del combate
 con victoria. En efecto despues de haber escuchado con
 mucha moderacion y paciencia todas las razones mas
 graves , que su Padre le pudo alegar para que muda-
 se de resolucion , despues de haber resistido con una
 constancia sin igual à sus ruegos , y aun à sus lagri-
 mas , no se pudo dispensar de representarle su admi-
 racion , de ver que en vez de felicitarle por una gra-
 cia tan particular como le haria Dios retirandole de los
 peligros y miserias de el mundo , hiziese al contrario
 todos sus esfuerzos para arrebatarla de sus manos. Y
 habiendole manifestado la impresion que habia hecho en
 su corazon todo lo que le llevaba dicho para titubear-
 lo , se volvió à su Padre , y le dijo en un tono lleno

de

de ternura y respeto , que nunca llegaria à ser tan in-
 grato , que olvidase los infinitos cuidados que habia
 puesto en su educacion ; que procuraria en todo lance
 darle muestras de su mas vivo agradecimiento ; pero
 que en el presente , donde se tratava de su salvacion
 lo tenia por muy buen Padre para oponerse à su fe-
 licidad , y por muy christiano para impedirle el obe-
 decer à la voz de Dios.

Un discurso tan sabio y tan patetico hizo todo
 su efecto. Convencio , y dió tanto golpe à su afligido
 Padre , que no pudo menos de alabar la resolucion de
 su hijo , y manifestarle al mismo tiempo , que se tenia
 por desgraciado de no verse en estado de seguirle.

Pero si no tubo la dicha de atraer à su Padre
 à dexarlo todo como el , à causa de los lazos del ma-
 trimonio , y de los cuidados de la familia que lo de-
 senian , es cierto quando menos , que Dios se sirvio
 de su ejemplo para excitar à su hermano à renunciar
 tambien todas las cosas del mundo.

Le habia dexado , como queda dicho , una car-
 ta donde lo exortaba à irse à ver alguna vez con el
 R. P. de la Tour , para tomar su consejo sobre elec-
 cion de estado ; y que considerase sobre todo , que si
 el alma se pierde de nada sirven todos los bienes , y
 fortunas del mundo , y que la salvacion se debe pre-
 ferir à todo. Le habia movido tanto el ejemplo de su
 hermano , que pasado poco tiempo efectivamente se fue
 à ver con el R. P. de la Tour , declarandole el desi-
 gnio , que à su parecer le inspiraba Dios , y era irse
 à reunir à su hermano , para vivir , y morir en la
 Trapa con el , lo que habria executado , si el R. P.
 de la Tour despues de haber examinado sus disposicio-
 nes y sus fuerzas , no le aconsejara , que entrase , co-
 mo efectivamente entrò , en la Congregacion de San
 Mauro.

Libertado así Moushin de este peligroso lazo , que-
 do

dò mas firme que nunca en la resolucion de finalizar sus dias en la Trapa. El R. P. Abad, que obserbaba de cerca todas las marchas de este fervoroso Postulante, quedó tan edificado de una fidelidad, y constancia tan poco comun, que abreviò en su favor las pruebas ordinarias de los Postulantes, y le diò el habito de la Religion con el nombre de Fray Mauro. Al imponerle el nombre del mas Santo discipulo de San Benito, previo sin duda el P. Abad quan grande sería con el tiempo la santidad de este Novicio tan fiel, y tan fervoroso. No se engaño: pues este nuevo discipulo apareció Maestro desde el principio de su carrera, y en adelante fue reputado siempre por uno de los mas perfectos discipulos de nuestro Ilustre Reformador. Como habia traído al Claustro un corazon puro, y ya desprehendido de todos los afectos terrenos, podemos decir, que en la ceremonia de su vesticion solo tubo que mudar el abito: sin embargo no dexo de renovarse enteramente por el fervor con que abrazó este nuevo genero de vida. Aquella humildad, aquella admirable pureza de cuerpo y alma, aquel menosprecio del mundo, y aquel amor á Dios, que habia manifestado en el estado secular, y Eclesiastico, adquirieron un nuevo grado de perfeccion por los ejercicios de una vida mas regulada, y mas mortificada.

A estas disposiciones generales, y comunes á todos los christianos, añadió bien pronto las especiales, y propias del estado religioso. Una obediencia cordial, é ilimitada, la frecuencia en la oracion, el amor á las humillaciones, y mortificaciones, el fervor en los trabajos mas viles, y penosos, el amor al silencio, la caridad fraterna, y el espíritu de compunción, fueron las disposiciones, que poseyo siempre Fray Mauro en un grado eminente. Pero todavia lo hizo mucho mas estimable, el haber sostenido todos estos dones por una compostura tan grave, tan modesta y tan reco-

gida,

gida, que sola su presencia inspiraba devocion, y piedad. Finalmente por el cuidado, que puso en imitar las buenas qualidades, que tenian sus hermanos, en muy poco tiempo supo juntar en su persona todas las virtudes, que se hallaban dispersas en cada uno de ellos.

El hermano Mauro experimento bien pronto la verdad de aquella sentencia de nuestro Padre San Benito, » que á proporcion de lo que se adelanta en la fe, y » en la piedad, viene á dilatar el corazon la inefable » dulzura del amor de Dios, de modo que se corre » con mas ligereza en el camino de los mandamien- » tos del Señor. (a) En efecto nadie pudo oponer el mas minimo obstaculo al progreso de su carrera. No tubo, ni pena, ni tentacion, ni escrupulo alguno en todo su Noviciado, ni aun se sabe que lo haya tenido en todo el discurso de su vida, sin que sea posible pasarla en una paz mas igual, ni mas duradera. Asi se digna Dios de llenar los vacios á un corazon, que se le da sin reserva.

Todas quantas veces iba á ver al R. P. Abad, solo era para hablarle de la felicidad, y santidad del estado que acababa de abrazar, y de la impaciencia que tenia de empeñarse por los votos en el. No se podia contener de desearle mil bendiciones por haber establecido en este Monasterio una penitencia tan exacta, un silencio tan perpetuo, una caridad tan cordial entre los hermanos, y finalmente una separacion tan consumada de todas las criaturas. Consideraba á todos estos santos ejercicios, no solo como cimientos de la piedad, y observancia de los claustros; sino tambien como manantiales de estas copiosas gracias, y de esta tranquilidad profunda que gozaban sin interrupcion sus hermanos y el.

Un

(a) In Prol. Reg.

Un Novicio penetrado de estos sentimientos estaba muy lejos de dar á sus Prelados el mas minimo cuidado sobre su perseverancia, y vocacion: por tanto jamas hubo Novicio recibido á la Profesion con un aplauso mas universal. Supuesto lo dicho, ya se puede pensar con quanta piedad, y fervor se llegó esta víctima tan pura á los sagrados Altares para consumir su sacrificio. Al tiempo que iba á pronunciar sus votos, le vinieron al pensamiento aquellas palabras del Profeta: *Vovete, & reddite Domino Deo vestro, omnes qui in circuitu ejus offeritis munera.* (a) Este precepto, que sera la condenacion de un numero casi infinito de Religiosos, lejos de espantar á Fray Mauro, lo llenó de tanto mas consuelo y gozo, quanto estaba perfectamente determinado á cumplir á Dios sus votos hasta el ultimo suspiro.

Las gracias con que el Cielo lo favoreció después de su profesion, mostraron la integridad de su Sacrificio, y persuadieron, que su perfume habia llegado hasta el trono de Dios. Fray Mauro siempre solícito en devolver estas gracias á su origen, por un perene agradecimiento, creyó, que el mejor modo de corresponder era aumentar su fervor y fidelidad en cumplir todos sus deberes. Se hizo tan puntual, y tan exacto en ello, que jamas se le vio dar una mirada, ni hacer una accion que mereciese ser reprehendida. Todo era instructivo en él, su conversacion, su silencio, su modestia, su piedad, su compostura. Asi era mirado como una regla viva de lo que se debia hacer para llegar á ser un verdadero y perfecto Religioso.

Es muy difícil de expresar qual era su recoleccion, y el embeleso de su alma, quando cantaba las alabanzas de Dios. Aunque su voz era muy debil, no dexaba de hallar fuerzas en su zelo, y devocion para sobresalir entre todas las demas; y estuvo bien lejos de

(a) Ps. 75.

de creer, que la delicadeza de su pecho fuese justo motivo para dispensarse de unir su voz con la de sus hermanos.

La propension, que tubo á la oracion, y que de ordinario es el premio de la fidelidad, é inocencia de la vida, la demostró en aquel afan, y frecuencia con que se aplicava á ella. No manifesto menos fervor, y devocion al santo sacrificio de la Misa. Nunca dejó de ayudar á muchas cada dia, ó de asistir quando menos á ellas: lo que hacia de un modo tan respetuoso, y tan devoto, que claramente daba á conocer, que su alma hallaba en este adorable sacrificio consuelos siempre nuevos. Pero sin duda los encontraba mayores, y mas sensibles quando participava de los divinos misterios. Para satisfacer á su inclinacion, y devocion en esta parte, se hubiera llegado á ellos cada dia, á no haberle contenido el temor de distinguirse de sus hermanos, quien ciñó sus comuniones á las prescritas por las reglas del Monasterio. Mas esta humilde reserva, bien lejos de entibiar el fervor de sus deseos, lo hacia llegar á la sagrada mesa con mas sentimientos, mas apetito, y mas fruto. Asi se le notó muchissimas veces en ciertos movimientos extraordinarios que aparecian en su rostro, y en sus ojos, y sobre todo en aquella copia de lagrimas que vertia, antes y después de la comunión.

No era posible, que un Monge tan ambriente de el sagrado cuerpo de Christo, no lo fuese tambien de su palabra. Fray Mauro, que habia aprehendido de S. Agustin á no diferenciar ambas cosas, jamas la escuchaba, ni leía, sin una atencion mezclada de temor y respeto. Como llevaba un corazon humilde y puro á esta leccion divina, Dios le descubria por si mismo sus secretos y misterios; y esta era la unica fuente en que bebia las verdades y maximas con que regulaba su conducta, y de que ablaba á sus hermanos, quando

les llegaba el turno en las conferencias.

No vivía tan ocupado Fray Mauro en lo que podía conducir à su aprovechamiento interior, que menospreciase los ejercicios exteriores de la Religión. Sabía por el Espíritu Santo, que nada menosprecia quien teeme al Señor. Esta consideracion le hizo aprender de memoria todas las Constituciones de la casa (a) las que observò con una exactitud tan inflexible y tan escrupulosa, que antes hubiera querido morir, que quebrantarlas ni variarlas en nada: tan persuadido vivía de que obedecer al mismo Jesu Christo quien obedecer à su Prelado, el que segun la regla de San Benito hace sus veces y voces en el Monasterio, *Christi vices agere in Monasterio creditur.* (b)

A un Religioso de una virtud tan consumada, parece que ya no le faltaba sino la prueba comun por donde Dios hace pasar à sus Escogidos, es decir las enfermedades y dolores. En efecto Jesu-Christo lo llevó por este camino real; y si es cierto que mide nuestras penas, con nuestro amor, por la multitud de los diferentes males que ejercitaron su paciencia en el discurso de cerca de catorce años, se puede condeñar la extension de corazon con que andò Fray Mauro à Dios.

Esta pròlija enfermedad començò al principio por una fiebre lenta, que se le notò en la sequedad y palidez de la cara. El R. P. Abad que atribuyò esta dolencia à la perene aplicacion de Fray Mauro à las co-

NOTA DEL TRADUCTOR.

(a) Componen estas Constituciones 2 volumenes algo mayores que el presente.

(b) Reg. cap. 2.

sas divinas; creyò que el oficio de Sacristan, lo podría divertir. En efecto era muy proporcionado este empleo por la diversidad de sus ocupaciones para disipar su mal, si este se pudiera remediar con la accion; pero luego se notò, que el ejercicio le era enteramente contrario. Apenas hubo servido por algunos meses este cargo, quando la pesadez de la labor junta à la humedad de la Iglesia le causò un reumatismo, que poco despues degenerò en una fluxion al pecho. La fiebre lenta pasò à continua, y se le agregaron la tos y la vigilia, de manera que viendolo incapaz de servir el R. P. Abad, lo sacò de la sacristia para llevarlo à la enfermeria.

Este primer insulto lo puso tan al cabo, que creyò haber llegado yà al fin de su vida. Se preparò para la muerte con aquella paz y confianza que acostumbra las almas inocentes; quando Dios que lo tenia reservado para mayores pruebas, y para edificar à sus hermanos, le restituyò de repente la salud. Considerò Fray Mauro esta curacion inopinada, como una dilacion otorgada por la bondad de Dios para darle tiempo de hacer mas pura, y mas exacta que habia sido hasta entonces su vida. Los accesos de la muerte, que habia experimentado, solo sirvieron de aumentar su descontento con la vida. Este lo conduxo à cuidarse menos que nunca, ò por mejor decir, abandonarse à rienda suelta à los ejercicios mas penosos de la penitencia. Velaba sin cesar un momento sobre sus pensamientos, sus movimientos, sus acciones, y sobre todo sobre los impulsos de su animo. El R. P. Abad, que temia el verlo recaer en las mismas enfermedades que le habia causado su grande aplicacion à Dios, penso evitar este inconveniente dandole el oficio de refectorero. Despues que Fray Mauro lo sirvio por algunos meses con un celo correspondiente à la ternura con que amaba à sus hermanos, le encomendaron la enfermeria.

Esta mudanza de oficio en que nada perdía su caridad, lo puso en el auge de su gozo, persuadido de que nada le podia ser mas glorioso, ni mas util, que el servir à Jesu-Christo en la persona de los enfermos. Es preciso confesar, que el Padre Abad no les podia dar un servidor, que poseyese en grado mas sublime de perfeccion todas las qualidades que nuestro Padre San Benito exige al enfermero, y son temor y amor de Dios, diligencia y solicitud. Fray Mauro juntaba á estas prendas una sabiduria, dulzura y afabilidad, que imanzaban el corazon de todos los enfermos. Sola su presencia les inspiraba amor à la obserbancia, y paciencia en los mayores males. Hacia proprias sus enfermedades, y no hubo ni una, por mas peligrosa y fastidiosa que fuese, que no solazase con una aplicacion, y una caridad sin limites, pudiendo decir con San Pablo: *quis infirmatur & ego non infirmor?* Amaba igualmente à todos sus enfermos, y jamas se le noto, que usase con ellos de aquellas preferencias contrarias á la verdadera caridad, que muchas veces son un mero producto de la naturaleza. Lo mas notable es, que siendo de un natural muy lento, supo su provision suplir tambien este defecto de actividad, que jamas estubieron servidos los enfermos con mas puntualidad y vigilancia.

Fray Mauro, que quando se trataba de servir à sus hermanos contaba menos con sus fuerzas, que con su ternura, se vio muy pronto en el numero de los enfermos. Sola su caridad lo habia sostenido hasta entonces; pero no era muy facil, que un pecho tan debil como el suyo pudiera resistir mucho tiempo á las infiestas impresiones del ayre de la enfermeria, donde la mayor parte de los habitantes padecian de pulmon. Esta enfermedad, que aqui se ganò, fue acompañada de molestissimos accidentes. Vomitaba con frecuencia, y algunas veces mucha sangre. Le atormentaba noche,

y

y dia una tos violenta; se le incrementaba la fiebre, y à mas de lo dicho tenia tan grande dificultad en respirar, que no podia subir algunas gradas sin perder el aliento. Como todas estas enfermedades lo imposibilitaban para servir à los enfermos con la presteza que algunas veces pedian sus necesidades, creyò el Padre Abad, que lo debía relevar del cuidado de la enfermeria,

El, que solo habia aceptado los oficios exteriores por obediencia, quedo muy gozoso al ver, que sus enfermedades favorecian à su amor al silencio, y oracion, reduciendole à la necesidad de ocuparse en ambos egercicios sin interrupcion. No por ello dexaba de concurrir siempre que podia à todos los actos de comunidad, en que jamas se presentaba sin edificar, y consolar à sus hermanos con su presencia. Quando sus males no le permitian salir de la celda, oraba ò leia la Sagrada Escritura; y yà sea que hablase à Dios, yà que lo escuchase, lo hacia siempre con un corazon tan tierno y fervoroso, que rara vez podia contener su llanto.

Solo interrumpia por la labor de manos estos dos egercicios. Como escribia perfectamente bien, el R. P. Abad creyò, que le debía mandar, que copiase algunas obras, que componia à la sazón, dandole asi una ocupacion proporcionada à sus fuerzas. Mas esta labor, que no seria penosa para un sano, fue una sobrecarga de dolor para Fray Mauro, quien solo podia escribir en una positura, que le oprimia y desgarraba el pecho. No penso en quejarse, pues amaba demasiado à las penas para huirlas, y era mucha su adhesion al Superior para no servirle à expensas de su cuerpo y su salud. En estas enfermedades pasó Fray Mauro cerca de catorce años, en los quales, y sobre todo en los imbiernos, lo llevaron al cabo muchas veces sus males. Por lo demas, siempre estava contento, siempre tran-

tranquilo, y siempre amador de la mortificación y penitencia, de que nunca rebajó nada sin contravenir á su gusto y á su inclinación. Sería un nunca acabar, el querer referir por menudo las que padeció en el dilatado curso de su enfermedad. Baste decir, que no se puede expresar el odio que tenía á su cuerpo.

Dio muestras bien reales de ello en un lance, que merece ser referido. Tenia Fray Mauro un desagrado tan grande al sustento ordinario de los enfermos, que no pudo vencerlo. Pero como la frecuencia de sus vomitos de sangre lo precisaba á comer solo, y tenía gran cuidado de cubrir su plato, no cuidaron los servidores de la mesa de ver si comia, ó no comia. Fr. Mauro, bien lejos de sentir su falta de atención, declarando por sí mismo su disgusto al Padre Abad, mas quiso exponerse á todas las tristes consecuencias de una larga abstinencia, que resolverse á dar un paso donde tenía, que la sensualidad y naturaleza cubiesen la mas mínima parte. Ya hacia mas de un Mes, que sufría en silencio y en paz la privación de lo mas necesario, quando Dios que queria manifestar una acción de un abandono tan perfecto de sí mismo, permitió, que Fr. Mauro cayese desmayado en medio de la cámara común. Un Novicio, que entro por casualidad, asombrado de ver á un Monge tendido en tierra sin ninguna señal de vida, se fue con presteza á dar aviso al R. P. Abad. Se hicieron todas las diligencias posibles, y fue menester todo para volverlo de este desmayo con gran pena; mas esta creció quando se le hizo confesar la causa. Apenas la oyó el Padre Abad, no se pudo contener de manifestarle con mucho desagrado quanto le disgustaban estas indiscreciones; y para evitar su recaída en adelante lo amenazó con toda su indignación, si jamas era osado de tener tan poca confianza en su Superior, ó por mejor decir tan poca humildad, para encubrirle sus necesidades. Sin embargo á pesar de

su desagrado no pudo menos de aumentar el R. P. Abad su estimación y afecto á un Religioso que tanto menospreciaba la vida. Aunque siempre lo habia amado con ternura, despues de este accidente le dio muestras mas sensibles de su afecto por el cuidado que puso en prevenir sus necesidades, y por el aprecio que hizo siempre de sus consejos. Mas por mucho que fuese el cuidado que tenía de conservar una persona tan útil, y al mismo tiempo tan amable, siempre se cautelo de su propio corazon, para que no lo inclinase á procurar al Santo penitente los alivios, ó remedios prohibidos en nuestras constituciones, contentandose con darle los mismos que á los otros.

Apenas acabó de recobrar Fray Mauro sus fuerzas, el R. P. Abad puso los ojos en él, como el mas digno de servir el oficio de portero. Habia recibido hasta entonces todos los apuros que le habian conchado, sin la mas mínima repugnancia, por no haber considerado en ellos otra cosa que pena y trabajo. No le sucedió lo mismo en este, que solo tiene acrañidos para un Religioso que estubiese algo disgustado de la soledad y silencio. Como se hallaba Fray Mauro en una disposición del todo diferente, no dexó piedra por mover para evitar un oficio que le habia de quitar las utilidades que experimentaba en el retiro y oración. Pero en vano se cansó, pues el P. Abad estuvo firme, y le fue preciso obedecer.

Esto puesto tan variagado para una virtud afeminada, lejos de causarle daño alguno á la de Fr. Mauro, solo sirvió para darle mayor solidez. Como sabia que el Mundo está siempre dispuesto á enseñar á un solitario quando se halla á la puerta, consideró continuamente aquel precepto de la regla que dice, *à seculi actibus se facere alienum*. En efecto vivió siempre con tanta precaución y vigilancia, que nunca parecia mas Religioso que quando se veia precisado á conversar con

gentes que no tenían ni los ayres, ni las máximas religiosas: por tanto jamás ningún portero desempeñó sus deberes con más sabiduría, más caridad, ni más edificación. Animado por aquella sentencia de Jesu-Christo que dice: en el día del juicio dire, huésped y peregrino fui, y me recibisteis; recibía à todos los huéspedes con esta fe; pobres, ricos, nobles, y plebeyos, à todos respetaba como à Christo; y sin hacerlos esperar, como dispone S. Benito, les respondía con una dulzura inspirada por el temor de Dios, y mezclada de una ardiente caridad.

Pero si bien su caridad era igual con todos, los pobres experimentaban de ella pruebas más sensibles. Seguía en esto el espíritu de su regla, que ante todas cosas manda un cuidado muy particular en recibir los pobres, pues en ellos se recibe más à Jesu-Christo que en los otros. Por lo que respeta à los que venían al Monasterio con el designio de abrazar la penitencia los exortaba, los alegraba, y les dava todos los avisos, que estimava proporcionados para efectuar su vocación. Como su corazón hablava mucho más que su boca, todo lo que les decia este sabio portero causaba en sus almas impresiones de vida, y les hacia tan fácil como sensible una penitencia tan costosa à los principios à la naturaleza. Por tanto todos los que profesaron durante su oficio de portero, han asegurado que después de Dios le debían su perseverancia.

Una conducta tan obligosa y tan santa, junta à todos los atractivos de su exterior, le granjeó la estima y amistad de todos quantos visitaban esta Abadía. El Santo Rey de Inglaterra (a), su Alteza Real Madama

NOTA DEL TRADUCTOR.

(a) Jacobo Segundo, à quien llama Santo el Autor por

de Guisa, M. El Duque de Perth, y otras muchas personas de la primera distincion se procuraban à porfía el gusto de honrar à su merito y virtud.

El difunto Munseñor de Seez, que conocia todo su valor, es quien le dió muestras más efectivas de su ternura y estimación: pues sin contar con las penes enfermedades de Fray Mauro, lo quiso elevar al Sacerdocio, para procurarse el consuelo de haber dado à Jesu-Christo un Ministro que fuese segun su corazón. El R. P. Abad à quien comunicó su pensamiento, se alegró mucho: pero advirtió à este Prelado, que iba à poner la obediencia de Fray Mauro à la prueba más terrible que jamás se habia experimentado, que no era creible el que un Eclesiastico que unicamente se habia escondido en el desierto por evitar el Sacerdocio, se pudiera resolver à exceptarlo, siendo Monge y solitario. Mon-Señor de Seez le respondió que hacia su deber, y que el sabia bien el modo de vencer à su modestia y resistencia. En efecto este humilde Religioso se contentó con representar su indignidad para defenderse y sus frecuentes enfermedades para excusarse; mas no fue oido.

Desolado Fray Mauro más de lo que se puede decir, pensó hallar algun asilo en su Superior; pero el P. Abad, que obraba de concierto con Mon-Señor de Seez, duplicó su aflicion por el consejo que le dió de someterse ciegamente à la voluntad de su Obispo.

Fray Mauro viendo mancomunada esta duplicada autoridad para elevarlo aun puesto cuya altura siempre lo habia estremecido, creyó que ya solo debia pensar

Tom. III.

D

en

por haber confesado la Fé con perdida de su Corona, y à expensas de todas las calamidades que lleva consigo en un Principe Catholico esta venturosa desgracia. Por lo demás no está Canonizado.

en merecerla, purificando su corazon por la oracion y lagrimas continuas. Recibió luego los ordenes menores con Fray Basilio (*) y otros tres Religiosos, que estaban destinados para ello. Sucedió en este lance una cosa que merece ser referida. Una hora antes de celebrar esta funcion, los llamó á todos á su quarto el R. P. Abad para declararles su voluntad, y darles algunas instrucciones, porque excepto Fray Mauro, nada sabian los otros quatro de esta ordinacion. Apenas llegaron á entender el designio del P. Abad, se prostraron todos á sus pies conjurandole con lagrimas, que no los sacase de aquel estado de humillacion que habian venido á buscar en la Trapa. Viendo que el P. Abad no hacia caso ni de sus razones, ni de sus llantos, y que ya habria la puerta para llevarlos á la Iglesia, donde Mon-Señor de Seez los esperaba, se le pusieron luego delante abrazaron sus rodillas para detenerle, y duplicaron sus instancias con unas lagrimas tan tiernas, en un tono de voz interrumpida con tantos sollozos, que un Religioso que los oia creyó que habia sucedido algun accidente funesto á la casa. Pero quedó bien sorprendido quando supo la verdadera causa de su desolacion, y protestó al P. Abad que no creia que pudieran ir al Suplicio los reos con mayor repugnancia.

Grandes eran sin duda estas disposiciones, y demostraban que no eran indignos del grado con que los querian honrar; mas lo que despues les sucedió comprueba aquella verdad del Espiritu Santo, que los pensamientos de Dios estan bien distantes de los pensamientos

NOTA DEL TRADUCTOR.

(*) La Vida de Fray Basilio se hallará en el segundo tomo.

tos de los hombres. El mas joven (*) de todos murió poco despues de haber recibido los quatro Menores. Fray Basilio que se ordenó de Subdiacono en la ordinacion siguiente, no se sobrevivió mas que diez meses (*) los otros dos que eran jóvenes, vigorosos y robustisimos, no tardaron mas de un año á seguirlos; de manera que solo Fray Mauro vivió lo bastante para llegar al Sacerdocio, pero nunca tubo bastante salud para celebrar por mucho tiempo.

Todos consideraron la precipitacion de su muerte como un castigo de Dios, que al parecer no queria, decian ellos, aprobar que fuesen elevados al Clero unos penitentes públicos destinados á morir en un saco y sobre la ceniza. Fray Mauro fue quien conservó con mas viveza este resentimiento. Jamás se le hablaba que no se llenase de confusion, y se affligiese hasta llorar. Imaginando, que uno de sus hermanos habia contribuido mucho á su elevacion, no se pudo dispensar de

NOTA DEL AUTOR.

(*) Era Fray Bernardo.

NOTA DEL TRADUCTOR.

(*) De la Vida de Fray Basilio, que se hallará, como queda notado, en el segundo tomo; consta que murió sin ordenarse mas que de subdiacono, en 23 de Febrero de 1695. De la de Fray Bernardo nada consta de lo dicho, ni tampoco de el dia de su tránsito, pero en el Necrologio de la Trapa se ve que murió á 22 de Abril de 1694. Su Vida se lee en el tomo segundo, y en el primero la de el otro Fray Bernardo, que murió á 25 de Enero de 1673.

decirle cierto dia en presençia del P. Abad, que sería responsable à Dios de las diligencias que por una amistad mal entendida habia hecho en este lance; que à ser su verdadero amigo, habria desengañado à Monseñor de Seez de la buena opinion que habia concebido de su persona por unas apatiencias exteriores que son muchas veces equívocas y engañosas. Añadiendole que solo podía reparar por la penitencia un error tan grande como el haber contribuido á hacer Sacerdote á un miserable que solo merecia ser sirviente de la casa. Este Religioso le respondió, que pensaba morir en su pecado, porque no se sentia en disposicion de arrepentimiento. Sea lo que fuese de la indignidad que se atribuian estos buenos Monges; la verdad es, que Dios les permitió hallar motivos de temor y humillacion en las circunstancias de su vida, que por ser la mas brillante, era tambien la mas peligrosa, y tanto mas capaz de seducirles, quanto no podian ignorar, que ni la edad, ni la ancianidad, ni la costumbre, si sola la virtud es quien hace Sacerdotes en la Trapa.

Quando Don Mauro [*] fue honrado del caracter Sacerdotal, hacia mas de dos años que voluntariamente habia renunciado el cargo de portero, para cerrarse en.

NOTA DE EL TRADUTOR.

[*] Esta repentina mutacion de el Fray en Don en el instante mismo, que el Autor comienza à referir la vida Sacerdotal de Don Mauro procede de el uso constante de la Orden en llamar Don à todo Monge Sacerdote, y Fray al que no lo fuere. Esta costumbre ha to bien fundada en la Regla de San Benito, passé à ley positiva en la Orden de Cister, cuyo Ritual Lib. 7. cap. 6. dispone que al publicar los Oficios de Semana, en el Capitulo se an llamados Don los Sacerdotes.

en la enfermeria con nuestro R. P. Abad de Rancé. La inviolable y tierna aficion que tenia à este Santo (*) Superior, le habia cerrado los ojos à todas las incomodidades, que son inseparables del Servicio que pretendia tributarle, y que estimaba como una gran dicha; pues los consuelos y utilidades que sacaba de las conversaciones y ejemplos de paciencia de este grande hombre, le resarcian con usura los trabajos que ponía en su asistencia. Consagrado que estubo à su amable Padre, por mas costoso que le fuese su servicio, no halla en él sino delicias pareciendole, que ganaba en el trato si perdía la salud y aun la vida en su obsequio.

Es verdad que la fama de Don Mauro egociaba algunas veces la paciencia de su Padre (*) pero lo es tambien que el amaño, la dulzura, y extraordinaria limpieza con que acompañaba todos los servicios, que le tributaba cubrian suficientemente este defecto. El lo levantaba, lo vestía, lo llevaba à la Iglesia, le ayudaba à tomar la comida, y en una palabra le admitía todas las asistencias de que con dificultad se puede dispensar un anciano de 74 años, y que ya solo se podia servir de un brazo.

Pa-

NOTA DEL TRADUCTOR.

(*) Llamale Santo en el sentido que permite la Iglesia este título à los Vicuosos no Canonizados.

(**) De su Vida consta, que su genio era muy vivo; y de sus Escritos, que los movimientos de su ingenio eran rapidísimos, y los efectos de su corazon tan veloces como piadosos, y un temperamento tan aguil, no podía menos de sufrir grandísima violencia en las dilaciones de un servidor tan hemático como Don Mauro.

Parece que un Mönge tan atento à todo quanto podia contribuir al consuelo y alivio de su Superior, y que vivia en una dependencia total de su voluntad, jamás le podia disgustar, y mucho menos desobedecer. Sin embargo le vino à suceder esto en el lance que se sigue. El R. P. Abad le dijo un dia que se preparase para escribir lo que le iba à dictar. Ignorante Don Mauro por entonces del asunto obedeció al momento; pero advirtiendo à las primeras lineas, que le dictaba una carta de favor por una persona, que habia abusado muchas vezes de las bondades que tenia recibidas de el R. P. Abad, se le cayò repentinamente la pluma de las manos. Este sábio Religioso, que sabia los limites que debe tener la verdadera caridad, que Jesu-Christo nos mandò con los enemigos, se tomó la libertad de representar al R. P. Abad las tristes consecuencias que podia tener el paso que iba à dar, dixo-le que estaba atonito de ver su fervor en volber bien por mal; pero que habia lances en que esta máxima, que se habia propuesto (*) tenia peligrosas consecuencias; y que debia ceder entonces à las reglas de prudencia, que no permiten complacer à una persona mal intencionada, quando ay motivo para creer que abusará del favor. Añadiò que sentia mucho el no poder continuar en escribir lo que le queria dictar; que siempre le habia dado muestras de la mas ciega sumision; pero que nunca su deseo de complacerle llegaria hasta ser complice de una cosa que le parecia injusta.

El R. P. Abad que era incapaz de desconfiar de nadie, no pudo imaginar que la persona por quien se

NOTA DEL TRADUCTOR.

(*) Alude este passge al voto que tenia hecho de hacer todo el bien que pudiese à sus enemigos.

interesaba pudiera llevar la ingratitud hasta el exceso que le representaba Don Mauro: por tanto le mandò con algun acaloramiento que saliese del quarto. Obedeció este fiel discipulo, pero penetrado de dolor por ver que este Santo hombre tubiese en nada las persecuciones y desgracias quando se trataba de obligar à un enemigo.

Sin embargo una resistencià tan vigorosa en un Mönge tan cordialmente apasionado de su Superior, hizo habrir los ojos al R. P. Abad, y le hizo hacer alguna reflexion sobre lo que Don Mauro le acababa de representar. No tardò mucho tiempo à conocer la sabiduria y solidez de sus consejos; y asi sin esperar que se pusiese el Sol, hizo llamar à Don Mauro en presencia de otro Religioso, y despues de haberle pedido perdon de su prontitud, le dijo que el solo valia para hablar à las gentes con aspereza, y pagar de este modo los servicios que le hacian con tanta solici-tud y caridad. Vos Padre mio, respondió Don Mauro, abrazandole tiernamente, sois incapaz de esto; Vos hicisteis vuestro deber; yo sol. el que faltè, pero de esto ya no se habla mas.

Una confesion tan sincera y tan humilde penetrò tan vivamente à Don Mauro, que se postò à sus pies, los regò con sus lagrimas, y queriendose humillar tambien, le dijo que un desobediente como él era indigno de prestarle ningun servicio. Sin embargo se viò con el tiempo que no se habia engañado Don Mauro, y este negocio habria tenido tristes consecuencias para la Trapa, si Dios que tomà siempre por su cuenta la causa de los inocentes, no confundiese las torcidas intenciones de un hombre, que parecia deleytarse en medir su ingratitud con la magnitud de los favores de que le habia colmado el R. P. Abad de Rancè.

Esta firmeza con que habia resistido Don Mauro à la voluntad de su Prelado, lejos de ocasionar me-

moscabo alguno à la sumision y respeto que siempre le habia tenido, solo sirvió para hacerle todavia mas vigilante en sus necesidades, mas rendido à sus ordenes, y mas solícito en servirle. Pero por mas persuadido que estaba de que solo habia obrado en esta ocasion por impulso de su conciencia, nunca se cansaba de padecer un dolor sensible por haberse visto precisado à contradecir à un Superior que veneraba infinitamente.

Como los hombres grandes son los que reciben con mas docilidad y agradecimiento los consejos, vengan de donde viniesen, y los que mas aprecian à los que se toman la libertad de darseles; El R. P. Abad de Rancé consideró à Don Mauro despues de este suceso como un hombre raro, y tanto mas estimable, quanto lo veía incapáz de aquella soberbia lisongera que nos inclina à celebrar indiferentemente todo lo que hacen aquellos de quienes esperamos algun favor, ó tememos algun resentimiento.

El R. P. Abad hubiera querido hallar el modo de prolongar los dias de un Religioso tan fiel y tan sabio; pero corrían muy de priesa los momentos que Dios habia destinado para coronar sus trabajos. A primeros de Septiembre del año 1700. insultaron à Don Mauro tantos males à un tiempo, que todos quantos los veian no creian que pudiera vivir ni ocho dias. Con esta consideracion el R. P. Abad de Rancé, que queria procurar algun reposo à este amado discipulo, lo instó fuertemente para que se retirase en algun quarto de la enfermeria. Mas un Religioso que frecuentaba mucho su compañía, le dijo por una especie de profecía: no R. P. mio, no temays, dexadle continuar los servicios que os hace, que Dios sostendrá à Don Mauro, y le conservará la vida mientras dure la vuestra: jamás os privará de este consuelo y asistencia. Todos quantos conocian la debilidad en que se hallaba este Santo Religioso, eran del mismo sentir, no pudiendo

do

do atribuir sino à una proteccion milagrosa de Dios la fuerza que tenia para gastar el resto de una vida agonizante en servir al R. P. Abad de Rancé, à quien por entonces ninguna seña se veía de una muerte cercana.

Sin embargo solo distaba pocos dias el triste momento que nos habia de arrebatarse à este amado Padre. La noche del 14 al 15 de Octubre se hizo en su pecho una inundacion de humores tan repentina y tan violenta, que pensó quedar sofocado. Este accidente alarmó à toda la casa; pero nadie se resintió mas vivamente que Don Mauro, sin embargo de no estar en mejor situacion. Aqui fue donde se vió hasta que punto puede llegar la ternura de un hijo amante de su Padre. Don Mauro casi agonizante se olvidó tanto de sí mismo, que al ver su perenne aplicacion, su afan, y su atencion en socorrerle noche y dia, dirian que habia determinado precederle, ó morir al mismo tiempo que él.

Pero lo que colmaba su afliccion era, la consternacion que veía en la cara de sus hermanos, quando se iban à informar del estado de la salud de su amado Padre, y sobre todo la imposibilidad en que se hallaba de poderles consolar. Finalmente murió el R. P. Abad de Rancé à pesar de todos los cuidados que puso su amado discipulo para conservar, ó prolongar quando menos la vida tan preciosa, que estimaba mil veces mas que no la suya.

Nada le pudo consolar en la perdida de un tan buen Padre sino la esperanza que tenia de reunirse en breve; pues consideró como presagio de una muerte vecina la circunstancia que vamos à referir.

Habiendo caído poco antes de morir en un desmayo el R. P. Abad de Rancé donde pareció que se quedaba, le presentaron un crucifijo, à quien abrazó con ternura, besando la imagen, y tambien la calave-

Tom. III.

E

ra

ra que tenia á los pies. Al de volver éste crucifixo á Don Mauro que se lo habia presentado, advirtió que solo besaba la imagen de Christo: dijole entonces con aquella vivacidad que le era tan natural: ¿Porqué no besais la calavera, Padre mio? Besad, besad sin temor la imagen de la muerte en quien no debéis temer la realidad. Ella es la que acaba nuestro destierro y nuestras miserias; por ella vamos á Jesu-Christo.

Mas el presentimiento que tubo de su fin Don Mauro fue la decadencia total en que se vió pocos dias despues de las funerarias de nuestro Santo Reformador. Privado de éste apoyo, que hasta entonces lo habia sostenido, comenzó á sentir toda la pesadumbre de un cuerpo aniquilado de trabajos. Se doblaron todos sus males, y ya no le dieron un momento de tregua. Una gran fièvre con recrecimientos, una tos violenta y seca, una inapetencia general á toda especie de sustento, la vigilia, y desgarró continuo del pecho, eran mas que bastante para acabar de destruir á un cuerpo á quien una enfermedad de mas de catorce años habia desecado hasta los huesos. En efecto se esperaba verle rematar dentro de pocos dias su carrera por una muerte dulce y tranquila; pero Dios que queria multiplicar sus coronas sumulando sus penas, todavía prolongó por mas de dos meses su vida, en los quales éste Santo penitente demostró hasta donde puede llegar la paciencia de un Christiano sostenido por la gracia de Jesu-Christo.

Ninguno de todos sus males que egercitaron la suya, la puso á mas terribles pruebas que las frequentes ópresiones que padecia, especialmente en las noches. Preñado á pasarlas sentado en una silla, no se podia recostar, sin padecer intolerables dolores: de suerte que apoyado no mas que por sus codos, experimentaba á un mismo tiempo la violencia de sus males; y las incomodidades de una situacion tan forzada y tan dolorosa. Mas en este estado trataba con su Dios de su
etc.

ternidad, repasando en su corazón las infinitas misericordias que le habia hecho, y de que le colmaba sin cesar; pues miraba como uno de los mayores favores que podia recibir de su infinita bondad, el estado en que se hallaba de dolores y penas. Vivía persuadido de que procedia con plenitud de Justicia. Adoraba y bendecía sin cesar la mano que lo heria, diciendo con San Agustín: „ Señor, aquí corteis, aquí queméis, con „ tal que en la eternidad me perdonéis. Sin embargo de que pasaba las noches en las penas que hemos dicho, aparecia por la mañana tan jovial y tan tranquilo como si hubiera estado siempre muy á placer, y en un profundo sueño.

Quince dias antes de su muerte se sintió un desfallecimiento tan general, que creyó que ya no debía dilatar el recibido de los últimos Sacramentos. Como se sintiese con las piernas tan extraordinariamente hinchadas desde algunos dias antes, lo hizo llevar á la Iglesia el P. Abad á las quatro de la mañana, donde oyó la última Misa, y recibió el Sagrado Viatico con aquella piedad y consuelos que le eran ordinarios. Como su debilidad se aumentase notablemente, rogó al R. P. Abad que lo hiciese volver á la Iglesia para recibir la Extrema-Uncion. Se opuso el P. Abad, representándole que no se hallaba en estado de salir de su quarto, y que acaso se exponia á peligro de morir en medio de la funcion. „ Hal Padre mio, exclamó, dichoso, y „ mil veces dichoso sería, si me hacia Dios la gracia „ de consumir mi Sacrificio al pie de los altares. Que „ fortuna para mi morir en su Santuario! No Padre „ mio, no hay que zozobrar, á la Iglesia hemos de ir: „ ésta es una practica introducida por la piedad y ce- „ lo de nuestros hermanos, y es preciso imitarlos hasta el último suspiro. “ El P. Abad creyó que no debía negarle este consuelo, y el mismo dia á las tres de la tarde lo llevó á la Iglesia, y lo hizo poner en me-
Ez. dio

dio del coro. Antes de administrarle este ultimo Sacramento, le acordò en pocas palabras todas las gracias que Dios le habia hecho desde su entrada en este Monasterio, y aquella proteccion tan poderosa, conque siempre lo habia sostenido en el discurso de una enfermedad tan prolija, cuyos efectos experimentaba en las extremidades de su vida. Don Mauro, à quien este breve discurso habia conpungido hasta prorrumper en lagrimas, no pudo responder sino pocas palabras, pero tan humildes, tan penetrantes, y tan vivas que todos los circunstantes quedaron penetrados hasta el fondo de sus almas.

A las nueve de la noche del mismo dia envió à suplicar al R. P. Abad que fuese prontamente à darle la absolucion general de la orden, creyendo que estaba en las puertas de la muerte. A penas acabó de recibirla, pidió que lo pusieran sobre la ceniza. El P. Abad la hizo preparar sobre la marcha; mas viendo que no corria prisa dilatò el otorgamiento de esta satisfaccion. Tubo por espacio de dos dias à sus ojos este espectáculo, con una Santa impaciencia de verse tendido sobre aquella ceniza, que finalizando su destierro, lo habia de agregar à la compania de los Santos.

En fin, dos dias despues, cayó en un desmayo tan grande, cerca de las siete de la noche, que hizo temer que se quedase entre las manos de los que le habian de poner sobre el hogar en que esta inocente victima deseaba finalizar su Sacrificio con tanta ansia. No se puede expresar el gozo conque se vió en esta situacion. Como ya se hubiesen retirado los religiosos para tomar el descanso de la noche, el P. Abad hizo levantar una porcion para decir la recomendacion del Alma. Don Mauro respondió à todo, à pesar de la violencia de el hipo y de su opresion de pecho con tanta devosion y presensia de animo, que cada vez que pronun-

cia-

ciaban el Santo nombre de Jesus y de Maria no dejaba de hacer una inclinacion de cabeza en la forma que mandan nuestras constituciones, pero lo que mas edificaba, era el modo tierno y amoroso conque de tanto en tanto abrazaba y besaba al Crucifijo que tenia en las manos. La efusion de gozo que aparecia entonces en su rostro, manifestaba bien la magnitud de su confianza, y los consuelos en que su alma estaba toda abismada. Este aparato de gracias y bendiciones hacia llorar à los circunstantes. Todos lo miraban sin cansarse de admirar la proteccion visible que Dios le dispensaba en estos ultimos momentos, los que se creian mas inmediatos de lo que estaban.

En efecto fenecida la recomendacion del alma, comenzaron los Maytines de la Virgen, y el oficio del dia inmediatamente, en el qual el moribundo destigurado y palido apenas daba algun señal de vida, sin embargo su atencion à Dios fue siempre la misma, pero lo que mas admirò y edificò infinitamente à los circunstantes es, que quando pensaban que iba à dar el ultimo suspiro, oyendo que el P. Abad comenzaba el *Te Deum laudamus*, le vieron abrir los ojos, y juntar su voz agonizante à la de sus hermanos, con un fervor que nada sabia à la extremidad en que se hallaba. Habiendo animado en cierto modo sus espíritus los conatos que hizo para rezar este Divino cantico hasta el fin pareció que tomaba bastante fuerza para persuadir que no era llegado todavia el tiempo de su disolucion. En efecto luego despues de esta largaagonia cesaron el hipo y la opresion, recobró el color su rostro, y quedó en una situacion mas tranquila, pero no duró mucho, sin embargo de que su vida todavia se prolongò por doce dias. Se exacerbaron todos sus males de un modo que causaba compasion; se multiplicaron, y se aumentó à proporcion su debilidad. No quedó parte alguna en su cuerpo que no tubiese su dolor particular.

Su

Su boca, su garganta y sus encias se inflamaron y desollaron tanto, por la acrimonia de los humores, que lo pusieron en la imposibilidad de engullir cosa alguna fuera de algunas gotas de tisana. Sus manos se incharon; y sus piernas que hacia mucho tiempo que lo estaban, se crivillaron, y derramaron mucha agua. Luego le sobrepuso una erisipela tan inflamada, que parecia que le aplicaban laminas de hierro rusientes.

Pero lo que acabò de colmar sus dolores y su paciencia fue, que como no tenia mas que la piel sobre los huesos, los que la rompian por muchas partes, no bien estuvo tres dias acostado sobre la paja, que se hallò despelletado desde los pies al cuello de un modo tan horrible, que todo su cuerpo parecia una llaga. En fin al ver à este nuevo Job, dirian que Dios lo habia abandonado à todos los males, que pueden sobrevenir al cuerpo humano. Pero al mismo tiempo que èste parecia estàr aniquilado, su espiritu hacia brillar mas que nunca aquella elevacion, y aquella fuerza que lo habia sobrepuesto tantos años antes à todo lo sensible. Su paciencia triunfò siempre de todos los dolores mas agudos; y en esta situacion donde es tan dificil el sofocar las penas, jamàs se oyeron salir de su boca sino palabras, que demostraban su perfecta sumision à los ordenes de Dios, y su agradecimiento por los bienes y males que habia recibido.

A la verdad era menester un valor y una paciencia nada menos que la suya, para no quedar sucumbido bajo la pesadumbre de tantas penas: mas el hallaba toda su fuerza en la cruz de Jesu Christo, à quien invocaba sin cesar; lo llamaba en su asistencia, y le decia con el Santo Job: „ Sea Dios servido de otorgar „ me lo que le ruego, y de cumplir lo que espero, „ que ya que comenzò acabe de reducirme à polvo; „ que no detenga la mano que ha levantado contra mi; „ que me corte hasta la raíz; pero que en la extre- „ mi-

„ midad de mis dolores me deje el consuelo, de que „ jamàs contradiga en nada à las disposiciones del que „ es soberanamente Santo.

En esta situacion se hallaba quando entrò à visitarle el Cirujano. El P. Abad que le acompañaba, le preguntò, que remedios podian dulcificar la acrimonia de los humores que desollaban la garganta del enfermo. Don Mauro que lo escuchaba se le volviò diciendo: „ ¿ como se entiende, P. mio, pensar, todavia „ vos en solazarme, no siendo ya mas que una *bediondez* (*) medio podrida, que solo piensa en quando „ sera arrojada à un hoyo para servir de pasto à los „ gusanos? ¿ Hace ya tanto tiempo que soy graboso à „ todo el mundo; y como es posible que todavia se me „ acerque nadie sin horror? Pasados algunos instantes dijo al Religioso que lo asistia, que tenia mucha pena de verlo tan afanado por un miserable que lo merecia tan poco; que ya era menester que fuesen bien vivas su fé, y su caridad para no disgustarse de socorrer à un Lazaro tan desapacible como èl, añadiendo, „ ¿ Pues que no egercite bastante en el discurso de mi „ vida la paciencia de mis hermanos, para que à la „ hora de mi muerte se maten por servirme?

Unos sentimientos tan humildes, agregados à la paciencia heroyca conque soportaba un martirio tan prolongado, causaban otro tanto consuelo à sus hermanos, como dolor y compasion la magnitud de sus trabajos.

Al

NOTA DEL TRADUCTOR.

(*) Asi hemos traducido la palabra *Ebarogne* que significa una bestia muerta, por evitar la disonancia de la palabra *Carnuz* que significa lo mismo en Navarra y Aragon.

Al rebes Don Mauro, solo hallaba delicias en padecer por Jesu-Christo, y decia muchas veces, que jamas habia experimentado tantas dulzuras y consuelos, como despues que estába tendido sobre la Cruz.

Ya hacia nueve dias, que estaba clavado en ella quando Jesu-Christo, que le queria dar las ultimas muestras de su amor, suspendió sus males por algunos momentos, para que todavia pudiera recibir à su Sagrado Cuerpo. Este Santo enfermo lo recibió tendido sobre la ceniza; y à la verdad, que no se pudo ver sin admiracion el fervor, la fé, la piedad, y el Sagrado asaf, que manifestó en aquel lance este hombre medio muerto: solo Dios puede saber la plenitud de gracias que recibió: (*)

Apenas hubo recibido este Sagrado sustento, quando cayó en otra agonía, volviendo à su primer estado de dolores y penas; y como la primera solo habia concurrido una porcion de la Comunidad, el P. Abad hizo teñer la tabla de los Agonizantes para que toda el mundo concurriese. Dichas las preces acostumbradas, suplicó Don Mauro al R. P. Abad, que sus hermanos se las repitiesen; porque jamas hombre ninguno las habia necesitado tanto, y porque su paciencia se hallaba en las ultimas pruebas, à las que no podia menos de rendirse sin una proteccion muy especial. Este pobre desfallecido, que apenas se dexaba entender habló en esta sazon à sus Hermanos con una mocion, ternura, y respeto, que apenas dexaban reprimir el llanto. Dijo

NOTA DEL TRADUCTOR.

(*) Aqui se ve que recibió segunda vez el Viatico en la misma enfermedad, y digo la misma porque la Santa Uncion nõ se reiteró, como se pudo si fuera distinta.

jo entre otras cosas, que nada de toda su vida habia correspondido al infinito numero de favores y gracias, que Dios le habia hecho sin cesar; que sobre ninguna de sus obras podia contar, que la confesion, que hacia de sus miserias los debia obligar à doblar sus oraciones por él; que la misericordia, que lo habia sostenido hasta en tonces, le daba una entera confianza de que estaba en disposicion de ir à Dios; que suspiraba por aquel momento feliz que lo habia de unir para siempre à su Padre amoroso; que si bien sus enfermedades lo habian imposibilitado para concurrir à todos los actos de Comunidad, esta separacion de sus hermanos, que por fuerza habia padecido, no le habia quitado el estar estrechisimamente unido à ellos, ni el amarlos cordialisimamente. Añadió que si hallaba la gracia que esperaba en los ojos de Jesu-Christo, no dexaria de darles muestras de ello. Acompañó todo lo que dijo, de pasajes de la Escritura tan adecuados y tan tiernos, que nadie se podia cansar de admirar la mano de Dios que tan visiblemente aparecia sobre su sermo. Habiendo mandado rezar en seguida el R. P. Abad algunas preces y muchas Letanias, volvió contra toda esperanza de esta segunda agonía, que à la verdad no fue tan larga, ni tan molesta como la primera. El toque de Vísperas hizo retirar à sus circunstantes. Solo quedaron con él quatro Monges; pues su debilidad habia llegado à punto de no poderse ayudar en nada, negándole todos los miembros de su cuerpo el socorro ordinario. Pero lo que parece mas admirable, es que su presencia de animo fue siempre la misma, su razon no padeció ninguna merma, y su juicio gozó siempre la misma libertad, que si estubiese perfectamente sano.

Como esta segunda agonía fue menos prolija que la primera, tardó poco à recobrar sus espiritus. Queriendo aprovecharse los Religiosos de estos intervalos, pidieron permiso quasi todos para hablarle algunos mo-

mentos. Los Novicios fueron los mas ansiosos. Como la mayor parte de ellos habian visto poco ò nada à nuestro R. P. Abad de Rancè, se pensaron compensar èste daño visitando à menudo al que habia sido su mas fiel confidente, y su mas amado Discipulo. El Santo agonizante los consolò à todos sucesivamente. Ninguno estuvo mas con èl que Fray Alejos Greme Escoces, de quien se dá al público la relacion de su muerte (*) como este Novicio que era Sobrino de M. el Duque de Perth, sabia la ternura y estima con que amaba el Milord à la virtud de este Santo enfermo, creyò que no podia dar à su pariente mayor gusto, que recoger sus postreras palabras, para referirselas: lo que egecutó en una carta cuya copia se verá al fin de esta relacion.

Pero ni los consuelos, que hallaba Don Mauro en la ternura y asistencia de sus hermanos, ni la extrema debilidad à que lo habia reducido la privacion de todo sustento por espacio de doce dias, no le impidiò el sentir toda la acerbidad de sus males. Por el contrario se le viò crecer à proporcion de sus accesos al fin. Asi por mas invencible que pudo ser su paciencia, no supo resistir al deseo de mudar de situacion de tanto en tanto, para no estar siempre, decia, hechado sobre las brasas. En efecto no se podian ver sin horror las llagas que habia hecho sobre este cuerpo descarnado la dureza de la paja. El R. P. Abad creyò, que en este lance debia ceder à la caridad la ley del Monasterio, que prohibe para siempre el uso de colchones, y mandò à un Monge que fuese à traer uno del quarto de los huespedes. El moribundo que le oyò callò al principio: mas viendo salir al Religioso, diò un gri-

NOTA DEL TRADUCTOR.

(*) Es la que se sigue inmediatamente.

grito asombroso diciendo: „ ¿ Qué novedad es esta? „ ¿ Tubo nuestro amado Padre en todo el discurso de „ su vida otros colchones que su jergon de paja me- „ nuda? Que no me hablen de semejante delicadeza. „ Jesu-Christo me softubo hasta de ahora, y no per- „ mita que se diga que un Monge antiguo fue el pri- „ mero en dar egeemplo de una relajacion tan grande. El P. Abad que conocia su firmeza, no se atreviò à instarlo mas, contentandose con hacerle poner debajo un cobertor para poderlo volver sin mucha comocion. Finalmente despues de un martirio tan prolijo (que à mi parecer asi se debe llamar) habiendo pasado la noche mas cruel que se puede imaginar, cayò por tercera vez en la agonía el 5. de Febrero dia de Santa Agueda. Le durò cerca de siete horas, acompañada de todos los dolores de la muerte capaces de balancear al corazon mas valiente. Los tolerò sin embargo con su acostumbrada tranquilidad y constancia. Como habia puesto toda su fuerza y esperanza en Jesu Christo, no cesaba de llamarlo en su Socorro. Se unia de corazon y de palabra à las preces continuas que por el se rezaban, siempre solícito en aprovechar estos ultimos momentos que son tan preciosos como decisivos para toda la eternidad. Lo mas admirable es, que en esta extremidad su presencia de espiritu siempre fue la misma; su razon no padeciò ninguna perdida, y su juicio estuvo siempre tan libre como si gozara de una salud perfecta: en una palabra, el fue siempre uno mismo hasta el ultimo suspiro. No cesaba de adorar y besar, por decirlo asi, la mano de Dios, por mas pesada que fuese para él. Su paz, su gozo, y su confianza nada sabian à la debilidad en que estaban, pudiendo decir con San Pablo, que quanto mas se debilitaba su cuerpo, mas fuerzas recobraba su espiritu, desnudandose de lo terreno para unirse al unico objeto de sus deseos.

Finalmente Dios quiso termipar esta agonía. Há-

cia las once del dia tubo algunos instantes de reposo; lo que persuadió que podria llegar hasta la noche, pero fue sin duda para que pudiese manifestar este hombre de dolores [permitasenos esta expresion] que se hallaba en las mismas disposiciones que tenia el grande Apostol quando decia: estoy bien asegurado de que ni la muerte, ni la vida, ni los Angeles, ni los Principados, ni las potestades, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni las violencias, ni todo lo mas alto que hay en el Cielo, ò lo mas profundo del abismo, ni todas las criaturas juntas, me pueden separar en algun tiempo del amor que tengo à Dios en Nuestro Señor Jesu-Christo.

El P. Abad hizo retirar à la comunidad, que se fue à Nona, y de alli al Refectorio, dexando con él al enfermero, para asistirlo. Pareció que habia estado bastante tranquilo por espacio de hora y media: quando de repente extendió los brazos para abrazar à los dos Religiosos que estaban à sus lados: „Ha! Hermanos, nos mios, yo no puedo mas, mis penas están en el „ultimo periodo: os ruego que me alibieis un poco, „para que pueda respirar.“ Estos Religiosos lo hicieron tomando de las quatro esquinas el cobertor, y volviendo Don Mauro los ojos à un Crucifijo, espiró, despues de haber dado algunos suspiros, sin convulsion, con pleno conocimiento y en el mayor auge de sus dolores.

Tal fue la vida y muerte de este perfecto y amado discipulo de nuestro Santo Reformador. El no conoció al pecado sino para aborrecerlo, ni al mundo sino para despreciarlo. Siendo como era à caso no hubiera dexado de perderse, à no haberlo prevenido Dios con su gracia, inspirandole horror à todo lo que podia vulnerar à su inocencia y su pureza. Se introduxo por sí mismo en el estado Eclesiastico, para eludir los designios de su Padre, que lo queria entrañar en el mun-

mundo: mas no bien conoció las formidables obligaciones de un estado tan Santo, que su humildad le persuadió su indignidad para desearlo. Por huirlo se retiró al desierto de la Trapa, donde vivió diez y nueve años en una penitencia y mortificacion ilimitada, y sobre todo en una fidelidad à sus obligaciones, que nadie le pudo balanzear en ningun tiempo. Parece que una alma tan inocente y al mismo tiempo tan penitente tenia derecho de entrar al Reyno de Jesu-Christo en paz como à su propia herencia. Mas Dios cuyos juicios son incomprendibles, no le quiso conceder la entrada sin probarle primero por espacio de trece años en una enfermedad tan prolongada como cruel, y haberle hecho experimentar hasta el ultimo suspiro toda la pesadumbre de su brazo. Aqui si que podemos exclamar diciendo con el Principe de los Apostoles: ¿ si el justo apenas puede salvarse, el impio y pecador en que vendrán à parar? *¿ Si justus vix salvabitur, impius et peccator ubi paraverunt?*

CARTA

DE FRAY ALEJOS GERME AL MILORD
Duque de Perth.

Milord: Acaba de pasar à mejor vida vuestro buen amigo Don Mauro, despues de haber estado quince dias sobre la paja, (*) sufriendo, siempre contento, otro tan-

NOTA DEL AUTOR.

(*) Es cosa asombrosa, y nunca oida en la Tra-

tanto como jamás haya padecido qualquier Martir. Yo obtube el permiso de hablarle alguna vez, y le acordé, que rogase por el Rey, por la Reyna, por el Principe, y la Princesa. (*) Me dijo, que à todos los llevaba en su corazon, y que no dexaria de presentar à Dios, à sus magestades, y à todos sus intereses. Hiciele tambien memoria de vos, y me respondiò, que ni os habia olvidado, ni os olvidaria jamás, añadiendo que un poco antes de ponerlo en la paja, os habia dexado en señal de amor una pequeña imagen, en cuyo dorso habia escrito una sentencia de nuestro Abad de Rancè, de gloriosa memoria. Creo, que luego escribirán su vida. Estube presente quando espirò, y me rogó, que quando viniese el Rey à esta casa asegurase à su Magestad del respeto y afecto cordial, que profesaba à su Real persona. Pero como no es cierto que yo viva tanto tiempo en este mundo, (**) os ruego humildisimamente, que por caridad os digneis de ejecutar esta comision por mi, y de presentar à mi Padre mis humildisimos respetos.

Fray Alejos.

7 de Febrero de 1701.

pa, ni en niugun Monasterio de la Orden, que Observa por mas de doscientos años la costumbre, de poner à los agonizantes en la paja sin que nadie haya pasado en ella 15 dias, y mucho menos en un paistan frio como la Trapa, y en medio del invierno.

NOTA DEL TRADUCTOR.

(*) Esta sin duda es la Familia Real de Inglaterra, cuyo Rey, Jacobo amaba tiernamente à Don Mauro, como queda dicho.

(**) Murid, como luego veremos à 21 de Mayo de este mismo año.

CARTA

DE EL R. P. DON JUAN MOUCHIN MONJE de la Congregacion de San Mauro, y hermano de Don Mauro á M. N.

Aunque de ordinario parecen menos sensibles las perdidas, que se ven venir de lejos, sin embargo os aseguro, Monsieur, que no pude dejar de sentir extraordinariamente la que acabo de padecer en la persona de mi querido hermano Don Mauro. Creo sin duda, que despues de la muerte de el Santo Abad de Rancè, à quien estába unido por unos enlaces tan intimos, deseaba incesantemente con San Pablo salir de este cuerpo mortal, para gozar de la Divina presencia de Jesu-Christo, y reunirse, para participar de sus corazones, à su amado Maestro. El Cielo escuchó finalmente sus deseos; rompió sus lazos; lo robó à la tierra, y nos lo arrebatò, como un fruto que ya estaba maduro para el Cielo. Las asperezas de el claustro no le sirvieron, como à muchos, para limpiarlo de una vida manchada por los desordenes ó vanidades de el siglo: antes por el contrario no hicieron mas que ilustrar de nuevo la inocencia de sus primeros años, y colmar à su virtud. Nada puedo añadir aqui en su elogio, ò por mejor decir en alabanza de la gracia de Jesu-Christo, que lo previno desde su mas tierna edad con la abundancia de sus bendiciones, que no atesten todos los que lo han conocido en el mundo: pero mas vale que dexé à otros el cuidado de elogiarlo. En quanto à las virtudes, que hizo brillar en el desierto, es pero particularmente de Vos M. no menos que de los Mon-

Monges de esta Santa casa, testigos que fueron de ellas, que para nuestra edificacion, y consuelo os digneis de darnos quando podais comodamente una breve relacion; yo os conjuro por mi parte con tanto mas empeño, quanto me conozco mas necesitado de este exemplo domestico, y de este aijon para estimular à mi pereza, caldear à mi tibieza, foguear à mi zelo, y avivar à mi fervor que quasi está apagado. Pero siendo justisimo, que el Maestro vaya delante del discipulo, y no dudando, que al presente estais ocupado en darnos la vida y cartas del Santo Abad, (*) que todos esperamos, no menos que el público, con impaciencia; solo me atrebo à rogaros, que mientras tanto nos hagais saber las postreras circunstancias de la enfermedad y muerte de mi hermano. Perdonadme la libertad que me tomo. Yo soi M. &c.

Fr. Mouchin-R. B.

En San Dionisio à 12 de Febrero de 1701.

NOTA DEL TRADUCTOR.

(*) Esta Carta parece que se escribió à Don Pedro le Nain, que es quien escribió la Vida del Abad Rancé.

RE-

RELACION DE LA VIDA Y
MUERTE DE FRAY ALEJOS.

Llamado en el mundo Roberto Greme, Cavallero
Escocés

Roberto Greme nació en Escocia en el Castillo de Rosturne, distante una legua corta de Edimburgo, de una de las familias mas distinguidas de este Reyno. Su Padre conocido con el nombre de el Coronel Greme, mandaba un Régimiento de Dragones en las tropas del difunto Rey Jacobo Segundo (*) à quien sirvió siempre con una fidelidad à prueba de todas las desgracias, que de su afecto al servicio de este gran Principe preveia que nacerian à su familia.

El Coronel Greme era por parte de Padre de la casa de Montrose, Sobrino del famoso Marques de este nombre à quien Carlos primero, Rey de Inglaterra, dió el Comando general de sus tropas de Escocia contra los Rébeldes, y à quien Carlos segundo, aun antes de poseer pacificamente sus estados, hizo Cavallero de la Jarretiera y Generalissimo de sus armas contra los mismos Rebeldes, despues de haberlo llamado de

Tom. III.

G

Ale-

NOTA DEL TRADUCTOR.

(*) Murió este Principe en 1701.

Relacion de la Muerte.
Alemania donde egercia el cargo de Mariscal del Imperio. (*)

Descendia por parte de Madre de la familia del Milord Perth, todavia mas ilustre por su piedad, y por lo que ha sufrido por la Religión, que por sus empleos de Virrey, de gran Cancellor de Escocia, y de Gobernador del Principe de Galés, en el dia Rey de la gran Bretaña.

Apenas llegó al uso de la razon el niño Greme, quando su Madre zelosa Protestante, y piadosa quanto cabe en una falsa Religión, quiso tomar por sí misma el cuidado de su primera educacion. No se aplicó menos à instruirlo en el egercicio de todas las virtudes morales, que en los principios de su Secta, en cuyo error criaba à todos sus hijos. Pero por mas cuidado que puso para confirmarlos en él no pudo impedir, que Roberto no sintiera desde su mas tierna infancia una propension secreta à la Religión Católica.

Aun no tenia diez años, que noticioso de que se celebraba Misa en el Palacio Real de Edimburgo, corrió à oirla con un fervor y priesa que alarmó luego à toda su familia. Sabida por su Madre, no dexó de representarle con mucha viveza el horror de esta acción, à quien su ceguedad le hacia considerar como una impiedad y una Idolatria. Para desviarlo empleó ruegos, caricias y amenazas, medios todos inutiles para reprimir su zelo. Las reconvençiones y autoridad de su Maestro

no

NOTA DEL AUTOR.

(*) Haviendose salvado à nado, y escondido entre unas cañas, despues de la perdida de una batalla, fue descubierto por un paisano, y conducido à Edimburgo, donde los Parlamentarios Rebeldes lo condenaron à muerte, la que se egécuto en 1650.

de Fray Alejos.

31

no le hicieron mas impresion, y sin embargo de haber procurado no perderlo de vista desde este dia, el niño hallaba siempre el secreto de burlar su vigilancia, y marchar todos los Domingos à la Capilla de Palacio.

Hasta entonces no habia querido usar su Madre de rigor con él, pensando, que la devocion de su hijo mas era curiosidad pueril, que producto de su piedad; pero quando supo de su Primogenito (*) à quien habia mandado acechar à su hermano, que al entrar Roberto en la Capilla, tomaba agua bendita, hacia la señal de la Cruz, se iba à poner de rodillas al mismo pie de el altar, y que obserbaba todas las ceremonias que se usan en la Iglesia Cathólica, ya no dudó que queria abandonar su Religión; lo que la puso tan colerica, que no contenta de haberlo colmado de reprehensiones y malos tratamientos todavia lo hizo castigar severamente por su Maestro.

Esta persecucion domestica lejos de bambanear al joven Roberto, ni de hacerle perder el deseo de ir à Misa, solo sirvió de enfervorizarlo y hacerlo mas frecuente en presenciarla. El Milord Perth que à la sazón egercia el oficio de gran Cancellor, y acababa de abjurar la Religión Anglicana, quedó asombrado de ver tanto valor y perseverancia en este niño, en quien nada podía amortiguar el afan que tenia de dar pruebas públicas de su fee. De aqui tomó ocasion para resolver, que el cultivo de esta planta joven, que acababa de nacer en el campo de la Iglesia se hiciese por sus propias manos. Se persuadió, que en qualidad de pariente, tenía derecho para demandarlo à su

G2

Pa-

NOTA DEL AUTOR.

(*) En el dia es Capuchino con el nombre de Fray Archangel, de quien sabemos esta historia.

Padre, à fin de educarlo con sus propios hijos, y en efecto le hizo esta proposicion. Embatizado el Coronel Greme de una peticion, que no esperaba, y no osando por otra parte negarla à una persona de su clase y distincion, le respondiò sagazmente, que siendo su muger quien unicamente se habia encargado de educarle le rogaba que se entendiese con ella; pues era justo, que tubiese por tanto la mejor parte en el favor con que los queria honrar.

Estaba muy interesado el Milord Perth en la conversion de su familia, para zozobrar en hacer esta segunda diligencia, la que tubo todo el efecto que esperaba. Madama de Greme le diò à su hijo, muy esperanzada de retirarlo bien pronto de sus manos, previendo à caso las desgracias, que poco despues hicieron mudar de semblante à toda la Inglaterra. Es verdad que como era tan zelosa de su Religion, no consintió sin pena en que su hijo la renunciara; pero se consolò pensando, que como era niño, tendria tiempo para borrar enteramente de su alma todas las impresiones, que el Milord Perth hubiese podido hacer en ella à favor de la Religion Católica. Percibiendo este su designio, se apresurò en sacar al niño Greme del poder de su Madre, para ganar en él toda la autoridad de Maestro y de Padre. Cargado pues con todas las obligaciones que le imponia esta duplicada qualidad considerò como delicia todavia mas que como obligacion, el ilustrar al entendimiento y voluntad de un niño, que era à un mismo tiempo su Discipulo, su sobrino y su hijo adoptivo. No tubo dificultad en insinuar las verdades de la fé, y las maximas de la piedad Christiana en un corazon, que la gracia habia preparado ya tambien. Roberto por su parte correspondió à sus cuidados tan perfectamente, que en breve hizo un progreso sensible en la virtud. Dichoso de él si hubiera podido perseverar siempre en una Escuela tan Santa.

Pe-

Pero las revoluciones ocurridas en Inglaterra, imposibilitaron luego al gran Cancellor, que se hallaba encargado de todos los negocios del Reyno para continuar à su amado Discipulo sus instrucciones. Dios quiso santificar à los dos por caminos bien contrarios à sus primeros designios: al Milord Perth por las persecuciones y trabajos, y al joven Roberto por una severa penitencia, despues de haberlo abandonado algun tiempo à los apetitos desordenados de su corazon. Seria muy dificil de expresar la afliccion del Milord, quando precisado à salir de Inglaterra, se viò forzado à restituir el joven Greme à su Madre que lo pedia. Como conocia en el un natural igualmente fogoso que tierno, temia con razon, que si llegase à dexar à Dios, se precipitase en el libertinaje con igual ardor y pasion, que habia manifestado en abiazar la virtud.

Para preocupar esta desgracia lo exortó à ser fiel y constante en el servicio de Dios, y le regalò algunos libros, que juzgò proporcionados para sostentar su devocion, y confirmarlo en las verdades de la Religion Católica. Finalmente fue preciso separarse; lo que no se executò sin derramar muchas lagrimas de una y otra parte. El Milord Perth saliò de Escòcia, y Roberto entrò de nuevo en poder de su Madre.

Las inquietudes y temores del Milord eran muy bien fundadas. Apenas lo perdiò de vista, el joven Greme, perdiò casi en un instante la piedad con la inocencia. Precisado à refugiarse con su Madre en casa de uno de sus Tios, que era Ministro Protestante, hizo luego una triste experiencia de su inconstancia y flaqueza; y à la verdad, casi era imposible, sin una gracia extraordinaria, que un niño pudiera resistir mucho tiempo à las caricias de una Madre, que reputaba por merito y obligacion, el corromper su fé. Su Tio contentisimo de verle entre sus manos, le diò toda libertad. Roberto, que entraba en la mocedad, es decir,

cir, en el paso mas peligroso de la vida humana, no tardò mucho à dar contra todos los escollos, en que naufragan miserablemente casi todos los jóvenes. Comenzó à tratar las personas de su edad y condicion; entrò en todos sus partidos de deleyte y diversion; nada negò à sus pasiones, que eran vehementes; de suerte que no sostenido ya por el egeemplo, ni contenido por la autoridad de un Padre, cuyas veces le hacia el Milord Perth, se abandonó sin sentir à toda especie de desorden è impiedad.

Se acostubrò desde entonces à blasfemar el Santo nombre de Dios; y en adelante hallaba en ello tanto placer y gusto, que nada omitió para exceder en èsto à los amigos, que habian contraído aquella detestable costumbre. La impiedad lo conduxo bien pronto al Ateismo. El no era cathòlico ni Protestante; y menospreciando igualmente á todas las Religiones, ordinariamente las hacia asunto de risa.

Si estos desordenes tan poco regulares en una edad tan tierna como la suya, manifestaban à que punto llegaría con el tiempo su libertinaje: Su insolencia y su soberbia lo hacian ya considerar como un mozo intratable, cuya sociedad no se podia sufrir. Su Tio fue el primero en experimentar los efectos de èste humor fiero è imperioso, que tubo tanta dificultad en vencer, aun despues de su retiro á la Trapa. Roberto usaba en su casa toda la licencia, que usa un Soldado à discrecion en la de un Aldeano; sin pudor, sin cortesia, sin piedad, y sin razon. Agitado siempre por sus pasiones, no podía sufrir, que los otros viviesen en paz. Unas veces maltrataba à los sirvientes, y otras insultaba à los niños de casa, sus Primos hermanos. Finalmente, no contento de perder en todo lance el respeto, que debia à su Tio, tubo la temeridad de hacerle cierto dia en público un ultraje, que á caso no le permitiò vengar la qualidad de Ministro. Esto no es de.

decir, que no apremiase muchas veces à este ingrato Sobrino para que le diese satisfaccion; mas era tan incapáz de hacerlo, que necesitando una vez treinta doblones, y habiendole hecho decir su Tio que se los daría, si le quería pebir perdon, mas quiso no recibirlos, y salir de su casa, que humillarse á ello.

Se retirò á Londres, donde habiendo hallado muchos amigos de su mismo caracter, acabó de colmar sus impiedades y deshonestidades. Ninguna hubo en que no se deleytase, ni dexase de cometer como por una especie de honor, es decir, que cayò en todos los excesos que pueden inspirar la impunidad y la licenciá à un mozo libertino, abandonado à su propia conducta.

Parece que no habia cosa capáz de sacarle de un abismo tan profundo. Pero Dios que se lo tenia reservado, para colocarlo algun dia como vaso de honor en su casa, jamás lo perdía de vista. Lé hablaba de tanto en tanto al corazon. Acibaraba sus deleytes con deságrados è inquietudes; muchas veces le mostraba en el mayor auge de sus deshonestidades, las tristes consequencias de una vida tan perversa. Roberto por su parte no habia sofocado tanto las semillas de virtud; que el Milord Perth habia derramado en su corazon, que todavia no conserbase algunos residuos, que á la verdad valian poco para volverlo à Dios, pero que no dexaban de inspirarle algunas vezes horror à sus descaminos, y deseo de abandonarlos.

En estos buenos intervalos, que eran raros y cortos, Roberto, que era igualmente excesivo en bien y mal, se egercitaba en obras de caridad con el prógimo, que se pueden llamar hercicas; pues no contento con ir à consolar á los enfermos en los hospitales, los socorria con sus manos y con sus limosnas, y aun tenia valor para ayudar à curar sus llagas y sus úlceras, las que muchas vezes enjugaba con su pañuelo. Así Je-
su-

su-Christo, que promete no dexar sin premio un vaso de agua fria dado en su nombre le hizo experimentar bien presto lo mucho que le agradan estas obras de una caridad tan compasiva. Traspasò su corazon con vivos sentimientos de compuncion; lo excitò à llorar sus culpas, y à forcegear para romper sus cadenas. Agitò su conciencia con turbaciones, espantos, y remordimientos, que no le dexaban reposar de noche ni de dia. Y para inspirarle todavia mas horror à la deplorable situacion en que se hallaba, le acordaba aquella tranquilidad y consuelos que habia gozado en casa del Milord Perth, quando llebaba una vida inocente y pura. Todas estas cosas balanceaban muchas vezes al mozo pecador hasta hacerle dar los primeros pasos para salir de sus deshordenes, pero no teniendo casi nunca de acuerdo à su entendimiento con su voluntad, le suscitaba esta siempre contradiciones, que retardaban el entero cumplimiento de sus buenos designios. Asi habria pasado miserablemente sus dias entre querer y no poderse convertir, (*) si Dios no le hubiese inspirado el deseo de pasar à Francia, para facilitarle los medios.

Rindiòse al punto Roberto à la voz interior que lo llamaba à este Reyno. Vino à él, no para satisfacer à su curiosidad sino con el designio de poner su fé à cubierto en el asilo de un Claustro, donde se proponia recobrar su inocencia por las austeridades y trabajos de la vida Religiosa. Con esta mira se detubo una gran tem-

NOTA DEL TRADUCTOR.

(*) Este querer era in eficaz, y de él nacia el no poderse convertir; mas no de la gracia, que por mas ineficaz que sea da poder suficiente para la conversion el pecador.

temporada en Brujas, para perfeccionarse en la lengua latina por un estudio formal, y fortificarse en la fé por el recibo del Sacramento de la Confirmacion, que le confirió el Obispo de esta Ciudad; pasó inmediatamente à Nieuport en Flandes. Habiendo peusto aqui los ojos en un Orden muy austero, perdió el deseo de pasar hasta Francia: y pidió algun tiempo para ser recibido. Los Religiosos de esta Orden, que eran Ingleses, nada omitieron para empeñarlo en quedarse con ellos; pero ya sea por cobardia, ya por inconstancia, ò ya por no sentirse con fuerza competente para soportar las asperezas de un instituto tan austero, abandonó enteramente esta santa empresa. La conducta que observó despues, puede persuadir tambien que el libertinage tubo la mejor parte en esta infidelidad: pues en vez de dexar una Ciudad, que le ofrecia mil ocasiones, de volver à sus infames costumbres, contrajo amistades tan intimas con los oficiales Ingleses de la guarnicion, que toda la autoridad de su Padre y del Milord Perth que se hallaban en Francia à la sazón, no fueron bastante para poderlas romper. Estos nuevos empeños le hicieron hacer recaidas profundas, y mucho mas criminales, por haberle acabado Jesu-Christo de dar à gustar la dulzura de su gracia. Informado el Milord de los desordenes en que vivia su Sobrino, le escribió muchas cartas fortisimas y devotisimas para recogerlo; pero Roberto no hizo caso alguno, ni de sus ruegos, ni de sus recombenciones. El habria perseverado siempre en su obstinacion y desobediencia, si el temor de perder la gracia de la Reyna de Inglaterra, con que el Milord le amenazaba, no le huviera hecho hacer lo que no podia alcanzar el temor de Dios de él.

Finalmente, vino à la Corte de San German, despues de largas resistencias. Como trajo un corazon todo corrompido, vivió con corta diferencia del mismo modo que en Inglaterra y Flandes, sin mas distincion,

que profesar exteriormente la Religión Católica. Sin embargo como él era de los que dice el Profeta, que son buenos con los buenos, y malos con los malos, tubo mucha verguenza de vivir criminal y desordenada mente en medio de una Corte, donde pueda decirse que todas las virtudes estan sobre el trono; y à qualquiera parte que volviese los ojos, hallaba Censores de su vida libertina. No pudiendo pues resistir mas à la fuerza de los grandes exemplos, que le daba una Corte tan arreglada y tan Santa, renunció enteramente à sus desonestidades, y no menos que à la indigna delicadeza, en que habia pasado sus dias. Retiróse al Seminario de Meaux, donde pasó diez meses en aprehender la lengua Francesa, y en instruirse en los deberes de el Christianismo, que habia olvidado casi de el todo. Esta retirada le fue de gran provecho para confirmarse y fortificarse en su buenos propositos. Comenzó à vivir como verdadero Christiano; y lejos de hacer servir à sus plácemes, como habia hecho hasta entonces, la pension que recibia de la bondad de la Reyna de Inglaterra, ya no la empleó mas que en socorrer à los pobres, à los que siempre conservó una ternura particular. Estos primeros esfuerzos fueron auxiliados por la leccion de los libros de piedad, que habia interrumpido despues de haberse separado de el Milord Perth. Esta lectura revivó bien pronto sus primoras ideas de retiro, que se habian desvanecido en Nicuport, cuya necesidad comprendió, confirmandose en ellas mas que nunca. Ya solo dificultaba sobre la eleccion de un orden Religioso, quando Dios, que queria fixar la inconstancia de su corazon por algunas gracias sensibles, lo condujo como de à caso à una posada, donde se habia hospedado en los cortos viages, que de tanto en tanto hacia. Paseandose por el quarto todo embelesado en su designio mientras le preparaban la comida, puso sin advertir los ojos en un Crucifijo, que ha-

habia sobre un bufete. En el mismo instante, como si Jesu-Christo le hubiese reprehendido sus ingraticudes, y los excesos de su vida pasada, se sintió penetrado de un dolor, y de una compuncion tan viva, que no pudiendo contener sus suspiros y sollozos, rompió de un modo que se dexaba oír de toda la casa. Alarmada la huésped del ruido subió corriendo à su quarto; lo halló caido sobre una silla, su cuerpo inmóvil, sus ojos fixados en el Crucifijo, y su cara toda bañada en lágrimas: asombrada de ver tan excesivo dolor en un hombre joven, en quien siempre habia visto un humor placentero, lo apremió para que dixese la causa; mas todas sus preguntas, fueron vanas, pues no le pudo sacar sino suspiros y lágrimas.

Penetrado Roberto de amor y agradecimiento à una merced tan impensada y singular, se confirmó tanto en la resolucion de renunciar al mundo, que nada pudo desviarlo; pero como en los proyectos mas santos sucede muchas veces, que las propias inclinaciones se confunden con las inspiraciones, que al parecer vienen de Dios, Roberto, que todavia conservaba un apego secreto à la independencia y comodidades de la vida, se quiso persuadir, que lo llamaba Dios à la vida Heremítica en Italia.

Bastaba un poco de luz para ver, que tan estrana inspiracion en un hombre joven de su temperamento y su caracter, era una pura sugestion del Angel de timioblas; pero sin embargo, la halló tan buena y tan santa, que la comunicó à un Religioso Ingles Amigo suyo, quien la aprobó, y aun le prometió seguirlo; mas este Religioso habiendo reflexionado con mas madurez este bello proyecto la noche siguiente, lo abandonó, poniendo todas sus miras en la Trapa. Roberto à quien comunicó su designio, no quedó satisfecho, y lo desechó como un pensamiento extravagante: no obstante perseverando firme el Religioso,

le pareció, que debía partir solo, à este Monasterio: Roberto hizo todos sus esfuerzos para detenerlo, pero no pudiendo salir al cabo, mas quiso seguirlo, que separarse de él, esperando siempre convencerlo, disgustarlo en el camino de la vida de la Trapa, y volverse. Ellos llegaron despues de un viage de cinco dias; y es muy digno de notar, que este Religioso, que era robusto y acostumbrado à caminar, se fatigò sumamente de la marcha: quando por el contrario Roberto se sintió tan descansado como al tiempo de partir, siendo asi, que hasta entonces habia sido tan afeinado y delicado, que no queria viajar sino en coche, por no poder sufrir la agitacion de un caballo.

Apenas puso el pie Roberto en el Monasterio, lo arrebatò el espíritu de el Señor, como dice la Escritura. Vióse de repente mudado en otro hombre; todo lo embetesaba; todo lo penetraba: las ceremonias que se usan en el recibo de los huéspedes, el silencio, la caridad, que se les muestra, y el cuidado que se pone en su agasajo: pero nada hizo en su corazon, que era tierno sobre todo lo que se puede pensar, tanta impresion como aquel osculo de paz, que mutuamente se dán los Religiosos quando llegan à la Sagrada Comunión. Entonces le pareció que oía una voz secreta que le decía: este es lugar de tu reposo. En el mismo instante resolvió no salir jamás, por mas caro que le costase.

Acaso no se ha visto mudanza, ni mas extraordinaria, ni mas pronta. Este mozo finalmente delicado, como veremos, que se estremecia solo de oír la penitencia de la Trapa, que solo vino con el designio de impedir á su migo, que perseverase en ella, se hallò instantaneamente en una situacion del todo contraria; se sintió fuerte y vigoroso, animó con su exemplo, y de palabra al que habia procurado desalentar: se hizo sin amante de la penitencia, que como si temiese no

tener jamás tiempo competente para hacerla, quiso vivir desde el primer dia de su arribo, como un Religioso del Monasterio. Comenzò pues desde entonces à mortificar sus apetitos y sentidos; y sin embargo de que la mesa de los huéspedes se cubre fragalísimamente, hallò el secreto de acrecentar su frugalidad, comiendo meramente los manjares mas insipidos y mas simples: y como siempre hubiese apetecido y comido fruta con exceso, resolvió desde entonces privarsela para toda su vida.

Luego se le dió el gozo cumplido, admitiendole à los egercicios regulares con su compañero, el que ya no halló en su amigo un tentador peligroso, si solo un modelo de fervor y constancia. La primera cosa que hizo este joven Postulante, fue leer y aprehender los Estatutos del Monasterio: éste fue su objeto principal, pero puso todavia mas cuidado y fidelidad en observarlos. Estubo siempre muy distante de distinguir entre las observancias grandes y pequeñas, pareciendole todas de igual importancia, y dignas de ser observadas con igual exactitud.

Esta grande exactitud, que forma uno de los principales caracteres de los que llama Dios à este Monasterio, le grangeò del Cielo una copiosa gracia, que le allanó los caminos de modo, que ya no hallò ningun tropiezo. Trabajo, ayuno, vigilia, silencio, cama dura; en una palabra, todas las austeridades de la Casa, lejos de parecerle impracticables, (como se habia figurado) no le dieron à sentir, ni aun las primeras penas que ordinariamente padecen antes de habituarse las gentes criadas en la ociosidad y en las delicias.

Pero si admiraba el ver como corria este joven postulante en la carrera de la penitencia con aquella ligereza, que da Dios à los que dilata el corazon; no asombraba menos el ver à su compañero caminando con un

un paso tímido y tremulo, siendo así, que se le debía aventajar en esta vía estrecha donde él lo había puesto. A su languidez se siguió luego el desagrado, de que se supo aprovechar el Demonio, quien lo pudo banbanear y vencer sin dificultad. Hallando pues este Religioso á la penitencia muy austera, tomó la resolución de volverse, y de pervertir á su amigo para que la complacencia de su flaqueza disminuyese la vergüenza.

Como la ley del silencio no le permitiese hablarle, y si le hablaba temía que le vieran, le escribió un villete, en que le decía, que no pudiendo ya sufrir las austeridades, que indiscretamente había abrazado, estaba resuelto á salir de la Trapa, que conocía, que ambos habían obrado de ligero; que mucho mejor hubieran hecho tomando el partido de ponerse Heremitas en Italia, que todavía estaban á tiempo de enmendar su falta, y que en él consistía todo. Añadió que era indiscreción en un hombre joven de su delicadeza, permanecer mas tiempo en un lugar tan desahacible y tan mal sano, y que en el poco tiempo, que practicaba estas austeridades, se había desfigurado de modo, que nadie lo conocía. „ Ya no restis mas „ que un esqueleto, le decía; vuestra cara es un retrato de la muerte; estais tan descarnado y macilento, que no os puedo mirar sin compasión: creedme, salgamos luego y vamos á buscar en Italia un genero de vida mas proporcionada á la delicadeza de vuestro temperamento.“ No podía usar este Religioso de otro medio mas proporcionado para revivir en su Amigo aquella tentación tan peligrosa y tan subtil, que el mismo le habia disipado: pero la gracia se habia apoderado enteramente del corazón de nuestro joven postulante, y lejos de responder á este villete, y á otros dos concebidos en terminos todavía mas urgentes, que le dió, pasados algunos dias; caminó á

su

su paso ordinario, sin manifestarle ni aunque habia visto sus cartas. Asi vino á conocer bien este Religioso, que era en vano el apremiarlo mas; pidió su despedida, y se retiró igualmente confuso que afligido de ver, que solo se habia servido Dios de su persona para hacer, que pisase el camino del Cielo el mismo, que habia puesto todos sus conatos para impedir, que entrase él á pisarlo.

No bien hubo salido Roberto de este lazo, que le habia parado el Demonio, quando se vió en otro embarazo de que no pudo salir con tanta facilidad. Habia pasado algunos dias pidiendo el hábito con instancia, sin poderlo conseguir, porque el P. Abad no juzgó conveniente el darselo sin consentimiento de Monsieur, el Conde de Perth, á quien escribió; mas este Milord, lejos de querer consentir, respondió, que jamás vendria bien en que su Sobrino, cuyo genio y delicadeza de temperamento tenia bien conocido, se empeñase en un genero de vida tan superior á sus fuerzas.

No habia cosa mas sabia, ni mas juiciosa que esta repulsa; atendidas las disposiciones corporales y geniales de Roberto: sobre todo era inverosímil que un mozo de veinte años, criado en las delicias, en la ociosidad y delicadeza, pudiera sufrir ni por quiniete dias una vida que es un perpetuo ejercicio de mortificación y trabajo. Sabia que su Sobrino habia sido en el Siglo un gran comedor: que quatro comidas que hacia cada dia, no bastaban para que no se desmayase de necesidad algunas vezes, como le sucedió en el Seminario de Meaux. Sabia tambien, que habia sido tan perezoso y tan poltron, que se hacia llevar la comida á la cama, donde el mero deleyte de dormir lo detenia á vezes hasta las dos de la tarde; que su delicadeza era tanta, que habiendo dormido cierto dia [quando estaba en Escocia] en casa de una persona

amí-

amiga muy distinguida, que le cedió su cama donde habia muchos colchones de algodón, se quejó á la mañana de que no era comoda. Estas eran las principales razones que tenia el Milord Perth, para no atreverse á dar su consentimiento; pues en verdad se puede decir, que la vida de este mozo, abismada en el placer de los sentidos, habia de ser un impedimento insuperable al designio, que tenia de abrazar otra toda destinada á mortificarlos. No era menos incompatible con la vida Religiosa el carácter de su espíritu, que las disposiciones de su cuerpo. El era fiero, inconstante, impetuoso, é incapáz de ceder á nadie, segun manifestó al principio de su vida, en los procedimientos que tubo con su Tio: y el hecho que vamos á referir es todavia mejor prueba.

Apenas supo, que el Milord Perth le negaba el consentimiento, que esperaba para mudar de hábito, considerò como una injuria esta repulsa, concibiendo una ira contra él, que declinaba en furor. Habló de su persona de un modo tan insolente y tan altivo, que el Maestro de Novicios, que lo escuchaba con indignacion, no se pudo contener de decirle, que si lo habian de creer, no permitirla, que estubiese dos horas en el Monasterio.

Pero con todo no quedó aqui su resentimiento, ni estubo satisfecho, hasta que hubo descargado sobre el papel toda la amargura que inundaba á su corazón. Pidió permiso para escribirle, y lo hizo en Inglés; pero como se dudase justamente, que su carta no estaria concebida en terminos mas moderados y respetuosos, que la conversion que habia tenido, se hizo traducir á un Religioso Ingles. Profeso en este Monasterio. En efecto se hallò llena de expresiones tan duras y ferientes, que no osaron enviarla; pues no podia llegar á mas la ingratitud y la insolencia con un Señor de tanta distincion, á quien debia infinitas obli-

gaciones; pero podemos decir, que esta postrerá furi-bundéz fue tambien el ultimo conato de su soberbia y su fiereza.

Traspassado sumamente el Maestro de Novicios de una altibez tan grande, hizo todo lo posible asi con el P. Abad, como con el R. P. Abad de Rance, para impedir que se le diese el hábito; representòles, que era muy temible el que nadie pudiera domar un genio tan fiero y tan altivo; pero la caridad que es paciente, no les permitió precipitarse; pues la conversion de este mozo, á quien estaba vinculada la de toda su familia, les parecia una cosa de mucha importancia, para no procurarla. Veian por otra parte unas muestras tan visibles del dedo de Dios, que no ponian duda en que su bondad acabaria en el su obra; pues estaba contento, amaba y se delectaba en su estado, y se puede asegurar, que el afán de abrazarlo, tubo la mejor parte en el exceso, que acababa de cometer. En el vemos, que Dios no quita siempre de un golpe á sus predestinados el carácter natural de su genio, al reformar su corazón.

Viendo el Maestro de Novicios, que no estaba inclinado el P. Abad á despedir al joven Postulante, creyó estar obligado á procurar la curacion de un mal, que tenia una oposicion tan extremada con aquella humildad y dulzura, que componen la esencia de la vida Monastica. Con esta mira no se dexaba perder ninguna ocasion en que lo pudiera humillar: lo desechaba, lo menospreciaba en secreto y en público, y lejos de consolarlo quando iba á consultarle sus dudas, ó de descubrirles sus penas, no le respondia otra cosa sino que nunca seria bueno para Religioso. En una palabra, lo puso á unas pruebas tan rudas que parecia quererle poner en la necesidad; ó bien de salirse de si mismo, ó de humillarse á los pies de todos.

Una conducta tan extraordinaria, y al parecer tan extremada, produjo un efecto, que jamás habria esperado el Maestro de Novicios. Vióse con asombro que este mozo fiero, y tan infatuado de su merito y distincion, que no podia sufrir la menor contradiccion, ni aun de las personas mas elevadas en dignidad, inclinaba su soberbia cerviz à la mano de un hombre, que solo tenia en la casa una autoridad subalterna. Sufria todos sus malos tratamientos con una paciencia consumada, y desde este momento hasta el ultimo suspiro de su vida, manifestó en su conducta otra tanta humildad, docilidad y dulzura, como habia demostrado hasta entonces temeridad, presuncion y soberbia.

Una mutacion tan prodigiosa no dexò ya duda alguna sobre la sinceridad de su conversion. Se le hizo saber al Milord Perth, quien à premiado por las continuas solicitudes de su sobrino, y del P. Abad, dió por fin su consentimiento con reflexiones dignas de su piedad y sabiduria. Ya estaban à punto de darle el hábito, quando ocurrió otro accidente, que hizo diferir la funcion: le sobrevino una erisipela à la pierna, que lo precisò à guardar la celda por muchos dias. Como querian asegurarse mas y mas del estado de su corazon y de su espíritu, se le trató de un modo, que pudiera conocer, que no se hacia gran caso de él. Se le dexò guardar el silencio y soledad, y en todo el tiempo de este retiro, que durò doce dias, no vió otra persona que un hermano converso que lo curaba y le llevaba la comida sin decirle ni una sola palabra. Esta privacion de todo consuelo humano no le causò la menor pena; antes al contrario solo sirvió para confirmarlo mas en la resolucion que habia hecho de morir en la Trapa. En fin despues de dos meses enteros de contradicciones, y de pruebas las mas embarazosas, recibió el hábito con el nombre de Fray Alejandro la vigilia de Todos Santos de 1699.

No

No bien estuvo vestido, quando manifestó en su conducta, que era dignísimo de serlo. Todos quedaron asombrados de ver el empeño con que se aplicó à combatir los vicios, que mas lo habian dominado. Los principales eran la soberbia, la sensualidad y la pereza, y contra ellos volvió todos sus conatos, declarandoles una guerra irreconciliable. Comenzò por el primero; y como le queria arrancar de raiz en su corazon, nada omitió de quanto podia contribuir para triunfar en una empresa tan difícil y tan laboriosa. No se contentò con recurrir à Dios por una oracion perene y fervorosa, y de no darse en su presencia à vista de sus iniquidades y miserias; pues añadió el amor y practica de las humillaciones exteriores, à que tanto horror y aversion habia tenido. No se dexò pasar ninguna ocasion de degradarse en el concepto de sus hermanos y de sus Superiores. Por este medio entrò bien pronto la humildad à ocupar en su corazon el lugar que habia ocupado la soberbia: No tardò mucho tiempo à notarse sus efectos sensibles por la mudanza que hizo en todo su exterior. Este no era ya aquel mozo arrogante que caminaba con la cabeza erguida, que no sabia hablar sin altaneria, y que siempre miraba con indignacion y menosprecio à quantos le osaban contradecir; sino es un humilde Penitente, à quien no se podia sacarle de oprobrios, injurias, y confusiones, que siempre llevaba inclinada la cabeza à tierra, y en quien la vista, el gesto y la palabra respiraba cierto ayre de modestia y de dulzura, que errebatava à todos los que se le llegaban. El difunto Rey de Inglaterra, que le hizo el honor de hablarle en el ultimo viaje que hizo à la Trapa, quedó asombrado y vivamente compungido, como tambien los Señores que le acompañaban.

Fray Alejandro tubo menos trabajo en vencer à su sensualidad, que habia tenido en dudar à su soberbia:

I 2

pues

pues à mas de que tenia en el sustento ordinario de la casa un auxilio perene para reprimirla sin mucha diligencia, le quitò todavia hasta las minimas ocasiones de tentarle. Por eso se pibò de la fruta, que era la unica cosa, que podia lisongear su boca; de manera que se redujo à no sentir otro deleyte en la comida, que el que hace hallar en las viandas mas insipidas la fatiga y el hambre.

Considerando la delicadeza de su temperamento y su juventud el R. P. Abad, lo importunò muchas veces para que tomase por la mañana algun sustento antes de comer, y bebiese entre las comidas, afin de mitigar un dolor de enrañas y de pecho, que le causaba una intolerable pena; mas Fray Alejos, que se reputaba indigno de la mas minima dispensa, y consideraba las incomodidades como medios que Dios le ofrecia para reparar los excesos de la gula, que habia cometido en el mundo, le rogò con instancia, que no lo precisase à recibir estas mitigaciones; „ por no ser „ conveniente, decia, à un pecador como él, que so- „ lo se podia refrescar con las lagrimas de la penitencia.

Este amor à las humillaciones y penitencia, se demostrò todavia mas en la emienda de una falta que cometió con mucha inocencia. Entrando cierto dia à su Celda, en lo fuerte del invierno, hallò à un pajarito medio muerto de hambre y sed, y le llevó despues de comer un pedacito de pan: mas como lo hizo sin licencia del Prelado, no tardò mucho tiempo à reprehenderlo su conciencia, como pudiera de una gran falta. Gozoso Fray Alejos de tener un motivo tan justo para degradarse en el concepto de sus hermanos, no dexó de acusarse la mañana siguiente en su presencia, de haber robado pan en el Refectorio, y haberselo llevado à su Celda, sin hablar del destino que le habia dado. El Maestro de Novicios no se lo

lo preguntó por entonces, tomando pie de aqui para humillarle del modo mas vivo del mundo. Dijole, que jamás hubiera creido, que un Novicio de la Trapa pudiera cometer una infidelidad, tan indigna de un hombre de bien, para satisfacer su golosina; y que merecia no gustar el pan por espacio de tres dias. Fray Alejos tomó esta amenaza por mandato; y obedeciò el primer dia con mucha simplicidad y gozo; lo que habria continuado en los dos inmediatos, à no impedirlo los Superiores, que fueron avisados de que cumplia por penitencia lo que meramente habia sido amenaza. Por otro semejante engaño pasó ocho dias sin beber mas que agua.

No fue menos fiel en combatir, ni menos feliz en vencer à la pereza, que habia sido siempre su vicio dominante en el mundo. Se habia esclavizado tanto à este vicio, que no se podia determinar à hacer el mas minimo movimiento, que pudiera fatigarlo. Se podian referir muchos sucesos certisimos, por haberlos sabido de su propia boca; pero son tan extraordinarios, que por falta de verosimilitud no serian creidos. Sin embargo no se viò en la Trapa otro Novicio menos desocupado, ni mas laborioso. Hizo de su vida una cadena de ejercicios, que se seguian los unos à los otros tan de cerca, que parecian una sola accion. No se contentò de practicar con una escrupulosa exactitud los que prescriben las constituciones del Monasterio, sino que se hizo una regla particular para sus lecciones, oraciones, y Misas, que debia oir, ó ayudar; lo que dispuso de modo, que no dexando vacio alguno en sus dias, nunca se le viò, ni embarazada su persona, ni en duda de lo que debia hacer, (esto se entiende de aquellas horas, cuyo destino queda à disposicion del Religioso.) Las vigilijs jamás le parecian bastante largas, ni los trabajos bastante penosos. El fervor con que los practicaba, no impedía que fue-

fuese infatigable; y lo que parece increíble, después de la pintura que habemos hecho de su poltronería y delicadeza, es, que cababa tanto como pudieran dos Religiosos. Siempre se ponía entre aquellos Monges, en quienes había notado menos fuerza ó menos aptitud para esta labor, à fin de ayudarles de tanto en tanto, sin disminuir por ello nada de lo que tenía tasado; y trabajaba en este oficio con tanta facilidad y destreza, que qualquiera lo tendría por un hombre criado desde chico en la agricultura. Lo mismo era en todos los trabajos, que piden vigor, y actividad, y como no siempre media su zelo con sus fuerzas, sobre todo quando se ofrecia transportar leña, piedras, arena &c. se imponía cargas, cuya pesadumbre habría brumado à qualquiera otro, y aun el mismo quedára sucumbido, si la atención de los superiores no procurase contenerlo.

Un fervor tan activo en los ejercicios corporales no causò desorden ni pausa en los espirituales; pues mientras tanto que se ocupaban sus manos en remover la tierra ó transportarla, se entretenia con algunos pasages de la Escritura, y principalmente de los Salmos, que tenía gran cuidado de aprender de memoria. Asi lejos de dañar à su recolecion y oracion las ocupaciones mas disipantes, le servian de preparacion, y nunca experimentaba en ella mas dulzura, que quando las labores que le precedian eran mas pesadas y continuas.

Ello es cierto que Fray Alejos consideraba à su cuerpo como un esclavo, que siempre está à punto de revelarse, y por tanto aprendió desde luego el modo de reducirle à una situacion en que nada pudiera temer. Antes de acabar los seis meses de Novicio comenzó à experimentar, que su complexion no era para llevar mucho tiempo el yugo de una penitencia tan rigurosa. Quedò sugeto noche y dia à un pe-

ligroso sudor, que insensiblemente le llegó, à disminuir sus fuerzas, mas no su valor, pues no por ello fue menos exacto en sus deberes, menos fervoroso en las labores, ni menos mortificado en sus sentidos; antes al contrario, como previa, que finaria bien pronto su carrera, creyò que debía redoblar sus conatos, para juntar en el poco tiempo que había de vivir, todas las virtudes y merito, que hubiera podido conseguir en el discurso de una vida mas larga.

El primer paso que diò para ello, fue abandonarse sin reserva en manos de su Prelado para todo lo concerniente à las necesidades del cuerpo. Este abandono lo librò de todas las inquietudes y distracciones, que aniquilan à los Religiosos imperfectos, que todavia se requieren reservar algun derecho sobre su vida, y su salud. Por este medio hallò el desprendimiento necesario para trabajar con fruto en la santificacion de su alma, sin temor de que lo pudiera distraer ninguna cosa.

Desde entonces hizò à la oracion su ejercicio principal. No contento de orar casi todo el dia, gastaba en ello una buena parte de la noche; y en este tiempo tan oportuno para llorar sus pecados, rogaba con sus lagrimas su cama à imitacion del Profeta; pues había recibido en tan alto grado de Dios este don, que no estaba en su mano el contener su curso. Asi las derramaba siempre con la misma facilidad, ya en la oracion, ya ayudando à Missa, ó ya cantando las Divinas alabanzas; pero sin embargo como entre dia estaba expuesto à que lo viesen sus Hermanos, hacia todos los conatos posibles para contenerlas; mas desembarazado en la noche de esta compresion, las dejaba correr con libertad, hasta que el sueño le cerraba los ojos.

Los Novicios que dormian cerca de Fray Alejos, no tardaron mucho à notar que pasaba las noches sin

dormir. Como la division de sus Celdas no es mas que de tablas de pino, qualquier ay, qualquier suspiro, que daba, despertaba à sus vecinos, los que muchas vezes lo proclamaron. (*) Confuso Fray Alejos de una proclamacion, que no habria causado gran desasosiego à otro Religioso menos humilde, hizo quanto pudo por moderarse; pero casi siempre fue inutil.

Preguntandole cierto dia el Maestro de Novicios porque continuaba siempre en interrumpir su sueño, y el de sus Hermanos, le respondió con mucha simplicidad, que bien quisiera no mortificar à nadie con sus suspiros y lagrimas; pues si bien tenia una necesidad extrema de gemir y llorar perenemente, se abstendria con tal que fuese dueño de si mismo. „ Mas „ qué quereis que haga le añadió. ? Me despierto por „ la noche de tanto en tanto, y el primer pensamien- „ to que me viene es que ofendi à Jesu-Christo, que „ crucifiqué un millon de vezes al mismo que me ha- „ ce experimentar unos efectos tan grandes de su mi- „ sericordia; à esta ocurrencia se me junta la memo- „ ria de la conducta tan llena de amor, que ha usa- „ do con migo desde mi mas tierna edad: mis ingra- „ titudes y delitos se me representan al mismo tiem- „ po, y todas estas cosas me afligen y comprimen el „ corazon de modo, que solo me puedo consolar llo- „ rando.“ Pero lo mas asombroso es, que este espi- „ ritu de compuncion, que no lo dexaba jamás, fejos de hacerlo à parecer triste melancolico, ò abatido, le inspiraba una jobialidad extraordinaria y continua, que

NOTA DEL TRADÜCTOR.

(*) Proclamar en la orden del Cister es lo mismo que acusar caritativamente en el capítulo los defectos exteriores de su Hermano.

saliendo de su corazon como de una fuente se derramaba sobre su cara, y sobre todas sus acciones: deposicion que conservò hasta el ultimo instante de su vida. Por tanto nadie experimentò mejor que el la verdad de aquella sentencia de uno de los Padres antiguos que decia, que las lagrimas de la penitencia encierran un regocijo espiritual, del mismo modo que la cera à la miel.

Fray Alejos tubo gran cuidado no solo de conservar este don tan precioso, sino tambien de acompañarlo con todas las virtudes correspondientes à la Santidad de su estado. Era profunda su humildad, pronta y ciega su odediencia, tierna y solida su piedad, è ilimitada su caridad à los Hermanos. Su adesion al Superior era inviolable, sincera y cordial. En fin su amor à Jesu-Christo era tan ardiente y tan vivo, que no podia pensar en el sin derramar un rio de lagrimas. Abrasado su corazon en este fuego divino no le dexaba en las nothes casi nada de reposo, y aseguró al Maestro de Novicios, que pasaba una buena parte llorando sobre un pequeño Crucifijo que llevaba siempre al cuello.

Este grande amor que tenia al Divino Salvador, le inspiraba una devocion tan extraordinaria y tan tierna al Santo Sacrificio del Altar, que si lo hubiesen dexado nada mas habria hecho que oir ò ayudar à Misa. Por la indiferencia, ò para decirlo mejor por el desagrado, que experimentaba entonces en el sustento y alivios de su cuerpo, se pueden conocer las gracias que recibia de Dios en esta Divinissima fundacion. Se exhalaba quando los Sacerdotes Seculares querian decir Misa mientras comia la Comunidad, sin dexar nunca de ayudarles, para dexar de comer à segunda mesa con este pretexto. Advertiòsele por fin este piadoso ardid; y el Maestro de Novicios, que no perdía niäguna ocasion de humillarlo y contradecirlo,

le prohibió el ayudar à Misa por espacio de un mes; lo que fue para él una especie de mortificación casi intolerable.

Pero no estaba tan entregado Fray Alejos à su propria santificación que menospreciase la del proximo. Como no era menos Católica su caridad que su fé, abrazada sin distincion à todo el mundo. Tenia destinada cada dia una hora de oracion particular para encomendar à Dios las necesidades de todos; pero nada tenia mas entrañado en su pecho, que la conversion de los que le habian dado el ser. En efecto, parece que ya nada faltaba à su dicha, sino el consuelo de ver que abrazasen sus Padres la Religion Católica. Nada omitió para alcanzar de Dios esta mudanza, ofreciendole con este fin sus gemidos, sus oraciones, y sus lagrimas en todos los instantes del dia; à que añadió no solamente los trabajos y rigores de la penitencia comun, sino tambien algunas austeridades especiales: lo que hizo con tanta humildad y fervor, que por fin oyó sus deseos el Señor.

El Coronel Greme, que despues de su mansion en Francia y en la Corte de San German [*] manifestaba mucha aversion à la Religion Católica, fuese porque creia no poder en conciencia abandonar la de su primera educacion, ó fuese que lo detenia un falso punto de honra, no pudo resistir mas à la inspiracion de la gracia, que lo importunaba à venir à ver su hijo en la Trapa. El Milord Pert le dió una

NOTA DEL TRADUCTOR.

[*] El Rey Jacobo. segundo de Inglaterra tenia su residencia ordinaria, despues de su retiro à Francia, en el Palacio de San German. Racine Abreg. de la hist. Eccl. tomo 13. Ar. 38. n. 59.

Carta de recomendacion para el Abad de Rancé, en la qual, despues de haber deplorado al fin la miseria de este Caballero, de quien decia, que no tenia ninguna Religion, exclama: quiera Dios, que el ayre de la Trapa lo pueda desengañar, y el exemplo de su hijo lo haga mudar de sentimientos! Este deseo tan fervoroso fue considerado luego como una verdadera profecia. No bien hubo escuchado el Coronel Greme à Fray Alejos, quando obrando la gracia de tonciento con este amado hijo, vió dissiparse en un instante las tinieblas de su corazon y de su espíritu. La prodigiosa mudanza de este hijo de bendicion le pareció un milagro tan claro y evidente, que se vió precluido à protestar en su corazon, que nadie sino la verdadera Religion era capaz de hacer de un mozo libertino, fiero, impio, blasfemo, y deshonesto, un hombre casto, piadoso, apacible; en una palabra un humilde Penitente. La persuasion de su entendimiento pasó bien pronto hasta su corazon, y salió de la Trapa, resuelto à volver al seno de la Iglesia: paso que jamás hubiera dado ni por condescendencia, ni por el amor que profesaba à su Rey.

Apenas volvió à San German, quando se hizo catequizar. Antes de salir de la Trapa se habia hecho tan dueña la gracia de todas las puertas de su corazon, que la verdad entró en él sin contraste ni oposicion. Ella se le mostró con toda su belleza, la que desde luego habria abrazado con todas las ceremonias prescritas por la Iglesia, si el deseo de abjurar sus errores en manos del Abad de la Trapa, no le hubiese precisado à diferir la ejecucion por espacio de seis meses, es decir, hasta el dia en que su hijo habia de pronunciar solemnemente sus votos.

Llegado este termino, partió para la Trapa el Coronel Greme, acompañado de dos R. R. P. P. Capuchinos de los quales el uno era su hijo primogenito.

co. Llegò à dos dias despues que nuestro R. P. Abad de Rancè habia terminado sobrè la ceniza su penosa carrera, con la misma santidad que la habia corrido. El dia siguiente abjurò su heregia en manos del R. P. Abad, al fin de la Misa mayor, en la que Fray Alejos habia pronunciado sus votos à presencia de toda la Comunidad, del Milord Conde de Perth, y de otras muchas personas. El Milord se habria visto este dia en el auge de su mayor gozo, si la muerte del R. P. Abad de Rancè no se lo hubiese azibarrado un poco. En efecto, quedò tanto mas penetrado de esta perdida, quanto al partir de San German se habia gloriado, de tener todavia el consuelo de conservar con el hombre, que mas amaba, estimaba, y respetaba en el mundo. Hacia mucho tiempo que lo deseaba con ansia; pero no lo pudo egecutar, despues que el Rey de Inglaterra le habia hecho el honor de confiarle la educacion de su hijo el Principe de Gallès.

Pero nada pudo mitigar su pena tanto, como la sincera conversion del Coronel Greme su Primo, y sobre todo la de Fray Alejos, cuya piedad, docilidad, humildad, y fervor lo sorprendieron de un modo que no tenia palabras para expresar su asombro. Asi el consuelo, que tubo de ver renacer y fructificar todas las semillas de virtud, que habia derramado en otro tiempo sobre el corazon de este hijo prodigo, le fue tanto mas dulce, quanto lo considerò como premio de todos los cuidados, que habia puesto en su educacion.

Por mas satisfaccion, que tubo Fray Alejos, en haber contribuido à que su Padre se hiciese hijo de la Iglesia, la memoria del miserable estado de su Madre, que se habia quedado en Escocia entre las tinieblas de el error, no le permitia gustar toda la dulzura del fruto de esta conquista. Para procurarle la

mis-

misma dicha, pidió permiso de escribirle al R. Abad. Como todavia estava lleno y penetrado de las bendiciones y gracias, que acababa de beber con las aguas de su segundo bautismo, usò para persuadirla y vencerla, todo quanto la ternura natural de un hijo purificado por la gracia, y sostenido de un espiritu vivo y alentado, puede inspirar de afectos y expresiones capaces de remover el corazon de una Madre. Dios no quiso darle en este mundo el consuelo que habria tenido de saber el efecto de una carta tan penetrante y tan tierna, ni el arribo de su Madre à Francia, à que luego se siguiò su conversion para que la incertidumbre de su estado, lo mantubiese siempre humilde y temeroso.

Despues de haber hecho quanto pudo Fray Alejos, para procurar la vida espiritual à los que le habian dado la corporal, solo pensò en usar santamente de su silencio y de sus enfermedades, ò por mejor decir en prepararse para la muerte cuyo arribo presentia. Mas hacia de seis meses, que estaban en la persuasion de que viviria poco despues de profeso. En efecto, pasados algunos dias fue insultado de una fluxion al pècho, y de un gran golpe de fiebre, con todos los agregados, que hacen mortal à esta dolencia en un ayre tan mal sano como el de la Trapa. No por eso dexò de caminar à su paso ordinario, y de seguir à la comunidad en todos los egercicios de observancia y penitencia, evitando siempre con amasio las dispensas que podian darle: lo que continuò hasta el primer Domingo de quaresma, en que se viò precisado, por orden del P. Abad à retirarse à la enfermeria. Apenas estubo en ella algunos dias, se le aumentò de modo la fiebre y la tos, que se creyò, que no llegaria à la Pasqua. Fray Alejos, que creia lo mismo, manifestò su gozo, y nada omitiò para ponerse en estado de presentarse con confianza en la Divina presencia.

Pa-

Pareciendole que no estaba bastante acostumbrado por aquella multitud de reglamentos, que no dejan á los Monges sino muy pocos instantes de que puedan disponer con libertad, se habia hecho al comenzar su Noviciado una distribucion arreglada de este poco tiempo, y de los ejercicios que debian llenarlo. Y para que sola la obediencia regulase todas sus acciones y movimientos, se la hizo aprobar al Maestro de Novicios. Siguió esta regla, y la guardó inviolablemente, aun en su misma enfermedad; de modo que jamás se le vió desocupado. La oracion, la labor de manos, la lección espiritual, y el rezo del oficio Divino se sucedian siempre con el mismo orden y en las mismas horas; de manera que como no habia puesto entre estos ejercicios el de calentarse, pasó en la enfermeria tres meses sin acercarse al fuego mas que dos ó tres veces por obedecer al enfermero, que se lo habia mandado. Por esta fidelidad tan exacta y tan constante en todos sus deberes, mereció recibir de la bondad de Dios la mayor gracia, que puede apetecer un enfermo; quiero decir un deseo ardiente de la muerte, acompañado de una paz profunda, y de una entera confianza, como veremos. Por mas cuidado que se puso en aliviarlo y recobrarlo, no se pudo impedir el progreso de la fiebre, que de cada dia era mas violenta. Como su extremada delicadeza hacia temer en él una muerte repentina, se le administraron los últimos Sacramentos. Los quiso ir á recibir en la Iglesia, á imitacion de sus Hermanos; pero fue preciso llevarlo en una silla á causa de una grande opresion, que no le permitia dar un paso. Desde este dia se acrecentaron notablemente su debilidad y sus males. Vióse reducido á tan grande abatimiento, que no podia estar un rato sentado sin desmayo: esto lo precisó á guardar la cama por espacio de cerca de seis semanas, sin embargo de que su debilidad persuadia, que no podia vivir ni quatro dias.

No

No es facil de expresar el gozo y la paciencia con que sufría, no solo todos los varios accidentes de su enfermedad, sino tambien la dureza de su perigon de paja, que en adelante le causó grandísimas incomodidades: pues como estaba sugeto noche y dia á unos copiosos sudores, y por otra parte tan seco y descarnado, que se le hubieran podido cortar las arterias y los nervios al sesgo de la piel, quedó luego desollado en muchas partes; y algunos dias antes de su muerte, se le notó al mudarle la tunica, que las partes en que ordinariamente descansaba estaban todas gangrenadas. Sin embargo lejos de quejarse ó de demostrar la mas mínima pena, nunca se vió sobre su cara mas que una dulzura y un amable sorriso, que demostraban ser sus trabajos la cosa que menos le ocupaba en el mundo.

Esta igualdad de espíritu, y esta tranquilidad de animo no fueron las únicas virtudes que demostró en el discurso de toda su enfermedad. Todavía fueron mas notables en él la caridad con sus Hermanos, y sobre todo la humildad. No contento de reputarse el último y mas despreciable de todos los hombres, queria que lo considerasen como tal, y siempre lo tratasen sobre este pie: virtud tanto mas rara, quanto sucede muchas veces, que nuestra soberbia después de hacernos abatir y humillar á nosotros mismos, no puede sufrir sin dolor, que los otros se tomen esta libertad. En el momento mismo de sus mayores dolores, y de sus mas grandes debilidades, rogaba sin cesar al Enfermero, que prefiriese á las suyas las necesidades de sus Hermanos, y que siempre les sirviese después de todos. Habiendole preguntado cierto dia uno de los Enfermeros, que si lo hacia por pensar, que tenia mas virtud y mas paciencia que los otros, le respondió: „no es por eso, Hermano mio, „sino porque siendo el mas defectuoso y miserable de

de todos, son mas dignos de vuestras sollicitudes y atenciones: fuera de que son mas urgentes que las mias sus necesidades." Esta humildad y caridad apareció tambien, quando insuktado de un fluxu de sangre, que le duró hasta la muerte, fue preciso trasladar à otra parte los enfermos que estaban en su quadra, para que no se contagiasen. No manifestó la mas minima pena de verse solo en un estado, donde habia menester casi à cada punto alguno que le ayudase à levantar. El temor de incomodar à un enfermo, que en ausencia de los enfermos se habia querido quedar con él, hizo que le rogase muchas veces para que se fuese, diciendo: „salid mi amado Hermano, (esto lo decia con un ayre lleno de agradecimiento y de ternura) que huele bastante mal el cuarto, y yo no merezco ser socorrido con tanto cuidado.

Pero su caridad apareció mucho mayor en un lance que se puede llamar el colmo de su amor, pues segun dice el mismo Jesu-Christo nadie puede presentar otro testimonio mas grande de su amor, que dar la vida por sus amigos. Antes que le viniese el flujo de sangre habia en su quadra un enfermo que estaba en la agonía. El enfermero, que estaba siempre con él, pasó por un instante al cuarto inmediato. En este intervalo necesitado de alguna cosa el enfermo removió la campanilla que habian puesto à su lado. Advirtiendole Fray Alejos, que no estaba el enfermero, saltó luego de su cama para socorrerlo. Ya estaba en medio del cuarto, quando volvió el enfermero, el que asombrado de verle de pie y sin palo, creyó que deliraba, y le preguntó, que queria hacer? „ voy, le respondió Fray Alejos à socorrer à mi Hermano, que me llama, y como le representase el enfermero, que se exponia à expirar en el camino, le replicó suspirando. Ha! que no soy digno de morir sirviendo à Jesu Christo, en la persona de mis hermanos." Es preciso notar que

que Fray Alejos hacia ocho ó diez dias que estaba en una debilidad tan grande, que era preciso que hubiese dos para removerle en la cama, ò para levantarlo, y que sin embargo se les quedaba muchas veces desmayado en los brazos.

Si por esta accion se manifiesta su gran ternura à los Hermanos, no menos se demuestra su menosprecio de la vida. Este fue tan grande, que no es posible tener deseo mas ardiente de morir que el suyo. Nadie se podia llegar à él, que no fuese interrogado con un Santo desasosiego, de si todavia le restaba mucho tiempo de vida; y luego se le notaba en el rostro ó bien tristeza ò bien gozo à proporecion de lo que tenia la respuesta de favorable ò contraria à sus deseos y ansias.

Un dia le dijo el Enfermero, que era demasiado su apetito de morir, y que se iba à rogar à Dios que le prolongase la vida. Alarmado Fray Alejos le respondió llorando con admirable simplicidad: „ Yo me voy „ (son sus palabras formales) à rogarle que no oses „ cuche, pues vuestra oracion, se os convertirá en „ pecado como dice el Profeta." Finalmente este deseo de morir lo poseia de un modo tan extraordinario, que le hizo cometer una falta considerable, que no nos permite disimular la sinceridad. Hacia algunos dias, que estaba disgustado de toda especie de sustento. El enfermero le dió por la noche una hiema de huebo, que lo fortificó y lo hizo dormir. Advirtiendole Fray Alejos este buen efecto la mañana siguiente, y temiendo, que le prolongase la vida, rogó al enfermero, que no se lo diese mas, añadiendo, que lo habia incomodado. En el momento mismo reconoció su falta, embió prontamente à buscar al R. P. Abad, y le dijo con mucho arrepentimiento y dolor, que el deseo, que habia tenido de morir, le habia hecho decir una gran mentira, que pedia perdon à Dios, y lo esperaba conseguir,

pues el afan de unirse luego con el por una eternidad, no le habia permitido hacer la debida reflexion sobre lo que iba à decir. El P. Abad, despues de haberle impuesto alguna penitencia ligera, tomó ocasion de su falta para hacerle advertir, que este gran deseo de la muerte podia ser muy bien efecto de su amor propio mas que del de Dios, cuyos impulsos son siempre tranquilos, moderados, y rendidos à sus ordenes; y que en efecto se podia temer, que habia padecido en èl alguna presuncion. Los Superiores le decian algunas veces, que no comprendian como podia tener la temeridad de apetecer tanto el morir? ¿pues pensais, le representaban, que diez y ocho meses de penitencia sean lo bastante para expiar la innumerable multitud de pecados, que habeis cometido, y las impias irrisiones, que habeis hecho de nuestra Religion, aun despues de haber conocido su verdad?

Todavia le añadian algunas razones mas fuertes, para procurarle moderar su fervor. Mas todo quanto se le pudo decir, no fue capáz de disminuir su confianza, ni de entibiar aquel deseo tan ardiente de la muerte, que lo tenia poseido. A los unos decia, que à la verdad temia à un Dios, cuyos formidables juicios habian estremecido à los mayores Santos; pero que creia hacer agrabio al merito de la Sangre de Jesu-Christo, si ciegamente no se abandonaba à los brazos de su misericordia. Respondia à los otros que si bien era verdad, que habia tenido la desgracia de ofender à Dios por un millon de pecados, y por las irrisiones, que habia hecho de la Religion Catolica; pero que su bondad aun era mayor que sus culpas, y que despues de su retiro à la Trapa no habia cesado de llorarlas noche y dia, ni de hacer penitencia.

No me puedo dispensar de hacer una breve reflexion aqui sobre la conducta de Dios, que siempre es admi-

rable en sus Santos. En la vida de Fray Basilio (*) se vió, que despues de haber vivido en el mundo con una perfecta inocencia, despues de haber pasado siete años en la penitencia, y padecido por espacio de quatro unas enfermedades y dolores extremados, no dejó de temer muchas vezes à los juicios de Dios, casi hasta desconfiar y desfallecer, y Fray Alejos despues de una juventud manchada por toda especie de culpas, y una penitencia bastante corta, tiene una confianza tan firme y tan constante en su misericordia, que nadie puede balancearla. Aqui vemos, que ni las largas vidas, ni las penitencias mas espantosas borran los mayores pecados, sino solamente un amor grande: *remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum.* (**) Asi se puede decir, que Fray Alejos amó à Dios con toda la extension y vivacidad de su corazon; y que su conversion no solo fue tan profunda como habia sido su aversion, segun dice Isaias, sino que tambien se le pueden aplicar aquellas palabras de otro Propheta: „vuestro espíritu os apartò de Dios; pero quando de nuevo volvais à èl „lo buscareis con diez veces mas fervor.

Don Prior que habia sido su Maestro de Novicios, queriendo asegurarse de si este gran deseo de la muerte se fundaba en una verdadera humildad, le dijo, que era preciso, que hiciese una confesion pública de todas sus culpas. Esta proposicion tan dura y humillante, le causò tan gran gozo, que no pudo reposar, hasta conseguir la licencia de poderla hacer. Para tranquilizarlo el R. P. Abad se la concediò, bajo la con-

L 2

di-

NOTA DEL AUTOR.

(*) Se hallarà esta vida en el segundò tomo.

(**) Luc, 7.

dicion de no hacerla hasta que estubiese sobre la paja. Pero Dios se contentó con la disposicion de su corazon como vamos à ver.

Llegó por fin este dia tan deseado; y la muerte con quien Fray Alejos se habia familiarizado, por decirlo así, por tanto tiempo, le pareció todavia mas hermosa de cerca, que le habia parecido de lejos. Lo pusieron finalmente sobre la ceniza, donde se vió tanto mas gozoso, quanto esperaba hacer la confesion publica de sus culpas, segun le habian prometido; pero fenecida la recomendacion del alma, se halló tan oprimido por la abundancia de las flemas que habian concurrido à su pecho, que no pudo executar este designio. Se contentó con dar à entender por medias palabras, que deseaba ser enterrado fuera del Cementerio. Conservó sobre la paja aquella tranquilidad y confianza que habia manifestado durante su enfermedad. Pero nada causaba tanta admiracion, como verlo en las puertas de la muerte en continuos alborozos y regocijos, unas veces abrazando à sus Hermanos, otras tomándoles la mano, y diciendoles à Dios con un gracioso sorriso, que les mostraba claramente la seguridad que tenia, de que iba à gozar otra vida mejor. A nada se puede comparar su situacion mas bien, que à la de un Favorito, que despues de un largo destierro, se viese llamado por su Principe para volver à entrar en su gracia mas que nunca.

Despues de haberse retirado la Comunidad, un Novicio Ingles que habia quedado, le preguntó que debia hacer para asegurar su vocacion, à quien solo respondió estas palabras: mi amado Hermano, sed fiel à Dios, y Dios lo será con vos. Tres ò quatro horas antes de morir, tubo una funesta crisis que por espacio de dos horas le causó violentas agitaciones. Se comovia como uno à quien apretasen la garganta, é hiciese conatos para desprehenderse. Como lo apremiasen
cruel-

cruelmente los dolores, desapareció de su cara aquel agrado y alegria que le habia sido tan ordinaria; mas no llegó al corazon esta mudanza. Invocava sin cesar à Dios, diciendo: *In manus tuas commendo spiritum meum*: En tus manos Señor encomiendo mi espiritu. No hay cosa mas devota, que las preces que dirigia à la Virgen santisima, quien despues de Jesu-Christo habia sido siempre el objeto de su amor y devocion. La llamaba en su asistencia, repitiendo sin cesar aquellas palabras que decimos tantas veces en su oficio: *Maria Mater gratia, Mater misericordia, tu nos ab hoste protego, et hora mortis suscipe.*

Cesaron por fin las convulsiones, y recobró el rostro su primer ayre de serenidad y de dulzura; y Don Prior le preguntó con que disposiciones iba à Dios, à que respondió: „ En una disposicion de amor y confianza. Nada temo à sus juicios, antes por el contrario, estoy colmado de gozo considerando la felicidad que me espera.“ Continuó diciendo, que despues de su conversion habia llevado siempre presente à Jesu-Christo, y que no hallaba palabras para expresarle su agradecimiento à tantos beneficios. Pasó todavia media hora en hacer actos de amor de Dios, y dar muestras de la piedad mas tierna à Christo crucificado: abrazó tambien muchas veces una imagen de la Virgen Santisima, que se habia hecho atar à la mano. En estas disposiciones tan felices y tan embidiables, se durmió en el sueño de los Justos à 11 de Mayo de 1701. pasados nueve meses menos nueve dias despues de su Profesion, à los veinte y dos años de su edad.

Su carrera à sido corta; pero llena de un fervor, y de una perfecta fidelidad, y exempta de aquella tibieza, de que apenas se libran las vidas mas santas quando son largas. *Consumatus in brevi explevit tempora multa.* Sap. 4. v. 13.

DISTRIBUCION DIARIA del tiempo de Fray Alejos.

A caso no llevará à mal el Lector, que se añada à esta Relacon un pequeño escrito, de que muchas vezes habemos hablado, que se hallò despues de muerto Fray Alejos.

Apenas me dispiertan la campana ò la tabla, comienzo à santiguarme, y levantandome digo el verso, *Deus in adiutorium meum intende &c.* Con el *gloria Patri.* En seguida rezo muchos versos tomados de los Salmos, hasta que llego à la puerta de la Iglesia: como por exemplo, *Media nocte surgebam ad confitendum tibi super iudicia justificationis tuae. Adolescentulus sum ego et contemptus &c.* Al entrar en la Iglesia digo: *Introibo in tabernaculum ejus, adorabo in loco ubi steterunt pedes ejus.* Al pasar por delante del Santísimo Sacramento: *Omnis terra adoret te, Deus, et psallat tibi.*

Mientras la oracion, que se hace acabados los Maitines de la Virgen Santissima, me ocupo en dirigir mis intenciones, y ofrecer à Dios todo lo que puedo hacer aquel dia, en union de todo lo que hizo, y padeciò Christo en este mundo, y todo lo que hicieron y padecieron los Santos que estan en el Cielo. Junto tambien mis intenciones à las de la Comunidad y de los Superiores, para que Dios conserve en todo su vigor è integridad el bien que se dignò de establecer en este Monasterio, por las solicitudes de Nuestro R. P. Abad de Rancè hasta la fin de el mundo. Le ruego, que derrame sus gracias sobre todas las necesidades de nuestros Superiores, que facilite à los Profesos los medios de cumplir todos sus deberes, dando à los Postulantes y Novicios, el verdadero espíritu de San Benito, y la perseverancia en su vocacion.

Des-

Desde las cinco hasta prima bago nuestra leccion en las vidas de los Santos Padres del Yermo, empleando en ella el tiempo, que me queda despues de haber apprehendido los Salmos.

Despues de capitulo hasta la labor, digo las preces que se hallan al fin de nuestra regla; es à saber dos oraciones à la Virgen Santissima en forma de ofrecimiento para todos los dias, y una à San Benito.

Despues de la labor hasta la Missa Coaventual, leo un capitulo de la regla y otro de la imitacion de Christo.

Despues de comer leo por espacio de media hora corta la explicacion, que hizo de la Regla N. R. P. Abad de Rancè; y si me queda tiempo hasta la meridiana, rezo el oficio del dia, en esta forma: El Domingo el oficio de la Santissima Trinidad, Lunes el del Espiritu Santo, Martes el de Santa Ana, Miércoles el de San Josef, Jueves el del Santissimo Sacramento; Viernes el de la Santa Cruz, y Sabado el de la Imaculada Concepcion de Maria Santissima.

Fenecida la labor, que hacemos despues de comer hasta Visperas, leo en el libro intitulado; *Practica de la Perfeccion Christiana y Religiosa.*

Despues de la Cena ò Calacion medito hasta Completas.

En la oracion, que hacemos despues de Completas, examino todo lo que hice en el dia y pido perdón à Dios de todas las faltas que pude cometer, rezando despues la Letania de la Virgen Santissima. Despues de la oracion me encomiendo al Angel de mi Guardia, y Santos de mi mayor devocion. Acabado que estoy, me ocupo en pensar las bondades de Dios, mis miserias, y algunas otras cosas, que me éxciten à la compuncion; y asi continuo hasta que me duermo.

Los Dias de Comunión, ocupo en oracion todo el

el tiempo que media desde Prima hasta el primer señal de la Misa Mayor, es decir, desde las seis hasta las siete y tres cuartos; y lo mismo hago después de Vísperas por espacio de cerca de media hora à no ser, que lo impidan mis Superiores ò algunas necesidades.

Es ocioso el reflexionar sobre este escrito, donde por todas partes se ve el espíritu de Dios; mas es preciso confesar, ya que lo habemos mencionado, que una vida tan perfecta y santamente llena, solo podía parar en una muerte tan santa y tan feliz como lo fue la de este bienaventurado Hermano.

INSTRUCCION

SOBRE LA MUERTE DE FRAY
Juan Climaco llamado en el Mundo Alejandro Claudio Bose de Bois. Falleció en
14 de Diciembre de 1703.

Ya es tiempo, hermanos míos, de cumplir la promesa, que os hice algunos días ha, de hablaros sobre la admirable conducta de Dios con el hermano que se nos acaba de llevar. La fidelidad en corresponder à las gracias con que la Divina providencia lo colmaba sin cesar; el deseo, que teneis de saberlas; y el fruto, que sacareis en oírmelas: todas estas razones, digo, juntas à la obligacion, que tengo de usar todos los medios, que la Divina providencia me pone en las manos para que os haga entrar en la plenitud de sus designios, son unos motivos tan urgentes y legítimos, que con razon os quejaríais de mí, si tardase mas à daros esta

satisfaccion *Opera Dei revulere et confiteri honorificum est.*

El Hermano Juan Climaco, llamado en el mundo, Alejandro Claudio Bose, y en su primer Instituto de Canonigos Regulares de San Agustín en un tiempo, donde todo era temible para él. Sin embargo se disipò luego este nublado, y hallò por decirlo así, unas nuevas fuerzas en su propia debilidad: semejante à un generoso Atleta que habiendose dejado sorprehender de su contrario, vuelve luego al combate con mas aliento, lo sigue, lo atropella, lo postra, y no descansa hasta haber labado en su sangre la confusion y la ignominia que lo averguenza.

Dios, que no lo perdía de vista le hizo mirar al desierto de la Trapa como à un Lugar correspondiente à las disposiciones, en que queria reponerle. Hizo recurso à su Sabio Superior, manifestandole lo que pasaba en su corazon, y los motivos, que tenia para buscar una soledad donde se pudiera ver en una situacion semejante à la del Apostol, quando decia: *Mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.* Este digno Superior que unicamente le amaba en las entrañas de aquel, en quien la criatura debe ser amada, aprobó generosamente la resolucion, en que le viò, de retirarse al desierto y no vivir mas que para Dios. No obstante su prudencia ordinaria le precisò à decirle, que siendo su designio de la mayor consecuencia, era preciso tomarse tiempo para conocer el espíritu, que lo movia. El Hermano Bose, que estaba persuadido, de que este amado Padre [así lo llamaba siempre] solo buscaba la gloria de Dios y la salvacion de sus escogidos, dió gustosamente las manos à la dilacion que le mandaba. No fue menester mucho tiempo para juzgar que venia de Dios su vocacion, y que en mudar de Monasterio solo se proponia este Religioso Mozo, el cubrirse de los peligros, à que habia estado expuesto. Esto fue lo que precisò à este caritativo Padre à obtener las licencias

cias necesarias de los Prelados mayores para irse á la Trapa, donde le dijo á la despedida, que solo estaria dos años, lo que se vió verificado con el tiempo.

Llegò luego el Hermano Bosc, de quien se puede decir, que siguiendo el aviso de San Bernardo, dejó su voluntad y su cuerpo en la puerta de el Monasterio, y que solo entrò con el corazon, mas un corazon dispuesto para recibir todas las impresiones que quisieran hacer en él. Asi mismo lo mostrò en las dos primeras conversaciones que tubimos mientras estubo en la hospederia; pero de un modo tan perceptible, que sin dificultad vine à concebir, que Dios lo conducia por sendas extraordinarias; porque no es posible cosa mas exacta ni mas sincera, que la relacion circunstanciada que me hizo de toda su vida; y lo que mas me sorprendió en este Postulante fue, que procuró pintarse con los mas negros colores, y en su boca, nada habia sido menos, que lo que debia ser su vida. ¡Ha que son raras estas confesiones! ¡pero que bendiciones y que gracias no acarrear à los que se saben resolver à hacerlas! yo no dudo que en él fueron una fuente copiosa.

Habiendolo puesto dos dias despues el R. P. Abad (*) en los egercicios regulares, vosotros sabéis, Her-

NOTA DEL TRADUCTOR.

(*) Lo era à la sazón Don Jacobo de la Cour, que entrò en la Abadía à fines de 1698, y la renunciò en el Noviembre de 1713, à quien sucedió en el Enero de 1714, Don Isidoro Denneries. Autor de esta vida es indubitablemente el Maestro de Novicios, pues en ella habla significando à cada paso este oficio, y así estas Instrucciones se predicaron al Noviciado.

manos mios, con que fidelidad y exactitud desempeñó todos sus deberes. ¿Quién de vosotros dejó de ver cumplidas en él aquellas palabras de San Bernardo: *si incipit incipe perfecte*. El os daba leccion á todos, y me la daba á mi mismo; y no me cansaba de admirar una virtud ya tan consumada, y tan pocas vezes vista en los Postulantes. La edificacion, que dió á toda la comunidad, obligò al R. P. Abad à otorgarle la gracia, que con tantas instancias le pedia, y se le vistió el hábito el 20 de Febrero. El deciros lo sucedido en este lance, y con que disposiciones se consagrò el Hermano Bosc à la Penitencia, se queda para solo Dios que las ponía en su corazon. Sin embargo si queremos juzgar de ellas por las resultas, será preciso confesar, que no pudieron ser ni mas felices, ni mas santas. Su conducta, y todo quanto vimos en él, desde este dia hasta su muerte no nos dexa la menor duda.

Apenas se acabò la funcion, su primer cuidado, despues de haber dado gracias à Dios por el beneficio recibido, fue preguntar lo que habia de hacer, y como se debia portar. Me suplicò, que le arreglase hasta las mas minimas circunstancias de su vida; de manera, que no le quedase ni una donde se pudiera asir su propia voluntad. Por mas insoportable, que parezca esta sugesion à los que ignoran la copia de gracias, que tiene vinculadas Dios à este Sacrificio voluntario, estableciò al Hermano Climaco en una paz tan constante, que nada le pudo ya causar la mas pequeña alteracion. Todas las dificultades que suelen espantar à los espíritus cobardes y tímidos, cayeron à sus pies: y me acuerdo de que muchas vezes me decia: „ Padre mio, ¿donde está la Trapa, que se hizo aquella penitencia de que tanto se habla? Yo la busco, deseando abrazarla con todo mi corazon, y no la encuentro? “

En estas ocasiones le respondió: ¿pues que acaso haceis otra cosa, Hermano mio, desde que amanece hasta la tarde? Velais, ayunais, orais, y trabajais: la obediencia regula todas vuestras obras, sin que tengais ni un solo momento de que podais disponer. Ha pues que mas podeis desear? *Hoc fac et vives.* „Este me replicaba, es, Padre mio, todo mi consuelo; la vida, que yo llevo es demasiado dulce; pero ya que vos llamais à esto penitencia, no os puedo expresar mejor el estado en que me hallo, que diciendo con el Apostol, *Super abundo gaudio in omni tribulatione.* „¿Mas como se puede componer esto con aquella puerta estrecha, y con aquella violencia, que Christo manda, que nos hagamos? Donde està aquel yugo, y aquella Cruz, que es preciso llevar? Os protesto, que yo ninguna violencia me hago aqui, y que no se en que consiste este yugo, y esta Cruz. Todavía os dirè, que los dias se me pasan con una increíble rapidèz; y que son como relampagos, que huyen en el mismo instante, que hieren à mis ojos. „Apenas nos habemos levantado, ya me parece que hoygo el toque de silencio.“

No era solo yo quien esplicaba asi la situacion feliz en que lo ponía Dios. Quando iba à ver al R. P. Abad, le hablaba con palabras tan penetrantes y tan vivas, de los consuelos que experimentaba en su nuevo estado, que el R. P. se quedaba no menos admirado que edificado.

No penseis, Hermanos mios, que las disposiciones de que os hablo, hayan sido pasajeras en el Hermano Climaco, pues las llevó hasta el sepulcro; y yo os hare ver, que pocos dias antes de su muerte, las tenia mucho mas animosas y mas vivas que nunca. ¿En vista de esto, admirareis, que en tan poco tiempo hiciese unos progresos tan considerables en el camino de la perfeccion? eran muy solidos los cimientos

tos que puso à su edificio para que no tubiese toda la firmeza posible, como lo demuestran todas sus acciones. Esto pretendo manifestaros, renovando en vuestra memoria lo que apareció mas edificante en su vida, y haciendo que veais su grande aplicacion à conseguir las virtudes mas esenciales de su profesion.

Ya sabeis, Hermanos mios, el asiento que ocupa la humildad entre las virtudes Christianas; y que sin ella las otras solo tienen el nombre y apariencia de virtud, sin merito alguno à los ojos de Dios, y que por tanto debe concurrir à todas las conyunturas y circunstancias de nuestra vida. Con esta mira San Benito, descende quando nos la recomienda à cosas tan menudas, que quiere que aparezca en la compostura, en las palabras, y en todas las acciones Monasticas. El Hermano Climaco estaba tan persuadido de ello, que me basta referir lo escrito por el Santo para persuadir, que no tenia ni un solo instante en que no llevara presente esta obligacion. En qualquiera parte que lo encontrase, lo hallaba en la forma, que manda San Benito; en el huerto, en la Iglesia; en el refectorio, en el Claustro, nada veia en el que visiblemente no me persuadiera el cuidado que tenia de cumplir en este punto lo prescrito por la Regla.

Sin dificultad lo podreis conocer en aquellos lances donde no podian ser dudosas ni equivocadas las muestras que daba de ello, quiero decir en los capitulos, y repeticiones. (*) Aqui era donde no cesaba de acusarse, sin

NOTA DEL TRADUCTOR.

(*) Ignoramos el significado de la palabra *repeticiones* que alude acaso à la confesion pública, que se hace en el Capitulo de la falta que nos han proclamado, acusado.

sin que hubiese falta, que no se procurase imputar, de modo que quien lo creyera pensaría, que no hacia cosa, que no fuese defectuosa. El era en su boca, un embrollador, un aturdido, un cobarde, un perezoso, y un Novicio que deshonoraba por sus relajaciones el hábito que vestía, y que solo servía para escandalizar á sus Hermanos. No habia palabras humillantes, que no usase para ser tenido por todo lo contrario de lo que era, y para aniquilar en vuestro concepto su reputacion.

Como yo no ignoraba sus disposiciones, no dejaba de encarecer quanto me decia. Mas os protesto, que tenia el consuelo de ver, que por mas que ahondase la espada de la humillacion, jamás llegaba al fondo: y quando despues de haberle humillado por defectos aparentes, y algunos que se deslizaban de su atencion ordinaria [pues ya sabéis, que de otros era incapáz,] me informaba de como lo habia llebado; y se postraba á mis pies, agradeciendome con palabras llenas de ternura el cuidado que tenia de las necesidades de su animo. Me aseguraba, que en su pecho habia un fondo inagotable de Sobervia, que estaba amasado en ella, y que me debía las mayores obligaciones, por quererlo confundir, y darlo á conocer como era en si. Añadia, que no podia dar á Dios bastantes gracias, por dispensarle unos medios tan faciles para reparar con confusiones momentaneas, que tenia bien merecidas, otras infinitas faltas por las que jamas habia satisfecho á su Justicia. „ ¡ Que fortuna, que

„ gracia, me decia, hallarse en una casa donde cada
 „ uno procura abrazar á porfia las humillaciones de
 „ Christo. El era inocente, y culpable: dichoso de
 „ mi si me pudiera poner en la situacion, que dice
 „ San Bernardo, de juzgar y condenar todas mis
 „ acciones, para que quando sea presentado á este su-
 „ premo Juez, nada encuentre en mi de que ya no

„ me

„ me haya acusado á él, y no haya llorado al pie de
 „ sus altares.“

En los sentimientos de esta profunda humildad se veia siempre reprehensible. Un gesto, un paso, una mirada inadvertida, y un servicio tributado apresuradamente á qualquiera de vosotros, le, hacia hermanos míos, que buscasse al punto á su Prelado para acusarse de él, como de una gran falta: y jamás se levantaba del suelo mas contento que despues de haber obtenido alguna penitencia.

Esta misma virtud aparecia tambien en el gozo, que tenia quando alguno de sus Hermanos lo proclamaba. Fuese ò no fuese culpable le servia la proclamacion de un deleite sensible. Ved como se explicaba. „ ¿ No es una gracia particular, que me hace
 „ Dios el ser reprehendido por una falta que no co-
 „ meti, dandome asi ocasion para satisfacer por otras
 „ infinitas, de que no hago reflexion? ¿ Si no hice mi
 „ deber, no me debó tener por feliz de que me re-
 „ prehendan y me den asi los medios para que me
 „ corrija? San Bernardo, añadia, me enseña, que
 „ estoy destinado para esto. Los opróbios y denuestos,
 „ fueron la herencia de Jesu Christo: yo quiero ser
 „ su Discipulo y gozar el mismo patrimonio.“

No puedo rematar lo perteneciente á su humildad, sin hacerós saber dos cosas. La primera, que oraba á Dios por los que le hacian la caridad de advertirle alguna falta, ò de humillarle. La segunda de que habéis sido testigos es, que iba á rogar las gracias á los que le daban alguna penitencia, por el cuidado, que tomian de purificarle en el crisol de humillaciones saludables; y me acuerdo bien de la seguridad, que yo tenia de verle venir con un corazon lleno de agradecimiento, siempre que habia procurado contentar aquel deseo insaciable, que tenia de envilecerse y de no darse.

Es-

Esta virtud que le inspiraba sentimientos tan bajos de si mismo, lo precisaba á recurrir por la oracion al unico que lo podia librar de sus miserias. Con esta mira hacia de su principal ocupacion: y sin embargo de que toda su vida se puede llamar una oracion continua, segun aquella maxima de San Agustin, *Quid quid, egere bene age, et laudasti Deum*. No dejaba de ir á la Iglesia tres ó quatro vezes al dia para derramarse al pie de los altares. Yo lo hallaba algunas vezes como absorto en Dios, penetrado de su infinita misericordia, y del espantoso vacio que le representaba su humildad en toda su conducta. Escuchad, Hermanos míos, lo que pensaba de si mismo, Lo que os digo y diré en adelante sera tomado de un libro (*) donde se hallan escritas de su mano todas sus devociones y disposiciones.

„ Me presentaré ante mi Dios, como un pobre
 „ destituido de todo bien, reconociendo, que de mi
 „ solo tengo la nada y el pecado; pero que aquel á
 „ quien me presento, y á quien expongo las miserias
 „ de mi alma, es un Padre lleno de bondad y misericordia,
 „ que me manda recurrir á él en mis necesidades y miserias,
 „ para remediarlas. Por tanto ire siempre á la oracion con una
 „ codicia y hambre espiritual para beber en la fuente inagotable
 „ de su misericordia, y recobrar nuevas fuerzas. Aquí tendre mis
 „ delicias, y al tiempo de dar gracias por la tarde, no dexaré de
 „ agradecer á esta bondad infinita la misericordia de las misericordias y la gracia

NOTA DEL TRADUCTOR.

(*) Se imprimió este libro despues de su muerte bajo el titulo de *Ejercicios de devocion de Fray Juan Climaco*.

„ cia de las gracias que me hizo en haberme llamado (son sus palabras formales) á este Paraiso de la Trapa, donde soy tan feliz, y estoy tan contento; porque sin este favor tan extraordinario, que no puedo comprehenderlo, miserablemente me habria condenado, y visto privado para siempre de la posesion de mi Dios y de mi Salvador.

Tube mucho gusto de usar de sus palabras, sin añadir cosa, persuadido de que os mostrarian mejor sus disposiciones, que todo quanto yo os pudiera decir. El habla, como ya veis de la abundancia de su corazon; y se representa tan penetrado de las misericordias de Dios, y de su propia corrupcion, que no halla palabras para expresar los pensamientos que le inspira su humildad; Admirareis en vista de esto, Hermanos míos, que Dios se le haya comunicado de un modo tan sensible? La oracion, como nos dicen los Santos, es el canal por donde corren sus gracias. El Hermano Climaco iba sin cesar á beber en el con un fervor capaz de atraerlas asi ¿omo pues sus oraciones se dejarian de remontar hasta el Trono de Dios?

Era muy difícil, que esta humildad acompañada de una oracion tan continua, no incendiase su corazon en una viva y sincera caridad á los que se habia unido con unos lazos tan apretados. Y sin embargo de que os lo han persuadido bastante sus acciones, no dejando pasar ninguna ocasion en que pudiese, y no os lo mostrase, no dejaré de referir los afectos de ternura, que Dios habia gravado en su alma para todos sus Hermanos.

Digo pues, que considerò esta obligacion como la mas esencial; que á mas de esto se hizo reglas para cumplirla, que no pueden ser mas santas: y acaso tendreis mucho gusto en saber que no habia en su vida circunstancia alguna donde no le fueseis presente, y

ca que no os diese toda la parte, que su caridad siempre ingeniosa, podía imaginar; ya fuese en obras de devoción, ya en penitencias, y ya en todas las disposiciones, que Dios le ponía en el corazón. En todo tiempo, en todo lugar, y en toda ocasión ofrecía à Jesu-Christo *sus carísimos, sus santísimos, y sus amabilísimos Hermanos*. Estos son los nombres que os daba. Esta en el trabajo, lee alguna cosa, va á la Iglesia, derrama su corazón ante su Dios, participa de la sagrada mesa, canta las Divinas alabanzas, practica alguna mortificación, y observa rigurosos ayunos; pues en medio de estas buenas obras os hallais vosotros.

„ Hago esto, dice, á intencion de mis carísimos Hermanos, para que consigan las gracias, que necesitan para agradecer à Dios las misericordias, que les hizo; y para cumplir la obligacion que tengo de edificarles por todas mis acciones.“ No quedaba aquí su caridad para con vosotros. Os ruego, que hagais reflexion sobre lo que os voy á decir, y vereis si es posible cumplir mas literalmente aquel precepto del grande Apóstol, ò por mejor decir de Jesu-Christo. *Nemini quidquam debeatis, nisi ut invicem diligatis.*

„ Mi primera y principal obligacion, dice este Santo Religioso, (me parece que así puedo llamarle) es dar muestras à mis Hermanos del amor, que Dios gravò en mi corazón para ellos. Tres medios se me presentan de amarles en Jesu-Christo y para el Cielo. El primero me precisa à darles muestras de respeto y deferencia en todo lance saludandoles profundamente, mirando á Jesu-Christo en sus personas, solazandoles en quanto pueda, obedeciendoles con gozo, quando desean de mi alguna cosa; y evitando por fin todo lo que pueda engendrar en su corazón la mas minima ocasion de murmuracion ò sentimiento.

„ El segundo me obliga á inclinarlos à Dios, al

„ amor

„ amor de su estado; y à la observancia fiel de nuestra Santa Regla, por una conducta modesta y arreglada, practicando yo primero todo lo que prescriben San Benito y las Constituciones; y finalmente procurando no hacer cosa que no les pueda edificar, pues nos dice Christo en su Evangelio, que mas valdria sumergirnos en el fondo del mar, que hacer alguna cosa capaz de escandalizar à los que creen en él. Penetrado de estos sentimientos no se puede contener de exclamar así: „ Ay Dios mio! que castigos no mereceria yo, si cayese en la miseria de darles mal ejemplo. Os protesto que con el socorro de vuestra Divina gracia velaré con todo el cuidado posible sobre mis acciones, para que nada se me escape que no sea conforme à lo que me pedis.

El tercero y de mas importancia es encomendarlos con frecuencia à Dios. La oracion, que hacia antes de Vespèras, era la destinada con mas particularidad para vosotros. Os ruego que escuchéis, como le hace hablar su caridad. „ Como nada se debe pedir à Dios sino por Jesu-Christo, no dejaré de conjurarle por los meritos de su hijo y de su Madre Santísima, que cumpla sus Divinas voluntades sobre ellos. Con esta mira rezare dos partes de Rosario, poniendo à mis Hermanos bajo la proteccion de la Virgen Santísima, para obtenerles, ò por mejor decir para que Jesu-Christo les obtenga lo que habré pedido por la salvacion de mis carísimos y amabilísimos Hermanos. A mas de lo dicho, quantas veces asista al Santo Sacrificio de la Misa me impondré la obligacion de ofrecer todos mis Hermanos al Padre Eterno.

No quedaba en esto, Hermanos míos, el amor, que os tenia, pues era ilimitado. Ved como exclama: „ ¿No debo, Dios mio, respetar en mis Hermanos nuestro Santo Templo las virtudes que veo en ellos, las

Nz

„ gra-

„ gracias de que perenemente los colmais, los buenos egem-
 „ plos que me dan, quando yo puedo decir con ver-
 „ dad, que ni una de sus virtudes veo en mi, y que
 „ por el contrario me reconozco reo de infinitos pe-
 „ cados: y no son estos unos motivos urgentes y justos,
 „ para suplicar que me mireis con ojos de compasion,
 „ y poder esperar, que teniendolos por Amigos en
 „ aquel dia terrible, me alcance su intercesion, una
 „ misericordia mas abundante?

A todos estos egercicios de caridad, añadia el Hermano Climaco otra de que sin duda habeis queda- do muy edificados, y era cargarse de vuestras faltas pidiendo con instancia permiso para expiarlas por la penitencia. Yo me acuerdo de que algunas vezes me apremiaba con tanta vehemencia, que me veia preci- sado à conceder à su celo y à su ardiente caridad lo que hubiera negado à una virtud menos abanzada que la suya: lo que hacia decir à algunos de vosotros, que este caritativo Hermano se queria hacer, si es lici- to explicarme asi, como la bestia de carga del Novi- ciado. Penetrado de estos mismos sentimientos tenia particular cuidado de escusar las faltas, que son muy or- dinarias en vosotros; y quando las Reglas del Monaste- rio lo precisaban à proclamaros, las expresiones que usaba, el tono de su voz, y sus ademanes humildes y honestos manifestaban claramente los motivos, que le abrian la boca en estos lances.

Os hablo, Hermanos mios, muchas vezes de la fidelidad, que Dios os pide en los egercicios, que pa- recen menos importantes, igualmente que en los mas esenciales; pues no creo posible, que un Religioso ve- le con atencion sobre si mismo, y escrupulice en co- sas pequeñas, sin que adelante en poco tiempo mucho en la perfeccion. El Hermano Climaco estaba tan con- vencido de esta verdad, que nada se escapaba à su vi- gilancia. Bastaba ser mandada alguna cosa para ren- dir-

dirse con fidelidad à ella, sin que nadie pudiera im- pedirle. No hallaba en estas ocasiones ni razon, ni pre- testo que pudiera dispensarlo de cumplir à la letra lo que Dios le pedia; persuadido de que somos tanto mas culpables en menospreciar los medios que la bon- dad de Dios pone en nuestras manos para santificar- nos, quanto son mas faciles los mandatos que nos im- pone. „ Necesitamos, decia, continuamente de su „ gracia; ¿ y como pretenderemos la primera, hacien- „ do tan poco caso de lo que nos puede hacer gratos „ à sus ojos?

La consideracion de las misericordias, con que Dios le favorecia, y la de haberle puesto à cubierto de los peligros en que se habia visto, hacian en su corazon unas impresiones tan vivas y tan saludables, que ar- rebatado en un santo gozo le decia estas palabras lie- nas de ternura. „ Quando considero, Señor, las infi- „ nitas obligaciones que os debo por haberme sacado „ de aquel estado de muerte y de pecado en que vivia, „ para ponerme en el numero de vuestros Santos; quan- „ do reflexiono aquella compasion sin limites que os „ obligo à arrancarme de las puertas del infierno: ¿ que „ puedo hacer yo para mostraros mi agradecimiento? „ Habria otra ingratitud como la mia, si yo hiciera una „ sola accion, que no fuese prueba del agradecimien- „ to que me tiene penetrado? O ¡ Dios mio, no „ permitais, que olvide nunca una obligacion tan esen- „ cial! Vuestro soy, Vos soys mi paz y mi consue- „ lo; y me veo en una perene agitacion quando os „ pierdo de vista: *Irrequietum est cor meum, donec re- „ quiescat in te.*

Tenia tan grabados en su corazon estos sentimien- tos, que no podia concebir, que unas personas à quie- nes Dios habia demostrado una proteccion visible, ro- bandolas al mundo para esconderlas en el Secreto de su faz, pudieran pensar en otra cosa que en la magnitud de

de esta misericordia. De aqui vino, Hermanos mios, que el Hermano Climaco tubiese un cuidado especialísimo de aprehender las costumbres establecidas en este Monasterio, y de observarlas con una fidelidad à que nada se puede añadir. Como habia leido en las Relaciones de la muerte de nuestros Hermanos, que los que se habian propuesto el observar los Reglamentos, siempre se habian distinguido por su piedad y exactitud; y que Dios habia dado tan grandes bendiciones à su zelo, que habian sido modelo de observancia; no hubo menester mas para entregarse por entero al mismo empeño. Los leyó y releyó muchas veces con extraordinaria aplicacion, y los poseyó tan perfectamente, que bastaba mirar à sus acciones para saber lo que prescriben.

Este deseo que tenia de observarlos à la letra, hacia que los leyese sin cesar, y que viniese à consultar mi parecer, aun en las cosas menos dudosas. Os protesto, que algunas veces me quedaba tan asombrado de las preguntas que me hacia, que no podia dejar de manifestarle mi admiracion, à que solo me respondia lo siguiente: „ Padre mio, yo soy un niño; yo „ solo veo lo que vos quereis que vea; yo solo oyo „ go lo que vos quereis que oyga. A la verdad me „ parecen cosas claras las que os pregunto; pero sin „ embargo solo son tinieblas y enigmas para mi, hasta „ despues que me habeis dicho lo que debo pensar. „ Vos habeis de ser mi guia; y yo solo debo ver „ por vuestros ojos, y oir por vuestras orejas. Por „ mas seguras, buenas, y rectas que me parezcan mis „ acciones, se me hacen sospechosas quando no vienen de Vos: mas al punto que me habeis determinado, ya no zozobro. Dios me habla por vuestra „ boca, y esto me basta; O que raras, que Santas, y que admirables son estas disposiciones!

Os ruego que me digais, Hermanos mios, si

es

es posible mayor conformidad que esta con el exemplo de San Dorotheo. Este gran Santo nos dice, que nada podia hacer sin el consejo de su Superior, por mas evidentes que le pareciesen en las razones que tenia para determinarse, diciendose asi mismo: „ yo soy un „ ciego, yo hierro, yo me engaño; esto que quiero „ hacer no será justo, hasta que mi Abad lo haya juzgado. Este gran Solitario, añade, que quando su „ Prelado le habia respondido segun su pensamiento, su „ razon no le dexaba de sugerir: ¿ Pues no es esto lo „ mismo que yo te habia dicho? ¿ A que proposito „ fuiste à molestar à este Santo viejo? Y que en el mismo instante le replicaba el Santo; Ahora si que es „ bueno tu pensamiento, porque viene de Dios; pues „ lo que viene puramente de ti siempre es malo. “ Y por este medio gozaba de una paz y una tranquilidad perfecta; Y no es esto puntualmente lo mismo que hizo Fray Juan Climaco? Lo que mas os debe admirar es, que no me acuerdo de que jamás haya leido las obras de San Doroteo, y con este motivo os dirè, que toda su leccion se reducía al nuevo Testamento, la Imitacion de Christo, la Regla y los Deberes de la Vida Monastica, con los Reglamentos y los Salmos. En estas fuentes hallaba con que instruirse à fondo de todas sus obligaciones; ò por mejor decir, Dios à quien unicamente buscaba y procuraba agradar en todos los momentos de su vida, le descubria las verdades que jamás hallarian ni el estudio, ni la aplicacion mas perene.

Por lo dicho facilmente vendreis à conocer, que su confianza en el que tenia en lugar de Dios no podia ser mas cumplida, ni mayor; y si es posible que un Monge decline à algun extremo, en esta parte declinó el Hermano Climaco. Convencido de que Dios le hablaba por boca de su Prelado, tenia presentes sin cesar aquellas palabras del Señor: *Qui vos*

AN-

audis, me audis. El que à vosotros oye, á mí oye. Y estaba tan penetrado de este sentimiento, que á mí parecer si Jesu-Christo visiblemente se le hubiese aparecido, no le hubiera podido obedecer con mas puntualidad que obedecia al que estaba en su lugar. Merece especial atencion lo que escribió en este particular. Ved como habla dirigiendo su palabra à Dios.

„ Siempre que egecute, Dios mio, las ordenes
 „ de mi Prelado, egecutare las vuestras, y para que
 „ lo haga de modo que os pueda dar gusto, dadme
 „ la gracia de abandonarme sin reserva à la conducta
 „ del que me habeis dado por Padre; de consideraro
 „ siempre en su persona, asi como San Benito me lo
 „ manda, y de recibir sus avisos y mandatos como
 „ venidos inmediatamente de vos. No permitais, Dios
 „ mio, que yo sea nunca tan infiel, que le llegue à
 „ encubrir, ni mis disposiciones, ni las faltas, que
 „ puedo cometer de qualquier especie que sean; si-
 „ no que me conozca tal como soy, vea claramente
 „ mis imperfecciones y miserias, y penetre hasta lo
 „ mas oculto de mi corazon; para que vos Dios mio
 „ seais quien me conduzca por su ministerio. Gravad,
 „ Dios mio, con letras indelebles en el fondo de mi
 „ corazon estas resoluciones.“

Si os hablase Hermanos mios, en tono puramente oratorio, à caso pensariais que os vendo por verdades mis imaginaciones, y que la obligacion que tengo de haceros entrar con plenitud en los designios de Dios me hacia pintar aqui à un Monge perfecto, solo por animar vuestra piedad y caldear vuestro zelo, juzgando tal vez que pondero con exceso, y que os propongo cosas superiores à vuestras fuerzas; mas es domestico el egeemplo que presento à vuestros ojos, y no hace mas de quatro dias que estaba con vosotros. Nada pongo de mi casa; pues solamente os hago una
 sim-

simple relacion de sus disposiciones, que Dios ha querido que nos dejase por escrito, y que tanto os habia edificado. Os dire al mismo tiempo, que no las represento segun toda su perfeccion, por si hubiese alguno entre vosotros que digera: ¿Y quien podrá llegar à una virtud tan encumbrada? *Non omnes capiunt verbum mystud.*

Sin embargo, si hay alguna cosa, Hermanos mios, que deba hacer impresion à vuestras almas, es ciertamente un egercicio perene y constante de estas acciones Santas que debeis considerar como vuestra principal obligacion: Dios os habla de un modo tan perceptible por todo lo que os refiero de nuestro amado Hermano, que os aseguro sin perplegidad, que seteis muy reprehensibles, sino os lo aplicais cada uno en particular. Procurad pues resucitarlo, Hermanos mios, por vuestras acciones: tenga yo el consuelo de volverlo à ver en cada uno de vosotros; vea yo en todos los que me escuchan, unos Religiosos humildes, sumisos, dociles, fieles, caritativos, y obedientes como él; para que seais como él lo ha sido mi corona y mi gozo. Dios os lo pide; las gracias que os hizo os dan los medios, vosotros vivis en las mismas observancias y egercicios; tentis las mismas proporciones; y los premios no serán menos copiosos: ¿pues porqué no imitaredis este zelo de que habeis sido testigos?

Si lo que acabais de oir de nuestro amado Hermano Climaco, os hizo ver en él un Religioso Superior al comun, y que excedió en la humildad à muchos de sus hermanos; lo que os dire de su obediencia no dudo, que os lo muestre, en cierto modo superior à si mismo. Esta virtud apareció con tanto esplendor en él, que sin temor de añadir nada à la verdad, os puedo decir, que en ella consistia su caracter especial. He diferido hasta de ahora el hablaros de ella, para que os penetre mejor lo que os diga, y os podais apro-

vechar del ejemplo de este Santo Religioso con más facilidad en el ejercicio de esta Divina virtud.

Ya sabéis, Hermanos míos, y os lo tengo repetido muchas veces, que la obediencia es tan esencial a un Religioso, que solo merece este nombre en quanto se somete á los que tienen lugar de Dios, y le hablan en su nombre. Por mas Santas que sean de otra parte sus acciones, si la obediencia no les da merito, ninguno tienen. Ellas son una moneda falsa que no tiene la cara del Príncipe, y que jamás será corriente. Vete quanto guste un hombre consagrado á la obediencia; pase las noches al pie de los altares; iguale sus ayunos á los de San Antonio, y lance, si queréis, á los demonios de los cuerpos: nada les servirá todo esto sin obediencia. Y después de habernos dicho el Espíritu Santo por boca de Isaias aquellas terribles palabras: *Eccē in die jejuni vestri invenitur voluntas vestra*, ya no podéis dudar que de ninguna estima son á los ojos de Dios las obras más Santas, quando dimanán de la voluntad propia. Yo no puedo comprehender la ceguedad de la mayor parte de los Religiosos sobre un punto, que há de decidir la suerte de su eternidad.

El Hermano Climaco tenía una idea tan grande, y al mismo tiempo tan justa de estas máximas fundamentales; que quando habla de la obediencia no duda en afirmar, que ninguna de todas las virtudes Religiosas es ni a mas entrañada en su corazón, ni afada con mas sinceridad y ternura: „ Pues ella sola basta, decia, para grangearme las asistencias y gracias del Cielo, que tanto necesito en todos los instantes de mi vida. Es preciso pues que ella se encuentre en toda mi conducta regulando mis ejercicios interiores y exteriores, y que yo entre en aquella infancia evangelica, donde nada se me escape que no sea conforme á lo que me mandan Dios y mis Superiores. Desgraciada voluntad, dice, que hacés convertir el bien en mal, esse pues.

en mi y el inferno cesará; ó por mejor decir nada lo temeré. Dios me hizo la gracia de haberse la ofrecido en Sacrificio, y podre pues recobrar sin delito Dios mio, una parte de la victima que os he sacrificado; Con qué cara me presentare á su juicio? No llayare conmigo el decreto de mi condenación? Y este terrible Juez no me dirá con razon, aquellas formidables palabras, indigno Servidor, yo te condeno por tu propia boca. *Ex ore tuo te judico, serve nequam?* Por tanto podre todo mi cuidado en sujetarme á mi Prelado, y abandonarme sin reserva entre sus manos. Será posible Dios mio, que los ejemplos de vuestro Hijo que tubo siempre á vuestras ordenes una ciega sumision, y las egecutó por mas duras y penosas que fuesen, no pueden ablandar la dureza de mi corazón, y persuadirme una verdad, que ha sellado con su sangre? No permitais Señor que jamás me venga este mal borrado del libro de la vida mi nombre, y perezca yo mil veces antes que deje de imitar en quanto pueda la obediencia de mi amable Jesus.

Verd, Hermanos míos, unos admirables sentimientos, dignos de la piedad de este Santo Religioso, que Dios quiso que nos dejase escritos de su mano, y que yo quisiese que su dedo los gravase en vuestros pechos; para que inmediatamente los mostraseis en toda vuestra conducta con una fidelidad tan entera como la suya: pues valdria muy poco el estar persuadidos de la verdad de estas máximas, no haciendolas pasar del corazón á vuestras obras. El sabia que estas verdades estériles e infructuosas solo servirian de hacerle mas culpable en el juicio de Dios, sino se aplicaba á cultivar los talentos que le había confiado. Hay entre vosotros alguno que no pueda servir de testigo incontestable á la verdad que os anuncié? Quié de vosotros le nota, no digo una accion, mas una señal, un gesto, un movimiento, que no demostrase que po-

nia su gloria y su fortuna en vivir con una perfecta sumision? Yo tube siempre mis ojos sobre sus pasos; yo lo he seguido en tiempos que no me pensaba tener tan cerca, y seria traydor à la verdad y à mi conciencia, si no certificase, que siempre lo vi segun os lo presento. Tened presente por fin, Hermanos míos, que un Dios à quien la obediencia clavò en la Cruz, fue la regla que se propuso, como os lo hice notar en lo dicho, lo que repite muchas vezes: y juzga despues si la pudo observar mejor, ni pudo entrar mas adelante en el espiritu de su Regla. Recapacitad en vuestra memoria lo que San Benito, ó por mejor decir Dios por su boca, nos enseña de la obediencia: parangonad luego las acciones del Hermano Climaco con sus obligaciones sobre este punto, y vereis, que solo fueron una observancia fiel de lo prescrito por este Santo Legislador à sus profesores. Tened presente sobre todo el aviso, ó para explicarme mas claramente la certidumbre que nos dan estas palabras: no dudando, que han de ir à Dios por el camino de la obediencia, *scienter per han obedientiam viam iuros ad Deum* (*) Y de aqui podreis inferir qual fue la suerte de nuestro amado Hermano Climaco, segun lo que le habeis visto.

Solo me restaria mostrar, Hermanos míos, al Hermano Climaco en su Profesion, y lo que fòe desde el dia en que ofreció sus votos hasta el momento en que Dios quiso llevarse lo, si la memoria no me ofendiese de especies en que su piedad y religion aparecieron no menos brillantes que en lo que os llevo dicho, y son de mucha edificacion para pasarlas en silencio.

Ya sabeis, Hermanos míos, que Dios habia dado al Hermano Climaco un corazon tan bueno y tan piadoso con sus padres, que los amaba especialisimamente,

sin

(*) San. Bened. Reg. Cap. 71.

sin perder de vista las obligaciones que les debía, como lo persuaden las oraciones, que diariamente hacia pidiendo à Dios, que cumpliera su Divina voluntad en sus personas. En la situacion en que se hallaba, ya no le restaba otro medio de demostrarles su amor y su agradecimiento: por tanto se esmerò en ello con una fidelidad, que tiene pocos ejemplos. Tambien es verdad, que su Padre no habia dexado perder ninguna ocasion de mostrarle visiblemente su ternura; lo que le constaba de modo, que siempre me hablaba en terminos que demostraban quan agradecido estaba de ello. Yo pensé pues darle un gran gusto en decirle, segun el orden, que me habia dado el R. P. Abad, quien deseaba probar por este medio su virtud, que el Rey acababa de hacer Consejero de Estado à su Padre; mas os protesto, que quedè atonito, quando lo vi tan insensible à esta noticia, como si le hubiese hablado de un extraño; y no me pude dispensar de decirle: ¿que es esto, Hermano mio, ¿porqué no me respondeis? Yo pensaba complaceros, y os veo mudo. Mirad que os hablo de vuestro Padre: ¿donde estan aquellos tiernos afectos, que yo se que le teniais? ¿Asi os interesais en sus cosas?

» A la verdad, me respondió este Santo Religioso, me
 » alegro, porque conozco la piedad de mi Padre, y
 » estoy persuadido, de que este nuevo empleo solo ser-
 » virá de hacerle mas humilde, y unirse à Dios mas
 » estrechamente; y se que quanto mas crezcan sus obli-
 » gaciones, recurriré con mas frecuencia al unico
 » que puede auxiliarme para cumplirlas. Pero si no estu-
 » biese tan persuadido de ello como estoy, me affigir-
 » ria lo que me decis, por el temor que tendria de que
 » esta nueva dignidad le fuese de un peso que lo opri-
 » miese en el juicio de Dios. Yo no dexaré de dar gra-
 » cias Dios, si me lo permitis; mas habia de llevar à
 » bien, que al mismo tiempo pida que le dè las gra-
 » cias necesarias para cumplir este oficio de un modo
 » que

que lo haga mas y mas grato à sus ojos. Dios me libre, añadió, de desear bienes, honores, dignidad à los que me unió con tanta intimidad. Todo lo que le pide, se reduce à que les muestre la vanidad y la nada de las grandezas, inspirandoles el sentimiento que nos manifiesta San Pablo por estas palabras: Los que usan de este mundo, usen como si no lo usaran. *Qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur.* Sin esto, me parecerian muy dignos de compasión; y en esta situacion solo mereceria lagrimas. Un Novicio, Hermanos míos, es quien habla, y en un lance, que habria desconcertado la vanidad de otro corazon menos humilde, y menos unido à Dios que el del Hermano Climaco. No os digo mas, reflexionad vosotros.

La otra especie con que acabo es, que el Superior de quien os digo, que miró siempre al Hermano Climaco como à un hijo tiernamente amado en las entrañas de Jesu Christo quiso ser testigo de las maravillas que Dios obraba en su amado hijo. Estaba tanto mas penetrado de ellas, quanto no se le puede negar en justicia, que solo se habia propuesto en su direccion la gloria de Dios. Con este designio partió de Paris y vino à la Prápa. El R. P. Abad me mandó avisar de ello al Hermano Climaco; y llevarlo à la biblioteca, con orden de dejarlos solos, para que le pudiese mostrar los sentimientos de su corazon. Apenas le pronuncié el nombre de este digno Superior, quando le advertí unas muestras de regocijo, que no acostumbraba, haciendo en su corazon esta notable impresion contraria à las que os acabo de referir. Luego se dilató sobre las obligaciones que le debia, y me confesó de que estaba tan penetrado de ellas, que no podia hallar palabras para expresar los afectos de su corazon para con él, ni los sentimientos de agradecimiento que toda su vida le tendría. No pudo ser mas culpable su gozo quando le oí se arrojar à sus pies, quedando mucho tiempo inmóvil. Yo los

de-

dejé juntos; y despues de haberle hablado este R. P. me dijo que no habia podido contener sus lagrimas à vista de la copia de misericordias de Dios, que aparecian en este amable Religioso. El Hermano Climaco, que tampoco pudo hacer otro, me pidió permiso para ayudarle à Misa y comulgar en ella. Yo tubé gusto de asistir, y os puedo asegurar, que nada se puede añadir al recogimiento y devocion que advieria en él. Pasadas algunas horas, lo abrazó con su acostumbrada ternura, tomó su bendiccion y le pidió, que se acordase de él en la presencia del Señor. Poned, en paralelo, los diferentes sentimientos del Hermano Climaco en estos dos lances, mientras ruego à Dios que os penetre, y que os haga la gracia de imitarles.

SEGUNDA INSTRUCCION sobre la Muerte de Fray

Juan Climaco.

Ya que deseais, Hermanos míos, que despues de haber expuesto à vuestros ojos la conducta del Hermano Climaco en el tiempo de su Noviciado, os hable de la que observó despues de haber profesado en este Monasterio, satisfaré con gusto à vuestro deseo, renovando en vuestra memoria lo que todos habeis observado en este perfecto Religioso, sin dudar de que quedareis edificadissimos. Porque habiendole servido Dios de la piedad de la Religion, y de aquel fervor tan Santo, que habeis notado en él, para excitar en vuestros oraciones unas resoluciones firmes y grangearos, por una fiel imi-

ta-

tación, iguales bendiciones; muy bien puedo esperar, que estas disposiciones os harán todavía hoy otra tanta mas impresión, quanto es cierto, que no hay en mi auditorio alguno que no haya sido testigo de las felices consecuencias que tubieron.

Desde el momento que entró el Hermano Climaco en este Monasterio, no cesó de suspirar por el de su Profesion. Me hablaba de ella muchas vezes; mas en unos terminos tan vehementes y patheticos, que facilmente se podia conocer, que la miraba como el colmo de las misericordias, que hasta entonces habia recibido de Dios. Contaba los dias y las horas; y sin embargo de quejarse muchas veces de la rapidéz con que se le pasaba el tiempo, llamando à sus dias, *momentos de la Trapa*: el deseo no obstante, que tenia de consagrarse à Dios de manera, que nada lo pudiese distraher, le hacia decir, que le parecia un siglo el año de su Noviciado. Llegò por fin esta hora, que esperaba con una impaciencia tan Santa.

Creyò deberse preparar para esta gran función por todo quanto podia hacer su sacrificio grato à los ojos de quien lo ofrecia. Hizo mas frequentes y mas fervorosas à sus oraciones, à su atención mas grande, y à su fidelidad mas cumplida. La consideración de su indignidad (asi se explicaba) y de su nada de una parte, y de otra, las gracias, que Dios estaba à punto de hacerle, lo impresionaban de modo, que no hallaba expresiones, ni terminos para significar el agradecimiento que lo tenia penetrado. „ Que le hice yo me decia este digno Religioso? desde que me acuerdo no cesó de volarme de beneficios, ni yo de pagarle con perenes in-
„ gratitudes. El me hace cada dia otros, que superan
„ à mis esperanzas. ¡O quanta razón tubo el Profeta
„ Rey para decir, que sus misericordias eran infinitas,

„ y

„ y superiores à todo el resto de sus obras! Yo lo
„ experimento, Padre mio, y no os lo puedo expresar
„ como lo deseo. Quando las considero al pie de sus
„ altares, me pierdo en este abismo; Decidme pues,
„ que le hice yo para volverme tan indigno de estas
„ gracias, y parar su corriente para siempre? pues por
„ qualquiera parte que me mire, no veo en mi vida
„ sino infidelidades las unas mayores que las otras. Mi-
„ llones de hombres, que no le ofendieron tanto como
„ yo naufragan cada dia, y yo me veo en el puerto.
„ El me pone en el numero de sus Santos, que misericordia!
„ recordad! degenosle hacer, y que acabe lo que so-
„ la su bondad ha comenzado en mi. Sin embargo (añadid)
„ os ruego, que me digais, Padre mio, lo que
„ debo hacer para que esta malaventurada víctima ha-
„ lle algun agrado en su presencia. Pues la indigencia
„ y desnudez, en que me hallo no pueden ser mas gran-
„ des, y sino sufragan à mi miseria las oraciones de
„ mis Santos Hermanos, tengo todos los motivos que
„ puedo para temer à mi sacrificio.

Con estas disposiciones se sacrificó, Hermanos míos, ésta víctima: ya podeis conocer por ellas quan grata le seria. Yo no tube mucho que hacer para entenderlo; pues me lo persuadió sin dificultad la mudanza, que obró la gracia en su corazón. Considerò todo lo que habia hecho hasta esta hora como infinitamente desproporcionado à los designios de Dios sobre él, y muy inferior à su obligación. Yo le advertí las mismas disposiciones que tenia el grande Apostol, quando dijo: *Yo no creo, Hermanos míos, haber arribado al termino à que aspirò; pues todo lo que hago se reduce à olvidar lo pasado, y solo pensar en adquirir mas, y mas de lo que miro ante mis ojos.*
„ Yo quiero correr al termino de la carrera, me decia
„ éste perfecto Religioso, de modo que gane la joya,
„ y me haga digno de la dicha à que plugò à Dios
„ llamarme por Jesu Christo.

Tom. III.

P

Pa-

Para que nada lo pudiese parar en su corrida, creyó, que debía comenzarla renovandose interior y exteriormente. Con este designio me pidió que le demarcase de nuevo sus ejercicios, le arreglase tambien todos sus pasos, y aun si pudiera ser, sus pensamientos; que llevase consigo un perene testimonio, de que en todos los instantes de su vida procuraba cumplir la voluntad de Dios, y decir con su Divino Maestro, *To no vine al mundo para hacer mi voluntad.* No entré à referir las circunstancias diarias de sus obras: solo os diré que no habia ni una accion, que no fuese acompañada de su oracion particular. Si tomaba agua bendita al entrar en la Iglesia, si hacia una inclinacion, si tañia una campana, todo lo santificaba, juntando el corazon à la obra, y el espiritu à la letra. No me atribuíais, Hermanos míos, las oraciones que acompañaban à todos sus ejercicios; porque si bien es verdad que desconfiaba, si antes de comenzarlos no habia tomado mi consejo; solo aquel que nos enseña à orar inspiraba estas disposiciones à su corazon, y yo las procuraba seguir. Tambien es verdad, que la distribucion de sus lecciones y arreglo de su tiempo venia en parte de mí; pero Dios se declaraba en su favor de un modo muy visible para que yo no lo siguiese y en esto mismo me parecia su virtud mas admirable. Dios le hablaba, Dios le instruia; y sin embargo si los Superiores no aprobaban sus ejercicios Religiosos, desconfiaba de ellos, los tenia por sospechosos, y temia, que el demonio se transfigurase, como dice el Apostol, en el Angel de luz y lo engañase.

Ved una prueba de ello, que no puede ser dudosa, y que se me habria olvidado, à no haberla dejado escrita el mismo. Tenia el Hermano Climaco tan grande propension à la oracion, que à estar en su mano habria gastado en ella todo el tiempo de sus letu-

ras (*) y lo habiamos visto pasar dias enteros al pie de los altares. Habíome sobre esto muchas veces mostrandome bien los impulsos de su corazon; los que alabé sin poderme rendir à sus deseos por muchas razones. Yo creí que le debia bastar una hora por dia fuera del tiempo destinado à los ejercicios, manifestandole mis intenciones en lo demás. El temor que tubo este perfecto obediente de olvidar, lo que yo le habia dicho, y de seguir su parecer en nada, lo preciso à formar la resolucion de no quedarse nunca en la Iglesia, fuera de los tiempos que yo le habia señalado. En efecto, quando yo lo buscaba, ó queria saber lo que hacia, no tenia mas que reflexionar el orden de sus ejercicios, y la experiencia me mostraba su fidelidad.

Habiendo conocido yo, al momento que entré en este Monasterio, que Dios lo queria conducir por caminos poco regulares, y viendo despues de sus votos los progresos, que diariamente hacia, le di un librito para escribir lo que Dios le decia al corazon. Mis pensamientos no tenian mas objeto por entonces, ni prevision de que habia de servir para nuestra instruccion: no cabe cosa mas edificante que todo lo contenido en él, donde no hay pagina, que no sea una prueba de quanto os digo, y de lo que me resta por decir. Quando no hubieseis sido testigos de ello, os bastaria leerlo, para quedar persuadidos de que un corazon, que forma unos sentimientos tan grandes y tan elevados, no puede estar mas poseido de la mano de Dios.

Pa

Aun-

 NOTA DEL TRADUTOR.

(*) En los usos Cistercienses cap. 71. se permite al Monge gastar en oracion todo el tiempo de leccion, y todo intervalo que divide los actos de Comunidad.

Aunque en todo lo que escribió de sus ejercicios, no hay cosa donde visiblemente no aparezca el espíritu de Dios, y de que no podais recibir grandes provechos; sin embargo no me pude resolver, Hermanos míos, à minutarlos, por haberme confinado el tiempo al recinto en que me debo contener. Me contentaré pues con indicar algunos: Ved como se explica sobre el trabajo.

„ Pensaré quando voy à trabajar, en la sentencia pronunciada por Dios contra el pecado de Adán. Haré todo lo posible para ir en espíritu de penitencia, y cumplir la voluntad de Dios, sin apetecer nunca una labor mas que otra, recibiendo unicamente de mi Prelado la que me juzgase mas a proposito. Pondré particular cuidado en velar sobre todos mis sentidos, principalmente sobre mis ojos, para no perder jamás la presencia de Dios. Pensaré tambien en mi labor, pero de un modo espiritual. Si por exemplo, se paró las hierbas buenas de las malas, me representará la separacion, que se hará de los buenos y los malos en el espantoso juicio de Dios. Si me ocupo en limpiar algun paseo del jardin, haré reflexion sobre la obligacion que tengo de conservar mi corazon tan puro y tan limpio, que nada tenga, que pueda desagradar à los ojos del que lo debe gozar sin division. Un solo pensamiento de estos bastaria, Dios mio, si yo viviese de la fé, como debo, para que hiciese en vuestra presencia todas mis obras, y os agradase en todos los instantes.“ Lo que dice inmediatamente de sus lecciones, no es menos digno de vuestra atencion.

„ Supuesto, Dios mio, que es verdad el que solo vos nos hablais al corazon en vuestros libros santos ya inmediatamente, como en las Divinas Escrituras, ya por medio de los que nos han hablado en vuestro nombre y con vuestro espíritu, dadme gracias,

„ Se

„ Señor, para escuchar siempre con todo el respeto y atencion posible esta Divina voz: gravad en mi corazon aquellas palabras, de San Agustín: *Las instrucciones que nos dais, no merecen menos respeto que vuestro adorable cuerpo.*“ Os ruego, Hermanos míos, que escuchéis, y nunca olvideis las palabras siguientes. „ Yo no quiero leer otros libros, que las Divinas Escrituras la imitacion de Christo, nuestra Santa Regla, y un solo libro espiritual.“

„ Pluguiese à Dios, que à los que no bastan bibliotecas enteras, y que despues de haberlas devorado, no son mas virtuosos, ni mas espirituales, se les pudiese persuadir, que aprendiesen en la escuela de este Monje joven, quales son las verdaderas fuentes en que deben beber, y como lo deben hacer. Aprended, Hermanos míos, vosotros, aprended os digo muchas veces, pues Dios os habla de mil modos en todos los instantes. En el dia de hoy lo hace por este admirable Hermano: procuradle imitar; y si quereis que se os comuniquen con la misma plenitud que lo visteis comunicado à él, no tengais en las manos otros libros que los que el tubo, y leedlos con la misma preparacion de espíritu.“ (*)

Sus sentimientos sobre el refectorio me parecieron muy edificantes para no hacerles lugar aqui. Ved lo que escribió.

„ Como esta accion nos abate y envilece por si misma, à nada que escuchemos los sentimientos de la naturaleza corrompida; siendo tan carnal como soy, necesito de la gracia de mi Dios para obrar en ella con

„ su

NOTA DEL TRADUCTOR.

(*) Por este pasage vemos, que la muerte de este Venerable Abad de Rancé no extinguió su espíritu en la Tierra, en materia de Estudios Monasticos.

„ su espíritu, y por tanto no dejaré de pedírsela; pa-
 „ ra que al reparar las fuerzas de este miserable cuerpo,
 „ no tenga otra mira que servirle con una fidelidad
 „ siempre nueva. Consideraré que éste cuerpo de tierra
 „ y de barro, de que tanto ruido, en breve se ha
 „ de reducir à ceniza; y que hay otra mesa donde los
 „ Angeles y Santos se sacian por toda la eternidad de
 „ aquella Vianda incorruptible, de aquel cordero sin
 „ mancha. También pensaré que serán excluidos de ella
 „ para siempre aquellos hombres de carne y sangre, que
 „ no tienen mas Dios que à su vientre.

No referire lo que dice del examen que acost-
 „ tumbraba à hacer muchas veces al dia; pues no
 „ estais à conocer su necesidad, y sabeis la atencion
 „ que tubo siempre à todas sus acciones. Yo me
 „ acuerdo de que habia tomado la costumbre de es-
 „ cribir las faltas que le advertian: „ para que te-
 „ niéndolas presentes, me decia, no volviese mas à
 „ cometerlas. Aprovechen este ejemplo aquellos No-
 „ vicios, à quienes es preciso repetir las mismas co-
 „ sas veinte veces. Practiquen lo que hizo el Her-
 „ mano Climaco; tengan en todos los instantes los oi-
 „ dos y los ojos del corazon abiertos, y bien pron-
 „ to veremos mejorada su conducta.

Me saldria de los limites que me propuse, si
 „ me quisiese dilatar mas en lo que nos ha dejado
 „ escrito sobre el modo de santificar sus egercicios,
 „ aun en las acciones mas ordinarias y comunes. De
 „ lo dicho podéis inferir con facilidad como se apli-
 „ cò sobre la oracion, sobre el canto del Oficio Di-
 „ vino, sobre el Santo Sacrificio de la Misa, sobre el
 „ estudio de los Salmos; y en una palabra sobre to-
 „ dos los egercicios que ocupan vuestros dias. Ello es
 „ cierto, que en las acciones, que nada tienen que
 „ no sea fútil y abatido, supo hallar el modo de
 „ elevarlas, y espiritualizarlas.

Al mismo tiempo que se procuraba fomar las re-
 „ gias Santas, que habia de seguir en todos los instan-
 „ tes, tenia especialísimo cuidado de instruirse en la
 „ perfeccion y Santidad del estado que acababa de
 „ abrazar. Esto no es decir que no la conociese; pues
 „ os debo decir, que durante el año de su Novi-
 „ ciado, jamás tubo otro libro espiritual, que los *De-
 „ beres de la Vida Monastica*: si solo que estaba persuadi-
 „ do de que si no se bebe en las verdaderas fuentes,
 „ corre peligro de paderer unos engaños muy gran-
 „ des, tomando muchas veces los abusos y relajacio-
 „ nes por Maximas, seguras, è infalibles. Asi te-
 „ nia siempre en sus manos este libro.

La lectura que hizo en él, y las grandes
 „ verdades, que halló esparcidas en todas sus paginas,
 „ le inspiraron una veneracion tan grande à la me-
 „ moria de nuestro Padre, que jamás lo nombraba
 „ sin palabras que demostrasen el profundo respeto que
 „ tenia à su virtud. „ Que afortunados somos, en
 „ que se haya dignado Dios (me decia) de sus-
 „ citar un nuevo San Bernardo en nuestros dias!
 „ ¡Que misericordia, habernos dado un tan buen
 „ Padre, y un interprete tan fiel de su Divina
 „ voluntad! Ya solo nos resta seguirle, trillados te-
 „ nemos los caminos, y no podemos perdernos mar-
 „ chando sobre las pisadas de tan buena guia. Jamás
 „ leo este Divino libro, que no me parez-
 „ ca que oigo à otro Moises, que despues de ha-
 „ ber bajado del monte, enseña al Pueblo de Dios
 „ las verdades, que oyò de su boca. Si, Padre
 „ mio, añadia, solo este libro basta para hacer
 „ que reflorezca la piedad de los Claustros, y pa-
 „ ra santificar à millones de Monges, si ellos se lle-
 „ nasen de las maximas santas, que contiene, y
 „ las pasasen de su corazon à sus obras. Por muy
 „ largas que sean nuestras vidas nunca serán lo

„ bastante para expresar nuestro agradecimiento en
„ esta parte,

Esta veneracion y respeto à nuestro Padre, le hizo pedirme el cuidado de su sepulcro, apenas que lo vió acabado: (*) Vosotros sabeis, que considerò como una gracia particular la concesion de este permiso, del que usó con una fidelidad que no podia ser mayor.

No contento de esto, me pidió licencia para ir à él todos los dias, y hacer algunas deprecaciones, pidiendo à Dios la gracia de poner por obra lo que le habian enseñado los escritos de este grande Solitario. De aqui vino la loable costumbre que teneis algunos de vosotros de ir todos los dias à su sepulcro con el mismo designio.

Lo que os acabo de decir del sepulcro de nuestro Padre, me acuerda una cosa, que se me habia pasado por alto. Un dia le mande que se fuese à él, y estubiese postrado hasta que lo embiasen à buscar. Cierta ocupacion, que me llamó à otro lugar, me hizo olvidar de él, quien perseverò tanto tiempo, que al fin me vinieron à decir, que este amable Hermano continuaba siempre en la misma situacion; y despues supe que derramando mu-

chas

NOTA DEL TRADUCTOR.

(*) El Abad de Rancé se sepultò siguiendo la disciplina antigua de la Orden en tierra firme en el Cementerio, y en una fosa cavada y acabada por su mano, sobre la qual se fabricò alguna Capilla de que cuidaba Fray Juan Climaco, y esta es la que tal vez se acabò. Don Zozimo pidió y obtuvo del Abad Rancé la gracia de enterrarse en su Sepultura.

chas lagrimas. Al momento lo hice levantar; pero sin embargo, como se habia dejado llevar de su zelo, ya os acordareis sin duda en que terminos me expliquè à la primera ocasion que se ofreció. Le representè su indiscrecion, trate à su hecho de desobediencia à las ordenes, que ignoraba haber dado yo, para que jamás perseverase nadie en penitencia mas de media hora, quando no limitaba el tiempo, y finalmente le di por penitencia el que no me hablase en tres dias. Estas palabras fueron un disparo de rayo para él, considerandose como un Religioso, abandonado y sin guias pero conocia yo muy bien sus disposiciones para permitir que padeciese una pena que tan solamente le venia del temor de no egecutar lo que yo le habia prescrito. Lo llamè el segundo dia, y le preguntè si se volveria mas à abandonar à su zelo indiscreto, y me respondiò en terminos tan obligantes, que no quedè menos edificado de la ternura que rebosaban sus respuestas, que de el gozo que experimentaba al verse abreviado el tiempo de su penitencia.

Quedaría diminuta mi relacion, si entre muchas reflexiones que hizo sobre diferentes pasages de la Escritura, no os comunicase algunas. Me parecieron muy edificantes para privaros de todas, como vereis por la que hizo sobre aquellas palabras del capitulo quarto de la primer Carta de San Pedro: *Sed prudentes y circunspectos en vuestras acciones; orad sin cesar; porque se acerca el fin de todas las cosas.* „ ¡ Que instrucciones no me dais, Dios mio, „ en estas quatro palabras! ¡ Quanto me consolais „ con ellas, mostrando que vuestro Reyno me ha „ de llegar pronto; y que por tanto debo me- „ nospreciar todo lo caduco y terreno! En ver- „ dad conozco, que por un efecto de vuestra in-

Tom. III.

Q

„ fi-

„ finita misericordia , ya no me recrean los deleites
 „ amargos de este engañoso mundo , y que única-
 „ mente deseo , que vos solo poseais , y domineis
 „ despoticamente mi corazon ; y que seais el cen-
 „ tro de mi amor , y mis afectos : mas os pro-
 „ testo , que la podredumbre de mi corazon no
 „ me permite desear vuestro reyno. Es preciso llor-
 „ zar y gemir antes de llegar à gozaros ; y hacer
 „ penitencia con mis Santos Hermanos. Llamoles San-
 „ tos , Dios mio , porque aquí no conozco peca-
 „ dor alguno , y veo muy clara la infinita multi-
 „ tud de mis maldades.“ Continua diciendo , que
 la vecindad del reyno de Christo lo precisó à vi-
 vir siempre alerta , para no parecerse à las Virge-
 nes fatuas , que fueron excluidas de las bodas de su
 Divino Esposo. ¿ Decidme ahora , Hermanos míos,
 si se podía explicar en terminos mas positivos y
 mas claros quando hubiese tenido una entera seguri-
 dad de que ya no estaban lejos los momentos de
 Dios ?

Por lo que os acabo de decir podeis juzgar,
 quan penetrado estaba el Hermano Climaco de las
 gracias que Dios le habia hecho , y conocer al
 mismo tiempo su cuidado en aprovechar todo quan-
 to se las podía acrecentar ; y habiendo considerado
 siempre à su entrada en este Monasterio como prin-
 cipio de su felicidad en esta vida , y prenda de la
 gloria que le preparaba en la otra , creyò que ja-
 más haria lo bastante para mostrarle su agradeci-
 miento. Con este designio , formò un proposito dig-
 no de su piedad , y se impuso la obligacion de
 renovar sus votos delante del Santisimo Sacramento
 el dia veinte y dos de cada mes : y para que
 este egercicio hiciese mas vivas impresiones en su
 pecho , y le sirviese de un nuevo aumento de gra-
 cia , acostumbraba en la vigilia de este dia , me-
 me-

meditar; la dicha de servir à Dios en el retiro, la
 fidelidad , que exige por una merced tan excelen-
 te , y al mismo tiempo la desdicha à que se ex-
 ponen los que no le corresponden. Tampoco de-
 jaba en este dia de llegarse à la Sagrada Mesa:
 „ para que Jesu-Christo , decia , selle con su san-
 „ gre las promesas que le hice.“ Tambien habia
 compuesto con esta mira una especie de Letania,
 donde repasaba todo lo que Dios se habia digna-
 do hacer en su favor. Terminaba por fin esta ac-
 cion con Himnos y canticos.

Este fiel servidor diariamente crecia de virtud
 en virtud , quando à fines de Quaresma se notò,
 que su salud se comenzaba à quebrar : acabò sin
 embargo esta Santa carrera sin menguar nada de la
 penitencia establecida en esta Casa. El R. P. Abad,
 que lo amaba tiernamente , y conocia su piedad,
 como tambien la edificacion que recibe una Comu-
 nidad por tan grandes egemplos , creyò que debia
 procurar los efectos de una indisposicion considera-
 ble al parecer. Me mandò decirle que se fuese à
 comer en la enfermeria. Sorprehendido de la orden
 que le llevè , me quiso alegar algunas razones pa-
 ra eximirse ; pero yo lo interrumpi diciendo , que
 sin duda no habia entendido , que le hablaba de
 parte del R. P. Abad , que mirase su hábito ; y
 despues de mirado le daba permiso para representar-
 me lo que juzgase conveniente. No fue menester mas
 para hacerlo entrar en si , y ya solo pensò en es-
 cusar lo que se le habia escapado , rogandome , que
 le digese como debia conducirse. En menos de tres
 semanas recobró enteramente su salud.

En vista de esto , vengan à decirme aquellos
 penitentes voluntarios , aquellos inventores de una nue-
 va espiritualidad , como los que se pueden hallar
 entre vosotros , que no les basta la penitencia esta-

blecida en este Monasterio, que son grandes pecadores, y se glorian quando por sus importunidades hacen condescender al R. P. Abad en sus pretensos deseos de mortificacion! ¡ Como se entiende, que un Religioso enfermo, à quien el Superior juzga por conveniente que mude de sustento, se inquiete, se turbe, y piense sin razon que su Prelado no sigue en esto el espíritu de Dios y que en vez de adelantarlo, lo atrasa! No, Hermanos míos, el es el que hierra, y por muy grandes que sean las enfermedades de su cuerpo, es muy temible, que las de su espíritu sean mucho mayores. El Reyno de Dios no consiste en comer y beber; sino en la paz, en la justicia y en el gozo que nos infunde el Espíritu Santo, y sin embargo es muy comun el juzgar la propia virtud, y la del prójimo por estos falsos principios. *Mendaces filii hominum instaberis.* Me dirán que este Religioso era un gran Santo, pues tubo tanto amor à la penitencia, que el R. P. Abad se vió precisado à condescender con el deseo insaciable que tenia de mortificarse. ¡ Quanto mejor concepto formaria yo de el, si me digesen, que la obediencia y sumision que demostró hasta el fin al que tenia lugar de Dios, fue sin termino; y que deseando privarse de todo alivio, se contentó con representar humildemente à su Prelado las disposiciones que Dios habia puesto en su voluntad!

Pero cuidado no abuseis de lo que os digo, Hermanos míos, si me creais tan falto de razon, que me tengais por partidario de la impenitencia de los Monges. Si presumiese, que pudiera haber entre vosotros alguno de aquellos pretensos enfermos de estado y profesión, de aquellos enfermos habituales digo, à quienes jamás se pueden dar bas-

tan

tantes alivios, os mostraria la infinita distancia que media entre estos dos extremos.

El Hermano Climaco la conocia perfectamente, quando al reflexionar sobre estos diferentes procedimientos muy ordinarios entre personas consagradas à Dios, pero poco ilustradas por los demás, viene à decir: „ si me siento inclinado à practicar „ alguna mortificacion, de qualquier especie que sea, „ y sigo este impulso sin pedir primero consejo à „ mi Prelado, fuera de que peco contra la obediencia, de ningun merito será à los ojos de „ Dios el Sacrificio que le pienso hacer, porque „ viene de mi propia voluntad, quando por el „ contrario estoy seguro, de que me tomara en „ cuenta algun dia el amor, que me dá à la „ penitencia, por mas que no me permita seguirlo el que me habla en su nombre, como tambien la sumision, que habre tenido à todo lo „ que haya juzgado conveniente mandarme. “ Ved, Hermanos míos, las reglas infalibles, que nuestro Padre no cesaba de proponer à nuestros ojos, y yo sin dificultad os digo, que si un Angel quisiese proponeros otras mas excelentes, no temais de anathematizarle. Quando yo no tubiese mil experiencias de lo que os digo, el admirable procedimiento de Dios con el Hermano Climaco seria mas que suficiente para empeñarme en hacer todo lo que depende de mi por inspiraroslas.

El deseo que tenia de reunirse à Jesu-Christo, y verse en estado de no poderle ofender, le hacia considerar al recobro de salud que Dios le daba, como un castigo, que le habian merecido sus culpas. Pero por quanto se habia propuesto el adorar à Dios en todo quanto le sucediese, resolvió hacerle un nuevo sacrificio de todo su hombre exterior,

riar, è interior, de modo que en todos los instantes pudiese tener un testimonio, de que no tenia otra mira, que la gloria de su nombre, y la obligacion en que vivia de elevarse sin cesar à la perfeccion de su estado. Cada dia aparecian mas copiosas las bendiciones, que Dios daba à su vigilancia. El Hermano Climaco, que se tenia por indigno de ellas, y que segun el pensamiento de un solitario antiguo, quanto mas se acercaba à las perfecciones infinitas de Dios, percebia mas fealdades y deformidades en si, se reprehendia sin cesar sus infidelidades y su poco agradecimiento à las bondades de Dios, que jamàs habia merecido. Mas esto no le impedía el gozar siempre de una paz que nada le podia turbar. Y os puedo decir, que desde el momento que entrò en este Monasterio, gozó el Cielo de su corazon una serenidad tan grande, que jamàs se formò en él la mas minima nube. Yo consideraba muchas vezes, que era muy visible la proteccion de Dios en él, para que yo no reposase sobre sus solicitudes.

El restablecimiento de su salud, no tubo los efectos que se habian esperado de su mocedad; pues no tenia à la sazón mas de veinte y seis años de edad. El fervor con que desempeñaba todos sus ejercicios y el poco miramiento que tenia en los trabajos de mayor fatiga, junto à su continua aplicacion à Dios, alteraron en poco tiempo su debil y delicada complexion. Yo lo notè, y le hablé muchas vezes; pero siempre me respondia, que era un tibio, y perezoso, y que ninguna incomodidad experimentaba. Sin embargo la palidez de su rostro era un traidor de su zelo, à que luego se añadió una tos seca, y una inapetencia, que él atribuia à su poco amor à la penitencia. Como sus indisposiciones
eran

eran de poca consecuencia, las llevó sin advertirlas por algunas semanas. Declaròse finalmente la enfermedad, y los desmayos que de tanto en tanto le cogian, obligaron al P. Abad à enviarlo à la enfermeria. Apenas entrò quando me dijo mirandome con su sonrisa ordinario: „¿Y va de todas veras, Padre mio, el querer que yo estè enfermo? Ved aquí un Monge bien paciente, que necesita de una enfermeria para contentar à su tibieza. Pero pues Dios lo quiere asi, nada tengo que decir sino no que sea bendito para siempre.

Apenas estubo algunos dias, quando se viò insultado de una fluxion en la cabeza, que cuasi lo ponía en estado de no poder cumplir sus ejercicios, y le incomodaba no menos de noche que de dia; la que luego desçargó sobre los ojos. Apareció el humor tan maligno, que se le temio, que perdiera el ojo izquierdo: mas el cuidado, que se puso, impidió este efecto.

El Hermano Climaco, que menospreciaba enteramente las necesidades de su cuerpo, para ocuparse no mas que en las de su alma, observaba fidelísimamente las reglas, que se habia propuesto al entrar en la enfermeria. La precision en que se viò de variar algun tanto lo que habia acostumbrado hacer, le obligó à pedirme la distribucion de sus horas, siendo tan exacto en cumplir lo que le demarqué, que ni la complicacion de los diferentes males, con que luego le vereis ejercitado, ni la extremada debilidad, à que algunas vezes se veia reducido, no lo pudieron separar de la regla, que se habia prescrito. De la leccion pasaba à la oracion, y de esta à la labor Monastica. Fuera de esto asistia à los oficios, segun prescriben las cons-
ti-

Segunda Instrucción sobre la murete
 tituciones; (*) y ocupaba también sus días, que jamás dejaba en ellos algún vacío.

Es propio de las enfermedades y dolencias, el probar la virtud, y distinguir la verdadera y sólida de la que solo es aparente. Con dificultad se puede disfrazar un Religioso en esta situación; pues por más conatos que haga, la naturaleza se explica, y su inmortificación claramente se descubre, quando solo es un sepulcro blanqueado. Por qualquiera parte que yo mire al Hermano Climaco, en qualquiera situación que lo considere nada veo que no corresponda perfectamente à las santas disposiciones, en que os lo procuré representar, y à las máximas que se había propuesto de adorar la voluntad de Dios en todo quanto le pudiese ocurrir. Añadiré también, que como estaba enteramente en manos de su Superior, según dispone la regla, nunca le advertí más deseo ni apetito durante su enfermedad, que si estuviera muerto, excepto, que no podía disimular el que tenía de unirse à Jesu-Christo; pues indiferente à todo lo restante, suspiraba sin cesar por su Divino Salvador. Quiera Dios que lo podais imitar en este punto, como en todos los otros.

Los males, que lo habían insultado, en vez de disminuir, se acrecentaron bien pronto; y los remedios que le hicieron tomar, no tubieron todo el

NOTA DEL TRADUCTO.

(*) Estas en el tomo primero pag. 45 y 46 disponen con arreglo al libro de usos, que los enfermos vayan à su coro en la Iglesia para todas las horas del día, y digan en la enfermería los Matines.

el efecto que se había esperado. La fiebre, que casi no le daba tregua, se redobló con violencia; se entumecieron sus piernas, y en pocos días se hicieron tan recias, que le negaban los servicios ordinarios. Se dilató esta inchazón, haciendo temer que degenerase en hidropesia, la tos que padecía algunos días antes se aumentó tanto, y le hacía hacer tan grandes esfuerzos, que no le era posible el recobrar el sueño.

Esta diversidad de accidentes no pudo balancear à su virtud: su paciencia se sobrepuso siempre à sus males: es decir, que no cesaba de alabar à Dios porque lo juzgaba digno de padecer algún trabajo, y muchas vezes me decía al preguntarle como se hallaba, que no podía estar más contento, y que à su parecer veía claramente las voluntades de Dios. Es imposible, le decía yo, no padezcáis mucho, pues no habeis llegado à ser insensible. „ Es verdad, Padre mio, respondia el Hermano Climaco: pero mis dolores son à la verdad de tan poca consideracion, que no merecen que los piense; Que fortuna para mi el que Dios me quiera asemejar algún tanto à la imagen de su Hijo! Los trabajos son el carácter de los predestinados. Jesu-Christo solo entró à la gloria de su Padre por su martirio: ¿pues no me hace una gracia especialísima, en poder expiar por unos dolores momentaneos aquella infinita multitud de culpas que tengo cometidas? „ Ved, Hermanos míos, una situación bien envidiable, en que la debeis pedir que os establezca, mientras os digo, que se iba acrecentando à proporcion de lo que crecía la sensibilidad de sus dolencias, sucediendo lo mismo en los votos que no cesaba de hacer al Cielo con aquellas palabras del Santo Job, que acostumbraba à usar: *Agrave sobre mi la pesadumbre de su brazo, que yo*
 Tom. III. R me

Ya sabeis, Hermanos míos, la costumbre de Dios con sus escogidos, en encubrirles los bienes que hacen, y no dejarles ver en si mas que sus flaquezas è infidelidades. Su Magestad la observó tambien en el Hermano Climaco, que continuamente se reprehendia sus acciones, hallando siempre motivos para confundirse y humillarse. Era tan vil y despectible à sus ojos, que no viendo en si cosa (decia muchas vezes) con que pudiese contar, solo le restaban las misericordias con que Dios lo habia prevenido, para alentarlo, quando se ocupaba en este pensamiento. En todo el discurso de su enfermedad manifestó esta disposicion, ó por mejor decir la perfeccionò à proporcion que se acercaban los momentos de Dios; y quando yo lo iba à visitar, sus conversaciones ordinarias rodaban sobre esta materia, explicandose en terminos tan penetrantes y tan vivos; que no era posible escucharle, sin admirar las operaciones de la gracia en su corazon. Todo quanto hacia, queria que se contase por nada, y que los dolores que padecia, no mereciesen consideracion alguna.

Me acuerdo de que un dia en que alargò su conversacion mas que de ordinario, me habló con una efusion de corazon, que con dificultad podria expresar. „ No admiro, me dijo, que tales y tales Hermanos, los que me nombró, hayan experimentado los efectos de aquel ardiente deseo con que suspiraron por el feliz momento, que habia de rematar su destierro; pues veian por una bienaventuranza anticipada el premio de lo que habian hecho por Dios: y como no tenían mas adhesion que à él, era difícil que no respondiese su esperanza al zelo que habian teni-

do

do por la gloria de su Nombre; pero yo que soy el postrero de los hombres, me abismo de verme en una situacion semejante. Vos nos habeis dicho muchas vezes, que la gracia final apareció visiblemente en todos nuestros Hermanos; y yo la experimento: pues ninguno sino Dios, y Dios por si solo me podia fundar sobre una confianza tan perfecta, al mismo tiempo que no veo en mi ni una sola accion sobre que pueda contar.

Los que saben las amarguras, abatimientos y desagrados que suelen producir unas enfermedades tan prolijas y enojosas, y que à la virtud mas solida hace bambanear algunas vezes este linage de pruebas, no podrán menos de admirar las misericordias de Dios en este amable Hermano, confesando que semejantes disposiciones son extraordinarias en los Religiosos mozos.

No me detendré en muchas particularidades, ni tampoco en diferentes circunstancias de su enfermedad. Baste saber que fue siempre una misma su situacion, sin otra diferencia que no haber sabido contener sus lamentos, quando aparecia alguna confianza de recobró en su salud, segun me manifestó muchas vezes con cierta especie de pena, pues no cesaba de suspirar por aquel Señor, que era el unico objeto de sus deseos.

Finalmente, despues de muchos accidentes sus males aparecian de repente, unas vezes menguados, otras muy crecidos, y alcabo consumados. El Hermano Climaco lo advirtió el primero, y un dia que yo estaba con él, [era à principios de Diciembre] me dijo: „ ¡Padre mio, que fortuna la mia si pudiese ir à Jesu-Christo en el tiempo que vino él à habitar con los hombres! Como no habia por entonces apariçencia alguna de ello, le res-

R.

pon-

pondi: que no me podía persuadir, que las cosas fuesen tan de priesa como él deseaba; pero que estando, como estaba, en manos de Dios, debía reposar en una perfecta tranquilidad. „ Yo se, me „ replicó, que estan contados los momentos de „ nuestra vida, y que todos morimos, como Moises, por orden de la providencia, y no quisiera que ni por un instante se adelantaran.

Apenas pasaron dos dias, se apocaron de repente sus fuerzas; quedò en una imposibilidad casi total de tomar alimento, y sus vigiliass fueron continuas. Pero sin embargo como su valor era siempre el mismo, se sobrepuso à esta complicacion de males: continuó en levantarse al tañido de los enfermos, como lo habia hecho desde que estaba en la enfermeria. Pasaba todo el dia, segun tenia de costumbre sobre una silla de paja; iba con la misma puntualidad que hasta entonces à los officios, que se permiten presenciar à los enfermos, (*) y jamás se pudo resolver, por mas grande que fuese su debilidad, à no rezar el Oficio de rodillas. El Domingo que precedió à su dichoso transito, bajò sin ayuda de nadie à la Iglesia antes de las quatro de la mañana; oyò Misa y comulgó con la misma piedad que habia acostumbrado estando en perfecta salud.

A proporcion que se disolvia este cuerpo de muerte, aparecia visiblemente sobre el la mano de Dios, y se puede asegurar que sus disposiciones

NOTA DEL TRADUCTOR.

(*) En la nota antecedente solo vimos que solo pueden presenciar la Misa, y horas del dia en la Iglesia,

nes tomaban cada dia un nuevo creciente. Querriéndose poner sobre la cama el miercolés à la noche, se halló tan apocado, que le faltaron las fuerzas, y cayó en un desmayo; mas el socorro que le administraron lo hizo volver luego. Atormentòle toda la noche una violenta tos; acrecentòse la fiebre; pero no dejò por ello de levantarse à las tres de la mañana, segun tenia de costumbre.

Si deseais saber quales eran sus disposiciones en el auge de sus dolores, os dirè, que habiendose las preguntado me dijo, que consistia todo su cuidado en aprovechar estos preciosos momentos, y unir sus penas à las de Christo, gastando sin cesar las noches enteras en ello. Recayo la noche siguiente en sus desmayos, acompañados de sudores que hicieron temer una sorpresa. Avisado el Padre Abad, fue corriendo; y para prevenir los accidentes que podian sobrevenir, creyò que debía darle la satisfaccion que pedia con istancia, y administrarle los ultimos Sacramentos. Durante la ceremonia fue, todo lo que exige una funcion tan grande. Apenas se acabò, le preguntè como se hallaba. „ Ha! Padre mio, ¿ que puedo hacer yo acabando de „ recibir unas misericordias tan copiosas, y gracias „ infinitas sino agradecer à Dios los favores que me „ hace? soy mas dichoso y estoy mas contento de „ lo que puedo decir.“

El Reverendo Padre Abad que lo viò tranquilo, hizo retirar à los que estaban en el cuarto, dejando con él à dos Conversos. A las nueve fueron à darle aviso de que le repetian los desmayos; fue-se al momento à la enfermeria, y temiendo dejarle privado del consuelo de morir sobre la ceniza, que habia deseado, lo hizo poner en ella al momento. Esta inocente victima viò disponer aquel aparejo con extraordinario gozo, y no pudiendo ir por

por sus pies, lo llevaron à él, donde se miraba con mas regocijo que un Rey sobre su trono. El R. P. Abad quiso pasar la noche con él, y me permitió quedar en su compañía. El desfallecimiento general en que se hallaba, ó por mejor decir su aplicación continua à Dios, junta à la violencia de la tos, que lo atormentaba, no le permitió cerrar los ojos. Pero sin embargo perseveró siempre en la misma situación: y quantas vezes se le acercaba el R. P. Abad, ò yo le preguntaba como le iba, nunca salian de su boca sino palabras de bendición. Ahora si le digo que podreis decir, Hermano mio, con el Profeta Rey, que será, Señor, de mi en el Cielo, y que quise de ti en este mundo, *Quid mihi est in Celo, et à se qui voluit super terram?*

„ Vos teneis razon, Padre mio, me replicó; pero añadía que él es el Dios de mi corazón, „ *Deus cordis mei*; El solo lo posea, y sea por „ toda la eternidad mi herencia y mi corona, *Et „ pars mea Deus in aeternum*. Si, Padre mio; por „ mas miserable que yo sea, me voy à él con „ entera confianza, y lleno de gozo. Yo soy el „ Hijo prodigo; mas hallaré en las entrañas de su „ misericordia aquella infinita caridad que tantas vezes me mostró. “ Se le notó que tomaba muchas vezes su Crucifijo y lo besaba de un modo tierno, que manifestaba bien lo que se pasaba en su corazón. Me sucedió una ò dos vezes el acercarse mucho, despues de haberselo presentado, y al punto me rogó que lo apartase un poco, para que no lo pierda de vista, me dijo, ni un solo momento.

Habiendolo ido à visitar Don Prior à las diez de la mañana, quiso saber de su boca el estado en que se hallaba. „ Ya me veis sobre la paja y la „ ceniza, le dijo; Dios me hace infinitas gracias;

„ y

„ y no cambiaria el consuelo y paz con que me „ llena, por todo lo mas grande y mas brillante „ que hay en el mundo. El solo puede obrar tan „ grandes maravillas; Mas que, le dijo Don Prior, no „ deseais alguna cosa? Ha! que puede desear una „ alma, respondió, à quien Dios llena de gracias? „ Muy abara habia de ser, para que no le bastase Dios.

Rematada la labor, el R. P. Abad, que casi no lo habia dejado, mandó tañer la tabla de los moribundos, para que toda la Comunidad fuese testigo de las copiosas bendiciones con que Dios se dignaba de favorecerle en estos momentos. Apenas lo supo el Hermano Climaco, rogó que le quitasen el capucio, para poder saludar à sus Hermanos; y vosotros visteis que los accesos de la muerte, que aparecian sobre su cara no fueron capaces de impedirle, que os diese muestras de aquella viva y ardiente caridad que siempre habia tenido à cada uno de vosotros. El os saludó à todos con un ayre no correspondiente à la debilidad en que se hallaba. Vosotros admirasteis tambien, Hermanos mios, la presencia de animo con que respondió à todas las deprecaciones que se hicieron; y este admirable Hermano, que ya no podia hablar, todavía recobra bastante fuerza para unir su voz agonizante con las vuestras. Fenecidas las preces os hizo retirar la hora de Nona que ya estaba al caer; pero no bien hubisteis salido del quarto, quando advirtiéndolo el R. P. Abad, que iba à expirar, os hizo volver para que continuaseis en asistirle, y al mismo tiempo fuéreis testigos de las gracias que acompañaban al momento de su muerte.

Apenas se rezó la Letanía de la Virgen, y las preces del nombre de Jesus, se advirtió que habia cesado de vivir, porque ya no respiraba. Fue

tan.

tan dulce y tan tranquilo su transito , que no se le notó ninguna agitacion ni movimiento ; de modo que se dudò mucho tiempo si estaba muerto.

Las lagrimas que yo veo colar de los ojos de muchos de vosotros , y las explicaciones particulares que me habeis hecho , me manifiestan bastante que no hay uno solo à quien no parezca envidiable un fin tan venturoso. No lo admiro : porque si la muerte de los Santos es preciosa ante Dios ; Como puede ser que no apetezcan otra semejante suerte los que son testigos de estas maravillas ? Mas esto , Hermanos mios , no basta , pues es preciso trabajar , y esforzarse , como ellos à merecer unas gracias tan extraordinarias. Es preciso imitarles , y procuraros por una vida santa , edificante y llena de buenas obras los premios con que Dios los coronò por su misericordia.

NOTA DEL TRADUTOR.

NO deja de ser admirable y asombrosa , por mas comun que sea en la Trapa , la prolija mansion que hizo este incomparable Agonizante sobre la paja y la ceniza desde las nueve de la noche , hasta cerca de las doce del dia siguiente , en medio del invierno , y en un clima tan frio , pues murió en el catorce de Diciembre de 1703 , y habia profesado en 22 de Febrero del mismo año.

PRO-



PROLOGO

SOBRE LA RELACION DE la Muerte de Fray Alberico.

NO se hallará en esta Relacion ninguno de aquellos golpes asombrosos de la misericordia de Dios que chocan , y comueven al Letor , en este linage de obras , que se publicaron de algun tiempo à esta parte. No es esta la historia de alguno de aquellos pecadores endurecidos , que despues de haber sido el juguete de las pasiones mas ignominiosas , ofrecen en su conversion , un espectáculo bien placentero à la Iglesia , y al mismo tiempo un gran motivo de asombro à aquellos hombres profanos , que ignoran la infinidad de remedios en la misericordia de un Dios omnipotente : por tanto nadie espere hallar en este escrito alguno de aquellos pasos estrepitosos de libertinaje y de penitencia ; de abandono , y de retroceso à Dios ; de impiedad y de la mas perfecta caridad. Esta alternatiba , que à vezes interesa tan agradablemente à un Letor , no pertenece al asunto que yo trato. Escribo la vida de un mozo Predestinado , que nunca conociò otros caminos que los de la justicia ; que jamás siguió sino los de la virtud mas acendiada , sobre quien se viò sensiblemente gravado el dedo de Dios , desde que pudo ser objeto de sus bondades y u gracias.

Tom. III.

S

Lla-

Llamabase en el mundo Juan Bautista de Santa Columba de Oupia. *Santa Columba* es el apellido de una casa ilustrisima de Lengüadoc; y Oupia el nombre de un heredamiento situado en el Territorio de San Pons, y lo unico, que ha quedado à esta familia de otras muchas grandes posesiones pertenecientes à la Casa de Santa Columba. El que hoy la posee, lleva este nombre, y se mantiene con honor. El Santo Solitario, de quien hablo era su ultimo Hijo. Despues de haber cursado sus primeros estudios en San Pons, y recibido las primeras tinturas de humanidades, fue à estudiar *Philosophia* y *Theologia* en la Universidad de Tolosa, y lo hizo con un aprovechamiento prodigioso. No salió de esta Ciudad, hasta que Monseñor el Obispo de San Pons lo llamó para entrar en su Seminario, y formar en él las virtudes *Eclesiasticas*. Edificó à todos en algunos años que estubo, y habiendo dado excelentes informes de su virtud y mérito à M. el Obispo de San Pons sus Superiores, le avisó este Prelado que se preparase para recibir las Ordenes Menores; pero tubo mucha dificultad en resolverse à ello, porque ya pensaba entonces en retirarse à la soledad. En la siguiente Relacion se verán los Obstáculos que hubo de vencer para egecutar este designio. La afliccion de su Madre fue increíble: desde la partida de este amado hijo ha estado en un continuo abatimiento, y la noticia de su muerte, la puso en estado de creer desesperada su salud.

Quando partió para la Trapa el joven Abad de Oupia, M. El Obispo de San Pons escribió à M. el Abad suplicandole que se lo devolviese, en caso de quebrantarse su salud de modo, que creyese no poder sostener la austeridad de la Regla. Algunos dias despues de la Muerte de este Religioso,

so, M. el Abad de la Trapa escribió à M. de San Pons dandole noticia de ella. Habiendo comunicado aquel Prelado esta carta à un Consejero del Parlamento de Aix, intimo amigo suyo, quien se ha dignado de participarmela, creí, que el publicarla seria contribuir à la edificacion del Letor. Es como se sigue.

MONSEÑOR.

La bondad con que me hicisteis el honor de recomendarme à nuestro muy amado Hermano Alberico de Santa Colomà, quando se vino à consagrar en nuestro desierto al servicio de Jesu Christo, me persuade que daré gusto à Vuestra Grandeza, en referirle su dichosa muerte, y lo mucho que nos ha edificado su conducta durante su vida. Os puedo asegurar, Monseñor, que en el espacio de quarenta años que corrieron despues de establecida la reforma en esta casa donde se han criado sugetos de gran virtud, no se ha visto ninguno que haya excedido al Hermano Alberico, y à quien este no haya igualado, ya sea en la perfecta abnegacion al mundo y à si mismo, ya en el ejercicio de la humildad, de la obediencia, de la mortificacion, penitencia, caridad, y deseo de morir. La fortuna que tubo, Monseñor, de ser uno de vuestros educados lo hizo desde luego en el ingreso de su carrera aparecer como un hombre perfecto, y como un modelo de todas las virtudes Christianas y religiosas; y por ello me determiné à elevarlo al Sacerdocio. Le hice recibir el Diaconado, mas no sin violentar extremadamente à su humildad, y sin hacerle derramar muchas lagrimas durante toda la or-

dinación; y me persuado que solo el temor de arribar al Sacerdocio lo habria muerto luego, sino le hubiese asegurado, que no lo forzaria à ello, y que lo dejaria en el estado en que se hallaba. Las virtudes que brillaron mas en el fueron la penitencia y la obediencia, y ambas practicó hasta el ultimo suspiro de su vida con grande perfeccion; y asi la remató con toda especie de bendiciones sobre la paja y la ceniza, fortalecido con todos los Sacramentos de la Iglesia, y en la misericordia del Señor. Yo lo recomiendo, Monseñor, à vuestras santas oraciones; y os suplico encarecidamente, que me concedais en ellas alguna parte. Soy con un profundo respeto.

Monseñor,

Vuestro &c.

La mayor parte de las noticias que contiene esta Relacion, las han administrado los Padres de la Trapa; por tanto solo se hallará en ella una expresion de los verdaderos sentimientos del Hermano Alberico.

RELACION DE LA VIDA Y
Muerte del Hermano Alberico llamado
en el mundo Juan Bautista de Santa Co-
loma de Oupia. Murió en la Trapa à
18 de Diciembre de 1704.

El Solitario cuya Vida describo quedò penetrado desde su ingreso en la vida racional de aquella importante verdad, confirmada por la experiencia de todos los siglos, de que la vida mas comoda segun el mundo, es siempre la mas proporcionada para vivir segun Dios, y que si la vida Religiosa es la mas dificil segun el Mundo; es tambien la mas facil para vivir segun Dios. No hay cosa mas facil, dice un Autor célebre (*) que vivir con muchos bienes, y grandes dignidades, pero tampoco hay otra mas dificil que vivir segun Dios, sin tener gusto ni parte en ellos.

En efecto el primer uso que hizo de su razon el niño Oupia, fue entender que no hay satisfaccion alguna verdadera, ni solida en el mundo; que todos sus deleytes son una pura vanidad; que son infinitos los males que les siguen, y que finalmente la muerte que nos amenaza en cada instante nos ha de poner pasados pocos años, y à caso pocos dias, en un estado de eterna felicidad, ó miseria.

Es-

(*) Monsieur Nicole.

Estos pensamientos tan Christianisimos fueron el fruto de las primeras reflexiones de este mozo, que nacido en la Diocesi de San Pons, y criado à los ojos de un Padre y una Madre, que eran el objeto de sus mas amadas delicias, rompiò estos lazos, y se desprehendió desde luego del amor de la Patria y del de sus Padres. Llegò à sentir que Dios era su unico bien; que todo su descanso estaba en el, y que jamás hallaria gozo sino en amarle.

Apenas se viò en estado de formar alguna resolucion; se consagrò à la Cruz de Jesu-Christo. Desde luego que pudo pensar en un metodo de vida, ya comenzò, joven como era, y en medio de una familia donde solo respiraba el deleyte y regocijo, à conocer con Tertuliano, que la vida Christiana no es una vida de tristeza; que solo se dejan en ella los deleytes por otros mayores; y que por tanto es muy cierta en la practica aquella maxima tan incomprehensible à los del mundo, de que se halla mas recreo en el menoscupio, en la pobreza, en la desnudéz, y denuedo de los hombres, que en las delicias del pecado.

No procuraba como otros, y sobre todo los de su edad, ocupar el pensamiento para desviarlo del sentimiento de sus males: ni se formaba como ellos un objeto imaginario de pasion para unirse à él. Al momento que pudo formar un raziocinio juzgò, que los deleytes que fraguan la felicidad de los hombres son falsos y engañosos, que solo tienen por objeto ilusiones, y fantasmas incapazes de ocupar al corazon, si este no ha perdido el sentimiento y gusto del verdadero bien, y no se ha abandonado à mil sentimientos de bajeza, vanidad, ligereza, soberbia, y de otros infinitos vicios.

Con

Con estas Santas disposiciones salid de la adolescencia el joven Oupia, à quien Dios conducia de un modo tan visible en el camino de la gracia. Hasta entonces habian visto con gozo sus parientes los progresos que hacia en la virtud, y sin embargo de que habian puesto mas cuidado en darle una educacion brillante que Christiana, y que sus miras puramente mundanas, los habian hecho pensar mas en criar un hombre culto è instruido en las costumbres del siglo, que en hacer y grabar en el las obligaciones de un verdadero Christiano; no por eso fueron totalmente insensibles al asombroso progreso que habia hecho en la sabiduria.

Mas quando vieron que contra todas las medidas que habian tomado para darle un establecimiento considerable en el mundo, el pensaba en dexarlos y consagrarse à Dios de un modo especial; se les comovieron las entrañas, viendose à punto de perder un hijo sobre quien contaban apoyar su casa. Este pensamiento les produjo una aficcion mas facil de imaginar que de expresar. Fueronse à hechar à pies de Monseñor el Obispo de San Pons (*) para conjurarle que interrumpiese su autoridad en este lance, y que no permitiese que les arrancasen un hijo, que era todo su consuelo.

Este sabio Prelado les prometió que les daria todo el tiempo que podian desear para desviar à su hijo de la resolucion que habia tomado, pero les declarò que despues de haber provado la vocacion de este mozo, por el espacio que les dictase su prudencia, él no podria oponerse à los designios de la Providencia sobre su hijo, y que lo

(*) Monsieur de Persin de Montgaillard.

lo consagraria al sagrado ministerio del Altar, si descubria en él con claridad la voluntad de Dios. Exortoles à resignarse, adorando con un silencio respetuoso la profundidad impenetrable de sus juicios, y mostrandoles que es preciso recibir con una conformidad de corazon siempre igual todos los acaecimientos à que se digna de dar lugar la Providencia de Dios; que no podemos apctecer una cosa mas que otra, sin presuncion, y sin hacernos Juezes responsables de las resultas que justamente nos ha querido encubrir la Divina Sabiduria; que solo Dios sabe lo que nos conviene, y que siendo Dueño Soberano, es tambien à quien pertenece hacer lo que le place, que nos puede dar y quitar segun le parece conveniente; pero que nosotros debemos conformar nuestra voluntad con la suya, y recibir en una santa confianza las disposiciones de esta eterna Providencia: en una palabra adorar sin distincion todo quanto viene de Dios.

Un discurso tan lleno de mocion y devocion colmó à los Padres, y sobre todo à la madre que en adelante viviò un poco mas tranquila sobre el destino de su hijo. Ya no se opuso al designio que tenia de recibir el estado Eclesiastico quando llegase à la edad competente. Se contentó con representarle de tanto en tanto la magritud de la empresa que meditaba. M. el Obispo de San Pons le probò por su parte la vocacion enviandole al Seminario donde pasó muchos años. En este retiro comenzò à purificar su corazon este mozo, viviendo persuadido de que la Santidad consiste en su pureza. Desprendiòle no solamente de toda inmunidia y corrupcion de quien ignoraba hasta el nombre, sino tambien de quanto le podia separar de Dios. En adelante siempre se le vió privar de los de-

deleytes mas innocentes, y de 'aquí' le vino aquel desprehendimiento de los bienes criados; aquella separacion del trato de los hombres, y aquella distancia casi universal en que viviò à imitacion de las Almas, que aspiran à la Santidad.

Unos presagios tan grandes de virtud de terminaron à M. el Obispo de San Pons à ordenarle de menores, despues de haber pasado algun tiempo en el Seminario. Este primer paso que diò en el Clericato dobló su fervor creyendo desde luego, que el servicio de Dios exigia cierta seguida de obligaciones, y sugeciones, que si bien à los principios puede mortificar un poco, pero bien presto se cobra este trabajo en las dulzuras sensibles, y delicias interiores reservadas unicamente à las almas, que buscan à Dios en el silencio de las pasiones.

No es esto decir que viviese en el error de muchos, que piensan que el dejar al mundo para darse al servicio de Dios, consiste en pasar à una vida dulce, tranquila, y llena de agrados y embelesos, à una vida colmada de delicias y consuelos Celestiales, à una vida donde solo se encuentra devocion, reposo y tranquilidad. En el horno de las humillaciones habia hallado el remedio de una ilusion tan grande: En su primer retiro llegó à conocer, que la soberbia es la mayor plaga, que puede recibir una alma Christiana, y por eso solia exclamar, segun refiere su director, asi: „ Yo „ Señor, verdaderamente reconozco, que necesito „ la humillacion; para mi es de grande importancia el que os apliqueis à humillarme, à fin de „ que aprenda por este medio à obedecer, y re- „ primir toda la inchazon, y presuncion de mi „ corazon. Necesito de que mi cara se cubra alguna vez de ignominia, para que busque vuest-
Tom. III. T „tra

„tra aprobación, y no la de los hombres. Píe-
 „servadme, Señor, de la fatalidad que supone
 „un remedio semejante. Si no puedo estar sin la
 „plaga de la soberbia, no la dejéis indignar tan-
 „to, que necesite de este remedio. Quitadme todas
 „las ocasiones de ensobrecerme. Hacedme apro-
 „bechar de las faltas que cometo cada día. Haced-
 „me, que conozca bien el fondo de mi miseria,
 „y corrupcion. Haced, que tenga siempre los ojos
 „abiertos sobre el abismo de precipicios, que se
 „presentan à todos mis pasos. Finalmente haced,
 „que la humillacion solo sirva para instruirme, co-
 „regirme y unirme à vos.“

Después de haberse fortificado así en la ora-
 cion contra las tentaciones de soberbia y amor pro-
 pio, se presentaba à los egerecicios mas humildes, y
 abatidos del Seminario, sin hallar en ellos nada
 que lo humillase bastante, y se encargaba con un
 gozo singular de todo quanto podia disgustar à los
 otros. Fenecido el tiempo destinado para el Semi-
 nario volvió por algunos meses à la casa de su
 Padre, donde solo se ocupò en egerecicios de piedad
 y leccion espiritual. Dividia los dias de modo que
 todo el tiempo que no empleaba en la oracion lo
 pasaba en visitar los enfermos del Hospital, en
 instruir à los pobres à ignorantes, y finalmente en
 leer la Sagrada Escritura, de que hacia un estu-
 dio diario.

En estos Santos egerecicios gastaba el tiempo
 que debia correr hasta la edad necesaria para re-
 ceibir el Subdiaconado. M. el Obispo de San Pons,
 que miraba esta nueva planta, en quien descubria
 claramente el rocío de bendiciones celestiales, espe-
 raba tambien con la mayor impaciencia el tiempo en
 que la debia recibir en el regazo de la Iglesia.

Si la verdadera piedad consiste en el culto de
 Dios

Dios segun San Agustín, y este en su amor en
 sentir del mismo Santo: *non colitur ille nisi amando*;
 es cierto, que solo está en el amor la verdadera
 y solida devocion; y así por mas, que pierda un
 alma, sus mejores pensamientos, y sus mas delicio-
 sos consuelos, no pierde su piedad, sino pierde
 su amor à Dios; antes bien la asegura y con-
 solida mas. De la doctrina de este Padre se infie-
 re, que fue solidamente piadoso el Solitario de que
 hablo siendo el amor el caracter de su piedad. Amò
 tambien con un amor ardiente y puro reduciendo
 toda su ciencia, y consintiendo todo su entendimien-
 to y sus lúces al amor.

En efecto no hay mejor desnudez que el amor,
 para las ciencias de la Religion y salvacion: *Amor
 à Dios* dice un Padre de la Iglesia, y *vuestros al-
 mas se llenaran de luz*. El amor jamás está sin devo-
 cion, y por ella aprendemos todas las cosas: *amo-
 re petitur, amore queritur, amore pulsatur, amore re-
 velatur, amore denique in eo quod revelatum fuerit per-
 manetur* dice San Agustín. (*) A la verdad, que por
 el amor de la primera y soberana verdad nos intro-
 ducimos de repente en el conocimiento de una in-
 finidad de verdades practicas, que jamás entenderia-
 mos utilmente sin el amor; pues dice San Agus-
 tín, que nunca se entra bien en la verdad, sino
 que sea por la puerta de la caridad: *non intratur in
 veritatem nisi per caritatem*.

Este piadoso sentimiento, y el uso que ha-
 cia de las verdades que acabò de establecer nues-
 tro Joven predestinado para los Sagrados Ordenes le
 preparaba à recibirles, y lo dispensa para cargarse
 aquel yugo terrible à los seculares, y à los que se

T2

(*) De mor. Eccles. Cap. 17.

lo imponen por consideraciones humanas , pero liviana y dulce à los que marchan por los caminos del Señor : *Onus meum suave, et dulce.*

Llegado finalmente el dia tan deseado , y la hora de consagrarse el Joven Oupia al servicio del Altar , se comovieron otra vez los corazones de los Parientes : La perdida irrevocable de su hijo ; el Sacrificio , que iban hacer al pie del Altar ; en una palabra la renuncia de todas las cosas , sin exceptuar lo que mas amava en el mundo , que el mismo iba hacer solemnemente les penetrò hasta el fondo de sus almas. Hicieron el ultimo esfuerzo contra el suyo , y tubo que sostener en este lance un terrible choque ; pero fortificado por la gracia de Jesu-Christo ; por cuyos caminos habia andado siempre , saliò victorioso triunfando de la carne y de la sangre , y dando en adelante motivo de mucha edificacion por su fervor à los que le habian procurado entibiar , y resfriar.

Despues de tales y tan repetidos combates , no hay que dudar en que su vocacion se asegurase bien ; se presentó à los Sagrados Ordenes , con aquella fé ardiente y viva , que anuncia siempre la buena disposicion del que la tiene con plenitud , y M. el Obispo de San Pons ha dicho despues muchas veces , que jamàs habia tenido tanto consuelo ; y que en todo el discurso de su Episcopado nunca habia celebrado las sagradas funciones con tanta devocion , como al imponer las manos al nuevo Abad de Oupia , que significaba en su persona , y manifestaba su cara , todos los caracteres de un verdadero predestinado.

Pasado el dia de la Ordination , descubrió este Prelado à muchas Personas el concepto que habia formado de este nuevo Ministro de los Altares. Su designio era agregarle à su Iglesia , y conf-

ferirle la primera dignidad que vacase , haciendole Vicario General , à penas se hubiese ordenado de Sacerdote , si la Divina Providencia cuyos profundos secretos se deben adorar humildemente , no hubiese dispuesto otra cosa , quitandolo al mundo como indigno de poseer un tesoro tan grande.

El primer descubrimiento que el Joven Oupia hizo de su intento à M. el Obispo de San Pons es traordinariamente à este Prelado , creyendo al principio , que era alguna de aquellas ilusiones , que muchas veces son el escollo de la mas grande piedad , y de que se deben preservar tanto como de las mayores tentaciones los que marchan por los caminos del Señor. Por tanto hizo lo que pudo para desviarle de esta resolucion. Mostròle sus consecuencias y le repitiò muchas veces , que podia precipitarle en el abismo si Dios no se la habia dictado ; que la tentacion nunca es mas peligrosa , que quando es mas delicada ; que bajo la apariencia de un zelo falso , y mal arreglado , de una inspiracion que algunas veces es sugestion del espiritu maligno , mas que pensamiento del Espiritu Santo , se corre muchas veces à la perdicion. Por otra parte M. el Obispo de San Pons no podia ver sin el mas vivo sentimiento la perdida que iba à padecer su Iglesia. Estaba persuadido de que perdía por el retiro de este mozo una de sus mas brillantes antorchas. Todo lo que pudo conseguir entonces , fue que se tomase un tiempo razonable para reflexionar sobre el partido , que meditaba seguir , y que no se empeñaria en la vida Monastica , sin haber prescrito la multitud de dificultades , que muchas veces precipitan à los que la abrazan en el arrepentimiento y desaliento.

Los llantos de la Madre , que no esperaba este golpe , juntas à las reconvençiones del Prelado , hu-

hubieran podido balancear à qualquiera otro mozo; pero su vocacion à la vida Religiosa era muy buena, y muy sellada con todas las marcas que demuestran à las que vienen de lo alto, para poderse debilitar. Viò las lagrimas de sus Parientes, y de su Madre, escuchò los Consejos de su Obispos; pero no estubo menos firme en seguir la voz que lo llamaba al desierto: Corriò, y lo que mas asombrò à todo el mundo fue el lugar que eligió. La Trapa es donde tenia puesta la mira muchos tiempos antes: la penitencia que aqui se hace le habia chocado desde luego, que la habia oido, y sin comunicar con nadie su designio, lo habia formado de entrar al mismo tiempo que el de abrazar el estado Eclesiastico. La descripcion de este lugar, su Situacion, las Personas, que lo habitan, y finalmente el Santo Varon, que habia reformado à esta Casa, le penetrò tan vivamente la primera vez que lo supo, que desde luego resolviò fenecer allí sus dias.

El difunto Abad Don Juan Armando Bouthillier de Rancé, que aun vivia à la sazón, fue uno de aquellos hombres, que aparecen tan diferentes de si mismos en el discurso de su vida, ya en la voluntad, ya en el entendimiento, que será cierto que yerre quien los juzgue por lo que demostraron de si mismos en la juventud: no era sin embargo uno de aquellos hombres, que habiendo nacido para sabios y virtuosos, perdieron estas semillas de piedad por la delicia inseparable de una fortuna muy risueña en que vivieron; pues era uno de los que habiendo comenzado por las delicias su vida, y ocupado todo su entendimiento en conocerlas, fueron despues Religiosos, Sabios, y templados por las desgracias, llegando finalmente à ser grandes, y hombres de una probidad apurada por la adversidad y la

la paciencia, que estampa sobre aquella refinada politica que comunica el trato de toda especie de gentes, y de que nunca se deshacen estos Personages, un espiritu de reflexion y de Regla, y muchas vezes una capacidad profunda que deben al aposento y al ocio de una triste fortuna.

Vease un retrato del Difunto Abad de la Trapa, sacado al natural por uno de los hombres mas grandes del siglo pasado; por tanto no es de admirar, que siendo como acabo de pintarlo, pudiesen la entrada à su Monasterio una multitud de gentes; y que nuestro Joven Abad sintiese desde luego en si aquella impresion de la gracia, que tantos habian experimentado. Desde su mas tierna edad habia llegado à conocer, que todo nuestro mal viene de no poder estar solos, (*) y que de aqui nace el amor del juego, del luxo, de la dissipacion, del vino, de las Mugerres, de la ignorancia, y en una plabra de aqui la murmuracion, la envidia, el olvido de si mismo, y finalmente el de Dios. Por evitar tan grandes escollos se resolviò à esconderse en la soledad, desde que pudo conocer las ilusiones y peligros del mundo.

Despues de haber persuadido à su Prelado, que su vocacion no era equivocada, que era una verdadera inspiracion, que habia dado à su entendimiento el tiempo necesario para sazónarla por largas reflexiones, obtuvo el permiso de ir à la Trapa. Solo diò à las lagrimas de sus Parientes lo que no podia negar à la cortesía y caridad. Procurò persu-

NOTA DEL TRADUTOR.

(*) Grande elogio de la soledad, y sentencia formidable para el Mõnge que la huye.

suadirles sus razones , y quiso consolarles , usando para ello de quantos medios le pudieron sugerir su ternura y su piedad ; pero viendo , que todo era en vano , parti6 sin decirles à Dios , y no llev6 de su casa paterna y de su Patria mas que una Carta de M. el Obispo de San Pons para el Padre Abad de la Trapa , que todavia ocupa esta dignidad.

Esta Carta , que recibió como una mision de su Obispo , contenia un gran testimonio en su favor. Es muy creible , que no la hubiese recibido à saber su contenido. Las expresiones de que estaba llena , formaban un elogio perfecto de su Persona.

A penas la ley6 el Padre Abad de la Trapa à quien la present6 , lo consider6 como un Angel bajado del Cielo. Pusole sobre la marcha à las pruebas , y habiendo reconocido , despues de algunos dias , que era un hombre maravilloso para la Religion , le vistió el Hábito de Novicio. La ceremonia fue muy devota por el zelo y fervor del postulante , que recibió el nombre de Fray Alberico , y por el gozo que se notaba en el rostro del Padre Abad , y tambien en toda la Comunidad , que parecia una Congregacion de Angeles , que cantan continuamente himnos de alabanza al derredor del Trono de Dios.

En el discurso del Noviciado apareció con todo su esplendor la virtud de Fray Alberico. Nada le costaron las pruebas mas dificiles , y por mas largo que fue el tiempo de la obscuridad , [hablo la lengua de un Místico] no se apresuraba para salir de ella. Nada hay en efecto mas dificil en la vida espiritual , que una umilde y perseverante sumision à los ordenes de Dios en este estado de pruebas y por tanto no se contenta el espiritu de Dios con

ha-

habernos dicho ya , que esperemos en ellas con constancia ; sino que añade que apresuremos para salir de ellas , *Ne festines.*

Pero quienes son los que siguen esta Regla? quien espera con constancia à quien es el que se apresura para salir de sus males , librarse , y dexar sus penas ? se puede asegurar que Fray Alberico , quien suspiraba sin cesar por la prolongacion de sus trabajos , pedia todos los dias de Dios otros mayores , y considerando à su yugo demasadamente suave , se lamentaba sin cesar de la mucha facilidad que hallaba en llevarle. No era de aquellos , que usan toda especie de medios contrarios al Orden de Dios , para sacudirse las cruces que les embia ; pues ni aun de los licitos usaba. Fue siempre como el Santo Rey David , que huyendo la persecucion de su hijo Absalon , sufrió con tanta paciencia los insultos , las injurias , y pedradas de Semey.

Asi Fray Alberico sufrió , sin quejarse jamas , las humillaciones continuas con que se prueban los Novicios de la Trapa. Ninguna cosa era superior à sus fuerzas ; y si alguna vez se lamentaba era de que no le humillaban mas. Tampoco fue de aquellos , que en la pesadumbre de la Cruz que los acaba , recurren con afan à los consuelos humanos y sensibles , sobre todo quando padecen pruebas interiores , como son obscuridades , turbaciones , sequedades , disgustos , frjaldades , y aun repugnancia al bien , con que Dios exercita las Almas mas fieles. Antes bien era de los que en estos contratiempos se arrojan en los brazos de Dios , se abandonan à el , y quedan inmóviles , y tranquilos debajo de estos golpes , contentos de decirle con el Profeta : *To lo quiero Dios mio , y me sujeto à vuestros ordenos Deus meus voluit , et legem tuam in medio cordis mei.*

Se *alarga* el tiempo, Señor, ya os lo aseguro, este tiempo de pruebas, de tinieblas, de turbaciones, é incertidumbres me parece largo y amarguísimo; pero por más, que dure, nunca me obligará à volverme à las criaturas, ni à buscar consolaciones humanas. El Hermano Alberico rara vez se vió precisado à usar de este lenguaje; pero quando le usó, se vió claramente que Dios le hacia pasar por alguna de aquellas grandes pruebas con que suele purificar à sus elegidos, à sus predestinados, y à sus Santos.

El año del Noviciado, que para los otros es un tiempo de pruebas, y no mas, fue de perfeccion para Fray Alberico. Se le veía crecer diariamente en virtudes y meritos, distinguiéndose cada dia por algun rasgo singular de humildad; sumision, y desnudez de las cosas criadas. El joven Novicio no hallaba bastantemente grandes las austeridades: se querellaba todos los dias à sus Superiores de que contemplaban demasiado sus fuerzas, y no las exercitaban mas. Sin embargo se visieron à rendir al peso de las mortificaciones y exercicios corporales en que se emplean cada dia los Religiosos de esta Casa, y que muchas vezes no pueden sufrirlas.

Al principio sintió algunos dolores de pecho à que luego se siguieron algunos accesos de fiebre, que no siendo muy fuerte al comenzar, pudo encubrir su mal; pero aumentandose despues, y casi no cumpliendo su estomago las funciones ordinarias, cayò en una debilidad tan grande, que no pudo disfrazar su abatimiento. Lo llevaron à la enfermería à donde ordinariamente no se va sino quando el mal es muy violento, ò enteramente desahuciado.

En esta situacion, le dijo el Maestro de Novicios, que sino se preparaba en breve su salud, lo des-

despedirian. Como hubiesen escrito algunos dias antes à M. el Obispo de San Pons el mal estado de la salud del Novicio; Este Prelado respondió al Padre Abad conjurandole con las expresiones mas urgentes, que le devolviese al hermano Alberico, diciendo, que la enfermedad que Dios le habia dado era un señal cierta de que no aprobaba su retiro; que por lo demás era privar à la Iglesia de San Pons de un tesoro el quitarle este joven ministro, que el tenia grandes fundamentos para creer que la providencia lo habia vinculado à ella; y que por tanto era contravenir à sus ordenes, el retenerlo mas en el Desierto.

A esta carta, demasiadamente fuerte por si misma, añadió el Prelado otra para Fray Alberico, usando de todas las razones mas oportunas para valerse à lançar su resolucion de confinarse à la Solidad. Aconsejòle, que no tentase à la providencia, advirtiendole, que ella no la llamaba à la vida monastica, y que tendria ocasion de hacer mayores bienes sirviendo à su propia Iglesia. Le decia, que habia puesto sus ojos en él muchos años antes; que el resistir à la voluntad de su Prelado en semejante ocasion, era contradecir à la de Dios. Unas Cartas tan urgentes habrian precisado à los Padres de la Trapa à despedir à Fray Alberico si por un golpe singular de esta misma providencia, cuyos designios no siempre se convienen con los de los hombres, no se hubiese recobrado su salud en el tiempo mismo en que se creia desesperada.

Esta inopinada curacion asombrò à todos, è hizo juzgar à los Superiores, que no era equivocada la vocacion de Fray Alberico, pues acababa de ser confirmada por una curacion que tenia todas las señas de milagrosa. Nadie piense que el temor de una recaida hiciera, que cuidase nuestro Novicio de

sus fuerzas; persuadido de que Dios conserva lo que gusta, sostiene muchas vezes à los debiles, y se complace en humillar à los fuertes, y à los que presumen mas de la bondad de su salud, volvió con mas fervor al trabajo; y nunca aparecia su cara mas risueña, que quando era mas pesada la carga que le imponían. Así pasó este Hermano Mozo la carrera de este Noviciado. Quando vió que se acercaba su termino, no cesaba de dar gracias à Dios por haberlo sostenido hasta el fin, y hechole la gracia de poderla rematar.

Llegado finalmente el tiempo de la Profesion, la hizo en manos del Padre Abad, con tal abundancia de gozo, que dió motivo de juzgar, que las gracias recibidas en esta ocasion eran sin duda de su orden sobrenatural. Conoció entonces mas que nunca, que solo somos Christianos para ser crucificados con Jesu Christo, hacer un mismo cuerpo con él, una misma víctima, y un solo Christo compuesto de cabeza y miembros. Qué disposición de sacrificio y de muerte, no inspiró esta verdad en el corazón de Fray Alberico. No miró entonces como un simple consejo, sino como un precepto esencialísimo la obligacion de llevar su Cruz, y de sacrificarse con Christo. Gravó en su pecho esta importante verdad, que todo el tiempo de la vida presente lo es de nuestra immolacion; que comienza con ella, y solo debe fenecer con la muerte. En efecto como solo hemos caido del Cielo, por el camino de los placeres y delicias, siguiendo nuestras inclinaciones, desobedeciendo, en resolviendo, y adhiriendo à los bienes sensibles; ya solo podemos retroceder por caminos del todo contrario, es decir, por las lágrimas, dolores, y amarguras. Por tanto ya solo podemos arribar à la Gloria y felicidad verdadera, humillando y sugetándonos, re-

pri-

primiendo las pasiones, y pribandolas de todo lo que puede lisonjearles.

Estos eran los sentimientos de nuestro Joven Religioso al tiempo de darse para siempre à la Religion; el que nunca se dejaba caer de la boca aquella terrible Sentencia de Christo, el Cielo solo se conquista con violencia: *Et violenti rapiunt illud.* Este lugar tan accesible en otro tiempo, se convirtió en una fortaleza casi impenetrable: Su conquista ya no se logra sino por el conato de los deseos, oraciones, privaciones, desnudezes, y mortificaciones. No es justo, decia continuamente, que esta conquista sea menos costosa à los soldados, que al Gefe. Sostenia esta disposicion de corazón por los actos mas expresivos de mortificacion, y humildad, aunque ya no era Novicio, se abatia à los ejercicios mas bajos con que se prueban estos. Continuamente buscaba ocasiones de envilecerse, y se-pultarse en los abismos de humildad.

Viendo los Superiores con un gozo inexplicable los progresos, que de dia en dia hacia Fray Alberico en las virtudes monasticas; informaron al Señor Obispo de Seez, que fue à la Trapa algunos meses despues de su profesion. Este Monasterio está situado en la Diocesi de Seez, y bastante inmediato à esta Ciudad. Este Prelado, que honra con su estimacion y ternura à estos Santos Religiosos, va con frecuencia à visitarlos. Tubo ocasion de informarse particularmente de la vida de Fray Alberico; y no puso dificultad en creer que seria algun dia de gran provecho para la Religion, si Dios le daba salud: Quiso hablarle, y conoció que el ejercicio immoderado de las mortificaciones nada le habia hecho perder de la elevacion de su genio, y vivacidad de su ingenio. Es costumbre establecido en la Trapa despues de la reforma, que cada uno que-

de

de como entra, es decir, que si entra sin ordenes sagrados, no los reciba: Si entra subdiacono ó Diacono no ascienda al Presbiterado. De esta costumbre, que nunca se altera (*) se infiere que habiendo entrado subdiacono à la Trápá Fray Alberico, no debía pasar adelante: sin embargo M. el Obispo de Seez creyò que debía pedir al Padre Abad dispensa de esta Regla, à favor de un Religioso en quien notaba tan grandes rudimentos de virtud, y à quien juzgaba tan digno de ser elevado à las funciones mas altas del Sagrado Ministerio.

No tubo dificultad alguna este Prelado en hacer consentir à los Superiores de esta Santa Casa en que derogasen por esta vez una costumbre que con dificultad se altera. Dijeron al recien profeso, que se preparase para recibir el Diaconado. Su gozo de poder cantar el Evangelio, y allegarse mas cerca à los Sagrados Altares, fue grande por una parte, y sin embargo de que su humildad le persuadia ser indigno de ello, la obediencia à sus Superiores de que jamás se apartaba, y la docilidad en executar sus Ordenes, le hicieron recibir sin pena el que le daban de prepararse para recibir el Diaconado, como si Dios mismo se lo diese. Se preparò por un retiro de quinze dias, en que doblò sus austeridades. Lo mas notable para sus Superiores fue, que en este tiempo tubo siempre cerrados los ojos, y

no

NOTA DEL TRADUCTOR.

(*) Esta costumbre se altera quando la Comunidad no tiene competente numero de Ministros Sagrados para servicio del Altar.

no los abrió mas de un poco para comer y para cantar en el Atril.

Llegado el tiempo de la Ordinaçion quedó como un Angel bajado del Cielo; su fervor admirò à los que la presenciaron, siendo motivo de un gran consuelo para el Prelado que le imponia las manos, y que lo habria elevado al Sacerdocio, si Dios no hubiese dispuesto las cosas de otro modo. Revestido Fray Alberico de este nuevo caracter, tomaba de dia en dia nuevas fuerzas en el camino de la perfeccion. No solamente observaba al pie de la letra su Regla en la forma, que acababa de reponerla el Santo Reformador de la Trapa, sino que siempre añadia alguna cosa, y alentava à sus hermanos con su ejemplo, y con un fervor, que tendrá pocos semejantes, à caminar mas, y mas en la senda de la virtud. Las mortificaciones de la Trapa, bien lejos de parecerle superiores à las fuerzas de la naturaleza, como piensa la mayor parte de los hombres, juzgaba, que se podian aumentar. Y estos sentimientos no eran en él una pura especulacion, pues apoyaba lo que decia con las obras, no recibiendo jamás ningun Orden de los Superiores en cuyo cumplimiento no se excediese alguun tanto; y nunca cesaba en los ejercicios de mortificacion, hasta que los Superiores le mandaban, que se atubiese à las constituciones ordinarias. Jamás les hablaba este Santo Religioso sin conjurarles, que lo aprobasen por mayores austeridades, asegurandoles, que podia tolerar mas, que contemplaban mucho à sus fuerzas y las de sus hermanos, y que solo podian conocerlas si las probaban. Semejantes discursos, y el zelo que mostraba en el ejercicio de la penitencia mas extraordinaria, que se ha oido muchos siglos ha le grangearon el nombre de pequeño Reformador. En efecto lie-

gó

gó à vezes à tanto su zelo , que el Padre Abad tubo que moderarlo en muchos lanzes con vehementes reconvenciones. Pero si Fray Alberico crecia en merito , se le notó , que menguaba en la salud. Tres años despues de su ingreso à la Religion comenzò à sentir violentos males de cabeza , acompañados de una tos , que no le dexaba un momento de descanso. Esta continua tos advirtió à los superiores la decadencia de su salud. Queddò extremadamente flaco , y su rostro palido , y descarnado mostraban mas y mas todos los días la alteracion de su temperamento.

No se aplicò menos en esta situacion à la observancia de su Regla , no queriendo omitir nunca la mas miqima practica , por mas dispensas que el Padre Abad le diera , quien lo exortaba muchas vezes à usarlas para reparar su salud. Fray Alberico vino á conocer bien , que se llegaba el tiempo de su disolucion. Todo le anunciaba una muerte vecina , mas el la esperaba sin miedo , considerandola en Jesu-Christo , y no sin Jesu-Christo. Sin Jesu-Christo es terrible , detestable , y horrible à la naturaleza. En Jesu Christo es muy otra cosa ; pues es amable , Santa , y la alegria de los fieles. Todo es dulce , hasta la misma muerte , en Jesu-Christo que padeciò y muriò para santificar la muerte y los trabajos , siendo en calidad de Dios hombre todo lo que hay de grande , y todo lo que hay de despreciable , salvo el pecado , para santificar en si todas las cosas , y ser modelo de todos los estados.

No pudiendo los hombres remediar la muerte , la miseria , y la ignorancia , procuraron , para ser felices , no pensar en ella ; y en esto consiste todo lo que pudieron inventar , para consolarse de tantos males. Mas ella es una consolacion bien debil,

bil , pues no se dirige à curar el mal , sino meramente à cubrirlo por un rato , y escondiendolo se impide su verdadera curacion. Asi por un trastorno muy extraño de la naturaleza humana sucede , que la tristeza , que es el mal mas sensible que padece , es en cierto modo su mayor bien , porque puede contribuir , mejor que ninguna otra cosa , à hàcerle buscar su verdadera curacion , siendo por el contrario su mayor mal las delicias que considera como su mas grande bien , su mayor mal , pues nada lo aparta mas del camino por donde se encuentra el verdadero remedio de sus males.

No estaba Fray Alberico en esta funesta disposicion , pues no perdiò jamàs la memoria de la muerte , desde que se advirtió ; que su mal tomaba cada dia nuevas fuerzas , sin procurar alivios à su salud. Despues de haber estado enfermo mucho tiempo , fue à la enfermeria por órdenes de sus Superiores. En este lugar de donde no habia de salir sino para la Patria Celestial , diò los mayores ejemplos de una virtud , y paciencia inaudita muchos años antes. Sufriò los males de pecho mas violentos con una tranquilidad , que podia persuadir à los que no saben perfectamente la disposicion en que están al tiempo de morir los Religiosos de la Trapa , que nada padecia. Su paciencia , su moderacion , y sobre todo su perfecta resignacion en la voluntad de Dios , servian de grande edificacion y consuelo à sus hermanos.

Todos los dias se empeoraba su mal , y viendo , que ya no habia esperanza alguna de remedio , le dijeron , que era preciso prepararse para la muerte. Nada le sorprendió esta noticia , pues estaba mucho tiempo antes preparado : Pidíó los sacramentos ; y como tubiese bastante fuerça para irlos à recibir en la Iglesia , lo condugeron à ella en la

Relacion de la Vida y Muerte
mañana del once de Diciembre, en que recibió la Sagrada Eucaristia y la Extrema Uncion con una piedad, y una renovacion de fervor, que compungieron à toda la Comunidad. Recibió de rodillas el Cuerpo de Jesu-Christo, sin embargo de que le faltaban muchas veces las fuerzas. Al tiempo de administrarselo el Padre Abad, hizo un discurso lleno de devorion, y de los mas bellos sentimientos. En seguida le volvieron à la Enfermeria, y sus fuerzas menguaron considerablemente desde entonces. En los ocho dias ultimos que vivió, solo fue su vida una cadena de actos de amor, de sacrificio, de sumision y de humildad. En los quatro ultimos fue fortificado por una superabundancia de gracias, que mostraba en todo quanto decia estar lleno, y penetrado de ellas, formando en todas sus expresiones no mas que deseos de la Patria Celestial. Pedia continuamente à Dios, que lo sacase de su prision, y le permitiese acabar su sacrificio, que no podia terminar sino por la muerte.

Decia, sin cesar à los hermanos que lo rodeaban, que la muerte es necesaria, y que debe deseársela los Christianos, para mortificar enteramente la raiz viciosa de la culpa; que ella es necesaria por ser una pena del pecado impuesta al hombre para expiarlo; que solo la muerte puede libertar al hombre de la concupiscencia de la carne, sin la qual no viven en este mundo ni los mismos Santos. Y que supuesto, que al entrar Jesu-Christo en este Mundo, se consideró, y se ofreció à Dios como un Holocausto, y una verdadera victima; que su Nacimiento, su Vida, su Muerte, su Ascension, y el lugar que ocupa à la derecha de su Padre, con su presencia en la Eucharistia, hacen un solo Sacrificio; debemos creer que es necesario el que

u-

de Fray Alberico. 163
suceda en todos sus miembros lo accaduto en Jesu-Christo. Con semejantes discursos consolaba Fray Alberico à sus Hermanos, quienes estaban sensiblemente penetrados de la perdida que iban à padecer. Llegaba por fin el dia en que se habían de cerrar sus ojos en el tiempo, para abrirse en la Eternidad, y conociendo el arribo de su Muerte, la veia venir con una firmeza christiana, y aun la anunció de un modo que pareció revelado. El Miércoles diez y siete de Diciembre lo fue à visitar el Padre Abad, y como le hablase sobre el estado de su alma, le dijo llanamente que seria desatada de sus cadenas la mañana siguiente, à la misma hora. Hemos sabido tambien una circunstancia de este digno superior, que parecerá à muchos asombrosa. En la misma conversacion le aseguró Fray Alberico, que en los tres años y medio que había pasado sobre su ingreso à la Religion, no había tenido ni un solo pensamiento del Mundo. Este à la verdad es un gran presagio de Santidad.

Murió la mañana del Jueves diez y ocho de Diciembre à las once sobre la ceniza en que le pusieron en medio de la enfermeria, una media hora antes de dar su alma à su Criador. Solo tenía veinte y ocho años cumplidos. Llévaronle à la Iglesia por la tarde al tiempo de ir à comenzar visperas, y lo enterraron la mañana del viernes diez y nueve acabada la Misa mayor. Despues del entierro todos los Religiosos fueron à postrarse en forma de Cruz à la Iglesia, (*) cantando mientras tanto

Xz

y

NOTA DEL TRADUTOR.

(*) Los Psalmos Penitenciales se cantan en esta

ce-

un Misere, ceremonia que observan en el entierro de todos los Religiosos.

RELACION DE LA VIDA Y
Muerte de Fray Moises llamado en
el mundo Juan Picault de Li-
grè Alcalde mayor de
Turena.

Es preciso encubrir los secretos del Rey, dijo el Angel à tobias : mas es preciso publicar las obras de Dios, à fin de que le glorifiquen, y le alaben los que las oyen. Sobre este principio creo que debo referir las maravillas de la gracia en la Persona de Fray Moises, en honor de Dios, y edificacion de los que las sepan. Es indubitable, que el exemplo de este perfecto penitente, cuya conversion fùe tan profunda como lo habia sido su aversion de Dios segun la Palabra del Profeta, moverá à los pecadores, y será una voz secreta, que diga al corazon de cada uno de ellos : Seguidle en la penitencia, ya que le habeis seguido en las culpas; *qui secutus est errantem aequere penitentem.*

PRI-

ceremonia, y no el Misere solo. En estos y otros mil pasages de esta Relacion se conoce que su Autor no era Monge Cisterciense.

PRIMERA PARTE.

Contiene su Vida desarreglada y mundana.

Fray Moises, Llamado en el Siglo Juan Picault de Ligrè, nació en Chinon de una familia honesta en el año 1663. Queddò sin Padre en su mas tierna infancia, y fue criado por su Madre, cuya piedad nada pudo ganar en el espiritu de su hijo, que por su mal natural inutilizaba todas las virtudes, que la Madre ponía en criarlo con temor de Dios.

En vano le decian para consolarla, que un Religioso de gran virtud, considerando à su hijo en la edad de quatro años habia asegurado, que los ultimos de su vida serian felices. No la consolaba mas el oír, que muchas vezes su hijo se quitaba el almuerzo para darlo de limosna à algun pobre; y que llevaba con gusto à los necesitados el pan que podia tomar de casa. Esta afligida Madre bendecia à Dios por lo venidero, pero sentia vivamente los dolores presentes; pues veía à su lado un hijo caprichoso, fantástico, colerico, que le hacia llorar continuamente. Como fuese este Niño de una complexion muy robusta, presumia que los efectos de su temperamento serian viciosísimos.

Por tanto, atenta à los intereses de su hijo, resolvió aplicarlo al estudio de las ciencias, à fin de ablandar la dureza de su genio; pero su capri-
cio

cho lo hizo andar de Ciudad en Ciudad, de Colegio en Colegio, à Chindò, à Saumur, à Tours, à Pont-le-Voie, y à Poitiers; señal manifesto, de que nadie se queria encargar de la educacion de este intratàble discipulo.

En todas partes mostrò su recien nacida ferocidad. Su brutalidad à nadie perdonaba ni que fuesen Maestros, ni condiscipulos. En vez de asociarse à los estudiantes virtuosos, se abandonaba à los mas disolutos. Sus dias mejor se podian contar por sus querellas, que por su ciencia ò su virtud. Escalaba los muros de los Colegios como si fuese un encarcelado; y para colmar su malignidad, rechazò siempre con desdèno los consejos de su Madre, pero con tal obstinacion, que esta virtuosa muger viendose despreciada, no tubo otro recurso, que la Oracion, limosna, ayuno, y llanto. Para obtener del Cielo que su hijo no pereciese del todo, y no fuese esclavo del Demonio hizo estado, y profesion de Madre de Pobres, viviendo entre ellos, y socorriendo sus necesidades.

Dios entre tanto diferia la egecucion de sus deseos, sin darle otro consuelo que la esperanza en su misericordia, y en los avisos, y oraciones de algunas almas virtuosas. Crecian sus dolores à proporcion de la edad de su hijo. La Divina Saviduria, que la Santificaba por las penas, permitiò para aumento de su merito, que à un motivo de afliccion le siguiese otro, recibiendo golpe sobre golpe, casi con la misma inmediacion que le llegaron las nuevas tristes al Santo Job.

Entre los Parientes, y amigos de esta affigida Madre, unos le decian: tenemos mucha parte en tus intereses, para no advertirte lo que sucede en tu casa: Tu hijo ha manchado el honor de una sirviente tuya: tu hijo envidioso de las prendas de

su hermano, que acaso es tu predilecto, le amenaza como otro Ereu con la Muerte: Estudiando tu hijo en Orleans, batallò en la Sala de armas contra los mas visibles de la Ciudad; està fugitivo, le han sentenciado, y ha de purgar su delito.

Poco despues le decian otros: Madre de dolores, estamos lastimados de vuestra afliccion. O Dios! vuestro hijo que tenia el empleo de Thesorero, lo ha vendido para vivir mas licenciosamente. No quiere consentir en un matrimonio ventajoso que le proponen para librarlo de su impudicia. ¿No sabes, que litiga con una tropa de comediantes por haber creido que lo mofaban? hirió à algunos; sus amigos lo abandonaron; toda la chusma se arrojò sobre el, y la Providencia lo salvò de sus manos por una especie de milagro. Estas son gentes interesadas, el medio de acallarlos es el dinero. De todas partes venian nuevas tristes, y que fechorias criminales, que pleytos, que deshonestidades!

A todas estas cosas respondia esta virtuosa Muger, cumplase la voluntad de Dios y sea bendito su Santo nombre: No hay mal en Israel, que su Providencia no permita por motivos, que no alcanzamos. Sin embargo estos sucesos eran para ella lanzadas de dolor, que le traspasaban las entrañas. En el exceso de sus penas se arrepentia mil vezes de haberlo llevado en su vientre, y otras tantas exclamava: ¿Seré Madre de un Rèprobo, Señor? Retirandose luego à su gabinete, se deshacia en lagrimas ante la imagen de un Crucifijo. Vos me hacéis la gracia, Dios mio, le decía, de hacer mi vida semejante à la vuestra de algun modo; pero sostenedme y no me abandoneis en mi tristeza. Vos os quejábais de que vuestro Padre os habia abandonado, porque así convenia para la consumacion de vuestro Sacrificio, siendo por otra parte la fortale-

za de Dios; pero en mi es otra cosa, pues no soy mas que flaqueza, y me habeis de sostener con vuestra mano piadosa. Aceptad la copia y amargura de mis lagrimas: Yo quisiera poderlas mezclar con vuestra preciosa Sangre. Formad de ambos licores un baño saludable con que se digne vuestra Bondad de borrar los crimines de un hijo desnaturalizado. Yo sin embargo le vi exercitar algunas vezes la misericordia con los Pobres, y con mis enfermos domesticos: Yo le prometí de vuestra parte, que algun dia la tendiais vos con él: No me desmintais Señor, no os desmintais à Vos mismo, pues habeis dicho bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Tantos gemidos y lagrimas hazian considerár à esta desolada Madre como una otra Monica, que lloraba à su Agustín. No la conocian por otro nombre en el País, aplicandole aquellas palabras, que se digeron à esta Santa sobre la conversion de San Agustín: No es posible que perezca para siempre un hijo que cuesta tantas lagrimas: Estas palabras se cumplieron à la verdad, mas no tan pronto como se deseaba.

Este hijo pues tan ingrato à las lagrimas de su Madre consiguió en la edad de treinta años poco mas ó menos el oficio de Alcalde Provincial de Turena, es decir un empleo que por espacio de diez años fue para este furioso una funesta y continua ocasion de satisfacer entera y casi impunemente su concupiscencia, su injusticia, su embriaguez, su lubricidad, y su venganza, en una palabra, para llevar su depravacion hasta el exceso. Como toda su vida era no mas que una cadena de desconciertos y deshordenes, para quitarlo de delante à su familia à quien deshordenaba por su conducta, obtuvo del Rey el Mariscal de Estres, que le hon-

honra con su correspondencia, un empleo en el Mar; pero jamas se le pudo persuadir que lo aceptase. Lo fue preciso hacer un viage à Paris, para sacar las Patentes necesarias à su Alcaldia, como no se preparò para merecer la gracia del Condestable? Por una brutalidad. La Vigilia de su marcha ultrajò à golpes de espada al Substituto de Met-sajero, sin considerar, que el mas mínimo Bufete es una especie de Sagrado donde se debe respetar la autoridad del Soberano.

Informado el Marqués de Miromenil Interdente de la Provincia de Turena de sus violencias, le negò por espacio de un año un Certificado de vida y costumbres. Este sonrojo lo debia entrar en sí si fuese sensible à los resentimientos del pun-donor.

Mientras estubo en esta Capital del Reyno à donde fue por el fin que ya se dijo, gustò una parte de su caudal en el juego, y en deshonestidades, y por no se que acaso riña con un Pay-sano suyo, y lo hirio peligrosamente. Dicen, que en calidad de valiente lo hizo llevar à casa de un Cirujano; pero su valentia en el fondo no era mas que soberbia, furor, y capricho.

Obtenidas sus patentes, volvió à Turs, donde supo, que habian dado quenta à Paris contra él sobre este ultimo suceso; pero sus amigos cortaron la causa à fuerza de dinero.

Apenas lo pusieron en posesion de su Alcaldia le sorprendieron en el Crimen de prevaricante. Tubo orden de los Mariscales de Francia para pasar de Turs à Paris, à dar cuenta de sus costumbres irregulares, y de sus concusiones. Sin embargo de haber hecho en diez y seis horas el viage, para mostrar la prontitud de su obediencia,

Relacion de la Vida y Muerte
no dejó de llevar la reprehension que merecia. Pero ni los avisos, ni las afrentas lo mudaron jamás, por estar reservado este golpe à la mano del Altísimo, y à la gracia Omnipotente del Salvador.

No bien hubo vuelto à su País quando dobló su juego, su avaricia, sus violencias, y sus impudencias. Volviendo à su posada una tarde inquieto de haber perdido una suma considerable en el juego, descargó su enojo à cuchilladas sobre la cabeza de su Ayuda de Camara, à quien halló en la entrada de la Casa, y lejos de enternecerle la sangre que colaban sus heridas; acaso le habria muerto sino le quitan la espada de la mano.

Todo el resto de su vida estubo llena de acciones semejantes. El parecia un hombre vendido al pecado y para beber como el agua toda especie de iniquidad, y para mostrar en que abismos se precipita, quien ayenta de su la proteccion de Dios. Seria muy largo el referir por menudo esta cadena de Crimenes, eslabonados los unos con los otros, por los quales le tenia el Demonio en su Esclavitud y cautiverio, para arrebatarlo à los mayores excesos. Mas vale decir, en una palabra, que no tenia honor ni Religion, que no habia inocente à quien su avaricia no condenase, ni culpable à quien por el dinero no absolviese. Habiendo frustrado en cierto lance su insaciable avaricia la prudencia de una Persona distinguida, le hizo poner en la Carcel. Nadie le excedia en la habilidad de trampar por fraude ó por mentira, y de hacerse dar doscientos doblones por sacar un delinvente de la Carcel. Por una friolera, rindó con cierta Persona de la Academia, à quien asió y arrojó en el fuego con una estrechada brutalidad, que le grangé en el público canciones difamatorias. Acompañaba à sus

vicio-

violencias con juramentos tan execrables, y blasfemias tan horribles, que estrimectan los espíritus mas relajados. Como si dudiese este hombre sacrificado al pecado hacia secciones tan vergonzosas, que el pudor no permite pronunciar. Finalmente no habla en su País Calle, Taberna, Plaza pública, Cabaña, Casa paterna, Lugar, Villa, ó Carrizosa, que este furioso no hubiese manchado con sus excesos, con sus violencias, ó sus impudencias. Estaba tan desacreditado, que apenas entraba en un Congreso, hombres y mugeres rompian su conversacion con desagrado bajo diversos pretextos por evitar el trato de un tan mal Ciudadano.

Sin embargo la Divina Providencia no lo abandonaba, antes bien tenia siempre los ojos abiertos sobre este desdichado. Ella le preservó de muchos peligros, en que debia perecer sin una proteccion visible. Una noche en que estaba borracho acometió por las calles de Turs à dos Ciudadanos. Uno de ellos recibió muchas cuchilladas en el brazo, y huyó por evitar la muerte. Este insensato se volvió à descargar al otro; pero dió un paso en falso, y cayó. Este aprovechando una ventaja inesperada, descargó en su cabeza tres ó quatro golpes de sable, que redujeron à la extremidad al Alcalde, de suerte, que fue preciso trempañarle, y sacarle muchas astillas del Craneo.

Durante el curso de su enfermedad, debiera haber considerado en sus heridas la profundidad de las de su alma, buscar al Medico Supremo, y aplicarse el remedio necesario para recobrar la salud espiritual, mas que la corporal usando mejor de su vida en adelante. Mas estas reflexiones eran demasjado santas para un hombre, que solo escuchaba la voz de sus pasiones, y de sus intereses temporales.

Y2

Re-

Recobrado que estubo, sólo pensó en el modo de vengarse. Presentósele ocasión una noche, en que halló al Ciudadano que la havia erido. Este por evitar su encuentro, entró por una calle que por desgracia no tenia salida. Viendose sin socorro en esta extremidad, sólo tubo tiempo de esconderse detrás de un monton de estiércol, con que se cubrió lo mejor que pudo. Nuestro furioso lo persiguió con espada en mano; lo buscó por todo, pasó y repasó muchas veces por cerca de él sin verle, que tanto lo habia alucinado su furor, y pensando, que se habia escapado por alguna puer falsa, se retiró. Picado de haber sido herido, sin poderse vengar del que le hirió, hechó mano de la calumnia, recurso ordinario de las almas viles, que tienen autoridad. Publicó quejas sobre quejas hizo largas informaciones, despachó monitorios, buscó pretextos aparentes contra los dos Ciudadanos. Quisieronle asesinar buscando de oficio á dos Deserrtores. Sus clamores, y procedimientos aterraron á los pacientes de los dos Ciudadanos, y para aplacarlo le ofrecieron una suma considerable, á que respondió que no era hombre que vendiese tan barata su Sangre, y que queria dos veces mas, condonandose á si mismo por este medio. Esta Suma habria arruinado á los dos Ciudadanos; los que cobrando animo, se arriesgaron á perder ó ganarlo todo, y abocaron á Paris el proceso: Como su causa era buena les hicieron justicia, y el Alcalde, que ya era conocido, perdió el Pleyto, y declarado por injusto, avaro, y violento, lo despacharon cubierto de infamia, é ignominia.

Veamos otras pruebas de la protección de Dios sobre este pecador, tan indigno de ella. No me de tengo en la temeridad, que mostré baseando á caballo sobre la muralla de la Ciudad de

Turs

Turs por una parte que solo tiene dos pies de ancho, y está muy gastada á lo largo. Tampoco dió cosa del fracaso de haber caido á caballo sin ser herido de la altura de doce á quince pies, debajo de una arcada del Puente de San Avertin, pues estos accidentes no son muy extraordinarios. vease uno cuyas consecuencias saben á milagro. Apoyado sobre el parapeto del Castillo de la Bourdaisiere, en las cercanias de Turs, le faltó, y cayó la piedra, que lo sostenia, siguiendola él detrás al foso, que tiene treinta pies de alto. Creyeronle muerto, y apunto de espirar. Bajaron algunos Eclesiasticos á socorrerlo; pero quedaron asombrados de hallarle sin lesion. Lo mismo se asegura, que le sucedió en otro lance.

Todos estos favores del Cielo le debian mover, y hacerle entrar en si mismo; mas él no hizo mas que endurecerse, y corresponderle con la mas negra de todas las ingratitudes. Uno de sus acreedores que tenia las tierras embargadas, fue á Turs, y le hizo aquellos grandes cumplimientos que no agradan nada á los Deudores. Avisadme el dia, en que se vuelva este hombre, dijo á su criado con el designio de irlo á esperar al paso y matarle en un Pistolero, mas el criado que conocia á su Amo no quiso obedecerle en esto; pero como pagó este barbaro la sabiduria de su Sirviente un dia, que habia bebido con exceso en Amboisa, donde era Lugar Teniente de Juez, perdió al juego una suma considerable. De vuelta en Casa, vino con aspereza y sin causa á su Ayuda de Camara, le hirió peligrosamente, y sin duda le hubiera muerto, á no haberle detenido. Sin embargo por un sentimiento nada regular en su brutalidad, reconoció su falta; y le dijo el dolor y pena que tenia de haberlo maltratado de aquel modo.

do. Poco le durò este momento de humanidad pues pocos dias despues entrò en la Taberna de Sabonniese à dos leguas de Turs, pidió de beber y no le sirviendo tan pronto como queria, juò, se encolerizó, y tomó un Jarro lleno de agua, y lo tirò à la cara de la huespeda, que estaba enferma y recién parida. El susto junto à la frescura del agua, la dejó Yerta, y desmayada, de modo, que la creyeron muerta. Al punto se arrojò sobre él una tropa de Gentes hospedadas en el Mason, lo desarmaron, lo cerraron aquella noche en un quarto, y acaso lo hubieran molido à palos, ò entregado à la Justicia, si la Muger no hubiese dado algunas señas de vida, y si algunos Amigos suyos, avisados del embarazo en que se hallaba, no hubiesen rogado à estas gentes, que lo dejasen; Que podia esperar de este hombre sin compasion otra Madre en aquel estado tan triste, à que la naturaleza las reduce, quando habia ultrajado tantas vezes à la que le llevó en su vientre, habiendola querido arrojar en un gran fuego poseido en cierto lance de una especie de furor rabioso?

A esta accion de brutalidad añadió las dos que se siguen. Despues de haber saciado su pasion al vino, insultò à un Caballero; se levantó de la mesa, tomó una Pistola, porque no tenia mas; y lo habria sacrificado su furor, si abrazandole un Amigo suyo no hubiese impedido esta violencia.

Pocos dias despues de este suceso tubo el disgusto de no salir bien de ciertos negocios de la Mairiscalia, que lo habían llevado à Amboisa, acusandole siempre con fundamento de prevaricador en su oficio. Contra quien se volveria en este caso? Contra su Secretario, que sin duda no quiso entender en estos ministerios de iniquidad. Para casti-

gar

gar su virtud, le tirò una estocada, à la que evitò, mas no el recibo de tantas en su Cabeza, que pensò morir.

Hemos llegado al suceso mas importante, à que diò motivo el allazgo de un hombre muerto cerca de Amboisa, à donde pasó con su Mairiscalia, è hizo un Proceso verbal.

Cierto Caballero del Castillo de los Señores de Vandoma le pidió cuenta de su trabajo. El Alcalde respondió, que no estando presentes los Señores de Vandoma, no debía dar cuenta à nadie de sus acciones. El Cavallero se fue à verle, y lo ultrajò de palabras. Nuestro Alcalde le amenazò con la Prision. Este Caballero se fue à Turs donde obligado con los enemigos del Alcalde, lo insultò y se volvió, de que resultaron varias informaciones, y procedimientos. El Alcalde lo fue à prender en las Calles de Amboisa, y lo llevó preso à Turs, donde con maña escalò la prision, y una tarde acometió al Alcalde con ventaja, y lo hirió levemente con la espada.

Ocurrió en este lance un incidente, y fue, que habiendo acuchillado el Alcalde à su propio criado, llamado Poytevin, corrió la voz de que habia muerto de las heridas. Hechòse la Justicia en su Casa, pero hallò à este criado con vida y sin peligro de perderla. El Caballero de los Señores de Vandoma, à quienes se habia quejado, insistió sobre las violencias hechas à su Persona, y sobre la falta de respeto à sus Altezas. Presentada la requesta, los Señores Mairiscales de Francia despacharon un Venias al Alcalde, para darles cuenta de sus mal versaciones.

Su Criado corrió à dar cuenta en Chinon à su Madre, quien le entregò quince doblones para el viage de su hijo, los que le robaron en el

Ca-

Caminó. Este robo retardó el viage del Alcalde, y atribuyendo la dilacion à contumacia los Señores Mariscales, reiteraron sus ordenes, y los dirigieron al Alcalde general, uno de los hombres mas de bien de la Provincia, à quien el nuestro habia mirado siempre como su enemigo secreto, por ciertas diferencias que habian mediado en el ejercicio de sus cargos.

El Alcalde General despues de haberle avisado por si mismo, y procurado avisarle muchas vezes por M. el Abad Roulin, Tio del Alcalde Provincial para que obedeciese à los ordenes de los Mariscales de Francia, lo citó à su casa para darle por su mano los ordenes de los Señores Mariscales. El Alcalde Provincial precisado à obedecer, fue à casa del General à las siete de la mañana despues de haber bebido toda la noche en una Taberna con sus Alguaciles, llevando de camino à su Secretario, y algunos Alguaciles con el designio, decia, de prender à un Reo de Estado. El Alcalde General viendole escoltado, creyó que lo iba à insultar, y exclamó: Ami! me quieren asesinar. Al momento salieron de sus quartos muchos Alguaciles apostados, que cercaron al Alcalde de Turina, y el General lo llevó à las Carceles de Turs con espada en mano.

Algunos días despues enviaron de Paris un Alcalde del Crimen, el Fiscal, y el Escribano de la Condestablia, para interrogarle como Reo, mandando que lo trasladasen de la prision de Turs à la de Fort - l' Eveque de Paris; lo que se executó.

En esta detencion, que duró tres años, lo abandonó todo el mundo, sin darle ningun socorro ni los amigos, ni Parientes, excepto la hermana del Prior de San Hilario, que le asistió muchas ve-

zes en su Cantineta habiendola llevado alguna cantidad de pan habiendo y quemado mala conducta lo tenia desprohibido de todo, pero sin atreverse à visitarle personalmente por lo que habia oido, diciendo si me matais este Diabolo, y por tanto entregaba su lintosa à un terceron, para que se lo diese.

Que sobre carga de afliccion para su pobre Madre! teme que su hijo muera en una Carcel, y acaso de un modo afrentoso à su familia. En esta triste situacion, recurre à la oracion; y busca su consuelo en el Evangelio, que Jesu Christo nos ha dejado para remedio de nuestras penas. Tropezando en él con el milagro que hizo el Salvador en la Ciudad de Naim; se ve pintada al vivo, y juntas sus lagrimas con las de aquella afligida viuda. Aquel hijo muerto, la viudedad de su Madre, una Tropa de Gentes, que lloran su perdida, la Compasion que le tiene Jesu Christo, y aquellas palabras de Dios encarnado, No llores, con aquellas otras: Levantate Mozo, que yo te lo mando. La resurreccion de este difunto, que el hijo de Dios testifica vivo à su Madre, el estrepito de este prodigio, y las bendiciones que el Pueblo da por él al Salvador: todo este agregado de circunstancias, que aplicaba à su hijo, y à si misma: los dos estados de muerte y vida, que le representaba la muerte espiritual, y acaso la temporal de este libertino; juntos al deseo que tenia de que Dios lo resucitase por su gracia, todos estos objetos, vuelvo à decir, le impresionaban con tanta diversidad, que resentia en su alma à un mismo tiempo los afectos de tristezas y alegria, de temor y de esperanza; mas ella referia por un efecto de Religion, y de perfecta resignacion, todos estos pensamientos y afectos à la disposicion del Señor.

Después de una mansión tan triste como la de Fort de la Eveque, salió finalmente pasado tres años por un decreto, que mandaba al Alcalde de Turéna vender sus Cargos para pagar las deudas contraídas por sus frecuentes préstamos, y por otras motivos. Reducido así á la extremidad, despojado de sus bienes por una seguida de sucesos adversos, menospreciado de los Pueblos, aborrecido de sus Parientes, reputado indigno de servir oficios, y el cargo de asegurar la tranquilidad pública, precisado á renunciar el que tenía, movido de este miserable estado embió poder para venderlos á M. Menant, Prior de San Hilario de Turs, hombre de providad, amigo antiguo de su Casa, y Director de su Madre á la sazón, lo que luego executó.

Su detención de tres años en una obscura Prisión le habia dado tiempo de reflexionar sobre su vida pasada, mas esto todavía no bastaba para hacerle sabio, para que se vea quanta verdad es, que la Sabiduría es Don del Dios. No le ve nacer el hombre entre las ruinas de su fortuna, ni en forma de los Despojos de los oficios y riquezas.

No son menester otras pruebas, que la desenfrenada vida, que llevo aun en Paris, esta Persona. Recibió ochocientas libras que el Prior de San Hilario le habia procurado vendiendo sus oficios de Alcalde y otros. Las disipó en pocos dias al juego, y después se retiró á casa de un hombre, que habia casado con una de sus sirvientas, y se habia establecido en esta Ciudad. Este hombre o por toda solitud en persuadirle como amigo verdadero, que deje su mala vida á que habia vuclo. Este ingrato pagó según tenia de costumbre aquellos buenos oficios con ultrajes y amenazas tan terribles, que se ve precisado después de un año á negarle la en-

tra-

trada de su casa, de forma, que nuestro Alcalde después de un edicto, sin oficio y sin autoridad se ve precisado á buscar otros como él, se agrega á los vados, y trafica como ellos en Diamantes, Relojes, Pinturas &c.

Esta noticia oprimiza á toda su familia. Los Parientes le representan las consecuencias mas tristes, y los suplicios mas ignominiosos. Su Madre en esta consternacion experimenta las torturas lanzadas del dolor, mira este hijo en peligro de perder la vida en pediendo cada momento, y acatando de un modo afrentoso, lo que le ha sucedido sus penitencias, y oraciones, y abismada en la tristeza repite muchas veces en presencia del Prior de San Hilario: solo faltaba este golpe Dios mio, para que yo sea la Madre de un reprobado. Para que me dejas, Divino Salvador, mas tiempo en el mundo? Affligime, que contenta estoy; pero no me acabeis. Derritida entonces en lagrimas decia: Dios mio veré perecer á mi hijo por este dolor. Ha que mandó Señor, apartad de mi este dolor. Pues no hay amargura que yo no prefiera á esta. Acordaos después en los ultimos momentos de vuestra pasión gustaréis la hiel y vinagre que os presentaron; mas no les quisisteis beber. Si me habeis reservado esta porción de nuestro Caliz, la acepto de buena voluntad, pero salvad á mi hijo. Este desventurado se va á perder, sino le alargais la mano; pero no permitais, que perezca en el naufragio que le amenaza. Dejadlos enternecer, decid otra vez Señor á una Madre affligida, como digisteis á la vuestra Muger, mirad á vuestro hijo.

Sus lagrimas, y los gemidos de su Corazon fueron oidos, y ella tubo el consuelo de ver á su hijo apartado de la compañía de aquellas Gentes, que

Relacion de la Vida y Muerte
que estan siempre á punto de ser sorprendidos en
algún delito. Pero las mas peligrosas de todas las
compañias eran sus malos hábitos, que le seguian á
todas partes. Fue de Paris á Turs para recoger la
herencia de un Tio Caponigo, Visitó al mismo
tiempo á su Tio el Abad Roylin, perseverando
en su casa por espacio de seis meses á ruegos
del Prior de San Hilario; mas por un procedi-
miento ageno de un hombre de bien le tomó una
firma en blanco, la que llenó de mil y quinien-
tas libras pagaderas al Postador. En la herencia del
otro Tio habia siete, ú ochocientas libras en di-
nero contado, las que se pusieron en Nantes á
disposicion de un Banquero, destinados para su
viage de Quavech á donde debia pasar en el Na-
vio llamado Galante.

Un poco antes de partir de Turs para la Ame-
rica puso en manos del Prior de San Hilario
(pues no tenia en Turs otra Persona de confian-
za) la suma de dos mil libras, que le habian
quedado de la herencia de su Tio, como de
la venta de dos Plazas de Alguacil, que perte-
necian á él. La vispera de su marcha á Nantes,
tomó mil francos de este deposito, á fin de equi-
parse; mas habiendo hallado dos ú tres amigos an-
tigos de deshonestidad y de juego, perdió en dos
ú tres noches ochenta ú nuevecientas libras en las
Academias de Turs, por no atreverse á parecer
en publico de dia. Esta perdida lo puso en una
especie de desesperacion y rabia, por verse sin di-
nero, y no atreverse á pedir lo restante de su
deposito al Prior de San Hilario, que tenia cier-
to predominio en su Espiritu. Sin embargo vien-
do el Prior, que dilataba su salida de Turs, y
sabiendo esta perdida, lo apremió para dejar esta Ciu-
dad, y le dió ochocientas libras; pero quedó muy

sor-

sorprehendido de ver, que este hombre tan am-
briento de dinero, lo forzó á retener quierá ó no,
la suma de trescientas libras diciendo que si mo-
ria en el Mar, servirian para rogar á Dios por el
descanso de su Alma; y que si volvía á Turs,
le verdría muy bien el encontrarlas.

M. el Mariscal de Estrees, Virrey en la Ame-
rica, le habia aconsejado este viage. Para precisar-
lo mas, le envió cartas de recomendacion para los
Gobernadores, á fin de que le diesen algún Em-
pleo. Publicada esta noticia, se alegraron la Fami-
lia y el Publico de ver que su ausencia iba á
librar á la Turena de un tan mal Ciudadano, y
ocultarle el residuo de la vida escandalosa de un
hombre declarado indigno de ocupar ningun oficio
de importancia en una Provincia poblada de habi-
tantes politicos, tranquilos y virtuosos.

Acceptó este partido, y se fue á Nantes con
sus cartas. Antes procuró cambiar su letra de las
mil y quinientas libras, pero en vano. Estandose
preparando para hacerse á la vela nuestro pretense
Americano entró en una Academia de juego, don-
de perdió todo su dinero, lo que sabido por el
Prior de San Hilario, le envió sus trescientas li-
bras para embarcarse sin dilacion. Asi rompía la Di-
vina Providencia uno despues de otro los lazos que
lo prendian á la tierra, dando al traste este desig-
nio, para substituirle otro mas importante, y el
unico que hay necesario.

En el Oceano, que tenia á bordo podia ver
la Imagen de todos sus delitos, sus caprichos, sus
infidelidades, su furor, su desenfreno, la convul-
sion de su corazon, la turbacion de su conciencia,
y los vapores groseros con que sus pasiones obs-
curecian su espiritu; pues el corazon del impio se
asemeja al Mar iritado. Se podia aplicar el senti-
do

do de aquellas palabras pronunciadas por el Criador contra este elemento, y decir á sí mismo: No pasarás tus terminos, aqui se quebrarán las bias de tu soberbia, aqui fenecerán los furores de una vida agitada por toda especie de delitos. Estas ideas se debian presentar naturalmente á su imaginacion: mas la Providencia no habia alzado todavía por entero el velo que cubria los ojos de este pecador.

A este hombre endurecido le era preciso un golpe postero de mano del todo Poderoso. Tal era la noticia de una muerte que le arrebatava la única Persona, que habia capaz de apartar el rayo que estaba suspenso sobre su Cabeza. Supo en Nantes la muerte de su Madre, Señora de una virtud consumada, y la única, que se interesaba en su desgracia, y procuraba su Salvacion. Esta pérdida lo precipitó á volver á Turana con una confiteracion, que remató el desconcierto de su vida, y comenzó la Obra de su penitencia.

Feneció sus dias esta desolada Muger en la amargura, en el retiro, y en las lagrimas. Como amaba á los pobres, llevó todo el peso de la pobreza con una constancia digna de los primeros Christianos. Habiendose reducido voluntariamente por consejo del Prior de San Hilario su Director á una renta muy modica, se retiró entre los pobres, y murió con ellos entre los brazos de la pobreza, teniendo el corazon todavía mas desprehendido de los bienes de la tierra, que lo habia estado en realidad por la mala conducta de su hijo.

„ Dos dias antes de su muerte me fui á ver-
 „ la (son palabras de su hermano que administró
 „ una parte de estas memorias) le pregunté en que
 „ lo podia servir, y si le daba pena alguna cosa.
 „ Hermano mio, me dijo, nada necesito á Dios

„ gra-

„ gracias: todavía me queda un poco de dinero, de
 „ que dispongo en mi testamento. Ya sabes que ja-
 „ más me inquietó mi pobreza, y que adoré siem-
 „ pre en ella la disposicion de la Divina Sabidu-
 „ ria. Solo me affligió y me trajo dolorida el de-
 „ sorden de la vida de mi hijo; mas te puedo ase-
 „ guar para tu consuelo y mio, que ya se me
 „ ha acabado la pena; y que tengo, sin saber
 „ como una especie de certeza de que se convec-
 „ tirá. Cesando inmediatamente de hablar, se re-
 „ cogió algunos momentos, y sea por un violen-
 „ to desed, sea por un impulso del Cielo, dijo
 „ con un ayre de regocijo: Si hermano mio, el re-
 „ cibirá el golpe de la gracia.

„ Después de algunas palabras mutuamente edi-
 „ ficantes me retiré gozoso y triste. Ya iba á per-
 „ der una hermana virtuosissima y juiciosissima, y es-
 „ peraba ver entrar en buen camino á un Sobrino
 „ que era la afrenta de su familia. Dos dias des-
 „ pues espiró esta Segunda Monica. Podemos decir,
 „ que los desordenes de su hijo contribuyeron á
 „ la Santificación de la Madre, y que las lagri-
 „ mas de esta alcanzaron la Conversion del hijo.

SEGUNDA PARTE.

Su Conversion y Vida pe- nitente.

„ ¿Quién no admirará la Bondad y Sabiduria de Dios
 en

en la Conversion de este grande pecador ? su Carri-
teraba mano quebró todas sus cadenas, y arruinó
todos sus proyectos. Sus empleos se habian vendido,
sus tierras se habian comisado, su dinero se ha-
bia disipado, su honor se habia obscurecido, sus
Parientes se habian irritado, el Público se habia
indignado, su Madre por fin habia expirado, y
la Colera de Dios le amenazaba en un todo.
¿ Donde hallaria asilo ? en los brazos de su Mi-
sericordia, unico y verdadero recurso que le que-
daba. Despues de los varios obstaculos, que ha-
bia puesto à los impulsos de la gracia, solo le
restaba el volver como el hijo Prodigio à casa de
su Padre, postrarse à sus pies, y decirle con
efusion de corazon: Yo Padre mio peque contra
el Cielo y contra vos, tened misericordia de
mi.

El decir aquí, que el Hermano Moises pri-
bado de todo socorro humano, no tenia otro par-
tido que tomar, no es justo ni razon; pues es-
taba todavia en la flor de la edad, era valiente,
ò forzado quando menos, y sus Parientes, y pro-
tectores le ofrecian empleos. Mas Christianamente ha-
blará, quien considere, que todos los sucesos bue-
nos y malos, dimanen de la Divina Providencia,
y que la Sabiduria de Dios preside à todos los
acaecimientos causados por el vicio, ò la virtud.
La enormidad de sus culpas, la necesidad de labar-
las en la fuente de la penitencia, y el consejo
de un Sabio Director, lo determinaron à dejar el
Mundo, y refugiarse en la Casa mas austera de
la Iglesia.

Al regreso de Nantes, sintió que le nacian en
el Alma los deseos del hijo prodigo, cuya vida li-
cenciosa habia imitado tanto en la disipacion de sus
bienes, en su miseria y deshonestidades. Su embar-
zo

zo consistia en hallar una casa religiosa donde se
dignasen de recibirlo. Fuese à M. Menant Prior
Curado de San Hilario de Turs, su Pastor y Ami-
go antiguo, para confiarle el designio que tenia de
romper todo trato con el mundo, y consultarle so-
bre la eleccion de un retiro.

Tube al principio alguna propension à los Ca-
puchinos, movido de la austeridad de su vida, y
de su hábito de penitencia. El Prior de San Hila-
rio le representò dos cosas. En primer lugar le di-
jó „ Vos tenéis cerca de quarenta años, y es mu-
„ cho tiempo para estudiar Théologia; no tenéis
„ bastante ciencia para ser Sacerdote, y no os re-
„ cibiran sino que sea para lego, lo que acaso
„ os puede hacer retroceder. En Segundo lugar, co-
„ mo la Regla de San Francisco obliga à ir à
„ llegar en las Ciudades y en la Campaña, estareis
„ muy expuesto en el mundo, y tal vez tentado
„ de algun retroceso. Por tanto os aconsejo, que
„ os presentéis à la Trapa, pues no hay Casa Re-
„ ligiosa que mas os convenga.

Era muy seria esta confidencia, y este aviso
de mucha importancia, para no tratarlo en mu-
chos coloquios. Como este pecador no tenia idea
alguna de las Constituciones de esta illustre reforma,
le diò el Prior un determinado tiempo, para es-
plicarle sus egercicios y maximas, durante la qua-
resma. Unas vezes le hacia considerar las costumbres
mas santas de esta dichosa Soledad, la austeridad,
fervor, caridad, obediencia, y humildad con to-
das las demas virtudes que aquí se egercitan. Otras
le hablaba de la vida y muerte de muchos ex-
célentes Religiosos de este famoso Monasterio, cuya
historia corre en manos del público, que habiendo
vivido como el licenciosamente algunos años, ha-
bian sido el buen olor en Jesu-Christo, de for-

ma , que su penitencia habia edificado mucho mas , que habia escandalizado su mala vida. De todo este discurso vino à inferir , que no habia en la Iglesia otro retiro mas proporcionado para expiar sus culpas ; y que la cadena de ejercicios , que sin interrupcion se siguen aqui los unos à los otros , llenaria tambien sus dias , y lo sostendria en el amor de sus obligaciones.

Todas estas relaciones le movian , y enternecian mas , y mas su corazon viendo las ventajas que le hacia esperar este Pastor , y aun le hacian llorar. ¡ Que dicha para este hombre , que habia hecho llorar tanto à muchas familias , y à su Madre ! No se cansaba de abrazar à este virtuoso Sacerdote , y agradecer lo que le ayudaba à renunciar el Mundo , à romper todo comercio con los hombres , y à elegir esta amable soledad , para vivir como un verdadero Penitente.

No fueron estériles estas conversaciones ; pues produgeron en su alma un secreto bien , y unos efectos , que admiraban al Público. Reconciliarse con sus Parientes ; volver en amistad con los que habia ofendido ; llorar sobre el sepulcro de su Madre ; hacer celebrar Misas por su alma ; dar limosnas por el mismo fin ; procurar que criasen à su Sobrino con piedad ; publicar por todas partes , que no hay otros verdaderos bienes que la gracia y Salvacion ; ¿ No son ya frutos dignos de una penitencia comenzada , primicias de las que Dios apetecia ?

La Visita que hizo en una Casa de Campo à su Tio Materno , tiene algo de singular. Este , que no sabia la conversion de su Sobrino , lo esperaba à pie firme , sin embargo de haberle amenazado con la muerte , por no haberse cuidado de socorrerle durante su prision en Fort-1, Eveque. Quedò muy sorprendido de ver que su Sobrino solo ha-

bla-

blaba de cosas edificantes , y se enternecia por la perdida de la mas virtuosa , y mas caritativa Madre.

A su arribo de Chinon à Tours restituyó al Abad Roulin su letra de mil y quinientas libras , poniendolas en manos del Prior de San Hilario , Amigo comun , y pidiendole perdon. Luego despues diò cuenta de todas sus aventuras al dicho Prior.

Para fomentar los progresos de la gracia este Sabio , y prudente Director decia en sus conversaciones à su Pecador ya contrito , todo lo mas afectuoso que le podia inspirar su caridad. „ Vuestro „ buena Madre , à quien hicisteis derramar tantas „ lagrimas sobre vuestro libertinage , à pesar de los „ ejemplos de piedad y penitencia que os diò du- „ rante su vida ha perdido mil vezes à Dios vues- „ tra conversion. Yo fui como Vos sabeis , el De- „ positario de su conciencia , y de todos los dolo- „ res , que le causaron vuestros desordenes , y el „ mal estado de vuestros negocios. Sin embargo de „ ello no cesaba de repetir esta oracion postrada „ en tierra , y muchas vezes en mi presencia : No „ permitais Dios mio , que mi hijo os pierda pa- „ ra siempre. Perezcan , Salvador mio , para el „ todos los bienes de la tierra , mas no le ne- „ gueis los de vuestra gracia , y de su Salvacion. „ Pierda todo lo que posee en este Mundo , con „ tal que salve su alma. Yo consiento en que mue- „ ra en una prision , [esto lo decia quando esta- „ ba en Fort-1, Eveque] como salga de sus culpas „ y de sus malas costumbres. Suplico à vuestra mi- „ sericordia esta gracia , antes que yo comparezca „ en el Tribunal de vuestra Justicia.

Al oír esta Relacion se derretia como la cera , por usar la expresion del Profeta Rey , el corazon de este hombre à quien ya la gracia habia comen-

Aaz

za-

zudo à calentarse. Los suspiros y sollozos, que se le escapaban, animaban el zelo del Prior de San Hilario, quien continuó su Relacion. „ Me acuerdo „ de que vuestra Madre dobló sus votos y oraciones en la enfermedad de que murió. Despues „ de haber recibido los Sacramentos con disposiciones „ dignas de ser imitadas de todos los Christianos; „ dirigia à Vos sus palabras y gemidos. Al punto de morir, parece que se ocupaba mas en vuestra Salvacion, que en la suya. Para consolar à „ esta virtuosa Muger y resignarla con la voluntad „ de Dios, le dije algunas palabras antes de morir: Madre de dolores esperad siempre, No es „ posible, que un hijo por quien habeis vertido „ tantas lagrimas, y ofrecido tantos votos y oraciones, sea abandonado del Señor. Sino teneis en „ el mundo el consuelo de verle contrito y penitente, Dios os reserva esta gracia para el otro. „ Vos le vereis en Jesu Christo tal vez hecho un „ Santo Religioso, y un modelo de penitencia. El „ Salvador se compadecera; pues derramó toda su „ Sangre, por esta oveja perdida, y redundó en „ gloria de Dios hombre el manifestarle su misericordia. Esperad en que supuesto, que sois, otra „ segunda Monica, vuestro hijo se convertirá. Ofreced pues à Dios el Sacrificio de vuestra vida agonizante, para obtener la conversion de este grande Pecador.

Apenas acabó el Prior este discurso, quando todos estos objetos en un junto derribaron en tierra sostenidos de la gracia à este hombre baçilante. Quiero decir, que se postró en la situacion mas humilde, y exclamó: „ Dios de misericordia, ha- „ cedme la misma gracia que à San Agustin. Mi „ detestable vida es dos mil veces mas criminal que „ la suya; pues no hay en el mundo pecado que

„ yo

„ yo no haya cometido con la malicia mas negra, „ que se pueda imaginar, y con la mas monstruosa „ sa ingratitude.

Esta ultima conversacion de piedad, se tubo en la semana Santa à las siete de la noche en la Iglesia de San Hilario, y mano à mano. Las circunstancias de un tiempo en que Dios derrama sus gracias mas copiosas sobre los fieles, favorecian al curso de sus lagrimas, y daban una entera libertad à sus sollozos. El Prior lo dejó algun tiempo en este estado de humillacion. Agudandole luego à levantar, le dió à entender, que la Divina Misericordia no tiene limites para los que vuelven à ella de buena voluntad. Que si estaba resuelto à perseverar en su designio hasta el fin de sus dias, el Señor olvidaria su vida pasada, y lo trataria como à David, à San Pedro, y à San Agustin. Continuaron en esta Iglesia hasta media noche hablando de la dicha del Pecador en volver à Dios despues de haberse apartado de él. Estos coloquios repetidos diversas vezes hicieron derramar tantas lagrimas à este hombre, que M. Menant, que hace officio de Director mas de treinta años ha, aseguró que jamas habia visto verterlas en tanta copia à ningun penitente como à este por todos los quinze dias que se siguen à Pasqua.

O Divino Señor, ¡que grande es vuestra compasion! Que tierno vuestro corazon con la ceguedad de los Pecadores! Este hombre escandaloso os ha crucificado de nuevo cada vez que ha pecado. Sin embargo vuestra misericordia supera à la extension de su depravacion: Quanto mas os despreciaza haceis llober con mas copia vuestra preciosa sangre sobre su Persona; y por un exceso de bondad derramais vuestros mayores beneficios sobre su alma pecadora, en el tiempo que celebran los Chris-

tia-

rianos la memoria de vuestra vida paciente y gloriosa; para representarnos sin duda lo que pasa por su interior.

Imágenes en efecto vivisimas de los dos estados de este Pecador arrependido! Cargado de crímenes, era el oprobrio de la tierra, y el objeto de la ira del Cielo: Despojado de sus culpas, vasa a la gloria de los Penitentes, y es objeto de regocijo a los Bienaventurados; porque sepultado con Christo en el tiempo pasqual, resucita con Christo poco tiempo despues. Dichoso el Pecador a quien haga Dios este mismo favor!

En fin el Martes despues de la octava de Pasqua este Santo Sacerdote, y fiel precursor, que habia preparado tambien los caminos del Señor dió a su Penitente una Carta para el R. P. Abad de la Trapa. Inflamado del zelo este nuevo discípulo partiò solo de Turs a pie quando el piso se comenzaba a deshelar, sin despedirse de nadie, y haciendo treinta y cinco leguas de camino al traves de varros, lluvias, arroyos, piedras, Hayas y Barrancos para llegar a la Trapa. Bien se podia decir de él, que las muchas aguas no apagan el fuego del amor.

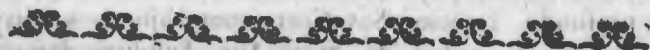
¿ Con que admiracion no le recibieron los Superiores a su arribo viendo un hombre de una talla enorme, de una fisonomia horrible, de una mirada ruda, de una cara larga, delgado, arqueado, y de un gesto que mostraba desde luego todo lo que llevaba en su alma? Sus vestidos estaban andrajosos, desaliñados, mojados, enlodados hasta las espaldas, sus piernas despellejadas, y los pies ensangrentados. Que objeto tan espantoso! Jamás se habia visto otro semejante en este Monasterio compuesto de muchas naciones de la Europa. Declarado el motivo de su viage, le presentaron al Re-

verendo Padre Abad, quien habiendole examinado por algunos dias, le recibio a pruebas con una caridad extraordinaria.

En esta amable Soledad es donde hace su mansion, esta Reyna de las virtudes. No me puedo dispensar de dar a los Pecadores una descripcion de ella para contribuir a los designios de Dios sobre su Salvacion. Su Palacio inspira en su simplicidad un Santo terror, y las entradas mismas imprimen un profundo respeto. Sus Cortesanos bajo de un hayre negligente arden de zelo. Sus Subditos demuestran bajo de un silencio continuo por su inviolable fidelidad la magnitud del amor que les profesa. Sus enemigos no se atreverian a llegar por temor de que ella les robase su estimacion. Si a estos se les escapa alguna inveciva contra sus costumbres, que hacen como que no la entienden, ella les perdona sin pena todos los conatos de su malicia. Una Santa emulacion les hace pretender a cara descubierta, y a vista de su Principe, los officios mas humilliantes de su Corte; Mas por una delicadeza bien sabia solamente los concede a los mas ambiciosos favoritos. Ninguna intriga, y ninguna agitacion turba la paz de este Pueblo amado de Dios. Aunque son muy angostos los limites de este pequeño Reyno, el es una tierra de promision, donde no cesa de fluir la leche y miel de la palabra; y en los asientos, que diariamente dispensa, insipidos para todos los orros hallan ellos mejor gusto que en el manna del desierto. Pueblo afortunado que habitas esta tierra de bendicion no hay verdadero Chrittiano que no envidie tu fidelidad!

El Penitente de nuestra Historia fue admitido en el numero de los individuos de este pequeño Reyno de la Caridad. Se inflamó su zelo, y fue tan grande su fervor en cumplir sus obligaciones, que

merecís recibir el hábito. Quedó tan penetrado de gozo, que no pudiendo contenerlo su corazón, se le permitió comunicarlo al Prior de San Hilario su confidente, y dar parte á su familia en la carta siguiente, donde nada mudé así por respetar su virtud, como por guardar á la historia su fidelidad.



COPIA DE LA CARTA DE
Fray Moises à M. Menant
Prior de San Hilario de
Turs.

No fue por olvido M. el haberme dilatado el honor de escribiros; sino por la esperanza que tenia de decirós el feliz suceso de mi viage. Dios me hizo la gracia de conducirme en ocho dias al Monasterio de la Trapa; donde el R. P. Abad usó la Caridad de recibirme. Tuve el honor de presentarle vuestra carta; y habiendole declarado el designio que tenia de seguir la Regla de su casa, me hicieron el favor de vestirme el hábito el Sabado despues de la Ascension, habiendole pedido por algun tiempo. Os aseguro, M. que el concepto en que se tiene este Monasterio no se espasó jamás falsamente por el Mundo. Este es un paraíso terreno, donde reynan y florecen sin

„ ce-

cesar los ejemplos de Santidad y virtud. Esta vida mas es angelica, que humana. Hallo este Puerto de salud tan favorable para mi, que alabo á Dios por la gracia, que me hizo en conducirme á un asilo tan Santo. Le ruego que me haga digno de él, para conservarme el resto de mis dias: : :

Lo que se sigue en esta carta solo contiene agasajos para su familia, encargos que nada interesan al que lee, y fenecce con estas palabras: „ Estimaria mucho el poderos escribir mi profesion, asi como os escribo mi ingreso. Soy vuestro humilissimo servidor, Fray Moises Novicio de la Trapa. Domingo de Pentecostes 1704.

Este nuevo Solitario se acaba de pintar á si mismo en su carta. El se considera como salvado de un naufragio, y escapado de manos del Demonio, lleno de agradecimiento á Dios por haberle retirado su bondad infinita á este Desierto, y derramado sobre el los rayos de su gracia.

A favor de esta Divina luz, apercibió que tocaba las puertas del Infierno. Entonces experimentó la misma impresion que un viandante, que caminando en una noche obscura, se ve de repente, á la luz de un relampago, sobre el borde de un precipicio. Tempestades, obscuridades, abismos, y peligros de todas partes se presentan á Fray Moises. Oye el trueno de un Dios fulminante; la inspeccion de sus culpas le horroriza, se estremecce de pensar que habia caminado con seguridad en la Region de la muerte, y se arredra considerando las sombras, que le robaban la vista del Sol de Justicia.

Ilustrado por este primer rayo para volver en gracia con Dios comienza por el remedio general que Jesu-Christo estableció en su Iglesia. Ogea en

Tom. III.

Bb

el

el Libro de su conciencia todos los pecados casi sin numero que cometiò, ó hizo cometer. En diferentes vezes lleva à los pies de su Confesor una declaracion sincera y humilde de sus faltas. Se prohibe por algun tiempo el uso de los Sacramentos, que habia desdenado, menospreciado, ò profanado, acompañando esta declaracion de una resolucion firme y constante de llorar todo el resto de su vida. Retaido cien vezes en la culpa antes de retirarse, cien vezes se arrepiente despues de su retiro, vuelve al Tribunal de la Penitencia para acusarse de nuevo; y cien vezes absuelto se ve precisado el Confesor à no escucharle, y despedirle llorando con palabras mal articuladas é interrumpidas por lagrimas y sollozos.

Asi con una gracia copiosa, un corazon penetrado, un cuerpo robusto, y un espiritu convencido de sus necesidades, y de la profundidad de sus llagas, se abandona todo entero à la penitencia, Ayunar, velar, orar, dormir en duro, vivir de legumbres, trabajar en el campo; el silencio, el rallo, la disciplina, la cadena de yerro, nada de esto valanceaba à su firmeza. Otro tanto como habia amado à su cuerpo en la forma deshordenada que el mundo inspira, lo aborrecia con aquel odio Santo que manda Christo à sus discipulos. Le quitaba una parte del sustento, y no le concedia mas de lo necesario para no desfallecer de suerte, que los Superiores se vieron precisados à reprimir el demasiado ardor de su zelo.

Si era preciso que tomase por su orden algun refuerzo para remediar las indisposiciones pasajeras, luego obedecia. Pero avergonzado de relajar la mortificacion insultaba à su cuerpo, y le decia con su modo duro è impolitico: „ Espera que „ algun dia te lo harè pagar bien caro: ya te

„ cor-

„ costará bien: Y restablecido que estaba añadia:
 „ piensas que no me atuerdo? tu me la pagarás
 „ sin que te valgan quejas, ni murmuraciones, pues
 „ no te darè Quartel. Te acanité mucho estos dias
 „ pasados, vívide mucho de ti en el mundo; pues
 „ ahora contemos, y pagame la penision y el Ca-
 „ pital. Mañana te regalarè con un rallo; El dia si-
 „ guiente te acanitarè con una excelente disciplina,
 „ y el inmediato tendrás un gran banquetè; con
 „ un delicioso porage de agua y sal; No pases
 „ pena, que yo cuidarè de ti. Guardantio fidelidad à su promesa el rallo, la disciplina, el silencio, el ayuno duplicado, los trabajos mas penosos, eran por decirlo asi los egectores de la Divina Justicia, que le exigían con impiedad la paga.

Asi como antes la moderacion, que guardaba en las delicias consistia en anegarse sin moderacion en ellas, asi ahora la medida de su amor à la penitencia, era amarla sin medida, y aun buscar como refinarla, pues tenia un instrumento de mortificacion para cada dia de la semana.

Un Religioso de la Trapa à quien sus dolencias no permitian trabajar en el Campo, es excelente en la invencion, y execucion de esta especie de instrumentos. Harè con hilt de yerro unos pequeños garfios, cuyas extremidades se elevan en puntas muy agudas, y cosiendolas sobre un andrajo, traza en el todos los instrumentos de la passion, y los pone en manos del R. P. Abad para exercitar el zelo de los mas fervorosos. Habiendoles visto Fray Moises, se alegrò tanto, como si hubiese hallado unos riquissimos desposos, considerandolos como un pequeño Almagazen de Armas proporcionadas para combatir con su Cuerpo. Pidio, y le dieron de todas especies, haciendolas servir dia.

diariamente à su fervor: Hoy la Corona de espinas, mañana la Cruz, y despues de mañana los Clavos, ò la lanza. Aplicavaseles al pecho para formar de cada uno su idea. Yo vi la Cruz, y tiene dos pulgadas y media de ancho sobre doce de alto; y está cosido todo sobre una tela blanca de la magnitud de media oja de papel. Como reservase para el viernes el bocado mas sabroso, el Jueves por la tarde decía à su cuerpo: „Mañana, mañana te regalaré bien, pues te guardo una cosa exquisita.

Se lamentaba algunas vezes al R. P. Abad de que no eran buenas estas puntas, y que se emboraban en su miserable Esqueleto. Si fuera posible el expresar la simplicidad, y naturalidad con que expresaba estos plantos, recibiria un gran relieve su Historia; pero como esto es imposible, pues la elocuencia es tan incapáz de tratar los tonos, como la pintura los movimientos, es preciso, que la imaginacion del Letor supla este defecto en todos los Lugares donde él habla.

¿ Quisiera yo, saber si los Sabios del mundo conocerian en medio de estas austeridades al Alcalde mayor de Turena? O! Este furioso armado siempre de hierro y fuego para hacer mal, está caigado ahora de instrumentos de mortificacion! Este voluptuoso refinador de las delicias, por temor de que se las haga insípidas la costumbre, clama en el dia temeroso de acostumbrarse à una determinada especie de Penitencia, y de no experimentar su mortificacion con bastante viveza! Quien podrá conocerle en este abatimiento? Nadie sino el que adora à un Dios humillado, ultrajado, azotado, coronado de espinas; y el que vive convencido de que la vida de un penitente es una vida de dolores; y que es preciso asemejarse à

Chris-

Christo crucificado, para reynar con Christo glorioso.

La Penitencia de un Pecador debe participar del interior y el exterior. Los ayunos viglias y maceraciones no son mas que el exterior: la sugestion de voluntad y entendimiento, el cautiverio de las pasiones, la violencia continua, que uno se hace à los impulsos desordenados del Corazon, es lo que en propiedad se llama alma de la penitencia.

Bajo esta idea general pintamos el interior de Fray Moises, quien animaba à su exterior por el espíritu de compunccion, suspirando y llorando casi por todas partes. La Iglesia, el Claustro, el Dormitorio, y todo resonaba de suspiros. Casi no habia lugar en el Monasterio, que no hubiese regado con sus lagrimas. La violencia, que se hacia muchas vezes para contenerse delante de sus hermanos, le causaba otra especie de dolor. Mas en su Celda, donde pensaba que nadie le oia, daba à sus llantos y gemidos una entera libertad.

Postrado alli à los pies de un Crucifijo, bañaba la tierra con tan copiosas lagrimas, que formaban como dos pequeños arroyos, segun se vió muchas vezes en que le sorprendieron. Su dolor era la causa de su llanto, y este renovaba su dolor. Ambos se presentaban réciprocos motivos, para provocarse mutuamente. Su dolor le hacia mezclar muchas vezes sus lagrimas con su bebida, y sus lagrimas le hacian prorumpir en rugidos à su dolor, como al Profeta Rey Seveían, fluir las unas, y se oian resonar los otros, y ambos enternecian à los Monges hasta llorar con él muchas vezes.

En vano le decian que era indiscreto, y que

tur-

turbaba el reposo de sus hermanos ; pues ni entendia esta lengua , ni pensaba haber hecho ningun ruido , semejante à un hombre que al salir de un sueño profundo , se ha olvidado de todos que tan penetrado y abismado estaba en el dolor. Esta compuncion era sin duda una dadiba del Cielo , pues le durò hasta la muerte.

Las sentencias que habia escrito en su Celda para renovar la memoria de la passion de Christo, excitaban en su alma efectos tan contrarios , que de momento en momento aparecia transportado de gozo , conternado de tristeza , traspasado de temor , y animado de esperanza. Vuelto luego en si , era preciso que su atencion dispase esto impulsos. Las frequentes aspiraciones , los estallidos de voz que se le escapaban , persuadian que el amor de Dios las producía , y que el dolor no era el unico agente en los afectos de su alma. Se podia decir despues de este corazon enternecido , que experimentaba las ansias de la Esposa, quando habiendo encontrado à su Esposo à quien habia buscado mucho tiempo , exclamaba : ya lo encontré , y no se me escapará mas.

Esta compuncion producía un fervor y animosidad , que lo llevaban à qualquier empresa. Nunca se dejaba de favorecer à estas disposiciones à causa de la gran necesidad que tenia de hacer penitencia , y por ello se condescendia con el mas que con otros. Nada se le dispensaba en los trabajos , y si era preciso llevar ò remover un fardo bien pesado esta era la labor de Fray Moises. Si se habia de ir à obras que el frio y el calor hacia muy penosas , este encargo era para Fray Moises. El era el hijo perdido , y siempre destinado à las ocasiones mas peligrosas. Apenas le decia un Superior , hermano mio , ayúdame

me à esto , haced lo otro , id à tal parte , al momento iba Fray Moises con la cabeza inclinada. Quando volvia à su Celda bañado todo de sudor despues del trabajo , para tomar algunos instantes de reposo , se colmaba de reprehensiones „ Maldito , decia à su Cuerpo , que me hiciste „ ofender tanto à Dios , aun quieres buscar comodidad ? Perro muerto ! Cadaver fetido ! Abismo de corrupcion ! ¿ No seria mejor arrojarte à un Albañal à un Maladar ó à una Sentina ? Podemos decir que envidiaba la situacion del Santo Job , que despojado de todos los bienes se viò cubierto de úlceras , procurando de este modo asemejarse à Jesu-Christo azotado , y figurado en la penitencia de Job.

Sin embargo de estar indiferente para todos los trabajos amaba à uno mas que à todos los otros como à su labor favorita , à quien propendia con mas ansia. Este era portear fiemo en un carreton para el Jardin , ò para otro lugar. Quando se veia uncido , se doblaba su gozo , considerando , que habiendo vivido en el Mundo como un Caballo y un Mulo , que nada entienden de las cosas de Dios , merecia ser expuesto en lugar de estas bestias à los ojos de Dios y de los hombres. Al verle humillar su antigua soberbia en esta situacion , y domar su carne , se descubria en su exterior la humillacion de un Pecador condenado al trabajo , y el gozo de un Penitente , que espera la recompensa.

El exemplo de los primeros Superiores puestos siempre à la frente de la Comunidad en todos estos trabajos tan humildes , y tan repugnantes à la naturaleza , era para fray Moises un urgentísimo motivo , que lo animaba poderosamente à domar el espíritu , y mortificar la carne. Buscaba como

mo discipulo de Christo , los officios mas bajos , mas viles y penosos ; Y como verdadero discipulo de San Bernardo estaba persuadido de que la humildad consiste en reputarse indigno de todos los deleytes , de todos los honores , y en buscar unicamente los oprobrios y mortificaciones ; En acariar el menosprecio , à las afrentas y trabajos. Todos los dias habria referido de buena gana los vergonzosos de conciertos de su vida pasada. A un hombre que vive en esta disposicion , el Capitulo le es un hermoso teatro para satisfacerla. Todas las expresiones que aqui usaba , solo se dirigian à procurarse el concepto de un hombre enbrutecido y sin virtud. Por mas conatos , que se hacian para imponerle Silencio , siempre descubria algunos pasages de su vida desordenada y escandalosa , tratandose à si mismo de malbado , de vinoso , y de impio , que eran sus expresiones familiares. Pero sus hermanos animados siempre de aquella caridad que cubre las faltas de su Proximo , se atenian à la bondad de su Corazon , mas que à la vehemencia de sus palabras.

Sin embargo de ser tan codicioso de oprobrios moderaban su zelo ; y jamàs tomaban ocasion de su vida pasada para humillarlo , (aunque en la Trapa se usa lo contrario) si solo de sus faltas ordinarias , en que caia con frequencia à causa de su poca aptitud , y poca destreza en los egercicios exteriores. Unas vezes aparentaban aspereza y una especie de indignacion en las palabras , y muchas le amenazaban con la expulsion del Monasterio. Muchas vezes sucedia que estas palabras iban acompañadas de penitencias que no le mortificaban menos. Todo lo sufría Fray Moises con increíble paciencia , y con una confesion sincera , de que nun-

nunca serviría sino de un grande escandalo à todo el Monasterio.

Lejos de excusarse , se confesaba mas culpable , declarando nuevas faltas para procurarse nuevas reprehensiones. Si lo castigaban de estas , las encarecia ; y se mostraba insaciable de ellas. Este era una especie de combate singular entre el Presidente de Capitulo , y Fray Moises. Aquel le daba golpes humillantes ; y este solo respondia estas palabras ; „ Es verdad “ El primero agotaba todas las durezas mandadas por la Regla , y usadas en la casa ; y el otro todavia mas fecundo , replicaba diciendo ; „ Yo soy un abominable , y un abismo de peccados , si , abismo , abismo verdadero , un malbado , que merece ser expelido del Monasterio.“ Vencido el Superior asi , salia del combate cubierto de una Santa Confusion ; ò si queria volver à las Armas , Fray Moises se las hacia caer de las manos diciendo : „ si Padre mio , yo mereci mil vezes el infierno : Yo cometi mas culpas que arenas hay en el Mar.“ Era preciso hacerle callar , porque no escandalizase queriendo edificar.

Su modo de explicar era tan natural y tan sencillo , que no permitía sospecha de afectacion ó duplicidad , de que efectivamente era incapáz. Confieso que me es imposible el retratar su carácter. y solo diré , que se descubren algunos vestigios cada vez que refiero sus propias palabras. Apesar de su simplicidad , se acusaba en terminos tan humillantes , con expresiones tan rudas y con un ayre tan contrito y penetrado de lo que le decia , con tantas lagrimas y sollozos , que enternecia à la Comunidad , y rompía la Conversacion à los Superiores , que tan penetrados quedaban de una

compuncion tan viva, y de una humildad tan grande y tan profunda. Asi pasó el año de su Noviciado en el exercicio de todas las virtudes. Solo faltaba à los Superiores una prueba de que Dios lo quería en la Trapa, y era conocerle à fondo en una enfermedad, caso que se la embiase el Señor; pues es la piedra de toque, por donde se juzga si tiene ò no tiene vocacion un Novicio. Presentóse una muy à proposito, porque este hombre tan robusto fue insultado de una enfermedad que lo hizo conocer perfectamente. El mal parecia incurable; y era reliquia de su mala vida pasada.

Tenia las entrañas tan gastadas, que exhalaba un hedor capaz de infectar; lo que lo hizo confesar muchas vezes despues, que su salvacion no tenia remedio, sin la Caridad de la Trapa, pues su incomodidad era un obstaculo invencible para vivir en una Comunidad; y este era asunto frecuente de su conversacion y agradecimiento. La Divina Providencia le restituyó la salud, con un remedio violento. Si Dios no pone su mano Fray Moises se vuelve al mundo, donde acaso habria recaido en sus excesos; mas la Bondad del Señor no lo permitió. El fue siempre el mismo, humilde, piadoso, obediente, y por lo que todavia se deseaba, paciente y contrito; de modo, que por una gracia particular de Dios salió de la enfermeria, como el oro del Crisol, mas apurado de espiritu y de cuerpo que no habia entrado.

A pesar de estas disposiciones, y de unas pruebas tan exactas, sobrevinieron dos obstaculos à su Profesion, al acabar el Noviciado. Representaron al R. P. Abad, que Fray Moises, sin embargo

de-

de estar sincerisimamente convertido, no era bueno para Religioso, supuesto que las leyes de la Iglesia prohiben el recibo en los Monasterios de los hombres adeudados, porque pueden reclamarlos, y asi mismo de las personas publicamente reputadas por de mala vida; Que su admision comprehendia los dos casos, y seria contra la voluntad de Dios, explicada por las ordenanzas de la Iglesia.

Parecian tan justas estas razones, que habiendo ido à la Trapa poco despues de su profesion un hombre de merito asegurado que en su Pais estaban asombrados de que le hubiesen recibido sin detencion en estos tropiezos, y que publicamente murmuraban por ello.

El R. P. Abad respondió con mucha penetracion, y sabiduria, que las deudas de este Novicio no eran obstaculo legitimo para su admision; porque sus acredores, que lo veian en la Trapa, nada le pedian, y considerandole incapaz de pagar, estaban persuadidos de que era cosa inutil el inquietarle. Añadió que la mala opinion de Fray Moises tampoco le podia impedir el ingreso; pues su conversion era sincera, y su grande penitencia reparaban enteramente sus brechas; y que la Trapa estaba en posesion quadragenaria de refugiar à los grandes Pecadores; Que habia recibido à otros tan infamados como el, sobre cuya recepcion habia derramado Dios sus bendiciones; Que era una crueldad el despedir al mundo un hombre, que se perderia infaliblemente, y que según todas las apariencias se salvaria en la Trapa; Que el caso de este Novicio era extraordinario; Que sus circunstancias le exceptuaban de la ley; y que por tanto no se podia dispensar de recibirlo; Pero que con

Cc2

to-

todo iria de espacio para caminar con mas seguridad. (*)

Tal fue la resolucion que tomò el R. P. Abad , retardando quatro meses la Profesion de este Novicio. Ninguna sospecha ò inquietud lo agitó , adorando en todo la voluntad de Dios. Fenecido el tiempo , fue recibido con consentimiento de la Comunidad , en que se debe notar la circunstancia del dia , pues habia tomado el habito en el de Santa Monica quatro de Mayo , y profesó en el año siguiente en el veinte y ocho de Agosto dia de San Agustín , lo que se hizo sin atencion ni designio , hasta que Fray Moises mismo lo reparò pasado un año. Asi vino à suceder el cumplimiento de los deseos de la segunda Monica su Madre , recibiendo su hijo el golpe de la gracia como San Agustín , segun ella habia presentido antes de morir.

El gozo de este nuevo profeso fue extremado. Aplicose mas que nunca à levantar el edificio Evangelico que habia comenzado à cimentar no sobre la arena , sino sobre la firmeza de una piedra. Al dejar el Siglo su dolor y temor eligieron el Lugar proporcionado à la construccion de este edificio ; en su Noviciado formaron el diseño la sabiduria y consejo de sus Prelados ; la penitencia y humildad del Novicio cabaron los

NOTA DEL TRADUTOR.

(*) Pudiera añadir este Abad el hecho de San Bernardo , que del pie de la horca pidió y le dió el Juez à un Reo , para darle mayor suplicio con el hábito y penitencia de su Monasterio.

cimientos ; todas las virtudes le ayudaron à levantarlo , presidiendo entretanto à esta grande Obra la Justicia del Altísimo. Despues de profeso la Fé arregló la solidez de los Muros ; La esperanza afianzó las columnas ; el amor de Dios , dió la ultima mano , administrando la riqueza , y ornato el zelo , el fervor , la fidelidad , y la observancia de los estatutos ; Su espíritu fue el Sacerdote , su Corazon la víctima y Altar , y la gracia fue su custodia.

Sin embargo no perdía de vista la Justicia de Dios : La enormidad de sus culpas , y el alto concepto que tenia de la Magestad Divina , y del rigor de su Justicia , eran dos objetos perennemente presentes à su espíritu. Sabia , que jamas debe cesar el temor de los pecados aun expiados y perdonados. Se tenia por un insecto vil y arrastrado ; que habia tenido la osadia de sublevarse contra la grandeza del Ente Soberano , y una temeridad , que ni habia temido à su Justicia , ni à su poder ; un insensato , que ningun respeto habia tenido al Juicio , al Infierno , à la Eternidad , ni à la ira de un Dios vengativo que con un soplo le pudo aniquilar à cada paso que dió en la carrera de la culpa.

La pesadumbre de estas reflexiones , que ocuparon mucho tiempo su atencion , le hubiese aniquilado , à no haber disminuido su gravedad la mano misericordiosa de Dios. Por eso pues la llamaba en su asistencia , y se ocupaba en meditar las infinitas bondades del Salvador. En la labor , en el Capítulo , y en Refectorio pensaba mas en este Divino Señor , que en lo que hacia por entonces. Ni la variedad de acciones , ni las necesidades corporales , ni la diversidad de labores , y multitud de Personas , que no podia evitar , ni otra

206 *Relacion de la Vida y Muerte*
ninguna cosa lo podia divertir de un objeto de tanta contemplacion.

Tan penetrado estaba de él, que partia con este Señor sobre las cosas necesarias en la Persona de sus miembros. En los siete u ocho meses de ayuno no se sirve mas à la colacion que dos o tres onzas de pan seco. (*) Fray Moises hallaba sin embargo con que hacer bizarras en esta frugalidad, à pesar de su apèto, que era correspondiente à su estatura enorme. Cortaba este pedazo de pan en dos y solo se quedaba la mitad, dividiendo el resto en dos partes, de las cuales destinaba la primera para Jesu-Christo, y la segunda para los pobres. Representaronle, que en vez de abstenerse y quitar de su pan, debia tomar mas que los otros à Causa de su grande talla. Preguntandole luego porque dividia su pan en tres Partes, respondiò; que supuesto se habia engrosado à expensas de Jesu-Christo y de sus miembros, à quienes tantas vezes habia robado, era justo que ahora los alimentase con su preciso sustento; y no podremos decir, que estos dos pedazos de pan merecen los mismos elogios, que los dos dineros de aquèlla muger del Evangelio?

Lo que mas se debe admitir en la perenne aplicacion de Fray Moises es, que todo lo hacia

NOTA DEL TRADUCTOR.

(*) En el dia no hacen Colacion los Mônges de la Trapa por haber resucitado la disciplina antigua de la Regla y de la Iglesia comiendo de nuevo el Sabado de Quinquagesima hasta Pasqua à las quatro y quarto, y à las dos y media los otros ayunos.

827 *de Fray Moises*
sin violencia, sin Arte, sin metodo, nada mas que por efecto de una Santa costumbre, que habia engendrado la gracia en su Corazon. Si por acaso aseguraba alguna cosa lo hacia con una simplicidad de niño. No quiero que se crea sobre su palabra esta su perpetua aplicacion, teniendo por garante à su conducta, que lo atestará. En todo aparecia pensativo, interior, serio, modesto, y con los ojos bajos. Jamás se le veia ligereza, curiosidad, accion, mirada, ni palabra, que se pudiese llamar inutil.

De esta gran aplicacion à Dios hacia naturalmente su union con este supremo ser, y su oracion interior, que casi nunca interrumpia. Oraba à Dios en todo lugar, asi como le adoran los Angeles en todos. Consigo llevaba el oratorio, donde se cerraba, sin que lo viera mas, que el Padre celestial, à imitacion de los Bienaventurados, que en todas partes gozan la presençia del Señor. El campo, el Claustro, el Dormitorio, el Refectorio le servian como de otros tantos Templos, donde no cesaba de adorar à Dios. Aun sus mismas lecuras se convertian en oracion y meditacion. Gustaba tanto de leer los hechos y las maximas de Christo que à cada linea se paraba sin pasar adelante, sirviendole cada una como de Altar donde su Fè sacrificaba à su razon, y su gratitud se ligaba en agradecimientos à la Bondad del Salvador. En un solo Capitulo gastaba ocho dias sin que le fuese posible pasar mas adelante; porque à cada parte adoraba, bendecia, agradecia à Jesu Christo o meditaba las maravillas que Dios habia obrado por este Divino Salvador, gastando todo el tiempo en estas reflexiones y actos.

O Dios de infinita grandeza y Magestad!
¿Como es posible, que un hombre sin letras, ha-

lle en los Sagrados libros la dulzura y suavidad, que los soberbios, por mas doctos que sean, no pueden percibir? Señor, que habitas una luz inaccesible á la vana curiosidad de los Sabios, Vos me mostrais por este exemplo, que habeis encubierto vuestros Misterios á los Sabios del Mundo, y únicamente los habeis revelado á los pequeños; y que vuestro Santo Espirita no reposa con agrado sino sobre las almas verdaderamente humildes.

Si Fray Moises oraba en todo tiempo y lugar con una perenne atencion, ya se deja conocer qual seria su fervor en el oficio-Divino. Su entendimiento y voluntad enteramente vacios de los afectos terrenos, se llenaban aqui de las gracias del Cielo, como dos vasos Sagrados llenos de un perfume, que exalaba su gratitud á los ojos de Dios; y lo recogian dentro de si mismo de modo, que al ver la efusion de su alma sobre nuestros misterios, y la expansion de su curazon sobre el adorable sacrificio, dirian, que no habia en el Mundo mas que Dios y él.

De aqui le nacia aquella viva fe, que interiormente le decia que los Angeles asisten al adorable Sacrificio de nuestros Altares, para postrarse á Jesu-Christo, dispuestos si fuera preciso para aniquilarse, por reparar los ultrages, que hacen los libertinos á la gloria de este hombre Dios, uniendo con esta viva fé sus adoraciones, al culto que le tributan estos bienaventurados Espiritus, á fin de suplir con su respeto la imperfeccion de sus homenajes.

De aqui tambien venia el recogimiento que edificaba á todos los que lo veian llegar á la sagrada Eucaristia ó adorar á Jesu-Christo presente sobre el Altar en la Misa mayor. Un profundo silencio embargaba entonces á todos sus sentidos, de modo que parecia haberle abismado la Magestad de Dios

Dios hombre en el centro de la tierra. El respetuoso espanto que su Divina presencia le inspiraba, le hacia retroceder en cierto modo á la nada, para dexar á la Corte Celestial y á sus hermanos, que reputaba por Angeles, el drecho de adorarle, invocarle, y publicar sus maravillas; homenajes que un Pecador debe reputar agenos de su indignidad, sin dejar por ello de tributarlos, á pesar de su desproporcion. Tales eran las disposiciones de este virtuoso Solitario en el Templo del Señor. El que solo podia rezar en particular dos ó tres salmos cada dia; pues hallaba tanta suabidad, que cada versiculo se le convertia en una gota de almibar, que lo recreaba por mucho tiempo. Reprehendiendole un Superior su lentitud, le dijo, sino sacais del Purgatorio á Vuestros hermanos por el rezo del Salterio, en la forma prescrita para cada Religioso difunto, ya se os puede dispensar este oficio: ¿Y como podreis cumplir los diez Salterios que debemos decir cada uno por nuestros Amigos, nuestros Parientes y Bienhechores? Respondió que hacia todo lo posible por adelantar, y que no podia mas porque Dios excitaba en su corazon á cada verso ciertos afectos á quienes se creia obligado á responder. Acostumbrado de este modo á la meditacion, no tenia mas libros que la Sagrada Escritura, la Imitacion de Christo y su Regla. ¿Y que mas habia de menester un hombre á quien servian de libros la tierra, el Cielo y Dios mismo?

El no queria otra antorcha para conducirse en sus lecciones que las luces de la gracia, ni otra guia que su Fee en los lugares obscuros, donde sacrificaba á la Magestad de Dios sus propios conocimientos. „ Los hombres son bien insensatos, decia, „ al tomar el nuevo Testamento en consultar tantos „ paraphrasistas y comendatores. Sean dociles, y fieles

„ en practicar las instrucciones de nuestro Divino
 „ Maestro, y saldrán bien pronto unos Sabios Dis-
 „ cipulos. Se le ha de escuchar con las disposicio-
 „ nes de los primeros Christianos á quienes él mis-
 „ mo sustentaba con esta palabra debida, sin mirat-
 „ la con desagrado ò indiferencia: “ Expresiones y
 „ sentimientos dignos de un San Bernardo! Elevando
 „ inmediatamente su libro, decia: „ Si, Divino Jesus,
 „ os protesto que revencio vuestra palabra otro tan-
 „ to como vuestra adorable carne; os amaré siem-
 „ pre como en cubierto en este Sagrado volumen
 „ del mismo modo que si tubiese la fortuna de go-
 „ zar en el Cielo de vuestra presencia; “ Impul-
 „ sos y pensamientos que tendria el mismo San Agus-
 „ tin.

El fuego Celestial que abrazaba el Corazon de Fray Moises, recibia cada dia nuevos aumentos. Estaba tan ocupado en el objeto de su amor, que muchas veces no advertia lo que pasaba en su derredor. Sin embargo de ser tan exacto en partir al primer sonido de la Campana, quedaba algunas veces inmovil al tañerla, pudiendo decir que tenia orejas sin oír, y ojos sin ver. Como la ley del Monasterio obliga á dejar comenzadas todas las cosas al primer aviso de la Campana, no dejaban de proclamar en Capitulo su inadvertencia. El se humillaba inmediatamente, pero se conoia bien que la voz de Christo que hablaba en su Corazon, exigia toda su atencion. Anonadado siempre ante su Divina Magestad, solo tenia ojos para leer en su libro, y mirar al suelo. Su recogimiento, y aplicacion continua á Dios lo distinguia entre los demás, aun quando iba al Refectorio, siendo asi que en este Monasterio se procura ir entonces con mas recoleccion que no ha á la Sagrada Comunión la mayor parte de los Fieles.

Como su Corazon no abastaba á la extension de su amor, se deseaba multiplicar, para dar mas espacio al fuego Divino que lo devoraba. De buena gana habria reprehendido á todos los Pecadores su insensibilidad; pero siendo Pecador, se reputaba indigno de egercitar tan respetable funcion, y se contentaba con multiplicar deseos de su conversion. El dia no bastaba para sus oraciones, y consumia en ellas una parte de la noche en que se acostaba segun manda la Regla, pudiendo decir con la Esposa: Yo duermo, Señor, pero vela mi corazon. Si se despertaba, el rezo de los salmos le ocupaba hasta la hora de Maitines. Hizo de esto un hábito, que jamás habria interrumpido á no ser la prohibicion del Superior, que temiendo las consecuencias, le mandò hacer no mas que algunos actos de amor y adoracion al romper el Sueño, procurando volverse á dormir al instante. Obedeció con tanta puntualidad, que si sucedia no levantar á Dios su corazon en el primer instante que despertaba, lloraba amargamente y se acusaba como de un Pecado grande. „ ¿ No es justo, decia, „ el ofrecer al Criador que nos diò el ser, la „ vida y el tiempo, y que nos promete la eter- „ nidad, los primeros, momentos de cada dia, el „ primer suspiro de nuestro corazon, el primer pen- „ samiento de nuestro entendimiento, y el primer „ afecto de nuestra voluntad; primicias verdaderas que „ debemos á Dios hombre nuestro Sacerdote?

La causa de todas estas gracias es la Sabiduria de Dios, que resiste á los soberbios y se comunica á los humildes. Quanto mas se abismaba en la humildad este Monge, con mas profusion derramaba sobre él sus favores el Señor. Ser humilde delante de Dios por convencimiento de entendimiento y voluntad; Ser humilde ante sus hermanos bus-

cando los oficios mas abatidos; Ser humilde à sus propios ojos para conocer la gravedad de sus pecados, fueron las causas que le merecieron la presencia continua del Señor, y todos los beneficios, que infaliblemente se le siguen.

Del menosprecio de si mismo nacia la estima que hacia de los otros. Jamás le turbaba ninguna sospecha, ninguna desconfianza, y ningun pensamiento perjudicial al proximo. No conocia su razon la estrañez, la frialdad, ni el desdén con ellos; como ni tampoco el desagrado, la murmuracion, y la impaciencia, que para el eran expresiones barbaras. Nada veia imperfecto ó defectuoso en sus hermanos, en quienes todo lo hallaba bueno, perfecto, y excelente. Abiertos siempre sus ojos sobre sus miserias y siempre cerrados sobre las del Proximo, solo pensaba cosas ventajosas de los otros, no viendo en si cosa que no fuese mala. De este modo practicaba aquella maxima de San Benito, tomada del Evangelio, que manda reputarse el ultimo de todos de pensamiento y de palabra: „ Son unos Santos, decia, quando hablaba „ de sus hermanos, y Yo siempre seré un miserable.

Quando había de suplir por alguno, se abrazaba su zelo: Apenas le decia el Superior: Servid, hermano mio, al Refectorio por fulano que está enfermo ó ocupado, se arrodillaba y lo abrazaba, le besaba las manos, y le respondia: „ Que fortuna, „ Padre mio! Que gracia, y quanto os la estimo! Como consideraba à Jesu-Christo en sus hermanos, era duplicado su gozo, ya por aliviar al que substituia, y ya por servirle en la persona de los Monjes con este obsequio doble.

Yo no tengo expresiones para dar una idea cabal del respeto que tenia à los Superiores, y de su pro-

profunda veneracion al R. P. Abad, à quien miraba como el Organó de Dios por cuya boca recibia sus oraculos. Como ocupa en el Monasterio el lugar de Jesu-Christo, y está revestido de su autoridad, lo escuchaba Fray Moises casi con la misma atencion, que habia escuchado à Jesu-Christo. Le obedecia con tanta sumision y prontitud, que si le hubiese mandado tirarse al agua ó al fuego, se cree, que lo habria executado sin zozobrar.

Su Fé en la autoridad de los Superiores era tan viva, y su obediencia al R. P. Abad tan perfecta, que habiendo padecido muchos dias un dolor de cabeza muy violento, fue à descubrirlo al R. P. Abad segun manda la Regla. Se puso en su presencia de rodillas. En tonces le hizo el R. P. la Señal de la Cruz sobre la frente, diciendo: Marçhad, Hermano mio, que vos seréis curado. Tuvo tanta Fé, y creyó con tanta viveza à su Abad, que al instante cesó el dolor, y no volvió jamás.

A vista de un beneficio tan sensible ¿ podia menos de amar la humildad y obediencia? las practicó con tanta perfeccion, que se consideraba entre sus hermanos con el Profeta, como una bestia de carga, que llevando en sus espaldas todo quanto le quieren poner, adelanta, circula, retrocede ó se para donde le dicen. Contentó de todo, indiferente para todo, no conoce la quexa, el examen ni aun el faciocinio, siguiendo con fidelidad el impulso del Superior que le conduce.

Humilde à sus ojos, fue remunerado con una gracia, que tiene poquissimos egemplos. Se amortiguaron sus movimientos desordenados, y agotizándose el cuerpo de pecado en su interior, el hombre viejo ya casi no tenia respiracion. Agitado en otro tiempo, queda al presente tranquilo; despa-

zudo de sus pasiones, ya no le quedan resentimientos. Aquellas avenidas que hicieron tantos estragos, ya se agotaron; Aquellos vientos impetuosos se apaciguaron; Aquellas sediciones intestinas calmaron, y Jesu-Christo lanzó de esta alma las Legiones de Demonios.

Todo son virtudes Christianas, virtudes Religiosas, poseidas en un grado eminente, haciendo sus actos con mas inclinacion, deleite y facilidad, que habia seguido el torrente de sus desordenes. ¿Teneis mucha pena, le decian, en practicar las austeridades de la Trapa? „ No, no, respondia, nada me cuesta. Todo me es tan facil, y tan dulce, que me parece que no hago penitencia alguna. Para un malhechor como yo, que tantas veces me anegué en el pecado era muy precioso otro genero de vida.

Con tales disposiciones este hombre insensible al menosprecio, paciente en los trabajos, templado y casto, si es licito decirlo, como los Angeles, esento aun de los primeros impulsos de la ira ó del Capricho que se escapan à los mas virtuosos en los casos repentinos, siempre igual y siempre tranquilo; gozaba de una paz tan grande, que es difícil tenerla mas perfecta en el Mundo. Las agitaciones, tentaciones, alternativas de devocion y sequedad, desigualdad de humor, transporte de gozo, abatimiento de tristeza, temor, desseo, é impaciencia, parece que estaban desterradas de su Alma para dexarle gozar de la paz que promete Jesu-Christo à los humildes quando dice: *Aprehended de mi que soy manso y humilde de Corazon, y hallareis el reposo de vuestras Almas.*

Esto no es decir, que absolutamente fuese insensible; si solo que amaba, y quando se amaba se halla la pena ligera. Asi ayunar, velar, trabajar,

jar, y obedecer lo hacia todo con gozo, porque amaba. Experimentaba que en su corazon el amor habia tomado el puesto del temor. Su Conciencia le daba este testimonio y por una consecuencia necesaria diria *¿qualquiera*, que ya no temia à la muerte, al Juicio, ni al Infierno. Si le preguntaban temeis, hermano mio, à los Demonios? „ Yo „ ya no temo mas à los Demonios, respondia, „ que à los insectos. *¿porqué?* „ porque tenia en un grado eminente la Caridad.

¿Pues que llevaria al Tribunal de la penitencia? El pecaba, pues ninguno es impecable en la tierra, y aun el Justo peca siete veces al dia. ¿Pues qual era el asunto de sus Confesiones? era de la misma naturaleza de los que se pueden revelar despues de muerto un Penitente, igualmente que sus virtudes para cubrir los peccadores, de una confusion saludable. Sin temor de romper el Sello del Sigilo, publicare sobre los techos lo que me ha dicho al oido. Todas sus faltas se reducian à excusarse de que no cumplia su Regla con todo el fervor que merece, y de que no se llegaba à los Sacramentos con todo el fervor, que debe un Christiano.

Veaie un Pecado publico con que creyó haber escandalizado à la Comunidad. Proclamaron à un Converso llamado como él Fray Moises. Vinole la curiosidad de conocerle, y se volvió para mirarle. Reconociendo poco despues su falta, concibió tanta pena, que acabado el Capitulo se fue al R. P. Abal, le rogó que lo escuchase de confesion, y le protestó que si le negaba esta gracia no se atrebit à Comulgar. Que delicadana de conciencia! Este Pecador que en otro tiempo se habia tragado sin escrupulo un Camello como un mosquito,

ahora dificulta en pasar un mosquito tanto como si fuese un Camello.

No puedo omitir otro pecado de curiosidad: Asi como todo es grande en la Iglesia à los ojos de un creyente, asi tambien no hay cosa pequeña en el estado Monastico à los de un verdadero penitente; por tanto no temo el referir un suceso que teniendo su verdadero mérito, tendrá tambien su premio en el Cielo, no menos que un vaso de agua fria.

Fabricaron su nido dos golondrinas en la Celda de Fray Moises, quien se acusó de haber tenido muchas veces la ocurrencia de mirarlas, pero sin rendirse jamás à esta tentacion. Fue à participarla con una simplicidad de niño al R. P. Abad, y al decirle exclamó: „¿ como es posible que unos animales inocentes quieran habitar con un hombre que ha perseguido todo el Mundo sin perdonar, nunca à la Viuda, ni al Huerfano? Esta tentacion era para el un enemigo domestico, que no podía evitar. Cada dia se le presentaba, y cada vez le ofrecia ocasion de mortificacion. Para vencerla, se decia à si mismo segun ha confesado à sus Prelados: „ Desdichado Pecador, despues del mal uso que hiciste tantas veces de tus ojos, „¿ setá razon ponerlos sobre unos pajaros, que jamás ofendieron al Criador, y que toda su vida lo bendicen à su modo? Vencida por estas reflexiones esta curiosidad dejó de crecer y marchar à toda la Nidada, sin mirarla una sola vez.

Ya conozeo que algunos Espiritus no acostumbrados al uso de la mortificacion, tratarán à esta penitencia de puerilidad. Acaso tendrian razon si Fray Moises no hubiese hecho mas; pero sin repetir lo que llevo dicho para prueba de lo contrario si reflexionan lo que es una Comunidad de

Re-

Religiosos observante de las cosas mas insignificantes, donde se expian las faltas mas ligeras por prostraciones, admirarán su atencion à los asuntos mas pequeños. Si saben que está prohibido el tener el mas minimo apego en sus Celdas, ni en otra parte, y que al verles siempre recogidos parecen à los idolos del Paganismo, que tienen ojos y no ven; admirarán à lo menos lo que no quieren imitar, y convendrán en que despues del Silencio perpetuo no hay cosa mas grande, ni mas util para la recoleccion interior que los ojos, que cautivan su curiosidad en las mas minimas cosas.

Tales eran los pecados de Fray Moises, de modo que el R. P. Abad y el Maestro de Novicios, sus Confesores, han asegurado que no le hallaban materia de absolucion. Sin embargo aseguran que ordinariamente derramaba muchas lagrimas en el Confesonario; y que era tan vivo su dolor que parecia que se pasmaba, perdiendo la palabra y la respiracion à que se seguian muchos sollozos. Se le escapaban lamentos tan amargos, que era preciso despacharle, porque no causase en la Iglesia alguna turbacion.

Si le preguntaban: „¿ habeis tenido algun juramento contrario à vuestros hermanos, ó à los Novicios con ocasion de alguna ligereza que se les haya escapado, respondia: „ De mis hermanos? „ si son unos Santos que me cubren con su proteccion, para apaciguar la ira de Dios, sin cuyo patrocinio me estrellaria su Justicia. „¿ Habeis tenido algun pensamiento de complacencia vana? „ Hay de mi! decia, de donde me podía nacer? sobre que recaeria? vanidad? Yo que soy el oprobrio y el reus de los hombres, que sólo merezco execracion. „ Sin duda habeis te-

Tem. III.

Ee

ni-

rido algunas distracciones en el Coro durante el oficio Divino? „ es verdad; pero pasaron como „ relampagos, que se encienden y se apagan ca- „ si en el mismo momento. El las apartaba como se ogean las moscas, quando se sientan sobre ciertas masas, de donde se arrojlan con un ligero movimiento de la mano. Os aplicais al canto con gusto? „ Experimento por la gracia de Dios „ tanta dulzura y gusto en el canto de los Sal- „ mos, y descubro en ellos tanta hermosura y „ maravillas, que me pena el ver que se acaba-
ban.

¿ Sentis movimientos de impaciencia, repugnancia, ó desagrado, quando os reprehenden vuestra pereza, y poca habilidad en las labores? „ Quando me tratasen como una bestia estúpida, ¿ que „ motivo de queja podia yo tener, pues no sa- „ bré hacer cosa buena, sino à fuerza de gal- „ pes?

Coméis con sensualidad? „ No lo reparo. En- „ tro en Refectorio con pena de verme en pru- „ vision de sustentar à un cuerpo hediondo. En efecto solo iba por necesidad. Algunas vezes le mandaron tomar algo mas sustento del que toma- ba; y para que comiese fruta fue preciso un mandato expreso, y aun elegia la mas pequeña, la mas gustada y la mas posada que servian.

Finalmente ¿ Os viene algun deseo del Mundo, de sus delicias ó de vuestra libertad? „ En nada „ de esto pienso, mas que un niño que acaba de „ nacer. No me cuida mas del Mundo y de sus „ Vanidades, que si no existiesen. Si alguno se encomendaba à sus oraciones respondia: „ A mis „ oraciones! Estoy aparejado para derramar mi san- „ gre por mis hermanos, y por todos los Chris- „ tianos; Pero que yo ora por ellos! Yo, h. Yol

y luego se retiraba todo confuso. Daba todas es- tas respuestas con tanta naturalidad, que no de- jaba duda en que hablaba del fondo de su Corazon.

Sin embargo de que tenia todas estas disposi- ciones en el Noviciado; como no siempre se juzga con certeza del fervor de los Novicios, cu- yo zelo, es muchas vezes equivoco, no se ha- cia por entonces mucho caso. Por el contrario quando profesó, que doblaba los pasos para ca- minar de virtud en virtud, cercioró indubitable- mente la sinceridad de su conversion, siendo en- tonces objeto de admiracion à todos. Por mas nu- merosa que sea la Comunidad de la Trapa, no hay Persona, que no hallase en este Monge algun rasgo que imitar. Uno de ellos decia transportado de su asombro antes y despues de muerto este vir- tuoso Solitario: Yo me tendria por dichoso, si despues de treinta años de penitencia, pudiese es- perar el grado de perfeccion à que llegó en tres años Fray Moises, pero estoy bien distante de esto. Aunque su humildad le hacia hablar de aquel modo, con todo es cierto que no es posible en un siglo el adquirir tantas virtudes con las gracias ordinarias. Asi le pluyó al Padre de Fa- milias, que Dueño de sus bienes dió à este ul- timo tanto como à los que han llevado el peso del dia y del calor.

Si Jesu-Christo en su Sacrificio era un Divino perfumè, que se exhalaba ante el Trono de Su Padre, se puede decir que el Penitente que lo imita en su padecer es el buen olor à los ojos de los hombres. Bien puede vivir en la obscuri- dad; que el esplendor de sus virtudes no dexa de resaltar al exterior. Bajo este concepto general pinte à Fray Moises. No era posible el dexar de

admirar à este hombre tan mortificado, que cantaba con un fervor singularísimo quando iba à la Sagrada Comunión, con un ayre Angelical. Desde el principio de la Misa en que habia de comulgar, estaba tan penetrado de la grandeza del Misterio, que temblaba; Mas con aquel respetuoso temor, que cabe en las potestades del Cielo. Ocupado enteramente de la Magestad de Jesu-Christo, no se podia emplear en otro, como si estubiese aniquilado, no le oian ya cantar. Al punto que entraba en el Santuario, este terror cedia su lugar al amor. Semejante à un Niño lleno de afecto que va à comer en la mesa de su Padre, sentia en su corazon unos impulsos de gozo y confianza, que no se puede expresar, recibiendo inefables consolaciones y delicias.

Estas disposiciones interiores formaban en su rostro cierto ayre de devocion, que penetraba à los Huespedes, quienes al verle desde la Tribuna querian luego conocerle, creciendo su asombro quando llegaban à saber su nombre: ¿Este decian, es aquel Alcalde mayor de tan depravadas costumbres? que golpe de misericordia! Esta mudanza solo puede venir de mano del Altísimo.

Una cosa semejante sucedió, al tiempo de hablarle el R. P. Abad en la Puerta de su Camara, donde habia un hombre de la primera distincion: Fray Moises que lo creia solo refirió sus miserias, y las misericordias que recibia del Señor. Sembraba su conversacion de tantos suspiros, solozos y lagrimas, que oidas por esta persona, exclamò quando se fue: Ve aquí un Monge abismado en la humildad: Y que abrasado está de amor! Este es un prodigio.

Sin duda serè creido, si añado à esto la su-

toridad de un Ilustre Prelado à cuya penetracion nada se pasaba por alto. Era este M. el Obispo de Seez que asistiendo un dia por acaso à la Conferencia de los Monges, habló de los varios modos que Dios tiene de manifestarse à los hombres, probando que en este Monasterio hacia la Bondad de Dios por compendio lo que en otro tiempo hizo por extenso en favor de los Judios y Christianos. Descendiendo despues à la aplicacion, pintò la fisonomia y fervor de Fray Moises, con estas expresiones figuradas: ¿Es posible añadió, que la misericordia del Señor haya escondido tanto fuego en una zarza tan herizada de espinas.

Este hermano era mas maravilloso en esto, pues estimado de todo el mundo, no advertia que lo fuese. Le admiran, le honran, y el se cree digno de ser pisado de todos: Lo consideran como un modelo de perfeccion, y el se reputa un Monstruo delante de los hombres, y un abismo de iniquidades y miserias à los ojos de Dios. Superior en esto à si mismo, siendo mas digno de admiracion por no conocer sus virtudes que por tenerlas.

Este penitente muerto al Mundo, y à si mismo, silencioso sobre todas las cosas, bastante fecundo sobre las materias de Salvacion, no sentia o os impulsos, ni tenia otras palabras, que para publicar las maravillas del Señor sobre su Persona; semejante al Profeta que decia: Venid, escuchad los que temeis à Dios, y os contarè, de quantas gracias me colmò, y aun buscaba ocasion para decirlas à Los Superiores. La vivacidad de su palabra, y sus retardados suspiros, manifestaban la magnitud de su agradecimiento, y descubrian un corazon inflamado de amor.

El ardor de este amor era tan grande que se difundia sobre su cuerpo y sobre sus hábitos. Creia tener un brasero en el pecho, que le causaba en esta parte un calor dulce y agradable, pero tan vivo al mismo tiempo, que producir en su exterior un sudor continuo, y le mojaba allí toda su Tunica. Cofino no tenia por natural este calor, se asustó un dia que no lo sintió, creyendo que Dios le habia abandonado por alguna falta que se habia pasado por alto á su memoria. Fue á consultar su pena con el R. P. Abad qual lo curó, y Dios volvió á encender este acostumbrado calor.

De aqui sin duda, procedian aquellas palabras admiradas, y aquellos suspiros entendidos que le eran tan ordinarios. De aqui aquellas conversaciones llenas de amor, que acaso podian dar materia á otras muchas sobre diferentes asuntos. De aqui aquella fecundidad de expresiones sobre los beneficios de Jesu Christo, y aquellas efusiones de Corazon acompañadas de sollozos quando le dirigia su palabra. No me puedo dispensar de disminuir aquí la materia de sus conversaciones, donde se descubriran los caracteres de su genio, y la bondad de su corazon, sin embargo de no haber hecho penitencia mas de tres años, y de que casi no tenia estudios.

„ Vos sois, mi amable Jesus, de quien
 „ recibí las gracias, que dignamente no se pueden admitir. Vos habeis hecho brillar vuestra misericordia en mi. Vos me habeis sacado del fondo del Infierno. Vuestra mano caritosa me arrancó, si arrancó, arrancó, de las garras, y garganta del Leon infernal, de aquel Leon, que me iba á devorar, y que ya me arrastraba con sigro á los abismos. ¿Que agradecimiento
 „ mien-

„ miento no os debo mi amable Redentor, por tan grande beneficio? Pero que os puedo dar, yo que no tengo otro mayorazgo que el pecado y la imperfeccion? Solo os puedo ofrecer vuestros propios favores, protestando que habeis manifestado con migo la extremada paciencia con que esperais á los Pecadores, para que estos transgresores de vuestros mandatos tiemblen como yo á la vista de vuestra justicia, y vuelvan como yo á los brazos de vuestra misericordia. Vos me habeis hecho, misericordia, pues quien no tendrá derecho de esperarla? Vos me la habeis concedido á quien la negateis? Vos me habeis buscado, aunque rebelde, ingrato, impio; Vos me habeis forzado á volver á Vos. Vos me habeis recibido con la misma ternura que á un Hijo sabio, bien nacido y benemérito de su Padre; Y yo fui siempre el mas desnaturalizado de todos los hombres con mis Padres, y el mas criminal de todos con vuestra divina Magestad.

Tales son los retazos de sus conversaciones, que procuré coser en un junto, para darles algun orden. Tales sus palabras formales, donde el entendimiento y voluntad hablan á un tiempo. Palabras vacias del ardor y zelo, que las exprimirian por su boca; palabras pronunciadas con un cierto gesto irregular y bruto que la naturaleza le habia enseñado, cuyas reglas ignora ó menosprecia el Arte. Pero que sin embargo no dejaba de hazer profundas impresiones, que penetraban hasta á los mismos Superiores los que se conversaban con el al mismo tiempo, que los buscaba para consolarse, admirando las maravillas de Dios en una Alma indigna en otro tiempo de sus beneficios. Aunque de un exterior desajustado, juicio, he-

diondo, hallaban complacencia en su Compania, y le escuchaban con respeto, porque estaba animado del Espíritu de Dios, y la fragancia de sus virtudes cubria el hedor de su Cuerpo y de sus habitos.

Despues de tantas culpas expiadas por una vida tan penitente, el Señor termino los dias de este Servidor fiel en medio de tantas virtudes adquiridas en tan poco tiempo. La primer cosa que se sintió en su pérdida, fue la edificacion que daba cumpliendo todas sus obligaciones. Una vida mas larga, habria dexado à la imitacion mas egemplós; pero la mano de Dios cogió esta fruta ya madura para la eternidad. Ocho dias antes de morir se fue al R. P. Abad con una salud robusta en la apariencia, porque no faltaba à ningun exercicio, y cantaba en el Coro con su acostumbrado zelo. Sin embargo, ya sea que notase alguna indisposicion, ya que Dios le hubiese dado alguna presigió de su muerte, le dijo:

„ Siento que Dios me llama, y que me resta „ muy poco tiempo de vida. Si Dios os llama, le respondió el R. P. Abad, esperadlo todo de su misericordia; mas no os lisongeis de ir al Cielo sin pasar por el Purgatorio, con una penitencia tan corta.

„ Ah? R. P. mio, replicó, como puede „ pretender un hombre como yo este postero favor? Seria injusticia, y Dios es Justo. Es indispensable que exercite su Justicia sobre mi: „ Que gracia? que fortuna? Si en vez de precipitarme à los Infiernos, como tantas veces lo „ tengo merecido, se contentase de enviarme al „ Purgatorio. Si Padre mio, en el Purgatorio hasta el dia del Juicio, y mas allá si puede ser. „ Yo me condenaría à mi mismo de buena gana:

„ Ten-

„ Tengo bien merecido el ir, y es preciso padecer, y satisfacer à la divina Justicia.

Quatro ò cinco dias despues comenzó su enfermedad por una indigestion acompañada de fiebre. Aunque su mal parecia ligero por entonces, le llevaron sin embargo à la Enfermeria, donde el R. P. Abad y los Superiores, le veian con frecuencia. Tres horas antes de expirar, le dijo el R. P. Abad, que su enfermedad le podia matar muy bien. „ Que dicha para mi! exclamó: „ Que favor! Estando cerca de el cierto Superior „ una hora despues, le dijo Fray Moises: „ Yo „ me voy Padre mio. Adonde vais? le preguntó el Superior. „ Me voy al Cielo. Cerca de media hora antes de morir lo entró à visitar el Maestro de Novicios, y como le hablase de la dicha de gozar de Dios, dijo el Enfermo: „ Ah! „ mi amable Jesus. Donde està el buen Jesus, le preguntó el Maestro? à que respondió Fr. Moises: „ „ En mi corazon por tiempo y eternidad. A las seis de la tarde lo dejó el Enfermero lleno de fuerza y de vigor, y sin ninguna apariencia de la que habia de suceder. Volviendo à darle un remedio pasado un quarto, lo halló sin movimiento y sin vida, con ojos y boca cerrada, como si alguno, despues de muerto, le hubiese administrado este postero officio de caridad.

Fue felicidad para este Ilustre Penitente el morir asi, pocos dias despues de haber recibido la Sagrada Comunión. El Señor que lo trató siempre con misericordia, lo mató con una especie de muerte repentina, mas que no se puede llamar improvisa despues de una penitencia tan austera. Parece que la divina sabiduria quiso en estos

Tom. III.

Ff

momen-

momentos mas terribles, quitarle la vista de sus culpas, los horrores de la muerte, el temor de los Juicios de Dios, y el terror de la Eternidad: Asi debemos presumir que los rigores de su penitencia hicieron à su muerte preciosissima à los ojos del Señor.

Ella hizo decir estas palabras à cierta Persona de gran virtud: Sin embargo del profundo respeto con que miro los Sacramentos de la Iglesia, si se dejase à mi eleccion, ò morir sin este socorro con las disposiciones de Fr. Moises, ò morir con las mias despues de haberlos recibido todos. Eligiria sin duda, una muerte semejante à la suya.

Dios mismo quiso dar testimonio de la misericordia con que lo habia juzgado, pues este hombre cuyo rostro nada tenia que no fuese desapacible, feo, y espantoso quedò despues de muerto con un semblante del todo diferente. Apareció en el una belleza, que à todos sorprendia, y quedò tan hermoso, que apareciendo un hombre dormido, mas que un muerto, no se cansaban de admirarlo los que le veian.

Tal fue la vida licenciata de Fray Moises. Alcalde Provincial de Turén: Tales fueron su vida penitente y su muerte en la Abadia de la Trapa. Escandaloso antes de su Conversion, habia sido el oprobio de su familia, y la verguenza de los Fieles: Penitente despues de su retiro, fue el honor de la Religion y de la gracia de Jesu Christo.

Almas justas, que perseverais en el bien, borrar ahora de vuestra memoria los pecados que Dios mismo olvidò? Pensad en condenar à este Pecedor à pesar de sus virtudes que os acabo de referir, y que el Señor sin duda remunerarà? Sabed

bed que Jesu Christo prefiere en este Mundo y en el otro los Pagadores convertidos, à los Justos, que perseverando en su gracia no le aman con tanto fervor como los verdaderos penitentes.

Y vosotros, Pecedores, si habeis leído la relacion de tantos crímenes expiados, avergonzaos ahora, de no reparar los vuestros. Si habeis admirado las maravillas de Dios en este Penitente, bebed su misericordia en esta misma Fuente: No se han secado todavia los Arroyos de su gracia. Sus aguas no se extinguirán jamás para vosotros; las Ollagas de Jesu Christo las tendreis siempre abiertas; os alargará sin cesar la mano para recibiros; con tal que sigais en vuestro retroceso à este gran Pecedor, que habeis imitado en sus desbarros.

Soberano Pastor de nuestras Almas fenezco esta historia declarando que mis trabajos y vigiliass quedarán recompensadas sobre todo lo que puedo desear, si contribuyen para volver à vuestra manada una ò dos Ovejas perdidas.

*RELACION DE LA VIDA Y
Muerte de Fray Arsenio de Jan-
son Monge de la Trapa llamado
en el Mundo el Conde de Rosem-
berg. Escrita en Italiano por Don
Alexos Dayia Monge de Boun-So-
liazo de la Reforma de la Trapa
en Italia.*

NOTA DEL TRADUCTOR.

Omitimos la traduccion del Prologo Francés, porque no contiene cosa especial; y tambien la Dedicatoria à su Tio el Cardenal de Janson porque no interesa mucho à la Historia, y nos parece difusa para un escrito tan breve.

La experiencia nos enseña que las palabras tienen mucho menos fuerza que las obras para persuadir à los hombres el exercicio de las virtudes, y que el exemplo hace mucha mayor impresion en sus corazones, que la eloquencia mas pomposa. Por esta razon proponemos aqui el de una perfecta conversion en la Persona de Fray Arsenio de Janson Monge de la Trapa, no solamente à los Justos, si no tambien para los que despues de haber renunciado al pecado, se descar-

rea-

rearon desgraciadamente del camino de la salvacion.

Los que lean esta relacion con simplicidad y con la mira de mejorar por ella su conducta, con mas facilidad podran sacar motivos para animarse à la humildad, à la penitencia, à la mortificacion, al desprehendimiento del Mundo, à la Oracion, y union con Dios. Favorecido tambien de la divina gracia podran juntar à esta letura, y à la admiracion que les produzca, el desseo de imitar las acciones de un hombre menos considerable por su alto nacimiento, que por las brillantes virtudes que recibió de Dios en el instante de su Conversion.

Nació Fray Arsenio en París à 12 de Febrero de 1655 hijo de Lorenzo de Fourbin, Marques de Janson, y de Genebefa de Brianson de la Saludia, ambos oriundos de Casas ilustres, y muy distinguidas en Provenza.

El Joven Francisco Todos-santos, este nombre recibió en el Bautismo, fue criado por sus Padres como verdadero Christiano, en el exercicio de las virtudes correspondientes à un Caballero mozo. Desde sus primeros años se advirtió, que Dios se complacía en colmarle de sus gracias, y en dárle sobre él con abundancia sus bendiciones. En esta tierna edad tenia ya un gusto singular en leer la Sagrada Escritura y los demás libros de devocion, que ponian en sus manos. El fruto que sacó fue imprimir en su corazon un perfecto conocimiento de las maximas del Evangelio, y un amor à ellas que conservó toda su vida, aún quando se vió precisado con el tiempo à vivir con mozos de su edad y distincion que eran muy desordenados.

El cruel y vigilante enemigo de nuestras al-

mas

mas procurò extinguir en el esta preciosa semilla de la gracia , para retardar ó impedir sus frutos; y esta fatal tentatiba le salió muy bien al menos por un espácio considerable de tiempo.

Arribaado Francisco al uso de razon, y puesto entre dos caminos que guiaban el uno á la Celestial Jerusalem , y el otro á los Abismos de la Babilonia infernal , tomò á pesar de los Consejos de sus Padres , siempre vigilantes sobre el, la sonda de perdicion , y menospreciò la de la perfeccion Christiana para abandonarse enteramente al Mundo.

Apenas tenia veinte años , quando no se por- que punto de falso pundonor menospreciando las leyes humanas y divinas , las censuras eclesiasticas, y aun las penas severas con que castiga el Rey los desafios , convatiò con otros Caballeros , y matò á uno de sus enemigos. Precisado á buscar en los Países estrangeros un asilo que no podía hallar en el Reyno , pasó á la Alemania. Se grangeó en poco tiempo la amistad de muchos soberanos , atraidos de su dulzura natural , de sus obligantes modales , y de todos los gratos alientes de su conversacion.

Manifestada luego su inclinacion á la Guerra, obtubo un empleo considerable en el exercito del Emperador , ocupado entonces en oponerse á las conquistas de los Turcos en Ungría. Dió pruebas en muchas ocasiones de extraordinario valor è intrepidez , y se distinguiò con mucho esplendor en el levantamiento del Sitio de Viena , en la toma de Buda , y en la derrota del Exercito Otomano.

Con el partido de las armas , tomò nuestro mozo guerrero el abandono á todos los vicios usados

dos comúnmente en una profesion tan peligrosa para la salvación. Vease lo que el mismo decía en algunos escritos que se hallaron firmados de su mano , de los que se ha tomado parte de lo que compone este Compendio de su Vida. Los escribió dos años antes de morir para sacar motivos continuos de confusibn , y hazerse una especie de broquel contra el amor propio y vanidad , sin embargo de estar ya muy abanzado en el camino de la perfeccion. „ La ambicion , dice , la vanidad y la soberbia eran el primer movil de „ todas mis acciones. Mi afan por los de cytes, „ mi capricho por una estimacion que no habia „ merecido , mi ingratitud con Dios , y la profanacion que hazia de sus Iglesias , me hazian „ un objeto horroroso á los ojos del Criador, „ mientras tanto que me grangeaban los elogios y „ aplausos de los hombres.

Sin embargo de estar todo abandonado á estos desardenes bastante comunes en un Caballero mozo empeñado en la profesion de las armas, no le dejaba Dios de hablar de tanto en tanto, muchas vezes al Corazon por los avisos de un buen Padre , y alguna vez por enfermedades de bastante consideracion. Esto le hizo tomar repetidas vezes la resolucioa de mudar de vida , pero apenas se presentaban las ocasiones no tenia fuerza para resistirlas. Bien hizo un nuevo esfuerzo para retirarse de esta recaida ; mas en vano , y desde este tiempo ya no pensò mas en levantarse.

Habiendose declarado la Guerra entre la Francia y el Imperio , renunciò la Plaza que tenia en el Exercito Imperial , dejó la Alemania , y procurò volver á Francia con el nombre supuesto de Rosemberg. Una fidelidad tan rara cerrò los ojos

al Rey, y aunque no le permitió parecer en su presencia, le dió una Mayoria de un Regimiento Aleman.

En la primer Campaña que hizo en esta qualidad, vió matar à su lado al Coronel de su Regimiento, y el mismo corrió gran riesgo de perder su vida. La Divina Providencia lo disponia así para dar un nuevo ataque à su corazon, como el mismo lo dice en el escrito ya citado, añadiendo que si queria asegurar su salvacion, como unico negocio de importancia que tenia, era preciso dexar el Mundo, y retirarse à la Trapp para hacer penitencia. Mas Rosemberg acostumbra- do ya amenospreciar los impulsos de la gracia, olvidò bien pronto esta inspiracion Divina. Dios este tierno Padre no le abandonò por eso, corriendò tras de este hijo fugitivo porque le amaba [*] y como lo queria traher à asi à qualquier precio que fuera, determinò usar algun castigo riguroso.

Recibió el Conde en la Marsella muchas heridas mortales, y estuvo mucho tiempo entre los muertos sin conocimiento alguno: Volvió despues en si, pero hallandose baldado, y no viendo modo de escapar, esperaba la muerte por momentos. Llegados à él algunos Soldados del exercito enemigo, que habia sido derrotado, le despojaron, y despues de haberle amenazado muchas vezes que le quitarian la vida, le dejaron por una disposicion especialissima la poca que le quedaba. Ningun recurso hizo nuestro guertero al Criador en un estado tan fatal. Ni pensó en pedirle perdon, ni en implorar su asistencia, dejandole envuelto la Providencia en tan densas tinieblas, y permitiendole que

[*] Hebr. 12. 6.

que sta ceguedad de los ojos del alma le hicie se perder de vista el camino del verdadero bien, para que sola la mano de Dios tubiese la gloria de restituírle la luz.

Poco tiempo despues algunos Soldados de su Regimiento oyeron la voz agonizante de su Mayor, que les pedia socorro en Aleman. Ellos le llevaron al campo, y hallando los cirujanos à dos de sus heridas mortales, desesperaron de su vida, y no se atrebieron à curarle por no adelantarle la muerte. Le transfirieron sin embargo con los demás heridos à Pignerol, y le cupò por alojamiento el Colegio de los Jesuitas.

Consultaron entonces de nuevo, y resolvieron que para curarle era preciso cortarle una pierna quebrada por un Cañonazo; pero que no se podian arriesgar à esta operacion à causa de una herida mortal que tenia en la Cabeza. Para curar esta era preciso trepanarle; pero su pierna no lo permitia. Así vinieron à convenir en que el Conde no podia escapar.

Mas el Medico todo Poderoso à quien ninguna enfermedad es incurable se reservaba la curacion de este cuerpo abandonado de los hombres, para emprender seguidamente la de una alma que le era tan amable. Un Religioso de la Casa de su alojamiento, le comenzò à hablar de la Eternidad, y de los juicios de Dios, exortandole à reconciliarse con el por medio del Sacramento de la penitencia; Pero su corazon (el mismo lo dice) conservaba siempre su primera dureza. En este estado sin embargo el Padre de misericordia se dignò de arrojar sobre él aquella preciosa semilla, que algun dia habia de producir su conversion. Apremiado del Espiritu de Dios, y aprovechando un pequeño intervalo de conocimiento que tubo

después de muchos desmayos, profirió mas de corazón que de boca estas palabras: „ Mi Dios y „ mi Señor, si me haceis la gracia de conservar-me la vida os prometo hacerme Religioso de „ la Trapa. Reiteró poco después su promesa, y fue oído. Quando llegaron los otros heridos à Francia, se halló por gracia del Soberano Medico en estado de que lo llevasen tambien à Leon donde cobró una perfecta salud.

Colmado el Conde de tantos beneficios de la Divina Clemencia, curado por un milagro patente, ya no se acordó (quien lo creyera) de las mercedes que habia recibido, y olvidando la promesa que habia hecho, se abandonó de nuevo al amor desordenado de los deleites del Mundo.

Hecha la paz, dejó su empleo, y se volvió à Paris, para no pensar sino en descansar de las fatigas de la guerra, y gozar las comodidades y ventajas que le ofrecia abundantemente la Casa del Marques de Janson su hermano. Su vida en tres años que pasó en Paris, solo fue un olvido continuo de su Dios, y sin embargo de esta ingrátitud aquel Padre siempre lleno de amor se acordó eficazmente de él queriéndole poner dentro del Arca para preservarle de un funesto naufragio, y sacarle de aquel Diluvio universal en que perecen tantas criaturas que se pierden en la vida licenciosa del Siglo.

Llegó el momento que los Decretos eternos habian determinado, momento en que la misericordia Divina habia de triunfar del obstinado Corazon del Conde, momento en que habia de consagrarse sobre el una Victoria tan ruidosa; fue insultado de un dolor de entrañas muy vivo, y muy agudo, y quando solo pensaba en procurar

al-

algún remedio, Dios le tocó al corazón. Este corazón obstinado y tantas veces rebelde, se halló en un instante tierno, humillado y constricto. Después de haber reflexionado sobre la enormidad de sus culpas; y la inmensidad de las misericordias de Jesu-Christo, exclamó: ¿ Quien soy yo Señor? Si escuchais vuestra Justicia, no hay en „ mi vida un instante, que no merezca un infierno especial; pero ya que vos me podeis hacer misericordia, tenedla de mi. “ Desde este instante ya no fue el mismo, y solo pensó en aprovechar la extremada Clemencia de su Redentor. Envió à buscar sobre la marcha al R. P. Masillon del Oratorio (*) cuya conducta en la direccion de las Almas es tan conocida, y que uniendo la predicacion del Evangelio con una vida muy egemplar, exorta no meros con su exemplo que con sus palabras los Pecadores à la penitencia. Postróse à sus pies, se descargó el pesado fardo de sus culpas por una confesion humilde y sincera, reconociendo su magnitud y enormidad, y destetandola de todo corazón. Descubrió entonces à este Padre la promesa que habia hecho de retirarse à la Trapa, quando le pusieron en gran peligro de muerte las heridas que habia recibido en la Marsella. El Sabio Director quiso saber por menudo todas las circunstancias; y después de haber hecho una madura reflexion, le di-

NOTA DEL TRADUCTOR.

(*) Este es el celebre Juan Bautista Masillon Obispo de Clermont tan conocido en el Mundo por su rara elocuencia y gracia en el Sagrado Ministerio de la Predicacion.

dijo que una promesa de esta especie era un verdadero empeño con Dios, que le obligaba no à ser Religioso, por pedir este paso una vocacion particular; pero que exigia al menos que fuese à la Trapa, à fin de implorar del Cielo las luces necesarias para conocer la voluntad de Dios. El Conde se alarmò un poco de la obligacion que le imponia, y à impulsos del Demonio y amor proprio, que no estaba enteramente destruido en él, opuso algunas dificultades al aviso de su Director. Este lo confirmó con discursos llenos de caridad, y le dió reglas para conducirse, tomándose algun tiempo para examinar de nuevo la promesa que habia hecho.

Sin embargo Dios, aquel Padre lleno de amor al hijo Prodigio, que volvia à él, à quien habia preparado mucho antes la estola blanca el banquete y el festin, le recibió con mucha ternura en sus brazos, y dió la ultima mano à su Conversion. Entonces conoció el Conde, que à sus extremados males no se podian aplicar sino extremados remedios. Vió quanto debia temer la recaída en su primer estado. Conoció por su propia fragilidad, experimentada tantas veces, que le era preciso huir las ocasiones del Siglo, y no buscar otro asilo que el desierto. La idea de la Trapa no le inquietò mas, al contrario le agradò. Despues de solidas reflexiones sobre la vanidad del Mundo y bienes terrenos, resolvió volverle la espalda para siempre, para caminar con mas presteza en la senda de la Salvacion, y por fin se determinò à militar hasta la muerte bajo el sagrado y glorioso estandarte de la Cruz.

Apenas arribò esta prodigiosa mutacion, no pensò nuestro nuevo Soldado de Christo sino en prepararse las armas para la milicia que queria abrazar.

zar. Con esta mira, procurò desde luego leer las Obras del Abad de Rancè, Reformador de la Trapa, y sacar de su Tratado de *los deberes de la Vida Monastica*, los avisos saludables, y todas las Reglas necesarias para el designio que meditaba. Designio mucho mas importante, y de execucion mas dificil, que todos los grandes proyectos de su vida pasada. En fin volvió contra si mismo estas nuevas armas, y ya no pensò en combatir los enemigos de fuera, sino preservarse de los de adentro con quienes tanto tiempo se habia familiarizado. Se dispuso pues para partir à la Trapa, mas no teniendo ya voluntad, y no obrando sino en busca de la de Dios, y con el consejo del Padre Masillon, à quien participò la victoria, que habia conseguido de si mismo, difirió su partida hasta la buelta de su hermano el Marques de Janson, que comandaba entonces los Mosqueteros en Flandes. Apenas llegó à París, lo llevó à este Padre suplicando que le comunicase su postrera resolucion. Quedò sorprendido el Marques al oír esta novedad, y sin embargo no le pudo negar el consentimiento que pedia, por temor de contradecir à la voluntad de Dios.

Desprehendido Rosemberg de todos los lazos que lo podian detener, abandonando sus Amigos, sus Parientes, el Mundo y con el todas las apariencias engañosas, que podia esperar, corrió à entregarse à todo lo mas duro que tiene la penitencia. Como el Ciervo sediento suspira por las Fuentes, así el Conde suspiraba por la Soledad para seguir, armado de sola la Cruz, las pisadas del Salvador, y no pensar sino en su propia mortificacion.

Postrado à los pies del Abad de la Trapa, le

le declaró el motivo de su viage, y como la gracia del Espíritu Santo (*) no sabe de pausas ni de dilaciones, pidió con instancia que sobre la marcha lo admitiese al Noviciado. El sabio Abad acostumbrado à discernir de donde suelen proceder los impulsos del corazon, reconoció con facilidad, que este penitente era la oveja perdida, que el buen Pastor llevaba triunfante sobre sus hombros à la Cabaña. Se concedió con gusto la supplica, y derogando en este caso extraordinario la costumbre de probar los Postulantes por algun tiempo, le dió el Santo habito el 7 de Diciembre de 1702, baxo la proteccion de la Santa Virgen, à quien el Conde habia tenido siempre mucha devocion. En vez del nombre supuesto, que habia usado en el Mundo, le impusieron el de Arsenio, y parece que le comunicó al mismo tiempo las mas eminentes virtudes del Santo Anacoreta que lo usó.

Cubierto Arsenio del habito ordinario de los Novicios, como de una especie de armas hechas à toda prueba, consiguió en el mismo instante la victoria mas completa que se podía esperar, triunfando absolutamente de si mismo. Por este afortunado principio dió una idea tan grande de los progresos que habia de hazer en la practica de todas las virtudes, que ninguno de sus hermanos incluidos los Monges mas perfectos, dejó de quedar sorprendido. Queriendo probarle muchas vezes el Maestro de Novicios como el oro, y hazerle pasar por el horno de la humillacion, lo halló muy puro y acrisolado. Siempre ansioso de penitencias y mortificaciones, no solo las abraza-

[*] Ambr. in Luc. li. 2.

ba con delicia, sino que tambien buscaba todo lo que parece repugnante à la naturaleza. Caminaba siempre en la presencia de Dios, gustando la plenitud de los consuelos celestiales en un genero de vida llena de fatigas y penas. Lo que no se debe admirar, pues es imposible, que en un corazon donde solo reyna Dios, no se encuentre con el toda la satisfaccion de una verdadera Bienaventuranza.

Pasadas las pruebas del Noviciado se vió con asombro general, que à mas de la mudanza acaecida en el Espíritu de Arsenio, su Cuerpo se habia fortificado, y hecho mas robusto. En medio de las abstinencias mas severas, vigiliass, ayunos, labor, y continua mortificacion de Alma, y Cuerpo, se habia como remozado. Profesó la vispera de la Concepcion de la Santa Virgen, (*) con muy grande consuelo de su parte, y con igual satisfaccion de todos los otros Monges, que estaban gozosisimos de la adquisicion que hacian este dia de un sugeto tan digno y tan virtuoso. Arsenio hizo tan asombrosos progresos, que podemos decir que caminó à paso de Gigante en la senda de la perfeccion. Bien lo dió à conocer en el viage que hubo de hazer el año siguiente de Francia à Toscana, para pasar del Monasterio de la Trapa al de Buon Sollazzo.

esto

NOTA DEL TRADUCTOR.

(*) Vistió el habito el mismo dia del año antecedente, y así solo pudo ser Novicio un año, y algunas horas. Vease la Vida de Fray Francisco, quien profesó tambien el mismo dia del año siguiente al que tomó el habito.

Esto sucedió à fines de 1704 en que su Alteza Real el gran Duque impelido de aquel zelo que continuamente le inspira los medios de contribuir à la gloria de Dios , y de procurar ventajas espirituales à sus Subditos , pidió al Abad de la Trapa un competente numero de Monges para restablecer en sus estados la antigua observancia del Cister , en una Abadia de la misma Orden situada al pie de Mont-Senario.

Queriendo el Abad cumplir las Santas intenciones de un Principe tan pio , eligió los sugetos que le parecieron mas proporcionados para este designio ; y hechando los ojos sobre nuestro Arsenio , quiso descubrir su animo antes de determinarse. Lo halló sin voluntad , muerto enteramente à si mismo , y hecho una cera blanda capaz de recibir qualquiera impresion de mano de su Superior.

Salieron de la Trapa , como un Enjambre de Abejas jobenes nueve Religiosos de Coro , quatro Novicios , quatro Conversos , y un oblato bajo la conducta de su Abad Don Malaquias , hombre de un merito extraordinario , y muy habil en la direccion de las Almas. Partió Arsenio con sus hermanos para Italia , en mitad del Invierno , vestido de pobres habitos , y sin mas que un Breviario debajo del brazo , pero tan tranquilo , como si hubiese pasado de su Celda al Coro.

En la mansión que hubieron de hazer estos Solitarios en cierta casa que les había preparado cerca de Paris el Señor Cardenal de Noallas , libre del bullicio de esta gran Ciudad concurren à tener el consuelo de verle y edificarse sus Parientes , Amigos , y aun algunos criados de Arsenio. Mas apenas los vió , se postró en tierra,

y

y no se levantó hasta despues de mandarselo su Superior.

En estas y algunas otras ocasiones semejantes, estaba su Alma tan absorta en Dios , que como otro San Bernardo , viendo no veía , y oyendo no oía. Asi parecia insensible à las muestras de afecto , y estima que le daban sus Amigos y Parientes , y jamás les hablaba sin que su Abad se lo mandase.

Entre otros criados había un Turco à quien había aprisionado en el Sitio de Buda , y puesto despues en libertad habiendole persuadido el que abjurase los errores del Mahometismo , y abrazase la verdadera Religion. Este hombre se arrojó à los pies de Arsenio , que había sido su duplicado libertador , y se los hubiera besado , à no prevenirle la accion nuestro Solitario arrodillandose à los Suyos , abrazandole y diciendo que ya no le debía considerar como à su Señor , si solo como à su hermano y aun como à su Esclavo. Suspendió à todo el concurso este suceso principalmente al difunto Marques Averardo Salviati , embajador entonces de su Alteza Real el gran Duque en París. Este Ministro concurría con mas frecuencia que nadie à Casa de sus Padres no tanto por cumplir los ordenes que le había dado el Principe su Amo para facilitarles por todos los medios posibles la continuacion de su viaje , quanto por satisfacer la inclinacion que había mostrado siempre à estos Monges , la que le había precisado à ir muchas vezes à su sólidad , y à contribuir al designio de hazer pasar un cierto numero de ellos à Toscana. Quedó tan edificado del raro exemplo de Fray Arsenio , y de las virtudes que brillaban en el , que se le oyó decir muchas vezes , que envidiaba su suerte , y que

Tem. III.

Hh

de-

deseaba à qualquier precio que fuera obtener de Dios la gracia de imitarle en una resolucion tan Santa. Pero temiendo (decia) que sus pecados se lo impidieren , habia resuelto el buscar , despues que su Principe lo retirase de la Embajada , un retiro cerca de Brion-Sollazzo , para entregarse unicamente al unico negocio importante de su salvacion. Habria executado sin duda este designio si una muerte prematura , pero edificante por otra parte y de un verdadero predestinado , no se lo hubiese impedido.

La modestia y recogimiento interior de Fray Arsenio fueron tan grandes en todo el viage, que jamás se le viò alzar los ojos. Pasando por el Delfinado , y por Provenza , le visitaron muchas vezes los Magistrados de las Ciudades y muchas Personas distinguidas , entre otras su Sobrino el Obispo de Marsella. Mas no por eso perdió su recogimiento , ni se le viò alzar los ojos para mirarlos , ù abrir la boca para dar alguna muestra sensible à sus afectuosas expresiones. Quando le preguntaban despues porque no habia hablado à M. el Obispo de Marsella , que de proposito habia ido por verlo , respondió con mucha simplicidad , que por no habérselo mandado su Superior.

Nuestros piadosos Viageros se vieron precisados à pausar en Marsella esperando la Galera que el gran Duque les enviaba para conducirlos à Lióna. Entretanto , Fray Arsenio recibió una Carta de su Madre la Marquesa de Janson , retirada à la sazón en un Convento poco distante de la Ciudad , donde solo se ocupaba en obras de piedad. Mostrabale en ella el extremado deseo que tenia de verle , y le pedia permiso para ir à Marsella à decirle el último *adios* , no esperando verle

le ya en el Mundo. Para mostrar Arsenio , que quando se trata de servir à Dios se deben evitar todas las ocasiones que nos pueden entibiar ó desviar , reusò constantemente esta postrera muestra de la ternura maternal , aprovechando esta bella ocasion que se le presentaba de mortificarse por amor de Jesu Christo sacrificandole el que profesaba à su Madre. No se puede expresar bien quan edificante pareció à los ojos de los que saben juzgar santamente de las cosas.

Guardò silencio en todo el viage del mismo modo , que si estubiese en el Monasterio , ocupandose continuamente en Oracion , ò leccion de algunos libros espirituales , sin perder ni un solo instante del tiempo que durò el viage. En el discurso de una larga y peligrosa Navegacion , jamás se le viò inquietar , ni salir una vez de la Camara de Poppa de la Galera , para tomar el ayre , ni dar ninguna tregua à sus serias ocupaciones. No advirtió à su Abad , que su hermano el Marques de Janson era Governador de la Ciudad y Ciudadela de Antibes ; así se sorprendieron de ver el extraordinario recibimiento que hizo el Comandante al arribo de la Galera en este Puerto , quien despues de haber buscado y reconocido entre los demás Monges à Fray Arsenio , le obsequió y diò todas las muestras imaginables de estima y de respeto ofreciendo todo quanto estubiese à su arbitrio. Arsenio sordo à sus obsequios tenia siempre los ojos en tierra , callando , guardando su recogimiento , y conservando una compostura exterior , que mostraba bastante , que el interior estaba en la misma situacion. Mas edificò à los Circunstantes esto , y les excitò mas afectos de compuncion , que si hubiese correspondido à estos cumplimientos.

Llegaron finalmente á Toscana nuestros Monjes , y fueron recibidos en Pissa por el gran Duque con muchas muestras de bondad. Este Principe sabio è ilustrado supo distinguir bien entre los otros el merito y virtud de Arsenio. Despues de haberle mirado con atencion , y vistole tan compungido y recogido , conociò claramente por estas muestras evidentes , que interiormente se ocupaba en las mas grandes verdades. Dejóles partir su Alteza Real á su Soledad tan deseada de Buon-Sollazzo , y deseoso de ver multiplicadas estas nuevas plantas en sus estados , les colmò de gracias y bñeficios. Llegado Arsenio á este lugar con sus hermanos renovò su fervor. Mas inflamado que nunca en el deseo de olvidar todo lo que no era Dios , estubo con solo su Cuerpo en tierra y en el Cielo con su alma.

Sin embargo de ser tan humilde en su exterior , que solo respiraba mortificacion y penitencia para afligir aquella carne á quien habia lisongeado en otro tiempo con todas las delicias del Mundo , su alma estaba llena de satisfaccion y gozo. ; de modo que esta tierra , esta nueva soledad por quien tanto habia suspirado con la confianza de que le administraria nuevos medios para padecer , fue para el un tesoro de consolaciones. Esta era la causa de aparecer en todo tiempo con un rostro tan alegre y risueño , que solo su vista consolaba á sus hermanos. Pocos meses antes de su muerte apremiado vivamente de una grande tentacion uno de los Monges , quedò enteramente libre estando cerca de el , y mirando el gozo santo , que manifestaba su rostro.

Habiendo advertido los Arquitectos que amenazaban ruina los cimientos de la Iglesia antigua de Buon-

Buon-Sollazzo , creyeron ser preciso edificar otra de nuevo en un lugar mas solido y mas acomodado. Al punto mandò la exeucion su Alteza Real, no sabiendo jamás este Principe dejár imperfecta obra ninguna en que interesá la gloria de Dios, que es el unico fin de todas sus acciones. Diò entretanto para refugiarse á los Monges la Abadia de San Sabino cerca de Pisa.

Su Eminencia el Señor Cardenal de Janson, Tio de nuestro Fray Arsenio , quedò asombrado al pasar por esta Abadia de ver la mudanza extraordinaria que habia en el , asi en el alma toda purificada , y que no respiraba sino Santidad , como en el cuerpo , que se habia hecho mas vigoroso. Conservò á solas con el cerca de dos horas , y quedò tan movido de las palabras inflamadas del fuego Divino que salia por la boca de nuestro Solitario , que no pudo contener sus lagrimas. No cesaba de admirar la fuerza de la mano de Dios , que puede producir en un instante tan grandes resoluciones , y maravillas tan ruidosas en un Alma.

En efecto es una de ellas el que un hombre de distincion acostumbrado á darse todas las comodidades imaginables en vestidos , en Palacios, y en regalos , amado y estimado de todo el Mundo , en una edad ya abanzada , deje todas estas conveniencias solo por amor de Jesu-Christo, se obligue con voto solemne á una perfecta pobreza , quiera vestirse de un hábito grosero , sustentarse de un poco de legumbres mal condimentadas , y contentarse finalmente con una celda muy estrecha. Otra es que un Soldado acostumbrado á comandar y teñir sus manos en la Sangre de los enemigos , mate á su propia voluntad , se sugete sin reserva á la direccion de un Superior , y expon-

ponga de buena gana su vida al martirio de la penitencia; martirio, que en sentir de N. P. S. Bernardo (*) es à la verdad mas suave que el que exercen los verdugos con furor y yerro sobre los cuerpos, pero por otra parte mas incomodo, y mas dificil de soportar por su larga duracion.

Las maravillas, que nos restan por admirar en Fray Arsenio son todavia mas grandes, si damos no mas de una ojeada sobre las singulares virtudes con que el Señor quiso en riquecer esta alma, à fin de prepararse, por decirlo asi en ella una mansion comoda.

Aunque Arsenio las poseia todas con eminen-
cia, se procuraba no obstante distinguir en la humildad, que se puede considerar como basa y fundamento de todo el edificio espiritual, sin menospreciar nada que creyera capaz de contribuir à su aumento en él. Buscaba los oficios mas viles de la Casa, creyendose incapáz de ningun otro empleo, y hacia de manera por sus reiteradas instancias, que el Padre Abad se los destinaba siempre. Era para el una mortificacion muy grande el que sus indisposiciones obligasen los Superiores à buscar algun otro que los exercitase. No respiraba sino à moral menosprecio; y huyendo los hombres y los aplausos se consideraba como la criatura mas abatida, y el mayor Pecador del Mundo. Se creia digno de todos los oprobrios imaginables, y de los castigos mas severos. Durante la mansion que hizo en Marsella, se puso de Rodillas à dos condenados à Galeras, que habian servido en su Regimiento, asegurando, que ha-
bia

(*) Ber. Ser. 30. super Cant.

bia merecido mejor que ellos la pena que padecian, y que se ofrecia de buena gana à procurar que los libertaran; y sin embargo de estar bien ageno de mezclarse en los negocios del Siglo siguiendo el aviso del Apostol, su buen corazon no le permitio dejar à estos pobres miserables sin consuelo. Empeñose por ellos, y les alcanzó su libertad.

Lo que principalmente producía en él estos afectos de humildad, era el cuidado que ponía en meditar siempre sus culpas, y representarse toda su enormidad. Penetrado de un arrepentimiento infinito de haber ofendido à la Magestad Divina, que tantas muestras de amor le habia dado vivía persuadido de que no habia en el Mundo mayor pecador que él. De aqui vino el condenar con mucho rigor sus mas pequeños defectos, y escusar siempre los de los otros. Solo advertia lo que habia laudable en sus hermanos. No habia para él gozo mayor, que quando los Superiores à rentos unicamente à favorecer sus deseos, le procuraban ocasiones de merecer mas, le reprehendian con alguna severidad en el Capitulo, al tiempo de proclamarle por alguna falta involuntaria sus hermanos, ò finalmente quando le imponian alguna de las penitencias extraordinarias que se usan entre nosotros.

De esta humildad, como de un manancial purisimo, nacia el aprecio que hacia de la obediencia, era muy exacto en la observancia de la Regla, y jamás tubo otra voluntad que la del Superior, llamaba à nuestros Reglamentos, que disponen hasta las mas minimas de nuestras acciones, nuestras armas, nuestra fuerza, y nuestra defensa. „ Me „ parece “ dice en un escrito posterior al que hemos indicado; „ que en nuestras constituciones es donde „ Dios

„ Dios particularmente mostrò la preferencia con
 „ que nos ha tratado ; pues nadie duda que la
 „ perfeccion consiste en conocer y hacer la vo-
 „ luntad de Dios en todo tiempo y en todas las
 „ cosas : No obstante como en las mismas obser-
 „ vancias mas bien arregladas , hay una multitud
 „ de acciones menudas que no están del todo de-
 „ terminadas , al menos en el modo de hacerlas,
 „ siempre es de temer , que se mezcle la pro-
 „ pia voluntad aun sin advertir. Mas aqui todo es-
 „ tá determinado , todo está mandado ; y si yo
 „ soy fiel , no hay un solo momento en que no
 „ pueda hacer à Jesu-Christo un sacrificio de mi
 „ propia volutad. Que gracia ! que fortuna !

No consideraba las Ordenes de sus Superiores como venidas de la boca de un hombre , sino como que saliesen de la de Jesu-Christo , y no sabia diferir ni por un instante su egecucion. En esto solo egercitaba las virtudes Theologales. La fe reconociendo la voluntad de Dios y la verdad de sus Divinas palabras , con las que declara Jesu-Christo que publicará sus oraculos por boca de sus Ministros : El que os escucha , à mi me escucha (*) La esperanza , persuadido de que por este medio seria siempre conducido por una Providencia particular , y finalmente la Caridad en preferir la voluntad de Dios à su propia inclinacion.

El queria que las mas menudas , y las mas indiferentes acciones fuesen todas ordenadas y prescritas por la Obediencia. El tiempo que gastaba en la oracion , sus lecturas espirituales , la especie de libros , la hora de usarlos , la libertad de pasar del

(*) Luc. 20.

del uno al otro , el numero de vasos que habia de beber à la comida , la cantidad de fruta que debia tomar en cada tiempo , la accion mas menuda , y el movimiento mas minimo , todo debia ser determinado por su Prelado ; y como para darle gusto le habian arreglado todo esto que descaba , se hizo una pequeña memoria , que de tanto en tanto leia , para tener el consuelo de vivir asegurado de que hacia la voluntad de Dios en cada instante del dia , que tan convencido estaba , de que no hay accion tan indiferente , ó tan pequeña , que por virtud de la obediencia no pueda llegar à ser muy meritoria en la acceptacion Divina.

Una obediencia tan perfecta no podia subsistir , sin una verdadera pobreza , de corazon , y de efecto , „ ; Que puedo yo tener en el Cielo , y que puedo esperar sobre la tierra , sino à Vos , „ O Dios mio “ Decia el Real Profeta , y con el nuestro Solitario privado de toda especie de bienes , y despojado de las cosas que podian parecer necesarias à un Religioso menos mortificado , y menos codicioso de la pobreza que el , asegura no obstante que gozaba en este mundo el ciento por uno prometido à los pobres de afecto en el Evangelio. „ Yo experimentè (dice en el escrito mencionado) y probè à la letra esta promesa del ciento por uno , que hace Jesu-Christo en el Evangelio ; pues por lo que degè en el mundo , hallè en mis Superiores unos Padres de infinita caridad ; ; y quantos hermanos verdaderos !! Jesu-Christo se me hizo visible en la Persona de nuestro Reverendo Padre Abad de la Trapa , y en la vuestra muy Reverendo Padre mio : y considero à mis hermanos como Angeles y Custodios , que me animan y sostienen por su ege-
 „ Tom. III. li „ plq.

„plo y sus oraciones. Yo era pobre en el mun-
 „do con un razonable caudal, y siempre lo ha-
 „bria sido por más que lo hubiese aumentado,
 „pues era ilimitada mi codicia, y aquí soy ri-
 „co, habiendo abandonado lo necesario, y por
 „la gracia de Dios más que no deseo.“

Su grande humildad no le permitia pensar de otra manera del ciento por uno, con que Dios le remuneraba, aun en esta vida, todo lo que habia dejado por él, sin advertir aquella copia de dones de la gracia, aquellas consolaciones Divinas, aquella paz interior de corazón, aquellas inestimables virtudes, y aquel amor de Dios, bienes de un precio infinitamente mayor, que quanto puede prometer y dar el mundo à los que le siguen.

Solo Dios era el tesoro de su Alma. Sus deseos se ceñían à Jesus, pero à Jesus Crucificado. El fuego del amor Divino era en él tan grande, que lo hacia insensible à los frios más rigurosos de invierno, siendo preciso un orden expreso del Prelado para precisarle à llegarse al fuego. Parece que absolutamente habia olvidado en todo sus necesidades. Siempre fue tan parco en la comida, que se le puede considerar en esto como un verdadero prodigio, por haberse podido sostener siete años y medio que vivió entre nosotros con tan poco. Su principal sustento era pan y agua. Si añadia alguna vez una gota de vino, y si tocaba la porción, que le presentaban, sólo era por evitar la singularidad, y conformarse con la voluntad del Superior. Por eso comia, como ya digo, poca cosa de postre, y elegia siempre la fruta más agria, ó más podrida, de que pueden dar testimonio los que estaban à su lado en la mesa.

Una mortificación tan exemplar carecia de su mayor realce, si no le hubiesen acompañado una paciencia heroica en las varias pruebas, que tubo que sufrir, à que hubiera consumido otra virtud menos solida. Padecia una fiebre violenta en la enfermeria de Buen-Sollazzo. En lo fuerte del acceso, se hallaba un dia sentado sobre su silla de paja, frente à las ventanas del cuarto, que por descuido habia dejado abiertas el enfermero. Estaba el Sol à la sazón en el punto más alto de calor; y sufrió por espacio de dos horas toda la violencia de sus rayos con infinita paciencia; lo que; sin embargo le reduxo à la extremidad. Preguntado porque no habia mudado de lugar, ó cerrado las ventanas, respondió con mucha tranquilidad, que por no haber creido que lo debiese hacer. No sólo recibia con mucha paciencia, sino tambien con todo el gozo, y satisfacion posible de mano del Señor todo quanto se veia precisado à padecer cada dia, sea por el rigor de la estacion, sea por la proligidad de las vigilias y ayunos casi continuos. Se deleitaba en estas penas con un verdadero espíritu de penitencia; es decir, con un verdadero deseo de hacer que brillase sobre si la Justicia de Dios, y de destruir hasta las más pequeñas reliquias del pecado, enemigo irreconciliable de la Suprema Bondad. Su caridad con el peregino igualaba à las demás virtudes. Jamás hablaba de ninguno de sus hermanos sin descubrir bien las disposiciones de su buen corazón, lleno todo de ternura y estima por ellos. Lo que parecerá admirable es, que à pesar del profundo recogimiento, que le impedía advertir quantos objetos se presentaban à sus ojos, su ardiente caridad le hacia penetrar hasta las más minimas necesidades de sus hermanos, aun

las ocultas muchas veces , dando aviso à sus Superiores , para que con presteza les socorriesen. Si se enternecía mucho de las fatigas , aflicciones y enfermedades de su progimo , no cuidaba menos de encomendar à Dios en la oracion sus necesidades corporales y espirituales , empleando en este Santo exercicio todo el tiempo que no gastaba en los exercicios regulares , ò leccion de libros espirituales. El Señor le concedió muchas veces el don de lagrimas , con que lloraba sus propias culpas , y las de los otros ; y le daban estas lagrimas un gozo infinitamente Superior al que tienen los mundanos en sus delicias imaginarias ; Lagrimas tan llenas de dulzura , que se pueden llamar migajas caidas de la mesa Celestial ; Lagrimas que hicieron decir à San Agustin con tanta efusion del corazon : „ Ah Señor ! ¿ Si „ los llantos vertidos por vuestro amor consuelan „ tanto , que delicia será el gozaros eternamente „ en el Cielo?

Obtubo tambien de Dios en la oracion una gracia particular. Los otros Monges tienen de costumbre el aprehender de memoria en el Noviciado los Salmos de David. Seis años hacia que se ocupaba en esto , y su aplicacion siempre habia sido en vano , à causa de su edad ya abanzada , y de su poca memoria. Dijo à Don Malaquias , que ya no le restaba otro recurso que pedir à Dios esta gracia , habiendose aplicado en vano tantos años à aprehenderlos. Ordò y fue oido de un modo tan asombroso , que luego supo de memoria no solo todo el Salterio , sino tambien los Hymnos , los Canticos , y las Antifonas que componen el officio Divino. Asistió despues à él con tanto recogimiento y modestia , que arrebatava à quantos le miraban.

Penetrado de agradecimiento por una gracia tan singular , se entregò todo al estudio de los Salmos , y à buscar el sentido literal y mistico. Se servia para esto nada mas que del tratado de San Agustin sobre el Salterio , y por las reflexiones que dejó sobre los lugares mas devotos de la explicacion de este Santo Doctor , se ve quanto se habia apoderado de su Corazon el espiritu de Dios. Tenia de costumbre el dejar todas sus ocupaciones media hora antes del officio , para recorrer en este tratado los Salmos que se habian de cantar.

Aparecia algunas veces triste y abatido , otras con cierto regocijo derramado sobre su rostro , efectos causados el uno por el temor à los abismos de los Quicios de Dios , y el otro por la confianza que le daba su infinita misericordia. Penetrado asi ya de gozo , ya de compuncion , parece que se acercaba à los afectos del Salmista , y que experimentaba en si los varios impulsos que animaron à este Santo Profeta.

Viendo el Padre Abad que Dios extendia su mano de un modo especialissimo sobre Fray Arsenio , creyó que le debia hazer conferir los Ordenes Sagrados. Comunicole su designio dandole un libro para prepararlo à recibir los quatro menores. Se estremeciò interiormente Arsenio de ver que se pensase en hazerle Sacerdote. El ardiente zelo que le animaba le sugeriò luego un medio para evitar este golpe. Sirviose para ello de sus desordenes pasados , los representó al Superior , le descubriò toda su magnitud y enormidad , y le pidió con igual sinceridad que humildad el permiso de confesarlos publicamente en presencia de toda la Comunidad. No queriendo desasosegarle el Abad , juzgó conveniente el no hablarle mas de este

este asunto.

Asistió Arsenio con sus demás hermanos à la Santa Muerte del mismo Padre Abad que ocurriò en el mes de Agosto de 1709; Y aunque no apareció en él ninguna seña de pasion, que no estubiese enteramente extinguida, declaró sin embargo en este lance que envidiaba la suerte de su Superior, porque iba luego à ser desatado de los lazos de la vida, y sacado de la prision del Cuerpo, para no poder ofender mas à Dios.

Este era el unico motivo que tenia para desear la muerte, como el mismo nos lo dice. Así acaba el escrito de que hemos hablado tantas veces. „ Quando yo pienso que el mas justo no carece de pecado [*] y que yo que solo soy flaqueza y corrupcion, no hago ni una sola accion que corresponda à mis obligaciones, y no merezca castigos; Os aseguro R. P. mi Padre, que siento en mi un deseo ardiente de la muerte, para no ofender mas à esta Magestad, è infinita Bondad que me colma de tantas gracias con tanta profusion, y para ir à cantar sus misericordias en la Eternidad.

Poco antes de expirar el Padre Abad, le dijo Arsenio, que esperaba no tardar mucho à seguirle, y le rogò que le obtubiese de Dios este unico favor. En efecto à principios del año siguiente, se viò muy insultado de una fluxion causada por un nervio encogido. Habiendo perdido el uso de una pierna, le obligò su Superior à ir à la Enfermeria. Se aplicaron todos los reme-

[*] . Eccles. 7. 22.

medios que juzgaron à proposito el primer medico de su Alteza Real el gran Duque, y el de la Casa, pero sin ningun efecto.

Hay muchos Religiosos enfermos, pero pocos enfermos Religiosos. Nuestro Arsenio era à un mismo tiempo enfermo, Religioso y Penitente. Pasaba los dias enteros sobre una Silla leyendo libros piadosos, orando y meditando; y jamàs se acetaba al fuego si no se lo mandaban el Superior ò el Enfermero en su nombre. Insaciable de mortificaciones pidió que no le concediesen mas los alivios que le daban à causa de su indisposicion; Que le quitasen las dispensas; y que le permitiesen volver à la Comunidad, y servir à sus hermanos en los ejercicios de la Regla. Tanto hizo que sacò por fuerza à sus Prelados, por decirlo así, el permiso de observar en la Enfermeria los ayunos prescritos por nuestras Reglas, el uso de nuestra comida ordinaria, y de levantarse por la noche à las mismas horas que la Comunidad. Sin embargo continuaba su mal sin esperanza de curacion. Apeteciò de nuevo entrar en la Comunidad, y procurando caminar con un baston, importunò tanto al Padre Abad paraque no le negase el consuelo de reunirse à sus hermanos, siendo el unico decia que podia tener en este Mundo, que el Abad se viò en precision de ceder à sus repetidas instancias.

Entonces se viò à este valeroso Soldado de Jesu Christo todo estropeado volver à entrar bajo el Estandarte de la Penitencia con un nuevo fervor, y discurrir medios extraordinarios para mortificar su extenuado cuerpo. Mas en vano se fatigaba en ello, pues quanto hazia para llegar al cabo, iba acompañado de aquella dulzura celestial, que se lo hazia delicioso. Su corazon bien que-

ria padecer por Jesu Christo , pero Jesu Christo no le queria ceder en amor , sin permitir que sus mortificaciones le causasen ninguna molestia ; Pues convertia en delicias sus dolores , y en consue- los sus abstinencias. Buenos Testigos pueden ser los que vieron quanto edificaba su exactitud y zelo à sus hermanos , siendo à todos un exemplo vivo de todas las virtudes propias de la vida monasti- ca. Era un libro siempre abierto , donde los mas perfectos Religiosos podian advertir sus deberes , y reconocer sus defectos , por la diferencia que me- diaba entre el y ellos.

Practicò todas las observancias durante el Santo tiempo de Quaresma yendo sostenido de su baston de dia y de noche al Coro , concurriendo pun- tualmente al trabajo , que le habian asignado à proporcion del estado en que se hallaba , y asis- tiendo con sus demàs hermanos à la mesa de Co- munidad , que en este tiempo de penitencia comun à todos los Christianos es mas parca que en todo el resto del año.

Pasada la octava de Pasqua sobrevino fiebre à su primera indisposicion , la que lo forzó à volver à la Enfermeria. Supo luego lo que tan- to deseaba y fue , que su mal comenzaba à ser peligroso.

Quedó muy sorprendido de ver que le da- ban carne , y todas las demàs asistencias , que permite à los Monges enfermos Nuestro Patriarca San Benito ; Y deseando que le pribasen de este auxilio dijo al P. Abad : „ Reverendo Padre mio, „ ya no queda en mi mas que una chispa de „ mortificacion , y à V. R. le toca sostenerla y „ y animarla paraque no se extinga del todo.“ El Abad le dijo , que recibiese sin desasosie- go , y con agradecimiento todo lo que le
dic-

diesen.

Si jamás tubo eloquencias para hablar de Dios y de los prodigios que la gracia habia obrado en el , fue principalmente en esta postrera enferme- dad. Como sus sentimientos no fueron diferentes en esta extremidad , de los que experimentò en sana salud , creo que no los podrè expresar me- jor , que usando de sus propios terminos tomados del escrito tantas vezes citado.

Despues de haber hecho un corto Paralelo en nuestra vida y la del Mundo , dice , con- vencido de la eficacia de la divina gracia „ Es „ verdad que estamos obligados à hazer una guer- „ ra continua à nuestras pasiones y sentidos ; pe- „ ro no la hazemos nosotros , sino la gracia de „ Jesu Christo la hace en nosotros mismos : La „ gracia de Jesu Christo combate por nosotros con- „ tra nosotros , y triunfa de nosotros y de los „ Demonios. Ella es quien llena todos nuestros dias, „ y quien hace que siempre nos parezcan brebes. „ Ella nos conserva con paz y gozo en medio „ de las tentaciones y trabajos de la penitencia. „ Muda en nuestro favor de naturaleza à las pe- „ nas , y à la muerte misma , pues haze hallar „ gozo en las aflicciones , y que siendo la muer- „ te tan terrible , nos sea dulce y agrada- „ ble.

Tales eran los sentimientos de Arsenio en sa- na salud , y tales fueron también en su enferme- dad. Auxiliado de ellos miraba valerosamente à la muerte , y aun experimentaba una suprema delicia en ver que se llegaba la hora.

Estaba tan convencido no solo de la infinita aversion que Dios tiene à los pecados y à los pecadores , sino tambien de la atrocidad de la in- juria que se hace à la Magestad Divina por la

culpa, que primero hubiese elegido las penas del Purgatorio hasta el día del Juicio, que verse expuesto mas à cometerla, peligro que es inseparable de esta vida. Comunicando muchas vezes este sentimiento á su Prelado, se hallaba tan penetrado de dolor por las culpas pasadas, y por el temor de cometer de nuevo otras, que era preciso consolarle y desviarle de estas reflexiones por algunos otros discursos piadosos. Con estos sentimientos de humildad, compuncion, agradecimiento, y amor à Dios, recibió el Sagrado Viatico, y pocos dias despues la Extrema-Uncion.

Habia trabajado ya bastante Arsenio para el Cielo, y era hora que fuese à recoger el fruto de sus trabajos. Siempre habia combatido como generoso Athleta, y corrido à paso de Gigante la carrera que se le habia señalado; Habia guardado por fin como zeloso servidor à su Señor la debida fidelidad. Dios que es la misma Justicia, no quiso diferir mas la recompensa que merecia. La fiebre que despues de dos meses no le habia dejado, se acrecentò y persuadiò que se acercaba à sus postreros momentos. Al tiempo que imploraba el socorro de Dios y la proteccion de la Santa Virgen con estas dulces palabras, que profirió tambien con mucha distincion poco antes de expirar, *unica spes mea Jesus, & post Jesum Virgo Maria*, mandò el Superior que preparasen la paja y la Coñiza que habia perdido con mucha instancia. Pero mientras tanto que aparejaban el Altar donde se habia de consumir el Sacrificio de esta Víctima de la penitencia, salió del Cuerpo su dichosa alma en 21 de Enero de 1710 al tiempo que los Monjes cantaban Vísperas.

El Reyno de los Cielos se gana con violencia.

lencia, dice Christo [*]. Y lo arrebatan los que se violentan. Esta Condición observó nuestro Solitario para llegar à esta importante conquista, desde el primer instante de su Conversion hasta su muerte. Por la oracion hizo violencia à Dios, y por la mortificacion se la hizo à si mismo. Asi lo debemos hazer nosotros, y asi aquellos Pecadores que tienen un verdadero deseo de convertirse. A ellos se propone aqui el exemplo de un Penitente distinguido no para entretener su curiosidad por la mera relacion de su vida, sino para animarles à imitar sus virtudes. Es verdad que estubo algun tiempo anegado en el Pecado, pero sacandole la Divina gracia supo borrar tambien sus ofensas por una penitencia continua, que segun el sentir de los Doctores místicos, se hizo mas admirable, que si jamás hubiese conocido el vicio.

SENTIMIENTOS DE FRAY ARSENIO de Janson.

ADVERTENCIA.

Lo que llevo referido de los sentimientos de Fray Arsenio en el discurso de esta Historia, habrá dado tal vez deseos al Letor de verlos en la forma que se hallaron escritos y firmados de su mano despues de muerto; y para cumplirlos, creí que

Kkz

[*] Math. 11.

que los debia copiar aqui.

Después de haber visto los horrores de mi vida pasada, mi R. P., Vos me habeis mandado escribir mis sentimientos y disposiciones, desde que la misericordia de Jesu Christo me retirò à su Casa. No se hallará ni una que no se deba considerar como un milagro por la oposicion natural que habia en mi, à una vida penitente; y esta oposicion me era como invencible. Por los habitos que habia contraido. Las mas minimas penas de cuerpo y alma me horrorizaban, jamás habia negado nada à mis sentidos. Jamás hubo hombre tan perezoso, ni tan amante de sus comodidades.

Esto parece como incompatible con la vida de soldado que yo llevè tanto tiempo: Mas fuera de que la ambicion y vanidad me conducian, habia encontrado el secreto de disminuir las penas, y hazerlas servir para gustar mejor los alivios que yo me procuraba.

Por mas grande que fue la repugnancia de mi cuerpo à la penitencia; la de mi entendimiento y voluntad eran infinitamente mayor. Este espiritu tan limitado, y lleno de tinieblas, estaba adicto à su sentir mas de todo lo que se puede imaginar. El juzgaba decisivamente de todo, y condenaba soberanamente todo lo que no era segun su gusto. Por lo que respecta à mi voluntad, ella era de yerro, incapaz de doblarse à ninguna potestad, y aun se gloriaba de ello. Añadid à esto un temperamento violento, activo, impaciente, un genio enfadado y contradiciente. Que disposiciones, R. P. mio, para la Trapa, donde la penitencia interior y exterior es una continua destruccion de la naturaleza!

¿Mas quein podrá jamás admirar dignamente la magnitud de la misericordia de Jesu-Christo, y
Omni-

Omnipotencia de su gracia? Ella hizo en mi un trastorno, y una mudanza tan prodigiosa, no poco à poco, y como por hábito, sino de un golpe y de repente, que comenzando desde el primer dia, que fui recibido en esta Santa Casa, los ayunos, vigilijs, trabajos, sustento, Silencio, humillaciones, aquella renuncia tan entera del propio entendimiento y voluntad, aquella multitud de arreglamentos, que piden una atencion nunca interrumpida; y finalmente todas las otras practicas de penitencia, no solo tubieron para mi nada duro ni dificil, sino que antes bien me parecieron faciles, amables y dulces. Todos los deseos de mi corazon eran que Dios me las hiciese practicar con una fidelidad correspondiente à las bondades recibidas de su mano; y esta no fue en mi una disposicion volante; pues su misericordia me la aumentò siempre hasta de presente.

Yo considerè, R. P. mio, como uno de los mayores efectos de esta misericordia, el haberme allanado de este modo todas las dificultades; pues como la debilidad de mi alma, era extrema, à causa de tantas heridas mortales, que el pecado habia hecho, la mas minima dificultad habria sido capaz de rechazarme.

Yo vi de repente como unos Cielos nuevos, y me hallè con un gozo, que no sabrè expresarlo, en una tierra nueva: En vez de aquella agitacion de aquella turbacion, y de aquella inquietud con que las pasiones nos arrastran consigo, si nos abandonamos à ellas: En vez de aquella vida del Mundo, que es Reyno del Demonio, mediante el amor de si mismo, de la embidia, odio, disension, desorden, confusion; ya no veo sino el Reyno de Jesu-Christo, la dulzura, concierto, paz, reposo, y aquella caridad, que caracteriza à sus ver-
da-

daderos discípulos. Esta caridad es lo que mas me choçò, por no haber cosa mas contraria al Espiritu del Mundo. Yo no me podia cansar de admirar à todos estos hombres de tan diferentes edades, países y genios, que sin conocerse se amaban y servian con una solícitud, un fervor, y un afan, que solo puede producir el amor de Jesu-Christo.

Experimenté à la letra aquella prometa del Ciento por uno que nos hace Jesu-Christo en su Evangelio, pues en lugar de lo que dejè en el Mundo, hallé en mis Superiores y mis Padres una caridad infinita; Y quantos hermanos verdaderos! Yo que jamás habia amado nada sino por amor de mi mismo, merecia que todas las criaturas me hollasen à sus pies. Jesu-Christo se me hizo visible en la Persona de nuestro R. P. Abad de la Trapa, y en la vuestra R. Padre mio; Y consideraba à mis hermanos como otros tantos Angeles custodios, que me animaban y sostenian con su oracion y con su exemplo. Era pobre en el Mundo con un razonable caudal; y siempre to habria sido por mas bienes que hubiestè juntado, por ser ilimitada mi codicia; Y aqui soy rico, teniendo con abundancia lo necesario, y por la gracia de Dios, mas que no deseo.

Dios me hizo mirar nuestros Reglamentos en su verdadero concepto, es decir, como nuestras armas, nuestra fuerza, y nuestra defensa; y me parece Reverendissimo Padre mio, que en nuestros Reglamentos ha mostrado Dios con especialidad la preferencia con que nos trata; pues nadie duda que la perfeccion consiste en conocer y hacer la voluntad de Dios en todo tiempo y en todas cosas: Sin embargo, como aun en las Comunidades mas observantes hay un numero de acciones menudas, que no estan enteramente determi-

na-

nadas, al menos en el modo de hacerlas; siempre es de temer, que se mezcle la propia voluntad, aun sin advertir. Mas aqui todo està determinado, todo està mandado, y si yo soy fiel, no hay ni un solo momento en que no pueda hacer à Jesu-Christo un Sacrificio de mi propia voluntad, que fortuna! que gracia!

Es preciso confesar, Reverendissimo Padre mio, que los del Mundo son bien desgraciados, y que padecen un grande error sobre nosotros. Ellos nos consideran como Gentes abatidas bajo el yugo de la Penitencia, sin gozo, y sin consuelos; pero facilmente se desengañarian si quisiesen comparar su situacion con la nuestra, aun por lo que respecta à esta vida. Ellos buscan el regalo en todo lo que puede lisongear sus pasiones y sentidos, y no solo se desvanecen sus placeres en un instante; sino que se cambian en verdaderas penas, por los disgustos, incomodidades, y otras malas consecuencias. Pero si sus delicias se convierten en penas, podemos decir que sus penas, son penas de Condenados, pues no producen sino llantos, murmuracion, impaciencia, colera, temor, y turbacion. Ellos no conocen ni reposo, ni paz, y en el mismo tiempo que todo les viene à su gusto, no pueden evitar el disgusto. Añadid à esto el temor de la muerte, que les hace temblar en la mas minima enfermedad.

Por lo que respecta à nosotros, es verdad que estamos obligados à hacer una guerra continua à nuestras pasiones y sentidos; mas no la hacemos solos nosotros, sino la gracia de Jesu-Christo en nosotros. La gracia de Jesu-Christo combate por nosotros contra nosotros mismos, y triunfa de nosotros y de los Demonios: Ella es quien llena todos nuestros dias, quien hace que siempre nos parezcan breves: Ella nos conserva en paz y go-

gozo entre las tentaciones, y los trabajos de la penitencia. Ella es quien muda de naturaleza à favor de nosotros las penas y la muerte misma, pues nos hace hallar gozo en las aflicciones, y que la muerte siendo tan terrible nos sea dulce y agradable. ¡ Que diferencia entre estos dos estados, Reverendísimo Padre mio; aun para esta vida! pero que diferencia para la eterna.

¿ Será posible agradecer dignamente la gracia que Dios nos hace, quando nos llama à esta Santa Casa? mas si ella debe parecer tan preciosa à todos los que ha favorecido, ¿ como la debo considerar, Reverendísimo P. mio, Yo que siendo, como vos sabeis el mayor Pecador, me hice el mas indigno? pues quanto mayores son los pecados, es mas grande la misericordia de Jesu-Christo en los que la reciben, y mayores sus obligaciones: Al que mas perdonò es quien mas le debe amar, y le pedirá mas al que mas recibid. Si miro de una parte la magnitud de mis pecados, y de otra la de mis obligaciones: Que motivos de temblar! pero lo que debe admirar la gran misericordia de mi Salvador y de mi Dios es, que habiendome puesto siempre ante los ojos estos objetos tan terribles, jamás me permitió turbarme; y que haciendome ver un abismo de miserias y corrupcion, siempre me presentò al mismo tiempo un abismo de misericordia, y por este medio conservò siempre la paz en el fondo de mi corazon.

Pero quando pienso que el mas justo no està exento de pecado, y que solo soy corrupcion y debilidad, sin hacer una sola accion correspondiente à mis obligaciones, y que no merezca castigo; Os protesto que siento un deseo ardiente de morir por no ofender aquella infinita Bondad y Magestad, que me colmò de tantas gracias con tanta profusion, y para ir à cantar sus misericordias en la Eternidad.

Fray Arsanio.

F I N.

